NOSOTROS,

en mayúsculas y subrayado



CARMEN ARTEAGA

ÍNDICE

1. La laguna Negra de Soria de las amnesias
2. Arreglando noches de pena
3. El anillo de Sauron
4. El muñeco
5. Mi mejor interpretación
6. Un polvo de mentira
7. Una idea malísima que solo le saldría bien a Jennifer Aniston
8. Un geranio flácido
9. Un desastre impresionante
10. Una cita
11. Recordatorio importante
12. En blanco
13. Follar por el comunismo
14. Perfecto
15. El drama de la trufa
16. Mi noche
17. Cuestión de ser Nico
18. Otro capítulo
19. El «no beso»
20. Algo más básico
21. Mi primera llamada desde la cárcel
22. Clic
23. El ocho de octubre
24. Un salto de eje
25. No puede salir mal
26. Normalidad
27. El cable suelto
28. El segundo violín
29. ¿Por qué la canción habla de nosotros?
30. Como si quisiera besarte
31. Todo
32. Mejor que bien
33. Cuando me tocas, se me olvida
34. Una probabilidad genética
35. No hablar contigo
36. La orgía me pilló desprevenida
37. Mi para siempre
38. Alonso
39. No
40. Realidad paralela
41. Conversaciones difíciles
42. Nosotros
43. Charla de hermanas
44. Por el camino

TRES MESES MÁS TARDE
Nota de la autora
Agradecimientos
Sobre la autora

NOSOTROS, EN MAYÚSCULAS Y SUBRAYADO

CARMEN ARTEAGA

NOSOTROS,
en mayúsculas y subrayado

CARMEN ARTEAGA

© Carmen Arteaga

1ª edición: diciembre de 2023

Diseño de portada: Juan Hidalgo

ISBN: 9798868219092

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para las que necesitan creer más en sí mismas.
Para todas.

LA LAGUNA NEGRA DE SORIA DE LAS AMNESIAS

Una lengua lame mi cuello como si quisiera sacarle brillo e intenta, sin éxito, devolverme mentalmente a mi dormitorio.

«¿Envié la orden de rodaje?

Sí.

Mmm…

Que sí, la envié. Seguro.

¿Seguro? —insiste mi cerebro.

Sí.

Mmm…

Casi seguro».

Mi móvil está dentro de mi bolso, el cual he dejado —lanzado, más bien— sobre el aparador de la entrada. Comprobar la bandeja de salida de mi correo solo me llevaría un minuto como mucho. Unas manos me aprietan los cachetes del culo por encima de mis vaqueros. Van acompañadas de un jadeo ronco al que seguramente no le haría gracia la interrupción.

«Venga, Dafne, céntrate. El chico es mono, está muy por la labor y por algo te lo habrás traído a casa desde la discoteca. Hace media hora, te pareció buena idea, porque has tenido una semana estresante en el trabajo y quieres relajarte con un orgasmo. Bueno, tener una semana difícil en el trabajo tampoco es novedad, pero te pasas la vida corriendo, así que lo mínimo que mereces es correrte tú. Además, seguro que enviaste la orden de rodaje, siempre lo haces. Es sábado por la noche y el objetivo consiste en desfogarte un poco con… ¿Jaime? ¿Javier? ¿Joaquín?».

Hago un esfuerzo por establecer una conexión entre mi mente y lo que tengo entre las piernas y tiro del pelo de Jaime, Juan o Joaquín con la misma fuerza que él imprime con los dientes sobre mi cuello. No me gusta que me muerda como si necesitara alimentarse de mi sangre para sobrevivir. Podría hacer una excepción con un vampiro malote como Ian Somerhalder, pero no es el caso, por lo que lo obligo a mirarme y busco su boca hasta hacerla coincidir con la mía.

Nos besamos fuerte, en un baile muy loco de lengua, dientes y saliva. Él me estampa con ímpetu contra la pared. Eso ya me gusta más. Gimo alto, bastante alto, cuando cuela los dedos

debajo de mi top y aparta el sujetador para tirar de mi pezón. Vale, que le den a la orden de rodaje. La envié fijo, porque soy una persona metódica y organizada; además, si no lo hubiera hecho, mi jefa ya me habría llamado para echarme la bronca con ese tono pasivo-agresivo que llevo cinco años aguantando con la mejor de las sonrisas falsas.

Lo último que merece esa mujer es que le dedique mis pensamientos mientras Jaime, Javier o Joaquín lo está dando todo con la lengua a la vez que me restriega su erección contra el muslo. Como lo justo es corresponder, bajo la mano y froto la bragueta de su pantalón con fuerza. Le arranco otro gruñido que me pone instantáneamente como una moto. Soy bastante básica para el sexo de una noche, para qué negarlo. Son años de entrenamiento.

Comienzo a desabrocharle los botones de la camisa con prisa. Lo quiero dentro de mí y lo quiero ya. Él mismo termina por quitársela de un tirón y me deja vía libre para pasear mis dedos por su pecho. Un escalofrío me recorre la columna vertebral de arriba abajo. Pero no uno de los buenos. Uno de película de terror. Del psicológico, que es el peor de todos. Mi pulgar acaba de rozar algo frío, duro, metálico.

Estiro el brazo y palpo la pared a mi izquierda hasta pulsar el interruptor de un manotazo. La luz invade mi dormitorio, pero ni siquiera llego a ver la cara de confusión del chico, ya que mis ojos no pueden apartarse de la pequeña barra de acero con dos bolitas en los extremos que le atraviesa el pezón como un pincho moruno. Juro que pegarle un empujón tan fuerte que le hace rebotar contra los pies de mi cama es un acto reflejo incontrolable.

—¿Qué haces? —me pregunta alucinado Jaime, Javier o Joaquín. Llamémosle *Jota* para abreviar.

La culpa es mía. Tendría que haberme asegurado antes. La camisa de El Ganso me despistó y no pensé que fuera la clase de tío al que le gusta adornarse los pezones. Claro que eso no son más que prejuicios. Todos los tenemos. Porque si tú te cruzas con Maluma por la calle de madrugada —y me da igual lo buenorro que pienses que está—, te agarras a tu bolso como si fuera el borde de un acantilado y cambias de acera. Poco importa que su reloj valga lo mismo que tu sueldo de un año.

El caso es que prefiero ser sincera. Es tarde y cualquier excusa que pueda inventarme sería más bochornosa que la verdad.

—Tengo aversión por los *piercing* —confieso centrándome en su cara, que es mucho más agradable que su pecho, a pesar de que empieza a arrugar la nariz como si oliera fatal—. Y por los tatuajes también. Básicamente por cualquier cosa que perfore la carne. —Me entra otro escalofrío solo de pensarlo y aprieto los dientes. Lo mío no es normal. De hecho, no lo es—. No soporto ninguna enfermedad relacionada con la piel. Es culpa de mi madre, que es dermatóloga, y no sabes la de infecciones que me ha obligado a ver a lo largo de mi vida. Como para crearme un trauma. Se llama dermatofobia.

Ya que estamos, tampoco me hacen demasiada gracia los ombligos. Son auténticos pozos de bacterias. En serio, albergan unas dos mil. Pero mejor me ahorro esa información. Este chico no

necesita saberlo todo de mí. Está a punto de irse. Y no de la manera que había esperado.

—Pues no lo entiendo. La última vez no te molestó para nada. Chupaste la barra como si fuera un helado.

Otro escalofrío. Jamás creí que escucharía semejante frase. Un momento…

—¿Cómo que «la última vez»?

—Cuando estuvimos juntos.

—Perdona, me parece que me confundes con otra.

—Estás de coña, ¿no? —Frunce el ceño con una sonrisa incrédula—. Nosotros ya nos hemos liado.

Me agacho —otra vez de una forma que no esperaba— para recoger su camisa y devolvérsela. No soporto ver ese pezón asesinado. Es superior a mí.

—Creo que me acordaría de eso, Jota.

—Me llamo Adolfo —me corrige con tono seco, poniéndose la prenda en cuestión.

¿En serio? No he acertado ni la inicial. A lo mejor no me ha dicho su nombre. Repasemos rápidamente los acontecimientos que nos han traído hasta aquí. Yo había bebido tres copas y ya iba un poco entonada cuando él se acercó a mí en la pista de baile. Ojos verdes, pelo oscuro rizado y sonrisa bonita, pero no del tipo canalla. Me pareció guapo de un modo inofensivo, como Noah Centineo. Me miró las tetas —no tan inofensivamente— y pensé que con eso ya estaba todo bastante encarrilado, así que no tardamos en meternos la lengua hasta la campanilla, lo cual tampoco propició que fluyera la conversación. Poco después, avisé a Mara de que me iba con él. Mi amiga le advirtió que se había quedado con su cara y que si me hacía algo que yo no quisiera, no habría lugar en el mundo donde se pudiera esconder, porque lo encontraría y no quedaría de él ni una huella dactilar para que lo pudiera identificar su pariente más cercano.

Unos cuantos sobeteos más tarde —por la calle, en el ascensor y en el pasillo de mi casa—, aquí estamos.

—Tú te llamas Dafne. Me contaste que trabajas como ayudante de dirección en una serie.

«Vale, ¿cómo puede saber eso? Es imposible, yo no se lo he dicho. Al menos, no hoy».

—Perdona, es que…, es que no puede ser. En fin, llevas un *piercing*, que es como la kriptonita para mí y me niego a creer que me haya olvidado de ti. Coordino un equipo de más de trescientas personas y me sé hasta sus fechas de cumpleaños.

Es cierto que llevo instaladas cinco *apps* en el móvil para poder organizarme en el trabajo y recordarlo todo, pero, aun así, ¿cómo voy a borrar de mi memoria haberme cepillado a un tío?

—Tú y yo nos enrollamos el mes pasado.

—De eso nada.

—De eso todo. Y créeme: to-do.

—Vale, vale, retrocedamos hasta la noche en cuestión. —Pongo las manos en alto—. ¿En qué fecha pasó exactamente, según tú? ¿Y dónde se supone que lo hicimos? Cuéntame paso a paso cómo fue.

—¿Me estás vacilando? ¿Quieres que te ayude a rememorar un polvo que, por lo visto, fue tan malo para ti que ni te acuerdas?

—A ver, reconozco que alguna vez bebo un poco de más y me despierto un pelín confusa respecto a la noche anterior, cosa que igual debería empezar a preocuparme porque ya he cumplido los treinta, pero es que esto no puede ser, Adolfo. Esto no es una laguna producto del alcohol; esto es la laguna Negra de Soria de las amnesias.

—Te corriste tres veces.

—Sí, ya, ¡claro! —La risa se me escapa por la nariz—. En tus sueños, campeón.

—Me largo.

Sale de mi habitación con paso firme, cruza el pasillo y lo persigo hasta la entrada. Lo freno en cuanto abre la puerta.

—Espera, espera, no te enfades, por favor. —Lo agarro del brazo—. Te juro que suelo tener más empatía, es solo que estoy tratando de entenderlo. Mira, a mí me gusta vivir mi sexualidad con libertad, pero me parece un poco preocupante no ser capaz de acordarme de una persona que ha estado dentro de mí. Tiene que ser un malentendido. Debería acordarme de tu cara, o de tu voz. No sé, de algo… Ah, ¡ya sé! —Abro los ojos—. Bájate los pantalones.

—¿Va en serio? ¿Ahora quieres follar?

—No, quiero que me enseñes el pene.

Me mira como si le estuviera dando un infarto cerebral o algo similar.

—Tía, tú estás mal de la cabeza.

—¿Qué te cuesta enseñármelo un momento? Hace cinco minutos estabas loco por bajarte los pantalones.

—¿Interrumpo? —suelta una voz grave de lo más familiar.

—¿Y tú quién eres? —pregunta un Adolfo ojiplático al sujeto que nos observa en el umbral de la puerta, acompañado de una maleta y una sonrisa que apenas se esfuerza por contener—. ¿Encima tienes novio?

El supuesto novio me lanza un mensaje mudo con la mirada, preguntándome si necesito que lo sea. Seguro que le encantaría montar una escenita. Lleva la interpretación en las venas.

—Qué va, es solo Nico.

—Hola, soy «solo Nico», encantado. —Levanta la mano en señal de saludo mientras en la otra sujeta una caja cuadrada de cartón—. ¿Se va a quedar a cenar? —me pregunta apuntando con la cabeza a Adolfo—. Porque la *pizza* es mediana.

—No, solo intento que me enseñe el pene, pero no quiere.

Mi mejor amigo parpadea aturdido.

—¿Os pillo en medio de algún tipo de juego sexual o debería preocuparme por que intentes forzar a este chico a mantener relaciones?

—No quiero acostarme con él. Por lo visto, ya lo he hecho y no me acuerdo.

—¿Y entonces para qué quieres que te enseñe el pene?

—Porque puede que, si lo veo, empiece a recordar.

—Daf, tampoco creo que sea como el Pensadero de Dumbledore. Dudo que tenga un capullo mágico. No te ofendas, tío —se dirige a Adolfo, que ya ni es capaz de articular palabra.

—Hay gente con caras comunes, pero no hay dos penes iguales. Eso dice mi padre. Que no es que él vea penes por afición —le aclaro a Adolfo—, es que es…

—¡Urólogo! Joder, es urólogo —afirma él apuntándome con un dedo acusatorio—. Y tu hermana también es médico.

—Pues sí.

—Ah, y finges que te llevas bien con ella, pero en el fondo no la soportas.

—Pero vamos a ver, Adolfo, ¿tú y yo follamos o te presenté a mi familia y vamos a casarnos? —Ahora soy yo quien arruga la frente con desconfianza—. Oye, no me echarías algo en la copa, ¿no?

—¿Me estás acusando de intentar violarte? —chilla con voz aguda—. ¡Esto es surrealista!

—A ver, que tampoco he dicho eso. —Sí que lo he dicho. Es justo lo que acabo de insinuar —. Doy un paso hacia él y se aparta como si le hubiera dado una descarga eléctrica—. ¡No! Ni te acerques a mí —me advierte y sale de casa despavorido.

Tropieza con la maleta de Nico en su huida, pero ni eso le hace frenar. Pasa de largo por la puerta del ascensor y va directo a las escaleras, a pesar de que estamos en un séptimo.

—Y… ¡corten! La toma ha sido buena —asegura Nico, el muy simpático, cuando lo ve desaparecer.

Podría pararme a pensar en el bochorno que acabo de experimentar, pero me urge sacar el móvil del bolso y revisar mi correo.

—¿Se puede saber qué haces aquí a las dos de la mañana? —le pregunto mientras compruebo que, efectivamente, envié la orden de rodaje a todos. No sé por qué me empeño en dudar de mí misma.

—Es barbacoa —me informa al abrir la caja de *pizza*. La favorita de ambos. Aun así, no permito que el delicioso olor y el gruñido de mi estómago me distraigan.

—Te ha dejado, ¿a que sí?

Su boca se tuerce en una mueca de disgusto.

—Ha sido una decisión meditada y de mutuo acuerdo.

—Claro, claro, y por eso te presentas aquí de madrugada, con los calzoncillos asomando por la maleta y con… —entorno los ojos para fijarme bien en el cable enrollado de cualquier manera alrededor del asa de dicha maleta— una gofrera.

—No se la iba a dejar a Almudena. Es lo único que no le dio tiempo a tirar por la ventana —admite con cara de pena.

Suspiro con cansancio. La noche va a ser larga. De nuevo, no como yo esperaba.

—Voy a ponerme el pijama… ¿Azotea? —pregunto y Nico asiente.

—Azotea.

ARREGLANDO NOCHES DE PENA

Me subo la cremallera del forro polar antes de coger otro trozo de *pizza*, ya fría, de la caja. No creo que el termómetro alcance ni los dos dígitos. Quizá la azotea del edificio donde vivo no sea el lugar más agradable donde pasar el rato. Al menos, no de madrugada y a primeros de abril, pero me encanta. A los dos. Por eso Nico y yo hemos hecho de este lugar nuestro refugio habitual.

Como la mayoría de vecinos del bloque sobrepasa la edad de jubilación y no les parece entretenido subir a congelarse en invierno ni a asarse como pollos en verano, nos hemos permitido decorarla a nuestro aire, con algunas plantas, un par de sillas plegables de jardín, una mesita redonda a juego y un colchón verde musgo tipo capitoné muy bonito que fue utilizado como parte del decorado en una serie en la que trabajé hace unos años. En la ficción pertenecía a un asesino en serie millonario que lo empleaba para asesinar a sus múltiples víctimas. Ante todo, era un psicópata muy higiénico y usaba plásticos de protección para que la sangre no salpicara; así que, en la realidad, estaba impecable y, lo mejor de todo, era gratis. También resulta tremendamente incómodo; no obstante, después de cargar con él y arrastrarlo a pulso hasta la décima planta porque no cabía en el ascensor, Nico y yo decidimos que era el mejor sofá del mundo y que no volvería a salir de aquí a no ser que fuera lanzándolo al vacío. Lo cubrimos con una pequeña pérgola y, de momento, resiste las inclemencias del tiempo con dignidad.

Completan la decoración una guirnalda de lucecitas que colgamos a lo largo del murete que hace de barandilla y un proyector de cine con el que hemos repasado la filmografía mundial desde que los hermanos Lumière inventaron el cinematógrafo, allá por 1895.

—Llevas veinte minutos riéndote a mi costa. Cuando quieras, puedes parar —le sugiero a mi amigo mordisqueando la *pizza*, sentada en una silla mientras él, desde la otra, acaricia la cabeza de Cersei Lannister, mi gata.

La llamo así porque es rubia y de mirada malvada. Excepto cuando se trata de Nico, claro. A él —al contrario que a mí— lo ama profundamente y siempre le ronronea, la muy traidora.

—No te mosquees, Cheeto. —Lleva diez años llamándome como a un gusanito naranja. Lo dice porque soy pelirroja; y él, muy poco original—. Que le hayas pedido a un tío que te enseñara el pene ha servido para un noble propósito. Me has alegrado una noche de pena.

—Venga, cuéntame qué ha pasado con Almudena. ¿Qué has hecho?

—¿Cómo que qué he hecho? Nada. Lo que pasa es que es una dramática —se defiende—. No pienso volver a salir con una actriz.

—Tú eres actor… Y te encanta el drama —añado porque sé que hay algo más. Conozco a Nico desde hace casi una década y en la media hora que llevamos aquí, lo único que me ha contado sobre la ruptura con su novia —con la que se fue a vivir hace dos meses tras llevar saliendo con ella unos tres minutos y medio— es que la convivencia no ha funcionado.

Me limpio los restos de barbacoa de los dedos con una servilleta y se la lanzo a la cara. Cersei Lannister bufa en respuesta al ataque y entorna los ojos, lanzándome una maldición gatuna.

—Suéltalo de una vez. No puede ser peor que lo mío.

—La culpa fue de Marcus —admite por fin.

No, Marcus no es otro tío. Una tercera persona sería, si me apuras, la opción fácil. Marcus es Nico, Nico es Marcus. Se trata del personaje que lleva semanas preparando para una obra de teatro que espera protagonizar y a cuya audición se presenta pasado mañana. Aunque cargar a Marcus con su ruptura sentimental es como si alguien con personalidad múltiple cometiera un asesinato y echara la culpa a una de sus identidades. En realidad, es peor, porque Nico tiene capacidad de decisión sobre lo que hace o deja de hacer, pero me callo y lo dejo hablar.

—Marcus es un tío complejo y bastante… maniático. Tiene fobia al color amarillo, por ejemplo, pero está obsesionado con el rojo —me explica—. Y eso le lleva a utilizar colorantes para la comida, lo cual acabó causándole a Almudena, por accidente, una intoxicación y una pequeña diarrea… de tres días.

—Ya te vale. —Trato de no reírme, aunque me lo pone difícil—. Aun así, tampoco me parece tan grave como para echarte de casa.

—No he terminado. —Hace una mueca—. Marcus tampoco habla cuando come. Con nadie. Y digamos que esa actitud no fue bien recibida en el cumpleaños de su madre esta tarde, al cual me había negado a ir en un principio, por cierto. Pero aquello supuso una bronca previa, así que…

Cuando he dicho que Nico se prepara para un papel, quizá no me he explicado del todo. Me refiero a que se mete en la piel del personaje hasta las últimas consecuencias, porque es actor de método. Para que te hagas a la idea, es lo que hizo Leonardo DiCaprio —su ídolo— cuando se dedicó a comer carne cruda para entender mejor las penurias del protagonista en *El renacido*. O como cuando Christian Bale —su otro ídolo— bajó de peso hasta los cincuenta y pico kilos y dejó de dormir para protagonizar *El Maquinista*.

La diferencia consiste en que sus ídolos ganan millones con ese método y a Nico, que lo hace por puro amor al arte, apenas le llega para pagar un alquiler en Madrid, aun compaginando su carrera como actor con su trabajo como dependiente de una tienda de ropa masculina. Por eso acabó prematuramente en casa de su novia y por eso ahora está aquí con su maleta, y sin novia.

—El caso es que, al volver del cumpleaños, empezamos a discutir y no sabría decirte si estaba más enfadada o avergonzada por mi comportamiento —sigue contándome sin dejar de acariciar rítmicamente la cabeza de Cersei Lannister, quien, a juzgar por su gesto, debe de estar alcanzando el nirvana ahora mismo—. Al menos, hasta que mi ropa interior acabó volando por la ventana.

Deja caer la cabeza contra la silla con languidez y de su boca sale un largo suspiro. Aun sin intentarlo, irradia esa aura de alma torturada tan propia de los actores. No es el tío más guapo con el que te vas a cruzar en tu vida, pero posee virtudes más interesantes. Su pelo es negro y denso, con un flequillo de lado que siempre parece caer a cámara superlenta. Sus ojos de color castaño poseen un brillo peculiar, como si constantemente estuvieran maquinando algo divertido. O pervertido. Tal vez una mezcla de ambas cosas. Y después está lo que yo llamo EL GESTO. Cuando lo hace, se convierte en una bomba que pulveriza bragas en un radio de cien metros a la redonda. Te avisaré cuando ocurra para que lo entiendas.

—No digo que sea fácil aguantarte cuando te pones en plan Stanislavski, pero es tu trabajo y es importante para ti. Almudena debería entenderlo… Y si no lo hace, no es la persona indicada.

Sí, la convivencia con Nico exige paciencia a veces. Y supongo que él podría haber hecho una excepción en ese cumpleaños y comportarse como el tío encantador que sabe ser. Sin embargo, ese tipo de rarezas momentáneas son parte de él, y no aceptarlas supone no quererlo como es.

—Supongo que no es la mujer de mi vida, no. Me llamó «actorucho de pacotilla sin talento alguno y muerto de hambre». Así, todo seguido —reconoce con una sonrisa triste.

Niego con la cabeza.

—*Emoji* con ceja arqueada nunca me cayó bien.

—No la llames así.

A cada una de sus novias —y han sido muchas— las identifico con un *emoji*. No es por maldad, algunos de esos *emojis* han sido dulces y simpáticos. Almudena, en concreto, no. Siempre luce una mirada altiva y una absoluta falta de sonrisa. De ahí su *emoji*. Bueno, por eso y también porque se depila el arco de las cejas como si fuera un triángulo de emergencia.

—Reconoce al menos que soy más original con tus novias que tú.

—¿Y eso qué quiere decir?

—A todas las llamas *pequeña*. No te molestas ni en cambiar el apelativo de una a otra. Ni siquiera cuando saliste con *emoji* jugadora de baloncesto, que media como metro noventa.

—No es verdad —me contradice con una sonrisa indignada.

—Sí que lo es. Y es vergonzoso que ni tú mismo te hayas dado cuenta. Pensaba que era tu táctica para no confundirte con los nombres.

—Bueno, al menos yo podría identificar a mis novias en una rueda de reconocimiento. No podemos decir lo mismo de los tíos que te tiras.

Me dedica una sonrisa ladina y no me levanto de la silla para pegarle un guantazo por respeto

a Cersei Lannister, que se ha quedado dormida en su regazo. Por eso y también porque, por un momento, siento un poco de vergüenza de mí misma.

Aparto la mirada y cojo mi botellín de cerveza de la mesita para darle un trago largo. Largo y amargo.

—Eh, Daf, que te estoy vacilando —tercia ante mi repentino mutismo.

—Ya…, ya lo sé.

—Y también sabes que no tienes nada de lo que avergonzarte, ¿verdad? —comenta mucho más serio, adivinándome el pensamiento—. Te gusta el sexo y no tienes que disculparte por ello.

—Lo sé, eso lo tengo claro. Pero me gustaría acordarme también de haberlo practicado. A ver si voy a ser ninfómana, como una versión femenina de Charlie Sheen —apunto con repelús.

—No digas chorradas. Y no te rayes por un tío que ni siquiera te importa.

Tal vez ese sea precisamente el problema, que no me importa. Nadie me importa. Hace tiempo, hubo alguien que sí. Pero se terminó. Y dolió, como si me abrieran en canal. Y después de eso, me costó meses levantarme de la cama para cualquier cosa que no fuera ir a trabajar. En honor a la verdad, fue Nico quien me ayudó a salir de ella. Para eso necesitó mudarse conmigo unos meses, una paciencia infinita y muchísimos capítulos de *Friends*.

—¿Crees que es pronto para enviarle un mensaje? —pregunta y con ello me trae de vuelta al presente.

—¿A quién?

—A *emoji* con… —Aprieta los dientes con un gesto seco—. A Almudena.

—Lo que creo es que es tarde, Nico. Muy tarde. Te ha faltado al respeto y te ha llamado *muerto de hambre*. Y eso que ella casi no come —recuerdo por las ocasiones en las que he coincidido con ella—. Si ni siquiera le gustan las croquetas. ¿A qué clase de perturbada no le gustan las croquetas?

—A la clase de perturbada que a mí me vuelve loco.

—Lo que a ti te vuelve loco es tener pareja. No sabes estar solo y eres adicto a las relaciones.

—¿El arte imita a la vida o la vida imita al arte? —sopesa en plan filosófico—. A mí me da igual porque vivo las dos con la misma intensidad. Y sí, me gusta la vida en pareja. ¿Qué tiene de malo buscar una conexión emocional con otra persona? Puede durar años o meses o un instante, pero en mi caso siempre es intensa y, mientras existe, es una sensación alucinante.

—También eres poco realista.

—Los realistas no mejoran el mundo, lo ven como lo que es. Yo prefiero verlo como podría ser.

—Ya, y por eso no viste venir lo de que te lanzaran los calzoncillos por la ventana.

—Es posible que ese punto de giro se me escapara —admite fijando la vista en mi gata, sin dejar de acariciarla con dulzura. Creo que sería capaz de enamorarse de ella si se lo propusiera —. Pero yo no sé ser de otra manera. Si voy, voy con todo.

Doy otro sorbo a mi cerveza paladeando a la vez esa frase. A veces pienso que es un valiente,

y otras, que está como una regadera. Pero, como he dicho antes, hay que aceptarlo como es.

—Tu habitación sigue donde la dejaste.

—Solo unos días, un par de semanas como mucho, hasta que encuentre algo —me promete —. El lunes voy a conseguir ese papel. Lo intuyo.

Espero que así sea, aunque en el fondo me alegro de que se quede. Su compañía y la *pizza* siempre mejoran mis noches.

Dejo el botellín en la mesa y alargo la mano hacia él.

—Dame tu móvil.

—No hace falta.

—Tú móvil —insisto y se rinde con facilidad, poniendo los ojos en blanco al entregármelo.

Busco el número de su reciente exnovia en la agenda. Sé que espera que bloquee el contacto, así que sustituyo el nombre de Almudena por otro y borro su chat de WhatsApp.

—Para evitar tentaciones nocturnas poco sanas —le digo al devolvérselo.

—Hablando de tentaciones nocturnas poco sanas. ¿Hacemos unos gofres?

—Uhm… ¿Te los vas a comer sin dirigirme la palabra y eso?

—No. Creo que contigo puedo hacer una excepción, «pequeña» —dice impostando la voz con tonito de…

—Capullo.

Aun así, sonrío al levantarme de la silla.

EL ANILLO DE SAURON

Alargo el brazo para llamar al timbre, pero me lo pienso mejor y lo bajo, gimoteando un poco en el proceso. Te preguntarás qué hago en la puerta de la casa de mis padres, con la cara blanca como el yeso y oliendo a excremento de caballo. Si conocieras a mi madre, y la conocerás en cuanto me atreva a llamar al timbre, sabrías que no asistir a esta comida familiar no es una opción viable. No solo porque me lo reprocharía hasta en su lecho de muerte —y no descarto que volviera como espectro a recordármelo de vez en cuando—, sino también porque mi hermana me envió un mensaje ayer para advertirme que no llegara tarde. Por lo visto, tiene algo muy importante que contarnos.

La razón por la que llego con cuarenta minutos de retraso se debe a mi profesión, que es una manera elegante de decir que sufro de incapacidad para delegar, combinada con una jefa cabrona que sabe aprovecharlo en beneficio propio.

Soy ayudante de dirección en una productora audiovisual y me encanta mi trabajo. Casi todos los días. Hoy no es uno de ellos. Y no voy a quejarme de que el domingo sea un día destinado al descanso, según Dios, y, mucho más importante aún, según el Estatuto de los Trabajadores, que recoge que tenemos derecho a un descanso mínimo semanal. Ni siquiera voy a lamentarme de que me hayan chafado mi plan de pasar la mañana vegetando en el sofá viendo *reels* de Pedro Pascal en bucle antes de enfrentarme a una estresante comida familiar en casa de mis padres. Se trata más bien de que mi adorado trabajo casi me cuesta la vida. Porque yo hoy he estado a punto de morir en una finca de Chinchón.

Vale, igual me estoy viniendo un poco arriba con la tensión dramática y no he estado tan tan cerca de la muerte, pero todo mi cuerpo ha sufrido esa sensación y es lo que cuenta.

El día comenzó a torcerse a las diez y diez de la mañana cuando me desperté con una llamada de Madre Gothel, mi jefa, quien me pidió que moviera el culo con urgencia —muy amablemente, eso sí— hasta la localización donde teníamos previsto rodar mañana a primera hora. Por lo visto, el dueño de la finca, Bernardo, se había echado atrás en el último momento y había cancelado nuestro acuerdo. Tampoco contestaba al teléfono, por supuesto.

¿Forma parte de mi trabajo convencer a Bernardo de que mi equipo no está compuesto por bárbaros que vayan a destrozar su propiedad y de que mis actores tampoco van a drogarse en sus

baños ni a fornicar con sus caballos? No específicamente. Pero el caso es que mi cometido, elaborar el plan de rodaje y asegurarme de que se cumpla, resulta tan amplio que abarca prácticamente todo.

Tras asegurarle a Madre Gothel —también llamada Sonia— que me encargaría del problema, colgar el teléfono y tragarme el amago de vómito que me subió por la garganta, me duché y me vestí rápidamente. Me puse ropa de batalla: unos vaqueros *boyfriend*, una camiseta negra de *Star Wars*, una chaqueta de punto del mismo color y mi inseparable riñonera —es muy útil, no me juzgues—. Supuse que me daría tiempo a solucionar el tema antes de la hora de comer y podría volver a casa a cambiarme. Un error de cálculo que no suelo cometer.

Echaré la culpa de mi mala previsión a mi lamentable estado físico. Porque mezclar *pizza* barbacoa, gofres con Nutella y nata montada a las dos y pico de la mañana y terminar brindando con chupitos de crema de orujo a la salud de un *emoji* no es una buena idea. Sobre todo para la salud de una misma. Y mi estómago se encargó de recordármelo durante los cincuenta y cuatro minutos de trayecto en coche hasta Chinchón.

Como soy multitarea, también tuve tiempo por el camino de darle unas cuantas vueltas a mi situación emocional: al ridículo de anoche, al hecho de que no recuerdo haberme acostado con Adolfo y de que mi única relación estable desde hace años la mantenga con Cersei Lannister, que es la toxicidad hecha felino. Yo me dedico a suministrarle comida, techo y cariño y ella me corresponde con arañazos y, en el mejor de los casos, con indiferencia.

Nada más llegar a la finca de Bernardo, me embadurné la cara con crema solar factor cincuenta, porque, verás, no es fácil ser pelirroja en un país que cuenta con unas dos mil quinientas horas de sol al año. De pequeña solo podía lucir dos tonalidades en verano: el blanco nieve y el rosa gamba. Y cuando has crecido con una madre dermatóloga recordándote las probabilidades de sufrir un melanoma de extensión superficial debido a tu hipersensibilidad a los rayos ultravioleta, te tomas muy en serio el cuidado de la piel. Así que eso explica que saliera del coche con la cara untada como una tostada de queso Philadelphia.

Mi indigestión y el consiguiente dolor de estómago me acompañaron también durante los quince minutos que tardé en encontrar a Bernardo. Estaba preparando el forraje para sus caballos, que trotaban libremente por una pradera bajo un sol de mediodía más propio de julio que de abril.

Pasé media hora intentando convencerlo de que su preciada finca estaría en las mejores manos con mi equipo. Le expliqué que la mala fama de los artistas —así se te conoce si trabajas en el mundo audiovisual, ya seas ingeniero de sonido o *drag queen*— es un mito injusto y que trabajamos con muchísima seriedad. También me vi en la obligación de jurarle por los hijos que no tengo que nadie practicaría sexo con sus caballos; no sé de dónde había sacado la idea, pero estaba convencidísimo. A ver, pillar a dos actores de veintitantos montándoselo en un set de rodaje no sería extraño, las cosas como son, aunque la zoofilia, quiero creer, está un paso más allá.

La parte positiva es que logré salvar el acuerdo y mañana podremos rodar. Me costó un pequeño aumento del pago acordado previamente; no obstante, ese detalle no lo consulté con mi jefa. No hizo falta. Trabajar según el *timing* previsto es, de lejos, mucho más rentable que paralizar el rodaje de la serie juvenil más de moda en este país y —gracias a Netflix— en buena parte de Latinoamérica, Italia, Francia, Portugal y Reino Unido.

La parte negativa es que, tras concluir la negociación con éxito, mi cuerpo decidió que ya era hora de colapsar. Me despedí rápidamente de Bernardo con intención de llegar a mi coche, pero no fui capaz ni de avanzar diez pasos. Sucedieron demasiadas cosas a la vez: el calor abrasador del sol sobre mi cabeza, la crema solar resbalando e incrustándose en mis ojos, mis intestinos retorciéndose y estrangulándome por dentro, un sudor frío, el corazón martilleándome el pecho, un mareo súbito, la sensación de que estaba sufriendo un fallo multiorgánico, Bernardo preguntándome «chica, ¿estás bien? Tienes peor pinta que una yegua de parto» y, por supuesto, coronar el momento con un acto de comedia involuntaria, vomitando y desmayándome acto seguido sobre un montón de mierda de caballo.

Ahora ya entiendes lo de mi cara y mi olor. Y eso que cuando recuperé la consciencia, me lavé en el baño de Bernardo y froté mis vaqueros hasta dejarme los nudillos rojos.

Al menos, las náuseas ya han desaparecido. Todo lo que vomité ayudó, claro. También la infusión de hinojo que me preparó Carmina, la mujer de Bernardo, quien me prohibió tajantemente volver a mi coche hasta que me la terminara. Menudo genio el de la señora. Ojalá pudiera ficharla.

Y hasta aquí mi explicación de por qué he llegado cuarenta minutos tarde —cuarenta y cinco ya— y con semejante pinta a casa de mis padres. Y enseguida entenderás también por qué he preferido contarte esta historia y retrasar el momento de llamar al timbre.

Tomo una profunda bocanada de aire, lo que no sirve para relajarme en absoluto, pero sí para hacerme aún más consciente de mi hedor; y llamo.

Es mi madre quien abre la puerta, elegantemente vestida con un jersey blanco y fino de cachemir y unos pantalones de pinza rosa palo.

—Vaya horas… ¿Se te han estropeado todos los relojes o…? —Se interrumpe a sí misma—. ¿Y esa cara? Pareces una muerta. —Arruga la nariz con extrañeza y asco—. Uf, ¿y ese olor? El vecino ha debido de dejar otra vez la basura fuera.

—Soy yo.

Da un paso adelante sin poder creérselo y me olfatea cual sabueso, para echarse hacia atrás enseguida con una mueca horrorizada. La última vez que me miró así fue cuando le comenté que estaba pensando estudiar cine.

La casa de mis padres tiene unos ciento setenta metros, es decir, un tamaño considerable, pero cuando mi madre me pregunta «¿se puede saber por qué hueles a caca?» se oye alto y claro en todos los rincones, incluido el salón-comedor, donde esperan sentados a la mesa mi padre, mi hermana y su novio.

Los tenedores caen sonoramente sobre los platos cuando me ven entrar y el aroma a las codornices en salsa de mi madre vuelve a revolverme las tripas. Necesito sentarme.

—Ni se te ocurra —advierte mi madre cuando me acerco a la silla libre—, voy a por algo de ropa para que te cambies.

Y sale disparada, no sin antes abrir la doble ventana del salón, algo exagerado por su parte, pero es que ella es así, excesiva siempre que se trata de mí.

Mi hermana tuerce el gesto con más asco aún que mi madre, mi cuñado abre mucho los ojos y mi padre se levanta y se acerca a mí para comprobarme el pulso en la carótida mientras me hace preguntas del tipo: «en qué año estamos» y «quién es el presidente», solo para asegurarse de que no sufro algún tipo de daño cerebral.

Cuando les juro que estoy perfectamente, las preguntas empiezan a caer como misiles. Es en momentos así —y solo en momentos así— cuando me arrepiento de no haber estudiado Medicina, como todos en esta casa. Porque a la Dafne oftalmóloga, por ejemplo, no le pasarían este tipo de cosas. Se pasaría el día hurgando ojos y tratando desprendimientos de retina, pero después podría disfrutar de comidas familiares tranquilas y sin dar la nota. No obstante, yo nací con el gen rebelde de mi abuela materna —como dice siempre mi madre—, quien hizo sus pinitos como actriz y cantante, allá por los años cincuenta.

De pequeña, me encantaba pasar tiempo con ella. Me daba caramelos de café sin que mi madre se enterara y adoraba escucharla contar historias, aunque con todo lo que se inventaba podría haberse dedicado profesionalmente a escribir guiones, porque peliculera era un rato. Siempre contaba que su carrera no llegó a despegar por culpa de Sara Montiel y aseguraba que le había robado con malas artes el papel protagonista en *El último cuplé*. También juraba haber pasado una noche de amor y desenfreno con Rock Hudson, cosa difícil de creer dada la homosexualidad del actor. Sin embargo, contaba esas historias con tanto garbo y gracia que siempre apetecía escucharla.

Cuando mi madre vuelve con la ropa, desaparezco rápido para ir a cambiarme. Me lavo bien la cara en el baño, eliminando los restos de crema, y me recojo el pelo en una coleta que ya me roza la mitad de la espalda. Debería ir a cortarme las puntas, pero casi siempre les pido un apaño rápido a las chicas de peluquería en el trabajo. Finalmente, me visto con la ropa de mi madre, que es casi idéntica a la que ella lleva hoy, solo que mi jersey es de color amarillo claro, y me echo colonia antes de volver al comedor.

—Pero mira qué guapa estás ahora —comenta mi madre con una sonrisa desde la mesa, apoyando la barbilla sobre la mano cerrada—. Si es que la base ya la tienes, con que te esforzaras un poquitín de nada…

—Sí, con que te acordaras de usar un peine ya sería todo un avance —añade mi hermana con una sonrisa maliciosa.

—Fiona… —le advierte mi padre en tono de reproche, aunque suena cariñoso. Él siempre lo es.

—Era una broma, papi —responde ella poniendo cara de niña inocente, aunque ya tenga alguna que otra cana en el chirri. Porque si yo me las he visto, ella también las suyas.

Además de hermanas, somos gemelas. ¿Sabes todo ese rollo de que los gemelos sienten lo mismo y están conectados de una forma especial? Pues a nosotras no nos pasa. Ni de casualidad. Probablemente cortamos el lazo antes de nacer. Hasta me extraña que Fiona no me fagocitara en el útero para deshacerse de mí.

Físicamente somos idénticas, evidentemente, aunque ella parece la versión mejorada de mi *Cambio radical*. Viste con blusas, que, para empezar, es un concepto que no manejo demasiado, pantalones rectos y zapatos de tacón medio. Siempre lleva el pelo perfecto, liso como una tabla, mientras que el mío parece haber disputado una pelea a muerte con un tigre de Bengala. La línea cuadrada que dibuja su mentón parece más suave que la mía gracias al maquillaje, y también tiene muchas menos pecas que yo, pero eso es porque las elimina con láser, la muy traidora. Es como si quisiera renunciar a su pelirrojismo natural o algo así. Y, por supuesto, Fiona, que siempre lo hace todo bien y a su debido momento, trabaja como cardióloga en uno de los mejores hospitales de Madrid y mantiene una relación idílica desde hace siete años con su novio Martín, aquí presente y sentado a su lado.

Martín es rubio, alto y guapo de un modo clásico que a mí no me atrae para nada. También es traumatólogo, y se comporta conmigo no con demasiada confianza, pero sí con bastante más educación que mi querida hermana.

Me siento a la mesa, lo más alejada posible de cualquier alimento, resumo brevemente mi incidente y rezo por cambiar de tema lo antes posible.

—Deberías dejar ese trabajo, es muy peligroso. ¿A que sí, Alfredo? —dice mi progenitora buscando el apoyo de mi padre.

—Hombre, tanto como peligroso…

—No lo es. Simplemente he tenido un pequeño accidente. Y ha sido más una cuestión de probabilidad. Bernardo me contó que los caballos pueden defecar hasta trece veces al día.

—Vaya, eso es un tránsito intestinal interesante —comenta Martín agarrando su copa de vino tinto por el tallo.

—¿Podríamos no hablar de la defecación de los caballos mientras comemos? Gracias —zanja Fiona.

Tiene razón, no es de buena educación, a pesar de que ella hable constantemente en las comidas sobre acumulación de colesterol, taponamientos cardiacos, infartos masivos y muerte en general, pero no me quejo porque lo último que busco es seguir siendo el centro de atención.

—Fiona, ¿qué era eso tan importante que ibas a contarnos? —pregunto con intención de cambiar de tema.

—Ah, pues…

—Dafne, cariño, es que tú vales muchísimo más que para ser la chica de los recados de nadie —insiste mi madre—. Si hasta estudiaste en Estados Unidos, por el amor de Dios.

Fiona y yo resoplamos al unísono. Para eso sí gozamos de cierta coordinación.

Debería defenderme, lo sé. Y lo he hecho durante años. Me costó horrores que mi madre entendiera que lo mío no era la rama científica y, cuando por fin asumió mi vena artística y bohemia —así catalogada por ella—, esperaba que me convirtiera en una especie de Isabel Coixet. Lo irónico es que yo soy muy feliz siendo ayudante de dirección, a pesar de tener días como el de hoy. No aspiro a algo más grande, sencillamente porque lo que hago me parece lo bastante grande. Pero mi propia felicidad no parece ser tan importante como la felicidad que mi progenitora ha planeado para mí, así que mis palabras caen siempre en saco roto.

—Elsa —interviene mi padre—, yo estudié doce años y me paso el día viendo tractos urinarios. Tu hija trabaja en una serie de éxito y se codea con famosos que nosotros solo podemos ver en la tele.

Le sonrío y él me guiña un ojo.

—¿Entonces el de hoy era un caballo famoso?

—Igual ya hemos hablado bastante de Dafne —comenta Fiona con dientes apretados y me mira—. Has llegado tarde, cosa que te pedí que no hicieras porque esta comida era muy importante para mí… Bueno, para nosotros —se corrige a sí misma y sonríe a Martín—. El caso es que te has perdido esto. —Alarga el brazo y extiende la mano para enseñarme el enorme solitario que luce en el dedo anular—. Vamos a casarnos —declara emocionada y con una sonrisa genuinamente feliz.

—Ah, pues felici…

—¿Y unas oposiciones para Hacienda? —me interrumpe mi madre.

—Queremos que sea algo íntimo —apunta Fiona—. No más de doscientos o doscientos cincuenta invitados.

—Todavía estás a tiempo, Dafne. Siempre se te ha dado bien memorizar…

—Y queremos celebrarla en tres meses.

—Es un puesto para toda la vida y nadie te lo puede quitar. A menos que cometas un delito, pero tampoco creo que vayas a… Espera. —Y entonces repara en Fiona— ¿Has dicho tres meses?

—Sí.

—Eso no puede ser.

—Bueno, si es lo que quieren los chicos —defiende mi padre.

—Tres meses no es tiempo suficiente ni de lejos para organizar una boda en condiciones. ¿Qué prisa tenéis?

—¿No estarás embarazada? —suelto de coña y mi hermana abre los ojos cual dibujo animado. Martín sonríe con disimulo—. ¡Joder! ¡Lo estás!

—Pues sí, lo estoy. Muchísimas gracias por estropearme la sorpresa —recalca mirándome con furia y, cuando creo que me va a lanzar una codorniz a la cabeza, el labio inferior le empieza a temblar y acto seguido se echa a llorar.

—Lo he dicho sin pensar —musito algo descolocada. Estoy bastante más acostumbrada a sus miradas asesinas que a sus lágrimas. Joder, y con pucheros incluidos—. Perdonad, no pretendía estropearos el momento.

—No te preocupes, son las hormonas —susurra Martín mientras le acaricia la espalda con suavidad.

Afortunadamente, el momento dramático se ve eclipsado por las felicitaciones de mis padres, los abrazos cariñosos a los futuros papás y por la ecografía que finalmente nos enseña con orgullo mi cuñado. En ella se ve a un cacahuete de ocho semanas del que me enamoro de inmediato y que se convertirá seguro en una fotocopia de mi hermana. Soy quien menos entiende de biología en esta mesa, aunque no me cabe duda de que sus genes aplastarán a los de Martín. Al igual que los genes pelirrojos de mi madre arrasaron con los rasgos oscuros y mediterráneos de mi padre.

Tras servir el postre y el café, la conversación gira en torno a la organización de la boda. Por suerte, mi madre se olvida temporalmente de mí y de mi futuro laboral en el funcionariado, lo que me permite quedarme en silencio un rato. Mi estómago y yo gozamos de relativa calma junto a un té blanco hasta que comienzan a discutir la disposición de las mesas.

—Todo el mundo tiene pareja menos tú —me recuerda Fiona con una mueca de fastidio, no porque mi situación sentimental le preocupe, sino porque le descuadro la mesa nupcial de un modo inaceptable—. En fin, que venga Nico y ya está —resuelve con un ademán como quien se quita de encima una mosca.

—¿Por qué asumes que no tengo a nadie con quien ir?

—¿Lo tienes? —La risita burlona que acompaña a esa pregunta me indica que le importa poco mi respuesta.

—Puede ser.

—¿Y cómo se llama ese «puede ser»? —quiere saber mi madre a la vez que posa su taza de café sobre el plato para prestarme toda su atención.

—Por favor, Dafne, hace años que tú misma reniegas de tener una relación decente.

No puedo evitar acordarme de Adolfo y mi especie de amnesia sexual. Así y todo, el comentario de Fiona me cabrea.

—¿En serio has dicho «decente»?

—Ay, bueno, ya me entiendes, me refiero a algo medianamente serio.

—La seriedad también es relativa —señala mi padre a la vez que levanta la cuchara del flan —. Las relaciones de hoy en día son más abiertas que en nuestra época. Hay muchas más opciones: demisexuales, pansexuales, poliamorosos, *queer*, bicuriosos…

—No sabía que estuvieras tan al día en la terminología de las relaciones, Alfredo —comenta mi cuñado con guasa.

—Eso es porque está enganchado a *First Dates* —le aclara mi madre torciendo la boca—. Pero no me parece mala idea que Dafne vaya acompañada a la boda si tiene una relación. Eso sí,

lo lógico sería conocerlo antes. Podéis venir a comer el domingo que viene.

—Aunque salga con alguien ahora, no llegará a la boda —asegura Fiona—. No quiero terminar cortando a un tipo cualquiera de mis fotos. Si quiere llevar a Nico, vale, porque son como dos siameses raritos, pero a nadie más.

—Voy a ir con pareja a tu boda. Es más, pienso ir con el amor de mi vida.

No sé de dónde han salido esas palabras. A lo mejor la mezcla de infusiones desencadena algún tipo de efecto psicotrópico.

—Sí, vale, lo que tú digas.

Se ríe condescendiente y eso me enerva aún más.

—¿Qué te apuestas?

—Lo que quieras.

—El anillo de la bisabuela.

La risa se le corta en el acto.

—El anillo de la bisabuela es para mí.

—¿Por qué?

—Porque sí, porque me voy a casar antes que tú, y porque soy la mayor.

—Siete minutos no cuentan.

Además, estoy segura de que me puso la zancadilla para poder salir antes que yo por la vagina.

—Tú no quieres ese anillo.

Ahora mismo no quiero que lo tenga ella y en mi cabeza no va nadie al volante, así que…

—Siempre has dado por hecho que iba a ser para ti, pero ¿qué pasa si yo también quiero casarme con él?

—Bueno, es que eso sería maravilloso —comenta mi madre dando una palmada con una sonrisa radiante que no pega en absoluto con el tono de la conversación—. Solo espero que no sea actor. Cualquier cosa menos un actor, por favor, Dafne.

—Tranquila, mamá, pediré que eliminen a los actores del catálogo de novios que me envían mensualmente por correo.

—Ese sarcasmo no te va a ayudar nada para casarte, ya te aviso.

—El anillo es mío —defiende Fiona con los puños apretados—. No pienso casarme sin él.

—Cielo, es solo un anillo. Tampoco pasa nada si compramos otro —interviene Martín en un intento de aplicar el sentido común. Pero mi hermana ni lo escucha, y yo estoy lo bastante irritada como para continuar con esta estupidez hasta el final.

Ese trozo de metal que mi madre guarda en su joyero, y que antes perteneció a mi bisabuela, posee más valor sentimental que económico. Y ahora mismo se ha convertido en el anillo de Sauron, por lo que ninguna tiene intención de renunciar a él.

—Nos lo apostamos —sentencio—. Y vas a perder.

—No pienso perder contra ti —asegura entornando unos ojos azules idénticos a los míos,

aunque estoy segura de que yo nunca la he mirado con tanto resquemor.

—Chicas, ya vale, no vais a apostaros nada —nos prohíbe mi padre.

—Déjalas, Alfredo, ya son adultas —le contradice mi madre.

—¿Esto te parece adulto?

—Me parece… interesante.

—Haz el favor, Elsa.

—¿Qué? —Se encoge de hombros—. Voy a ser abuela, y si Dafne al final se casa, ya puedo morirme en paz.

—Claro, porque el matrimonio soluciona mágicamente todos los aspectos de la vida —ironizo.

—Hija, pues mágicamente no sé, pero tú vas a necesitar un milagro para no perder esa apuesta.

TAREAS DE HOY

-Pedir cita en el veterinario para la vacuna anual de Cersei Lannister.

~~-Comprar cápsulas de capuchino.~~

-Avisar a Nico para que las compre porque yo saldré demasiado tarde de trabajar.

-Cancelar la suscripción al gimnasio.
(¿A quién pretendía engañar?)

-Buscar algún vestido online para la boda de Fiona. Terminantemente prohibido que sea negro, blanco en cualquiera de sus tonalidades, perlado (buscar especificamente lo que significa), brillante o de mamarracha.

-ENCONTRAR AL AMOR DE MI VIDA.
Sobre todo después de que Fiona me llamara mamarracha.

EL MUÑECO

Los camiones ya han sido descargados y mis compañeros se mueven por la finca de Bernardo con cámaras, cables, vestuario, atrezo y un sinfín de elementos necesarios para montar el set de rodaje en exteriores. El ambiente puede parecer caótico a simple vista, con decenas de personas yendo de un lado a otro sin parar ni un segundo. No obstante, cada cual sabe lo que tiene que hacer. Y quien se despista me pregunta a mí.

La empresa para la que trabajo se llama Clímax producciones, un nombre ideal si te dedicas al cine porno, pero no es el caso. El término tiene más que ver con la estructura narrativa y hace referencia al punto más álgido de una historia, al momento de mayor intensidad para el espectador de una serie o película.

Clímax se dedica a la producción de series para cadenas generalistas y plataformas digitales. En su catálogo, figuran unas cuantas producciones rentables y de éxito entre el público, aunque, sin duda, la gallina de los huevos de oro es —nunca mejor dicho— *Jaulas doradas*, cuya tercera temporada inicia ahora mismo su rodaje.

Se trata de un culebrón cuyo argumento se basa en unos niños ricos haciendo de niños ricos en la universidad más elitista del país. La razón de que barra las audiencias es que cuenta con un guion y una producción bastante dignos, aderezados con un buen festival de abdominales marcados, culos prietos y pezones, que esto no deja de ser España.

Camino por la pradera con mi *walkie* en la mano y de camino a mi última reunión me frenan unas cuantas veces. Escucho las quejas del director de arte y sus dudas sobre si la localización elegida para rodar rompe o no con la unidad estilística de la serie y, a continuación, me asaltan los operadores de cámara. Me piden volver a repasar algunos planos antes de rodar. Tampoco me extraña. Tengo mucha más paciencia que Rodrigo, el director de la serie, y conmigo se entienden mejor.

Puestos a ser un poco menos cinematográficos y más fieles a la realidad, otro nombre para la productora podría haber sido el de Naboland, ya que el ochenta por ciento de sus trabajadores son hombres. El equipo femenino está compuesto por vestuario, maquillaje y peluquería, un porcentaje mínimo de guionistas y por la directora de producción, Madre Gothel, quien es también mi torturadora personal. Por suerte, ella no aparece nunca en los rodajes de exterior. Su

trabajo consiste en controlar el presupuesto mientras se pasea por los despachos. Sin pisar cacas, debo añadir.

A pesar de que sea un alivio no tener a Sonia rondando por aquí, eso no significa que el trabajo sea fácil. En la última media hora me han informado de que la actriz principal ha sufrido una bajada de azúcar, de que tenemos un perro suelto cuyos ladridos se cuelan en el sonido y de que el informe meteorológico que prometía nubes —el orgasmo laboral de cualquier director de fotografía— ha cambiado y el cielo comienza a abrirse para dejar paso a un sol cegador que nos va a complicar la iluminación.

La sensación de control en un rodaje es un tanto ilusoria. Siempre surgen problemas, por mucha planificación que exista. Son como pequeños focos de un incendio que debes apagar rápido para que este no se extienda y arrase con todo. Resulta estresante y cada día me desgastan el nombre. ¿Sufro por ello? Un poco. ¿Me gusta ese sufrimiento? Sí, sin duda.

En resumen, yo soy la mano derecha del director y actúo como nexo entre este y el resto de departamentos. Mi trabajo consiste en coger el peso del rodaje y cargármelo a la espalda. Soy quien marca los ritmos, quien dice qué hay que hacer y cuándo hay que hacerlo. Y todos, desde el director hasta los técnicos, siempre se quejan y me exigen más tiempo para dejar su trabajo hecho a la perfección. Mi cometido también consiste en conseguir que lo hagan a la mayor velocidad posible. Porque por mucho glamur que destile la pantalla, cada vez se rueda más rápido con tal de abaratar costes.

Recuerdo que, en mi primer día como ayudante de dirección, todos mis compañeros me miraban como si acabara de hacer la comunión. Sin embargo, con el tiempo y mucha dedicación, me los he ganado. Con los años, he aprendido a mantenerme firme, pero a la vez a responder a las demandas y los problemas con un carácter calmado. Jamás grito. Por mucho que me apetezca. Y ahora mismo me apetece bastante mientras recorro la finca en busca de mi auxiliar. Acabo de repasar la orden de rodaje y me falta el actor principal, que ya debería estar preparado para su secuencia.

Llamo a Paula por el *walkie* y no me contesta. Abro el canal general y pregunto si alguien la ha visto. Enseguida me informan de dónde está y me dirijo hacia ella. Atravieso el set, donde el director de foto está dando las últimas indicaciones a los eléctricos, y paso delante del director, que charla con Esther, la actriz principal, ya recuperada de su indisposición, mientras ambos toman un café en vaso de plástico. Nada más verme por el rabillo del ojo, Rodrigo me llama con un berrido —porque él sí se permite el lujo de gritar— y le aseguro que lo tengo todo controlado sin frenar el ritmo.

Encuentro a Paula tras las cámaras, apoyada en el tronco de un árbol como si fuera Gisele Bündchen en pleno *shooting* fotográfico. Se coloca las puntas de su melena rubia y ondulada con una mano mientras con la otra levanta el móvil para hacerse selfis.

—Paula… —Me coloco delante de ella con los brazos en jarra, gesto que no percibe porque ni me mira. Está demasiado ocupada poniendo morritos y cara de intensa a la cámara.

—Un segundo, *boss*. —Se hace un par de fotos más antes de bajar el móvil y comenzar a teclear—. Es que tengo que publicar ya la foto.

—¿Es una urgencia vital?

—Pues un poco sí, porque es para BeReal, ¿sabes? Es una red social en la que solo puedes compartir contenido cuando la *app* te lo permite. Y solo te deja dos minutos para hacer la foto —me explica a la vez que sigue tecleando a gran velocidad. Ojalá fuera así de rápida para su trabajo. Así yo no tendría que dedicarme a resolver el suyo—.Vale, ya está. —Levanta la vista hacia mí tan tranquila—. Dime.

—¿Dónde está Gabriel?

—Mmm…

—El actor que empieza hoy. Gabriel Silva.

—Ya, sí, sí… —Tuerce su boca pintada de rosa y mira a nuestro alrededor—. Pues…

—Dime, por favor, que no has perdido al actor mejor pagado de la serie en una finca de siete hectáreas.

—Te juro que estaba por aquí hace un momento, *boss*.

Cojo aire y lo retengo junto con todos los insultos que se me ocurren y jamás pronunciaré en voz alta, y vuelvo a soltarlo.

—¿Te encargaste de que estuviera maquillado y vestido para la secuencia?

—Pues maquillado sí, pero hubo alguna movida con su ropa y no la tenían. —Levanta las manos sin soltar el móvil—. Eso no es culpa mía.

Son las nueve de la mañana, ya he dado diez mil pasos según mi *smartwatch* y Paula sigue aquí sin mover el culo del árbol, cuando su trabajo consiste exclusivamente en vigilar a Gabriel Silva, el fichaje estrella de esta temporada, y ser su sombra.

En mi lengua se desliza una frase que ninguno de mis superiores ha tenido la necesidad de decirme nunca a mí, pero que he escuchado en incontables ocasiones de la boca de directores con mal genio: «un ayudante sentado es un ayudante acabado». Sin embargo, la retengo antes de soltarla. Las amenazas no van mucho conmigo. Y además, tampoco creo que funcionaran con Paula. Todo le resbala porque este trabajo no le importa nada. Tiene veintitrés años y me la endosaron hace tres meses como auxiliar de dirección porque su padre, uno de los jefazos de la productora, no sabe qué hacer con ella. No le gusta estudiar y, por lo visto, yo debo ser su Pedro Aguado, aunque me sobre pelo y me falte altura. Por lo visto, mi cometido es reconducirla en la vida para que haga algo provechoso con ella.

—Paula, ¿tú quieres ir a la fiesta de la productora?

—Ya estoy invitada a ese muermo —responde volviendo a centrarse en su móvil.

—No, me refiero a la fiesta que sigue a esa fiesta. A la que van los actores y mogollón de famosos. —Me acerco un poco más a ella y susurro—. Esa en la que los móviles se apagan.

Sus ojos castaños encuentran los míos a la vez que se abren al máximo.

—¿Me vacilas? Obvio, sí, claro que quiero.

—Pues ve a echar un cable a producción en todo lo que necesite.

Levanta el culo como si le hubieran puesto un muelle y se va corriendo con sus zapatillas blancas e impolutas.

Debería existir un término medio entre alguien como yo, que al empezar a trabajar hacía horas extra no remuneradas por un concepto de autoexigencia mal entendido, que solo sirvió para que mi jefa no apreciara mi esfuerzo pero lo diera siempre por hecho, y alguien como Paula, a la que se la sopla todo lo que no sean los *likes* de sus fotos de postureo.

Me dirijo con rapidez a la casa de Bernardo, en concreto a la habitación que nos ha cedido para que se instalaran vestuario y maquillaje, y me acerco a Mara, la responsable de vestuario de la serie, y también una de mis mejores amigas. Entramos a trabajar en la productora el mismo día, hace ya cinco años, y no nos hemos separado desde entonces.

La encuentro resoplando con una percha en la mano frente a un espejo iluminado y me la llevo hasta un rincón para que nadie que pase por aquí nos escuche.

—Me han dicho que hay un problema con la ropa de Gabriel.

—Sí, una de mis chicas se confundió de día al revisar el plan de rodaje y… —Suspira con cansancio—. Y nada, porque en realidad es culpa mía. Debería haber comprobado su trabajo. Pensaba hacerlo a primera hora, pero Quique se ha puesto malo estando con su padre, que me ha llamado todo cabreado porque tenía una reunión importantísima a la que no podía faltar, así que hemos discutido y luego yo he tenido que llamar a mi madre y pedirle que se quedara con su nieto, lo cual le venía fatal porque tenía hora en la peluquería por la mañana para darse mechas —me cuenta acelerada—. Y al final he acabado discutiendo con ella también.

—Pero ¿está…

—Y todo es culpa del malparido —me interrumpe apuntándome con la percha—. Te juro que me tiene hasta el chumino. No, en realidad hasta me falta chumino para lo harta que estoy de él. Es su semana con los niños, no la mía, pero noooo, da igual lo que diga el convenio, los marrones siempre me los endosa a mí. Pinche cabrón.

Claudio, el exmarido de Mara, es como Voldemort y no debe ser nombrado. Aunque sí insultado con una amplia gama de calificativos que ella saca de los culebrones a los que es adicta. Delante de sus hijos siempre mantiene las formas, así que es su manera de desahogarse.

Aparto la percha, que puede terminar utilizando como arma contra el que menos se lo merezca, y poso una mano en su hombro.

—Vale, lo primero de todo: ¿Quique está bien?

—Sí, solo tiene un virus. El tercero que pilla en dos meses. Enviarle a la guardería es como meter billetes de cincuenta euros en la lavadora.

—¿Necesitas algo? ¿Te puedo ayudar?

—¿Puedes hacerme retroceder en el tiempo para que no me case con ese gilipollas? Espera, no, no debería decir eso. —Frunce el ceño—. Gracias a él tengo a mis dos cafres. ¿Puedes hacerme retroceder en el tiempo hasta que me quedé embarazada por segunda vez para que

pueda mandarlo a tomar por el culo y así ahorrarme dos años de cuernos y un divorcio traumático?

—No, pero tengo cacahuetes con miel. —Saco la bolsita de mi riñonera y se la doy; sé que le encantan.

—Te quiero —gimotea al guardársela en el bolsillo del pantalón. Acto seguido, se da la vuelta para coger el vestuario y entregármelo—. Ya está solucionado y siento el error. ¿Necesitas algo más?

—Encontrar al muñeco nuevo para vestirlo. Paula lo ha perdido.

—Vale que yo ando un poco despistada hoy, pero no entiendo cómo se puede perder a Gabriel Silva. A mí me encantaría ser su asistente. —Esboza una sonrisa y se atusa su melena castaña y leonina—. Si le duele la cabeza, le doy ibuprofeno. Si tiene sueño, le preparo un café. Si está cachondo, le hago una…

—Si está cachondo, que se apañe él solito, que no necesitamos denuncias por acoso.

—Cómo se nota que tú follas los fines de semana. —Tuerce la boca—. Y hablando de eso, quiero los detalles del sábado.

—No tengo tiempo ahora. Ni nunca. Fue demasiado vergonzoso.

—Ah, no, de eso nada, al menos dame un titular: te pidió que le llamaras *papi* mientras te daba cachetes en el culo. Se puso a llorar en mitad del asunto. Solo podía correrse si escuchaba canciones de Romeo Santos. Llevaba foto de su mujer y tres hijos en la cartera… Dime que no era eso, que tenía cara de buena gente. Aunque muchos la tienen y en el fondo da igual, son todos unos cerdos —bufa con asco.

Mara vive en una dicotomía constante desde que se divorció, hace ya un par de años. Está deseando encontrar al hombre de su vida, ya que el que creía que lo era resultó ser un capullo que se acostaba con su monitora de *crossfit*. A consecuencia de ello, mi amiga odia por extensión a todo el género masculino, así que lo de ser feliz con un hombre a su lado se le está atragantando.

—No me acosté con él. Al menos no el sábado —confieso—. Pero es largo de contar y necesito una cerveza antes de hacerlo. Además, primero tengo que encontrar al muñeco nuevo. —Echo un vistazo rápido a su ropa: vaqueros oscuros, camiseta blanca y unas Panama Jack desgastadas—. En realidad, no sé ni por qué se molestan en darle vestuario. Sale en la mitad de las secuencias casi en bolas. Sería mejor ponerle un calcetín para penes y ya.

Un carraspeo fuerte a mi espalda y los ojos de Mara a punto de saltar de sus cuencas me dan el aviso. Me doy la vuelta y ahí está, mi actor perdido. Por supuesto que sí.

—Me han dicho que había un problema con mi ropa. —Señala con la cabeza las prendas que sigo sujetando—. Creo que eso es para mí.

—¿Eh? Sí.

Debería estar acostumbrada. Veo actores y actrices todo el tiempo. Trabajo con ellos y detrás de una pantalla son gente normal, como tú y como yo. También se levantan con el pelo

encrespado, con algún grano inoportuno y con una tonelada de inseguridades. Hace mucho que no me impresionan.

Gabriel Silva va a ser la excepción que confirma la regla. Rubio, pelo corto y rizado, ojos azules, metro ochenta y dos de estatura y veintiocho años. Eso es lo que figura en su ficha de actor. En su nuevo papel en la serie, su personaje, Leo, tiene veintidós. Es el clásico chico malo con corazón de oro en el fondo, por el que las adolescentes —y más de una madre— suspirarán en cuanto aparezca por primera vez en pantalla. Y por la forma en la que entorna los ojos, estos reflejan unos cien años de sabiduría en hacer que se te caiga la ropa interior al suelo.

Es como si la biología hubiera permitido una anomalía para concebir un hijo entre un primo de Chris Hemsworth y el diablo. Y la forma en la que curva la boca ahora mismo en un amago de sonrisa es letal. No sé si es estudiada y forma parte de su *acting* de buenorro de moda, pero esa sonrisa que no llega a serlo del todo podría llevarte por una senda peligrosa y obligarte a cometer estupideces, como dejar de lado a tus amigas, hacerte un tatuaje con su nombre o robar un banco si a él le hace ilusión.

Vale, no, lo del tatuaje es superior a mí y no me lo haría ni de broma, pero lo del atraco me lo plantearía, siempre que estuviera bien organizado.

—¿Tienes intención de dármela o prefieres que haga la secuencia desnudo? —me pregunta al ver que ni pestañeo.

—No, claro que no. Perdona. —Alargo los brazos para entregarle su ropa, pero él solo coge la camiseta.

—Saber quitársela y ponérsela es un arte y un talento poco reconocido. Tienes que tirar de ella por la espalda. —Lo escenifica para mí. Acto seguido, me saludan sus pectorales bien definidos. Son pectorales educados. Mucho más que yo—. Todos los muñecos tenemos que saber hacerlo. Si no, no nos dejan salir a jugar.

Abro la boca y la vuelvo a cerrar. Trago aire y cualquier intento penoso de excusa que se me podría ocurrir en este momento.

—¿Sabes qué? No voy a poder arreglarlo, así que me quedaré aquí, callada y muerta de la vergüenza, hasta que te vayas.

Se pone la camiseta nueva con una lentitud sexi que disfrutaría de no ser porque todos mis sentidos están concentrados en el ridículo que estoy haciendo. Unos segundos más tarde —la eternidad para mí—, coge los vaqueros y las botas con intención de irse.

—Nos vemos… Esto…, perdona, ¿tu nombre era?

—Podría decírtelo, pero tengo intención de cambiar de identidad en cuanto te vayas, así que…

Sonríe. Creo. No estoy del todo segura, ya que no llega a despegar los labios y termina humedeciéndose el inferior con la lengua. Decidido, estoy dispuesta a superar mi dermatofobia por él. Me haré un tatuaje con esa boca. O con el nombre de su madre si lo prefiere.

—Otro día discutimos lo de los calcetines para penes si quieres.

No respondo, la situación ya es lo bastante lamentable y el silencio habla por sí solo. Se aleja con paso lento, muy lento; y, en cuanto desaparece de mi campo de visión, cierro los ojos, aprieto los dientes y suelto un bufido.

—Ay, reina —se descojona Mara, cuya presencia había olvidado delante de Gabriel Silva. ¿Lo ves? Ya estoy dejando de lado a mis amigas—. ¿Te presto una peluca para el cambio de identidad? Siempre he pensado que el rubio te sentaría fenomenal.

—Cállate —le ladro y vuelvo a lo mío, porque vamos contrarreloj y, por suerte, estoy tan ocupada que ni siquiera tengo tiempo para morirme de la vergüenza.

MI MEJOR INTERPRETACIÓN

NICO

Los pasillos son anchos e interminables y los suelos están tan relucientes que casi puedes ver el reflejo de tu dentadura en ellos. Al contrario de lo que pueda parecer, semejante brillo solo consigue hacer este lugar aún más rancio. Las paredes están vestidas con un color crema y una barandilla, cuya función es más práctica que decorativa.

Mientras camino, me coloco una mano en el abdomen. Inspiro profundamente, mis pulmones se llenan y el estómago sube. Suelto el aire con lentitud y vuelve a bajar. Soy actor y, por regla general, practico la respiración diafragmática antes de subirme a un escenario. Es útil para reducir la tensión muscular y la ansiedad. También me sirve en momentos como este. Al fin y al cabo, aquí hago mi mejor interpretación.

Entro en la sala de estar, donde el silencio solo se rompe con la voz de una reportera de la tele hablando a cámara sobre un asentamiento okupa en unos chalés de lujo. Me cuesta pasear la vista por la sala, buscando su rostro entre miradas ausentes. Me cuesta simplemente estar aquí y punto. Como no la encuentro, pregunto a una de las auxiliares, quien dirige mis pasos hacia el jardín. Regreso al pasillo, a otro idéntico y desprovisto de individualidad, y me cruzo con Susana y con Berta, dos trabajadoras de la residencia. Ya conozco a todo el personal.

Al salir al jardín, noto el olor dulzón de la primavera. El espacio es pequeño pero bonito. Sobre un fondo de plantas verdes, rebosan flores rojas, violetas, blancas y amarillas sin dejar un solo hueco desnudo. Me recuerdan a un cuadro de Klimt. Unos cuantos árboles lo rodean y la luz diurna se cuela entre las ramas mientras unos pájaros canturrean posados en ellas. Joder, ahora lo estoy pintando como si fuera una película Disney. No lo es. Y no me gusta. No creo que pueda acostumbrarme nunca a este sitio. No creo que ella pueda hacerlo tampoco, aunque supongo que la medicación cumple su propósito. La mantiene serena, a costa de dormir sus emociones, claro. Ni la fuerza de la costumbre consigue apaciguar las mías. Su presencia aquí me golpea cada día.

La veo sentada al fondo, con un par de cartas de una baraja en la mano. Parece concentrada,

pero a la vez dudosa, mientras las posa muy despacio en la mesa circular que tiene delante. El pelo le ha crecido un poco en los dos meses que lleva viviendo aquí y ya le roza los hombros. Debería pedir que se lo cortaran. Su color castaño parece un poco más desvaído. Asumo que es una percepción más psicológica que óptica, porque todo resulta un poco más gris desde que ella está aquí. Además, me encargo de que le laven el pelo con su champú de siempre y se lo han teñido hace dos semanas. Mi madre odia las canas. Las odiaba. Ya no sé ni en qué tiempo verbal referirme a ella.

Arrugas diminutas se adivinan en el contorno de sus ojos, sin embargo, todavía no le marcan el rostro como a la mayoría de los residentes. Mi madre, Isabel, tiene cincuenta y cinco años y padece alzhéimer de inicio precoz desde hace tres. Un diagnóstico que nos costó meses conseguir, tras visitar un especialista detrás de otro.

«No es su sitio». Es lo que le repetía a mi hermano Saúl una y otra vez cuando discutíamos sobre si internarla en una residencia era lo más adecuado. Yo me negaba y me resistí más de dos años. Durante ese tiempo, me encargué de su cuidado por completo. Al principio, le restaba importancia a sus olvidos. A cosas simples, como que cogiera el móvil y no supiera para qué o que le costara pronunciar los nombres de algunos objetos, como si se le quedaran amontonados en la punta de la lengua. Pero pronto empezó a sufrir algunas dificultades más serias. Tenía que ayudarla a caminar porque le costaba poner un pie delante del otro o a abrocharse bien los botones cuando se vestía, por mucho que se enfadara y me gritara que no era ninguna inútil.

Dolía verla así, y dolía más que ella no fuera capaz de reconocerse a sí misma frente a un espejo, aunque era soportable. Hasta que un día bajé a hacer la compra al supermercado. Solo tardé unos veinte minutos, tiempo más que suficiente para que quemara parte de la cocina porque pensaba que era Nochebuena y se le había hecho tarde para preparar la cena.

A pesar de aquel accidente, me las arreglé para convencer a Saúl de que sacarla de su casa y llevarla a un lugar extraño y fuera de su ambiente podría ser contraproducente y confundirla aún más. A partir de ese momento, me tomé sus cuidados mucho más en serio. Guardé bajo llave los electrodomésticos pequeños, cubiertos, encendedores, productos de limpieza y medicamentos. Quité los cerrojos de las habitaciones y coloqué dispositivos de seguridad en las ventanas. Señalé los recorridos habituales, por ejemplo desde su dormitorio al cuarto de baño. Utilicé carteles con dibujos sencillos para recordarle dónde se encontraban las cosas importantes. Ni siquiera me importaba perderme pruebas de *casting* por falta de tiempo. Miento, sí me importaba, pero estaba dispuesto a seguir haciendo todo lo necesario para mantenerla conmigo.

No lo conseguí.

Una noche se fue de casa mientras yo estaba en el baño. Solía ducharme muy pronto por las mañanas antes de que ella se despertara, pero aquel día estaba agotado y sucio después de organizar la tienda para las rebajas. No sé cómo consiguió abrir la puerta, supongo que los dedos sí conservan la memoria. La encontré media hora después. Y déjame decir que da igual que te convenzas a ti mismo de que tienes la situación asumida. Porque, por muchos manuales que yo

había leído sobre su enfermedad y por muchos médicos y psicólogos con los que hubiese hablado, nada ni nadie me preparó para ver a la persona a la que más quiero así: sola en mitad de la calle, en pijama, desorientada y rebuscando en una papelera.

No me quedó más remedio que aceptar que no podía vivir pegado a ella las veinticuatro horas del día ni proporcionarle los cuidados que necesita. Al menos, no sin desembolsar una cantidad de dinero de la que no disponía ni dispongo. Finalmente, Saúl y yo internamos a mi madre en la residencia y alquilamos su casa para hacer frente a los gastos. Aun así, solo nos llega para pagar la mitad, por lo que Saúl y su sueldo de farmacéutico cubren la diferencia. Y yo, tras quedarme básicamente en la calle, me mudé con Almudena, cosa que no salió del todo bien.

Me acerco despacio a ella, como me han aconsejado, y tomo asiento a su lado. Al principio, no repara en mí y sigue pendiente de sus cartas. Vengo a visitarla todos los días. Y todos y cada uno de ellos me esfuerzo en coger sus pensamientos fragmentados y unirlos como si fueran un puzle. Le hablo mucho, le cuento historias de mi niñez y me empeño en recuperar a la misma mujer que se sabía de memoria todas las canciones de Sabina. Porque no tiene sentido que no haya una cura para su enfermedad. No tiene sentido que esté aquí, delante de mí, y haberla perdido de todos modos.

Cuando nuestros ojos se cruzan, me sonríe por fin y el corazón se me acelera. Pienso que puede ser uno de esos momentos, cada vez más fugaces, que alivian un poco el peso en el pecho. A continuación, me saluda por mi nombre, o ella cree que lo hace, más bien. Me llama Alonso. No conozco a nadie con ese nombre, así que me limito a sonreír.

Entorna los ojos y me mira con detenimiento, como si estuviera estudiando mis rasgos.

—Estás distinto, Alonso.

—Soy Nico, mamá. —Arruga la frente y me mira sin comprender—. Soy tu hijo.

—No, yo no tengo… Solo ten… Tú… Tú no eres Alonso —razona y la ansiedad tiñe un poco su voz.

—Soy Nico, mamá. Nico —insisto, aunque no debería. Conozco la teoría y sé que es mejor seguirle la corriente, pero ni siquiera soy yo quien responde, es mi necesidad insana de que me recuerde.

—Quiero que venga Alonso. Busca esa cosa —comienza a retorcer las manos—, ese, ese chisme para llamar. Necesito hablar con él.

Agarro su mano con suavidad, pero se aparta como si le quemara.

—Mamá…

—Nece… necesss… necessssito…. —Le dejo tiempo para terminar la frase porque sé que es importante, pero se atasca y se pone nerviosa, así que reacciona intentando levantarse y se tambalea.

—Vale, mamá, tranquila. —La ayudo a sentarse y alzo la mano como señal para indicarle al auxiliar que empieza a acercarse a nosotros que no lo necesito—. Isabel… —la llamo con tono sosegado y sus ojos angustiados se clavan en los míos—. Luego te traigo un teléfono para que

puedas hablar con Alonso.

—¿Lo prometes? —musita con la esperanza de una niña pequeña.

—Te lo prometo.

Esa promesa se desvanece tan rápido como la ráfaga de aire que le roza las mejillas, pero sirve para calmarla.

Después de eso, jugamos un rato a las cartas, o todo lo que ella puede jugar, y damos un paseo por el jardín. Le cuento que hoy tengo una audición muy importante. Obviamente, no lo va a poder recordar, pero me gusta mantenerla al tanto. Ella fue la primera en ayudarme a preparar un papel y en animarme a estudiar interpretación. No todas las madres lo hubieran hecho.

Nos despedimos un par de horas más tarde. Al irme, me llevo el peso de dejarla ahí, pensando que si estuviera en casa conmigo tal vez recordaría un poco más. Sé que no es razonable, pero es que tampoco nadie ha encontrado todavía una cura para la culpa.

UN POLVO DE MENTIRA

Todo el equipo está prevenido y en cuanto el director termine de hablar con Gabriel en privado para darle las últimas pautas, retomaremos el rodaje. Miro mi reloj y sonrío. Como diría Hannibal Smith en *El equipo A*: «me encanta que los planes salgan bien». A falta de un puro para celebrarlo —además, me dan mucho asco—, me felicito mentalmente a mí misma. Si las cosas siguen así, la tarde será tan productiva como la mañana. Las secuencias se han rodado como estaba previsto y Rodrigo parece contento. Con *contento* me refiero a que no ha armado un escándalo por alguna nimiedad que se podría corregir sin necesidad de insultar a la madre de nadie.

Cada vez que se enfada, me acuerdo de Ira, el muñequito rojo de la película *Del revés*. Incluso les encuentro cierto parecido físico. Rodrigo tiene unos ojos enormes y algo saltones, es bajito —apenas roza el metro setenta—, aunque fornido, y parece querer compensar su falta de altura poniéndose por encima del resto a base de gritos. Cuando se cabrea mucho, su cara se enrojece como un pimiento morrón y me lo imagino expulsando fuego por la cabeza. Así el berrinche se hace más ameno.

Es un buen director desde un punto de vista técnico y artístico, las cosas como son, pero trabajar con él a nivel emocional es como vivir en un capítulo de una serie en el que hay una amenaza de bomba, un detonador sujeto a un montón de cables de colores y un reloj con una cuenta atrás. Al final, siempre hay alguien que corta el cable indicado para salvar cientos de vidas, y esa debo ser yo.

Resulta un alivio que Gabriel Silva —a quien no he podido evitar tanto como me hubiera gustado tras insinuar que debería pasearse por aquí solo con un taparrabos— se esté adaptando bien al ritmo de trabajo. De hecho, parece bastante cómodo para ser su primer día de rodaje y se mueve por el set con más seguridad que la mayoría.

Estoy repasando con Paula la primera secuencia de la tarde, que consiste en una escena sexual bastante explícita entre los personajes de Leo y Sandra, es decir, Gabriel y Esther. Le estoy explicando un montón de detalles que no sé si tiene intención de retener cuando me distraen unos berridos. Es Ira en plena acción. Sale de la casa de Bernardo como un toro dispuesto a cornear todo lo que se encuentre por delante.

—¡Críos! ¡Estoy harto de trabajar con críos! —grita al aire mientras camina deprisa—. ¡Antes los actores tenían clase! ¡¡Y disciplina!! —Levanta el brazo con un ademán brusco que, lejos de asustarme, me recuerda un poco a Raphael y me provoca una risa que debo contener por el bien de todos los presentes.

Entiéndeme, me tomo muy en serio esta profesión, pero llevamos trabajando juntos tres temporadas y estoy tan acostumbrada a sus escenitas que ya no me impresionan.

—¡Antes los actores hacían lo que tenían que hacer y punto!

Ni que él llevara dirigiendo desde los tiempos de Chaplin. Si tiene cuarenta y tres años.

Sigue acercándose al set a toda prisa y, detrás de él, a lo lejos, veo a Gabriel. Sale de la casa con gesto impasible y una mano metida en el bolsillo del pantalón. Camina relajado, como quien va de excursión por el campo.

Rodrigo llega al set y se detiene justo en el centro. Adora contar con público. Debería ser actor.

—¡¡Dafne!!

El grito casi me perfora el tímpano porque ya he corrido a su encuentro y estoy colocada a su lado. No te voy a engañar, ganas me dan de corresponderle con el mismo nivel de decibelios, pero no es la solución. Como cantaría Selena Gómez, «mátalos con amabilidad».

—¿Qué problema hay, Rodrigo? —pregunto con voz serena mientras el resto del equipo nos observa con atención.

—El señorito nuevo, que ya viene con exigencias y se niega a desnudarse para la secuencia. Menuda falta de profesionalidad. Así yo no puedo trabajar y lo sabes. *Only good vibes* en mi set o me descentro. —Levanta ambas manos con gesto teatral—. En Los Ángeles esto no me pasaría, ya te digo yo que no.

Repite tanto esa frase que cualquiera pensaría que cuenta con una amplia trayectoria al otro lado del charco. No obstante, su experiencia se resume en dirigir un piloto que no llegó a ver la luz, tres capítulos de una serie de bomberos y otra serie de fantasía con muchas reminiscencias —forma suave de decir *plagio*— a Harry Potter, la cual fue cancelada tras su primera temporada.

—No te preocupes, yo me encargo de Gabriel. Tú tómate un café y, cuando te lo termines, el tema estará solucionado.

Se aleja sin rastro de *good vibes* —nunca las ha tenido— y con gesto desafiante, como el divo que es. Le pido a Paula que le consiga ese café. De paso, le susurro que mejor sea descafeinado.

—A mí me parece perfecto que no haya desnudos —comenta Mateo a nadie en particular, abriendo con inocencia fingida esos ojos verdes que vuelven locos a los fans.

Debería estar ahora mismo descansando en su caravana, pero supongo que el *show* de Rodrigo lo habrá atraído hasta aquí. Sus gritos podrían sacar a un oso de su hibernación.

Mateo es el protagonista desde la primera temporada. En la serie es Bruno, un niño bien enamorado de Sandra, la chica «no tan bien», que es interpretada por Esther. Y tanto en la serie

como en la vida real no le entusiasma mucho la llegada de Gabriel. La idea es que el personaje interpretado por este último irrumpa en la historia para iniciar un triángulo amoroso entre ellos. Sí, es un recurso muy manido, pero funciona en cuanto a audiencia y además genera bandos contrarios muy apasionados en redes sociales.

Ahora es cuando añado que Mateo y Esther son también pareja en la vida real y que dos actores liados entre sí puede suponer una verdadera pesadilla. Hoy se quieren intensamente, mañana se odian —más intensamente aún—, y la prensa rosa y las redes sociales se frotan las manos mientras a ti te sudan las palmas por si rompen y convierten el rodaje en un infierno.

Pero no merece la pena adelantarse a problemas que pueden o no ocurrir en el futuro. De momento, me toca gestionar la pataleta de Gabriel, por lo que me acerco a él y le pido que hablemos en privado. Nos alejamos un poco de los demás y caminamos juntos en silencio hasta el pie de un árbol.

—Tú dirás, Dafne. Ya me sé tu nombre. Ha sido fácil, por aquí todos te conocen, y diría que te adoran. —Se cruza de brazos—. Si vas a hacer de poli bueno para intentar convencerme de que me desnude, te voy diciendo ya que no va a servir de nada.

Conozco a actores volubles y caprichosos, pero no me había dado la sensación de que Gabriel fuera de ese tipo.

—Sé que Rodrigo es un poco intenso…

—Rodrigo es gilipollas, así entre tú y yo, aunque tengo la impresión de que ya lo saben todos. Y no entiendo por qué tengo que desnudarme. La motivación es inexistente.

—Es una escena de sexo.

—Discutimos y follamos contra la pared de un establo, que no es el lugar más higiénico del mundo. Es un polvo sucio e intenso. Y debería ser rápido. ¿Por qué coño me tengo que quitar la camiseta y los pantalones a cámara lenta?

—En la lectura de guion estuviste de acuerdo con la secuencia tal y como está planteada. No pusiste reparos en desnudarte.

A petición del equipo legal de la productora, antes de rodar se somete a los actores a un cuestionario exhaustivo con preguntas referentes a lo que están dispuestos o no a hacer en las escenas de carácter sexual, e incluye hasta la duración máxima permitida de un tocamiento de genitales.

Puede parecer exagerado, pero no lo es. Que se lo hubieran preguntado si no a la actriz Maria Schneider durante el rodaje de *El último tango en París*, cuando Bernardo Bertolucci y Marlon Brando acordaron en privado rodar una escena de violación anal sin molestarse en explicarle los detalles a ella.

—Ya, bueno, pues he cambiado de opinión. Y sabes tan bien como yo que ese desnudo es gratuito, aunque no vayas a reconocerlo.

—Lo es, es gratuito.

Parpadea sorprendido ante mi respuesta.

Apenas lo conozco, pero intuyo que prefiere la verdad a que le doren la píldora como me veo obligada a hacer con Rodrigo para calmar sus arrebatos hollywoodienses.

—Rodamos ocho capítulos por temporada. En la primera, hubo siete desnudos y cinco escenas sexuales. En la segunda se aumentó a once desnudos y el doble de escenas sexuales. Ese número volverá a incrementar en la tercera temporada, y no responde a ninguna necesidad narrativa ni artística. Ni siquiera depende de los guionistas —admito—. Los incluyen porque se les dice que deben hacerlo. Porque hay estudios que afirman que así la audiencia sube. Así que, con cada temporada que renovamos, se necesita más: más sexo, más tensión, más violencia, más de todo para que los espectadores no se aburran y se vayan a buscar otra cosa entre una oferta infinita. Y soy consciente de que sexualizar a los actores es injusto. Podemos discutirlo todo lo que quieras, Gabriel, pero así es como funciona y tú lo sabes, tampoco eres nuevo en esto. Quiero que estés cómodo, de verdad que sí, pero, si no tenías intención de rodar desnudo, podrías habérmelo dicho antes.

—Te lo estoy diciendo ahora. No me siento cómodo.

—Lo entiendo…

—Lo dudo —me contradice con una mueca.

—Me costó mucho tiempo que algunos de mis compañeros me miraran a la cara en lugar de a los pechos cuando les hablaba, así que un poco sí que te entiendo. Y te repito que si me lo hubieras dicho antes, habría podido conseguir un doble para tus escenas. Puedo hacerlo para las siguientes, pero ahora estamos en mitad de la nada, tengo a todo el equipo parado esperando por ti y necesitamos continuar.

—Tú dices que me entiendes, pero me pides que ruede la secuencia igualmente. Y yo te digo que si fuera mujer, me tomarías más en serio y no me estarías presionando para hacer algo que no quiero hacer.

Siglos y siglos de patriarcado, discriminación y cosificación para que me suelten esto… Vale, ¿a quién quiero engañar? Es cierto. Sería más empática con una mujer.

Me deshincho con un suspiro largo.

—Déjame ver si puedo hacer unos cambios y reprogramar la secuencia.

—¿De verdad? —inquiere con desconfianza.

—Sí, pero puedes ir a tu caravana y ponerte cómodo un rato. Tengo que hablar con Rodrigo, que me va a gritar, y después tengo que llamar a la directora de producción, que no me va a gritar, pero me va a hacer saber lo decepcionada que está conmigo por mi incapacidad resolutiva. En fin… —Comienzo a alejarme, asumiendo que voy camino de desatar el armagedón en pleno Chinchón, pero él da un paso hacia mí y me frena.

—Déjalo, no hables con nadie. Haré la secuencia.

—Acabas de decir…

—Da igual. —Mete las manos en los bolsillos traseros y aparta la vista para fijarla en el horizonte—. No es para tanto.

Puñeteros actores.

—¿Estás seguro? No quiero que hagas algo de lo que…

—Sí, ¿qué más da? —Se encoge de hombros—. Soy un muñeco, ¿no?

Puñetera… yo.

—Es la jerga que usamos, no pretende ser despectivo. —Frunzo el ceño—. Aunque, ahora que lo pienso, sí lo es. Lo siento. Siento haberte llamado *muñeco*. No volveré a usar ese término con nadie.

—No pasa nada.

—Sí pasa. Tengo la sensación de que he sido el detonante de esta situación.

—No es tu culpa, créeme —asegura muy serio, tensando la mandíbula—. Voy a que me maquillen.

—Me ocuparé de que haya el mínimo equipo posible en la secuencia. Y si cambias de opinión, lo dices y paramos inmediatamente.

Su gesto cambia y me dedica media sonrisa. Solo media. Me pregunto cómo debe ser una completa. Deslumbrante, seguro.

—Gracias, Dafne.

Ignoro el calor burbujeante en mi estómago cuando le escucho pronunciar mi nombre con esa voz algo rasgada y vuelvo a mi tarea.

Veinte minutos después, ambos actores han sido retocados por maquillaje, la iluminación está lista y la cámara en su sitio. El aparente caos se vuelve orden y comienza el ritual.

—¡Prevenidos! —exclamo muy alto desde mi silla, situada al lado de la de Rodrigo.

Las voces se extinguen de inmediato y se instala en el set un silencio sepulcral.

—¿Sonido? —pregunto.

—¡Grabando!

—¿Cámara?

—¡Grabando!

El auxiliar de cámara coloca la claqueta y «canta» la secuencia, el plano y la toma que vamos a rodar.

—¡Cuadro! —asegura el operador de cámara. Es la señal de que estamos listos para comenzar.

—¡Cinco y acción!

La escena arranca con los protagonistas discutiendo para, poco después, besarse desesperados como si les fuera la vida en ello. Gabriel rodea a Esther por la cintura, desliza las manos hacia abajo, la agarra del culo y, sin apartar sus labios, la impulsa para subírsela a las caderas. Ella le rodea con las piernas y, acto seguido, él la empotra contra la pared del establo. En cuanto se desnudan, es Rodrigo quien eleva la voz y dice «corta». Repetimos la toma un par de veces más hasta que el director la da por buena. El murmullo regresa y con él también el movimiento del equipo para preparar el siguiente plano.

A Gabriel y a Esther los preparan para la parte álgida. En general, cuando la gente mantiene relaciones sexuales, se despeina y suda. En mi caso, mi cara parece el resultado de un tratamiento de dermoabrasión, pero en la pantalla todo debe irradiar sensualidad, así que las chicas de maquillaje rocían a los actores con agua de rosas y glicerina que, pulverizada sobre la piel, da la impresión de ser un sudor brillante y atractivo.

Ahora llega el momento complicado. Grabar una escena de sexo es lo menos sexual que puede existir y a nadie le excita verlo; a no ser que estés un poco enfermo. Suele ser incómodo para todos los implicados, y más aún para los actores. Lo que en una pantalla parece espontáneo, impulsivo y fruto de la pasión entre dos personas —a veces, más— es, en realidad, frío y aséptico. Se trata de una coreografía muy técnica en la que el gran elemento de la escena consiste en colocar las manos adecuadamente para no mostrar más piel de lo acordado. Además, la cámara tiene que acercarse mucho y resulta invasiva.

Comenzamos a rodar y no pierdo detalle del plano en el pequeño monitor que tengo delante de mí. Gabriel mira a su compañera como si no existiera nada más alrededor, como si no le importara que el cielo se rompiera y les cayera encima. Ni aun así dejaría de besarla. Me muerdo el labio por imitación cuando lo veo a él hacérselo a ella. Es intenso. Parece real. Parece amor. Y yo siento… ¿envidia?

—¡Corta! Ha sido buena —anuncia Rodrigo y todos empiezan a moverse por el set. A mí me cuesta despegarme de la silla porque acabo de experimentar algo así como una revelación en mitad de un polvo. Un polvo de mentira y en el que ni siquiera he participado.

Hace años que separé el amor del sexo. Los dividí como si fueran la noche y el día. Incompatibles. A uno me lo quedé para los fines de semana y al otro lo desterré de mi vida. Y acabo de darme cuenta de que lo echo de menos. Echo de menos el amor. Echo de menos el sexo con amor. Y echo de menos todas esas sacudidas en el estómago que actúan como alarma interna de tu organismo y te avisan de que empiezas a enamorarte.

Quiero enamorarme. Quiero volverme un poco idiota por el hecho de enamorarme. Y poco tiene que ver la apuesta ridícula que mantengo con Fiona. Quiero volver a sentir algo. Algo que dure más allá de los segundos que me proporciona el orgasmo de un desconocido. Quiero recorrer la distancia que existe de un *tú y yo* a un *nosotros*. Y no tengo ni la más remota idea de dónde estará ese *tú*, pero, por primera vez en mucho tiempo, me apetece averiguarlo.

UNA IDEA MALÍSIMA QUE SOLO LE SALDRÍA BIEN A JENNIFER ANISTON

Tras un rodaje de catorce horas, más otras dos de vuelta en coche —con atasco incluido— desde Chinchón, no merezco llegar a mi casa; merezco aterrizar de cabeza en un *spa* y quedarme allí una semana con todos los gastos pagados. Como no tengo tiempo para eso, me conformaré con una ducha larga, tras la cual me sentiré bastante mal por desperdiciar agua. La culpa de eso la tiene mi amiga Sol. Está obsesionada con el cambio climático y me ha repetido tantas veces el discurso de que el planeta se encamina inexorablemente hacia un apocalipsis hídrico en el que no dispondremos de agua para producir alimentos y ni siquiera para beber que ya me da apuro hasta lavarme los dientes. Por no hablar de utilizar el bidé.

Giro la llave en la cerradura y abro la puerta con un leve toque de muñeca. Nico y yo siempre cerramos con doble vuelta antes de irnos, así que debe de estar en casa. Todas las luces están apagadas y me parece raro. Tanto como me extraña que no me haya contado qué tal le fue la prueba. A primera hora de la tarde, le escribí un mensaje para desearle suerte —el clásico «rómpete una pierna»— y me respondió con un *emoji* guiñándome un ojo. Después no supe más de él.

Esperaba escucharlo en la cocina preparando la cena; algo sano, ya que, cuando no nos estamos dando atracones de *pizza* y gofres, optamos por ser adultos responsables que mantienen una dieta equilibrada. Supuse también que me estaría esperando con una botella de vino abierta, que nos beberíamos entera —lo de la dieta no lo llevamos muy allá— mientras me contaba con pelos y señales cómo le había ido la audición.

Enciendo la luz y avanzo por el estrecho pasillo. El techo es muy alto y no enmascara ni un poco el crujido agónico del parqué a mi paso. Suena como la escena de una película de miedo donde una secundaria irrelevante es destripada por no haber sido lo bastante lista como para huir a tiempo. No obstante, con los años me he acostumbrado y apenas lo noto. Además, arreglarlo me costaría un riñón, puesto que soy la dueña. Esta es la casa en la que me crie. Bueno, es el cincuenta por ciento, para ser precisa. La otra mitad pertenece ahora al piso de al lado, que es propiedad de Fiona.

Hace años, mis padres se mudaron y, en lugar de vender esta casa, la partieron en dos viviendas de setenta metros cuadrados y dos habitaciones cada una. Nos dejaron una a mí y otra

a mi hermana. Ella reformó la suya y se la alquila a una pareja por un precio desorbitado. Yo me mudé aquí y voy haciendo apaños cuando el presupuesto me lo permite. Por eso dispongo de un sistema de ducha inteligente, autolimpiable y con hidromasaje que no aprovecho como me gustaría y a la vez mi cocina rivaliza en modernidad con la de los Alcántara. Así y todo, soy muy consciente de mi buena suerte. No tengo la necesidad de hipotecarme de por vida ni de pagar un alquiler sangrante en Madrid que se lleve por delante mis ahorros.

Llego a la habitación que ocupa Nico cuando está aquí. Y si algo he aprendido, es que cuando cierra la puerta se debe a un motivo muy concreto: tristeza.

Antes de llamar, tengo claro que el motivo de esa tristeza no es Almudena, su ex. Lo descarto porque no escucho música al otro lado. Cuando Nico está deprimido después de terminar una relación, se refugia en la música. A todas horas. Escuchar una y otra vez la misma canción le consuela y le sirve de autoflagelación al mismo tiempo. Yo lo respeto, aunque ha conseguido que acabe aborreciendo el *All of Me* de John Legend.

El hecho de que no suene música en la habitación me preocupa más aún. Es mala señal. Llamo a la puerta con los nudillos y abro para asomar la cabeza.

—Hola —saludo.

—Hola —responde casi en un susurro sin despegar la vista del techo.

Permanece tumbado, con una mano sobre el abdomen y la otra sobre la cabeza de Cersei Lannister, acurrucada junto a él. La única luz de la habitación es de un tono amarillento y la proyecta débilmente la pequeña lámpara de la mesita de noche. Aunque la escasa iluminación no es obstáculo para darse cuenta de que mi gata está en la gloria.

Me quito las zapatillas, me acerco y apoyo la rodilla en el colchón. Lo hago despacio, más por no perturbar al felino que por Nico, y me tumbo a su lado, girando el cuerpo hacia él. Cersei Lannister se revuelve incómoda de inmediato y se levanta sobre sus cuatro patas. Juraría que antes de saltar de la cama y abandonar la habitación contoneándose con chulería —como la verdadera dueña de esta casa que es— la escucho sisear un «golfa». Pero, o bien he desarrollado un superpoder repentino a lo doctor Dolittle para comunicarme con los animales, o han sido imaginaciones mías.

Nico se vuelve hacia mí y me mira por fin. Al chico de ojos brillantes hoy se le ha apagado un poco la luz.

—Soy el suplente.

—¿Del protagonista? ¿Ya te lo han dicho?

—Extraoficialmente, pero sí. Conozco al asistente del director de *casting* y me lo sopló después de la audición.

—Bueno, eso es… Es…

—Es una mierda, eso es lo que es.

—Al menos no es un «no».

—«No» es la palabra que más veces he escuchado. Estoy acostumbrado al rechazo, Daf. Esto

es peor —admite—. Es un *casi*. Es haber estado a punto de conseguirlo y haber fallado. Es un «eres bueno, pero no lo bastante». Y al final, da igual, porque el resultado es el mismo de siempre.

—No estoy de acuerdo en que no seas lo bastante bueno, pero aun así lo siento.

Es lo más honesto que puedo responder a estas alturas. Durante años le repetí las mismas palabras de aliento y siempre le aseguraba «lo conseguirás a la próxima». Lo creía de verdad. Pero «la próxima» se iba alejando una y otra vez con cada audición, y, con el tiempo, los ánimos comenzaron a sonar falsos en mi boca, a pesar de que siga pensando que Nico tiene un talento increíble.

—Estoy cansado. Cansado de esforzarme para nada.

—Eso es lo que piensas hoy. Mañana…

—Mañana voy a seguir pensando lo mismo —tercia serio—. Quizá va siendo hora de asumirlo. Y con *asumirlo* me refiero a dejarlo.

—Ni de coña. —Me incorporo con rapidez sobre el colchón y me quedo sentada con las piernas a lo indio—. Me niego.

Él emite un suspiro denso antes de imitarme y adoptar la misma postura que yo.

—Me mato trabajando en obras que no ve casi nadie, cobrando una miseria o directamente no cobrando. ¿Y de qué me sirve? Soy como el jodido árbol del bosque. Si se cae y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido? Porque está claro que yo no. —Chasquea la lengua—. Ni existo.

Yo reconocería su sonido hasta dormida. Su forma suave de posar las llaves en el aparador de la entrada cuando llega, su zancada larga y elegante recorriendo el parqué, su manera de respirar cuando se queda dormido en el sofá. Hasta puedo escuchar su sonrisa cuando hablamos por teléfono. Todos esos sonidos me relajan y me hacen sentir cómoda. Y como me molesta lo que acaba de decir sobre sí mismo, estiro la mano y le pellizco el brazo con todas mis fuerzas.

—¡¡Au!! ¡¡Joder!!

—Existes, y el moratón que te va a salir lo demuestra.

—Era una manera de hablar, burra. Me refería a mi existencia en el mundo interpretativo.

—Pues no te me pongas en plan filósofo deprimido. Además, sí que existes en el mundo interpretativo. Has trabajado en un montón de obras y saliste en aquel anuncio de la DGT. Lo vio muchísima gente —argumento, declarándome abogada defensora de su carrera artística.

—Hacía de muerto en un accidente de moto. Era un cadáver —protesta la acusación—. Mi única habilidad consistió en aguantar la respiración diez segundos. A eso no se le puede considerar actuar… Tengo treinta y dos años y no he conseguido un papel importante en… —Hace una pausa para pensar—. Joder. —Su gesto es una mezcla de incredulidad y desencanto—. En catorce años.

—George Clooney triunfó a los cuarenta. Y Christoph Waltz no lo consiguió hasta pasados los cincuenta.

—Genial, entonces solo necesito encontrar la manera de sobrevivir veinte años más. Podría buscarme una *sugar mummy* para que me mantuviera mientras tanto.

—Tú no lo vas a dejar, amas actuar —apelo a la emotividad del jurado esta vez.

—¿Sabes lo que no amo? Compartir pruebas de *casting* y audiciones con chavales de veinte años que ya empiezan a mirarme por encima del hombro. ¿Sabes qué no amo tampoco? No tener ni un duro ahorrado y no poder decir nada sobre la situación de mi madre, porque es mi hermano quien se encarga de los gastos de la residencia y es él quién decide. Algo que me recuerda cada vez que hablamos —añade y aprieta los dientes. Acto seguido, deja salir el aire que ha estado reteniendo—. Sí, me encanta actuar. Me llena el pecho como ninguna otra cosa lo hace y es una profesión maravillosa. A ratos. Porque cuando no lo es se convierte en un camino frustrante, neurótico e inestable, con una tasa de éxito mínima. Por eso tengo muchos compañeros con muchísimo talento que se comen el escenario cuando se suben a él, pero que terminaron dejándolo por una nómina que les permite comer de verdad.

—Tiene que haber una forma que no implique renunciar del todo. Actuar es tu vida —afirmo con contundencia, y ese es mi alegato final.

—Sí, pero ahora hay otra vida que depende de mí. Y eso es más importante que todo lo demás. —Quiero replicar, pero sería inútil. Para él, su madre no es solo el argumento definitivo; es también la sentencia—. He estado pensando. Creo que voy a pedir más horas en la tienda. Y buscaré otro trabajo para compaginarlo. Así podré ahorrar lo suficiente para sacar a mi madre de la residencia y contratar a alguien que me ayude a atenderla en su casa cuando yo no esté.

Soy consciente de que Isabel está perfectamente atendida en la residencia y de que su estado no va a mejorar, sino todo lo contrario. La conozco desde hace años y también sé que lo último que desearía es ver a su hijo posponiendo su propia vida por ella. Pero ese pensamiento es el resultado de razonar desde la distancia. Una distancia que Nico es incapaz de asumir. Y en parte lo entiendo.

—Puedes quedarte aquí sin pagar alquiler —le propongo. No puedo acceder a su parte emocional, pero sí a la más práctica—. Pide más horas si quieres en la tienda. Podrás ahorrar lo que ganes para ayudar a tu madre y a la vez seguir presentándote a las audiciones.

—No —niega rotundo.

—¿Por qué no? Ya vivimos juntos hace tiempo, más o menos. Y esta vez no tendrás que sacarme de la cama para que me duche —trato de bromear, aunque escuece un poco hacerlo a costa del momento más doloroso de mi vida.

—No pienso aprovecharme de ti. —Se niega por un orgullo mal entendido.

—No te estás aprovechando, te lo estoy ofreciendo yo. La casa es mía y no necesito que me pagues un alquiler, lo que necesito es que sigas haciendo lo que más te gusta en el mundo. Bueno, y que hagas la cena también, porque todos los días llego tarde y reventada de trabajar. Ya que estamos, un masaje de pies de vez en cuando tampoco estaría mal.

—O sea, que no quieres que te pague el alquiler y a cambio prefieres esclavizarme.

—Un poquito, a lo mejor. —Le dedico una sonrisa perversa; sin embargo, mis palabras esconden un par de verdades. No quiero que Nico abandone la interpretación, porque estoy segura de que no es algo de lo que pueda desprenderse sin perder una parte de sí mismo. Y por otro lado, me encanta vivir con él, así que mi generosa oferta es también un pelín interesada.

—Gracias, Daf.

—No me las des. Puedes quedarte todo el tiempo que quieras. O al menos hasta que conozca al amor de mi vida y decida compartir el resto de mis días con él.

Las cejas le trepan casi hasta el techo por la sorpresa, y sigue siendo un techo muy alto.

—¿Y esa vena romántica de dónde ha salido?

Le cuento la historia de la apuesta con Fiona y todo lo que implica, porque ayer no tuve la oportunidad, ya que no coincidimos en casa. Mientras se lo explico, no abre la boca. Nico es el tipo de persona que sabe escuchar de verdad. No interrumpe, y te clava la mirada de una forma que hace que se te erice un poco la piel de la nuca. Te presta atención como si le estuvieras contando la historia más fascinante, y con ello parece ralentizar el mundo solo para ti.

—O sea, que te quieres enamorar. Así, a lo loco —resume.

—Bueno, a lo loco no. Lo razonable —matizo.

—¿Y qué es exactamente lo razonable?

—Pues no lo sé, no tengo pensado medirlo con una *app* como si fuera mi ciclo menstrual.

—Es una idea malísima.

No es la respuesta que esperaba.

—Una idea malísima que podría salir bien.

—Una idea malísima que solo le saldría bien a Jennifer Aniston en una película. Y en 2004, debo añadir.

—Oye, que no estoy hablando de contratar a un gigoló y presentarme con él en la boda. ¿Qué tiene de malo buscar el amor? Nada, según tú, que te enamoras hasta de una farola si lleva tacones.

—Pero es que yo sufro una necesidad patológica de afecto. ¿Por qué iba a ser actor si no? —bromea, más o menos—. Y los dos sabemos que tú no necesitas a un tío para reafirmarte en la vida ni tampoco un tiempo de descuento para conocerlo.

—No es por eso —respondo molesta.

—Entonces se trata de dar en los morros a Fiona.

—Tampoco es por Fiona. —No necesita ni mover la ceja para hacerme saber que no me cree —. No es solo por ella —corrijo—. Tiene más que ver con lo que me dijiste el sábado en la azotea. Es por esa conexión emocional de la que hablabas. Hace mucho mucho tiempo que no la siento… Me la he negado.

—Lo sé —responde serio esta vez.

—No necesito a un hombre que venga a salvarme ni a suplir ninguna carencia emocional. Quiero enamorarme, Nico, quiero ilusionarme otra vez. ¿Desde cuándo se ha convertido eso en

un problema? ¿Desde cuándo querer, aunque sea solo como idea, es algo por lo que tengamos que justificarnos?

—Tienes razón. Y aunque entiendo más el fondo de lo que quieres decir que la forma en la que te planteas hacerlo, te apoyo. Igual que tú me apoyas en mi decadente profesión. Y como no dejo de ser un romántico, te voy a dar un consejo. Aunque más que un consejo es un hecho. En cuanto te los tiras, pierdes todo el interés.

—¿Me estás sugiriendo que no tenga sexo?

—No, no soy quién para limitar tu libertad sexual. Solo digo que se puede conocer íntimamente a una persona de muchas maneras y que tú solo te has centrado en una durante mucho tiempo. Así que si crees que alguien podría gustarte de verdad, no estaría mal que te propusieras conocerlo de las otras formas posibles antes de acostarte con él.

—La boda no es hasta dentro de tres meses.

—Puedes vivir tres meses sin sexo.

—Es el sexo el que no puede vivir sin mí. Lo hago demasiado bien.

Menos cuando no me acuerdo de haberlo practicado, claro, que en el fondo es lo que nos ha traído hasta aquí.

—Hasta Joss Harnett se abstuvo del sexo. ¿Te acuerdas de *40 días y 40 noches*?

—A Joss Harnett se lo comió Hollywood, lo masticó y lo escupió muy lejos. A lo mejor esa película innecesaria tuvo algo que ver.

—A veces, retrasar el sexo ayuda.

—¿A qué? ¿A tener luego una eyaculación precoz?

—No… —Ladea la cabeza—. Bueno, también puede pasar, pero no me refiero a eso.

—¿Entonces? Dame un buen argumento para no tener sexo.

Entorna los ojos con esa intensidad suya capaz de traspasarte el cráneo y adivino lo que viene a continuación.

Es EL GESTO.

Alza la mano hacia su pelo y la desliza desde la raíz hasta posarla en la nuca. La deja descansar un par de segundos y de ahí se la lleva a la cara. Te juro que esa forma de tocarse a sí mismo, con una lentitud demencial, abarcando la línea de la mandíbula, hasta terminar juntando los dedos en la barbilla con aire pensativo, debería ser ilegal. Esa secuencia ojos-pelo-mandíbula es el trío mágico. Como el poder de las embrujadas. Y él ni siquiera es consciente de ello, lo cual multiplica el efecto y transforma al chico mono en un arma sexual de destrucción masiva.

—Retrasarlo tiene sus ventajas —reflexiona con una sonrisa torcida—. Prohibirte algo, pero que siga ahí, flotando entre vosotros. Casi rozarlo, acariciarlo, casi palparlo y saborearlo. Y negártelo, aumentando la tensión un poco más. Y un poco más —susurra—. Sentirla por toda tu piel hasta que creas que vas a volverte loca. —Su voz repta precisamente por la mía—. En fin —carraspea—, a mí me parece bastante excitante.

Madre mía, y yo ya estoy cachonda.

—Es tarde —añade mirando su reloj como si nada—. Y si voy a ser tu esclavo, debería ir preparando la cena.

Da por terminada la conversación y se baja de la cama. Yo frunzo el ceño porque la teoría la tengo clara, pero la práctica no tanto, así que, antes de que salga de la habitación, me veo en la obligación de advertirle:

—Vale, pero, si te hago caso con lo de la abstinencia y termino suplicándote desesperada que me enseñes el pene, luego no quiero quejas.

UN GERANIO FLÁCIDO

Los astros se han alineado. Y deben de estar haciendo lo que sea que hagan los astros cuando se alinean. Algo muy guay, seguro, que permite que todo fluya en el universo en general. Y en particular, en la casa a las afueras de Madrid en la que nos encontramos. Porque solo la intervención de algún ente superior explica que al director de arte le entusiasme la localización elegida para rodar; que la iluminación sea la ideal, según el director de fotografía; y que Rodrigo haya dado el *ok* definitivo a todos los planos a la primera. Hasta Paula está trabajando en lo que le he pedido sin rechistar. Diría que incluso parece motivada. Algo tiene que ver que le haya encargado hacer fotos, vídeos y minientrevistas a los actores para colgar en redes sociales y pueda sacar algo productivo de su adicción al móvil.

En cualquier caso, la mañana transcurre en relativa calma y el mundo me parece un lugar maravilloso ahora mismo. Cojo mi teléfono y aprovecho el momento para echar un vistazo a mi no tan maravillosa vida sentimental. Hace cuatro días que navego por las turbulentas aguas de Tinder. Añadiría también pegajosas, a juzgar por la cantidad de veces que me han solicitado pajas. En fin, no soy romántica ni quisquillosa, pero al menos en la barra de un bar las peticiones suelen ser más sutiles.

Reviso los últimos mensajes que he recibido. Mi boca va torciéndose en una mueca a medida que avanzo y resoplo con aburrimiento. Acto seguido abro WhatsApp y busco el chat de mis amigos. «El club de los cinco». Lo llamamos así por la peli de John Hughes y porque todos estamos más o menos relacionados con el mundo audiovisual. Sol viaja por todo el mundo como fotógrafa editorial y colabora con revistas muy importantes. Mara se las ingenia como puede para conciliar ser madre de dos niños —tres si contamos a su ex— con su trabajo como diseñadora de vestuario. Y Nico… Bueno, lo suyo con la interpretación es una relación tormentosa, pero ha prometido seguir intentándolo.

Conmigo sumamos cuatro participantes en total. Y sí, el chat se llama «El club de los cinco». Lo fuimos una vez, hasta que la quinta integrante, a quien yo me refería como «mejor amiga», decidió enrollarse con el tipo al que solía llamar «mi novio». Por lo visto, fue algo imposible de evitar. Como que te salgan estrías, oye. Nada se puede hacer contra ellas por mucho que te empeñes. Lo que no sé es por qué nunca le cambiamos el nombre. Al grupo, me refiero, no a mi

ex mejor amiga. A ella ya la llamamos todo lo que se le podía llamar a una persona. Sobre todo, Mara. Ella se encargó de cubrir la parte de los insultos en un noventa y nueve por ciento.

El caso es que mis tres mejores amigos ya están al tanto de mi apuesta con Fiona y de mis intenciones reales de enamorarme, aunque debo reconocer que sigo perdida y necesito consejo.

Dafne
Creo que Tinder no va a ser una opción. De los seis que me han escrito, tres quieren saber si también tengo pelirrojo el pelo de ahí abajo…

Ahora que lo pienso, si me hubieran dado pasta cada vez que un imbécil me lo ha preguntado, mi madre no tendría que preocuparse por mi estabilidad económica.

Mara
Puto asco de tíos…

No te ofendas, Nico.

Nico
No me ofendo.

Sol
Pero ¿qué coño haces? Tinder solo sirve para momentos puntuales en los que te pica la castaña, no para relaciones duraderas.

Mara
Y ya casi ni eso, que hay mucho tarado suelto y no te puedes fiar. Porque, vamos a ver, ¿quién te asegura que el agente inmobiliario algo tímido con el que has estado hablando durante tres semanas no es un psicópata en potencia al que le apetece saber qué se siente al descuartizar a alguien?

Aquí cada cual vive su drama sentimental.

Dafne
¿Ni siquiera vas a darle una oportunidad al de la inmobiliaria? Parecía majo.

Mara
Eso es justo lo que dirían sus vecinos a la prensa cuando saltara la noticia de que he terminado emparedada en un chalé en venta de Aravaca.

Sol
Igual deberías empezar a dosificar los true crime. No te están haciendo bien.

Mara

Sí, hombre, tú quítame las ganas de vivir también.

Dafne

No os riais de mí, pero hace mucho que salí del mercado romántico, así que ¿a dónde se supone que tienes que ir cuando quieres conocer al amor de tu vida?

Nico

Pues teniendo en cuenta que eres una adicta al trabajo, te verás obligada a regresar al pueblecito de Virginia donde naciste y te criaste. Allí conocerás a Tom, el humilde dueño de una tienda de árboles de Navidad, quien, tras una serie de equivocaciones supuestamente cómicas y encuentros que parecen fortuitos aunque en el fondo son cosa del destino, te enseñará a volver a creer en el amor. No sin antes salvar su negocio de la quiebra con la inestimable ayuda de todo el pueblo, preservando con ello también el espíritu de la Navidad.

Sol

Jajajajajaja.

Mara

(GIF de una chica bebiendo de una taza y escupiendo a continuación por un ataque de risa).

Dafne

¿Qué parte de «no os riais de mí» no habéis entendido, hijos del mal? Esto es serio.

Mara

(Sticker de un pene con gafas con un cartel que dice «SERIEDAD, POR FAVOR»).

Sol

(Sticker de Paquita Salas con cara de asco).

Dafne

Vale, lo pillo, soy una ridícula.

Nico

No, no lo eres. Pero no creo que haya una respuesta fija para tu pregunta.

Sol

Pienso igual. Y no es que yo sea tampoco la más espabilada para dar consejos. Me costó más de veinte años darme cuenta de que tenía al amor de mi vida delante de las narices.

Mara
Mejor esperar que precipitarse, casarse con un cretino y acabar divorciada a los treinta y tres, teniendo que ir sola los viernes a celebrar cumpleaños en parques de bolas y rodeada de parejitas que no se soportan, pero que al menos tienen la decencia de sufrir en compañía.

Nico
¿Por qué no pruebas con alguien de la productora? Esto no va a sonar muy romántico, pero la realidad es que pasamos mucho más tiempo con colegas de trabajo que con el resto del mundo.

Sol
Eso es por culpa de vivir en un sistema capitalista en el que nuestro único valor como seres humanos se basa en lo productivos que seamos y convierte nuestro tiempo en mercancía… Pero, dejando eso a un lado, sí, lo más lógico es que salgas con alguien del curro.

Dafne
Ya conozco a todos y no creo que haya nadie para mí.

Mara
Es cuestión de abrir bien los ojos.

Dafne
Sí, muy bonito y eso, pero no deja de ser una frase random.

Mara
No, reina, es una frase literal. Abre los putos ojos y fíjate en ese tío.

Levanto la mirada, pero el jardín en el que vamos a rodar es del tamaño de un campo de fútbol y hay gente moviéndose de un lado a otro.

Dafne
Especifica un poco más.

Mara
Gírate. A tus tres.

Me giro a la derecha y veo unos cuantos figurantes en albornoz al lado de la piscina. Rondarán los veinte años, así que espero que no se refiera a ninguno de ellos.

Mara
A tus otras tres, coño, al otro lado.

Desde la distancia y al lado de una de las figurantes, mi amiga empieza a hacer aspavientos con la braga de un bikini en la mano. No solo es cero sutil, sino que su habilidad para dar indicaciones es nula.

Me giro en la dirección que me está indicando y entonces sí lo veo. Es imposible no hacerlo. Aunque esté agachado frente a un parterre de flores debe medir cerca del metro noventa. Tiene el pelo castaño claro y alborotado, una mandíbula esculpida personalmente por Dios y cara de haber roto ya no solo un plato; este ha debido de arrasar con vajillas y cuberterías heredadas de generación en generación.

Podría añadir más, pero ya lo resume mi amiga en una frase.

Mara
Está para lamerle hasta el DNI.

Sol
¡Foto! Necesito pruebas.

Dafne
No le puedo hacer una foto. Sería un canteo.

Al segundo, aparece en la pantalla una foto.

Mara
De nada.

Sol
(Cinco emojis de fuego, seguidos de cinco caras derritiéndose).

Vale, pues ya estaría. Ese es el hombre de tu vida. No busques más.

Mara
Tiene que ser actor. ¿De dónde ha salido semejante maromo y por qué yo no lo conozco?

Dafne
Es el dueño de la casa. Nos la ha alquilado para el rodaje de hoy.

Mara
¿Tremendo y con casoplón? Demasiado bueno para ser verdad. Algo chungo debe de esconder.

(GIF de un gato entrecerrando los ojos con gesto de sospecha).

Dafne
Solo he hablado un par de veces con él, pero es bastante majo. Y no me refiero a majo de los que esconden restos humanos en una nevera y luego protagonizan un true crime. Majo y apto para vivir en sociedad.

Mara
Pues decidido, sal con él. ¿Qué coño? Llévatelo detrás de esos setos. Tienes veinte minutos antes de empezar a rodar. Yo te cubro.

(Número exagerado de lenguas, berenjenas, melocotones y otros tantos emojis cuya referencia sexual desconozco).

Dafne
No debería. Nico me ha prohibido el sexo.

Solo lo suelto así porque espero alguna reacción por su parte. Se ha quedado callado y no me gusta.

Mara
¿Perdona?

(GIF de Sara Jessica Parker parpadeando sin parar y abriendo la boca).

Nico
Ya sabía yo que esto me estallaría en la cara…

Puedo visualizarlo ahora mismo poniendo los ojos en blanco.

Sol
Explícate, Nicolás, por tu bien.

Nico
Repito que no soy nadie para prohibirte nada. Utilizas el sexo como desahogo, como un medio para un fin. Es una mera observación, no un juicio. Solo te dije que cuando te acuestas con un tío, después no quieres volver a saber nada de él. Y llámame loco, pero creo que eso puede ser un obstáculo para empezar una relación sentimental duradera, que se supone que es lo que estás buscando. Así que, ya sabes, si quieres que algo cambie, no hagas siempre lo mismo…

Y ahora os dejo, que algunos tenemos que trabajar.

Sol
A ver, algo de razón tiene el muchacho.

Lo sé. Mi interés por los hombres dura menos de lo que tardo en quitar las sábanas después de acostarme con ellos. Y aunque no fuera consciente de ese hecho, debería fiarme de Nico. Me conoce mejor de lo que me conozco a mí misma.

Mara
Dafne, si no vas tú a por él, voy yo. Como eres amiga, te concedo una ventana de tiempo de treinta segundos de ventaja. A partir de entonces, no hay ley y los tirones de pelo están permitidos.

Guardo el móvil en la riñonera y me muevo para cruzar el jardín y llegar hasta él. No lo hago por Mara. Es una quinqui, pero solo de boquilla. Se trata más bien de un movimiento preventivo.

No me gusta ver que el dueño de la casa donde tenemos que rodar todo el día arruga la frente con gesto de preocupación. No me gusta que la gente arrugue la frente en general. Suele anticipar problemas.

—Alex, ¿todo bien? —pregunto nada más llegar a su lado.

—¿Eh? Sí, sí. —Desvía la mirada de las flores hacia mí y se levanta todo lo largo que es—. Solo estaba echando un ojo a los geranios. —Se acerca a ellos y palpa los pétalos rosas con mucho cuidado—. Los noto un poco flácidos.

Cualquier cosa que toque este hombre no puede permanecer flácida mucho tiempo.

—¿Necesitas algo? —me pregunta.

—No, qué va. El rodaje va fenomenal y quería darte las gracias por ponérnoslo todo tan fácil —comento con una sonrisa—. Tienes una casa espectacular y creo que este jardín es el más bonito que he visto nunca.

No trato de hacerle la pelota. Bueno, quizá intento darle conversación y ser agradable, aunque eso no impide que el jardín sea una pasada. El césped es de un verde muy vivo, casi saturado, y creo que no hay un solo color que no esté representado en las flores que lo decoran.

—Bueno, por la casa no tengo ningún mérito, es de mis padres. Aunque el jardín sí es obra mía, así que gracias. —Sus comisuras se elevan y creo que hasta los pájaros que vuelan de paso dan la vuelta para poder contemplar la sonrisa que forman.

Mi intención es preguntarle si se dedica a los jardines profesionalmente o por afición. En fin, no es la forma más original de ligar, pero digo yo que antes de ponerse a follar tras un seto habrá que cubrir los temas básicos. Sin embargo, no tengo oportunidad de preguntarle nada porque una chica rubia y bajita llega hasta nosotros. Nos saluda y enseguida aparta la mirada para agarrar a Alex de la sudadera con un tirón fuerte.

—Madre mía, ¿esa es Aitana? —Contiene el aliento y mira con ojos como platos a la actriz que interpreta a ese personaje, quien se encuentra hablando con Rodrigo—. Al final de la última temporada descubrió que estaba embarazada, pero no sabe si el hijo es de Borja o de Manu. ¿Si voy y se lo pregunto tú crees que me dirá quién es el padre?

—Espero que no —intervengo—. Lo tiene prohibido por contrato.

—Ah, pero a mí puede contármelo. Te juro que soy una tumba.

—Y yo te juro que no conozco a esta chica de nada —comenta Alex señalándola con el pulgar—. Debe de ser una fan loca que se ha colado. Llama a seguridad y que alguien la saque de aquí.

—Eres idiota —responde la aludida antes de dirigirse a mí—. Soy Minerva, y soy superfan de la serie.

—Yo soy Dafne, la ayudante de dirección.

—Encantada, y que conste que no me he colado. No soy una fan acosadora ni nada. Soy la que vive con este gracioso y la que tiene que aguantarlo todos los días.

—Y también eres mi futura esposa —apostilla él—. En dos semanas.

Vale, olvida lo del seto.

—Eso está por ver si sigues pidiendo que me echen de aquí.

—Te recuerdo que eres tú la que quiere dejarme por el actor ese —tercia con desdén.

—Yo no he dicho nada semejante.

—Has dicho que es más atractivo que yo.

—Tampoco he dicho eso. He dicho que para poder opinar si Gabriel Silva es más atractivo que tú necesitaba verlo con mis propios ojos. Es una cuestión empírica.

—Dafne, tú lo conoces, así que, ¿qué opinas?

—¿En serio me estás preguntando quién es más atractivo de los dos?

—Sí. —Se cruza de brazos—. Y, por favor, que no influya para nada en tu opinión que os ofrezca rodar aquí a un precio muy muy asequible.

—Lamentable, Ackermann —sisea ella meneando la cabeza—. Lamentable.

Él se encoge de hombros.

—En el amor y en la guerra todo vale, sabionda.

No sé cómo lo hacen, porque todavía no les he escuchado dedicarse entre ellos ni una palabra cariñosa y, a pesar de eso, me parecen adorables juntos.

—Bueno, pues, sin estar condicionada para nada por la posibilidad de que puedas cancelar el rodaje, lo cual nos haría perder un montón de dinero, tú eres mucho más atractivo que Gabriel Silva. Gabriel Silva es… un geranio flácido comparado contigo.

—Me han llamado muchas cosas, pero geranio flácido es nuevo.

Cierro los ojos con fuerza en cuanto escucho su voz a mi espalda. Al abrirlos de nuevo, me doy cuenta de que mi deseo de teletransportarme muy lejos no se ha cumplido.

—¿Ves? Lo que yo decía —sonríe Alex encantado de la vida antes de que su novia se lo lleve de la mano.

—Estaremos por aquí, Dafne, si necesitas cualquier cosa —añade Minerva, que al menos se molesta en disimular la risa.

No pienso girarme. Me quedaré aquí quieta y en silencio hasta que se vaya. Sin embargo, las fisuras de mi plan se hacen más que evidentes cuando Gabriel da dos pasos y se coloca delante de mí.

—¿Algo que decir en tu defensa?

Sí, que era una broma inocente. En cambio, suelto:

—¿Tienes un dispositivo que salta cada vez que hablo de ti?

Coloca las manos detrás de la espalda y se inclina tanto que su aliento me roza la mejilla.

—¿Es que hablas mucho de mí o qué?

—Lo siento, no tenemos tiempo para esto. Tú tienes que rodar ya y yo tengo que ahogarme en la piscina, porque es la única forma de dejar de hacer el ridículo en tu presencia.

—Mejor no te tires, me obligarías a saltar para salvarte y acaban de peinarme.

—Con la suerte que tengo, me quedaría atascada en un flotador de unicornio y acabaría

enseñándote las bragas.

—Eso animaría a mi geranio flácido.

—No me refería a…

Una tercera voz se cuela en la conversación. Procede de mi riñonera. Me están llamando por el *walkie*. Le doy gracias mentalmente al marrón de última hora que seguro que acaba de surgir.

—Me reclaman, tengo que irme —digo ya alejándome.

—¿Vas a ir a la fiesta de esta noche?

—Sí. ¿Y tú?

—Ahora que sé que vas tú, sí.

Y esa frase es suficiente para que mis piernas viajen quince años atrás, que es más o menos la época en la que recuerdo que me temblaban las extremidades por el simple hecho de que un chico guapo me dirigiera la palabra.

UN DESASTRE IMPRESIONANTE

Clímax producciones cumple su vigésimo aniversario y lo celebra con una fiesta. Una similar a las que organiza en Navidad y que comienza con canapés y champán para culminar al amanecer en un piso que algún famoso tenga alquilado cerca de Gran Vía, donde no faltarán sexo, drogas y *rock and roll*. Bueno, lo del *rock and roll* es un decir, pero sexo y cocaína habrá en abundancia. Al menos eso cuentan. Yo nunca me quedo hasta esa parte. Siento cierta curiosidad, pero no me gusta mezclar lo profesional con lo personal hasta el punto de terminar llevándome puesto el tanga de otra por equivocación.

Miro el reloj del móvil, que descansa sobre la encimera del lavabo. Son las nueve y cuarto, la fiesta ha empezado hace quince minutos y sigo en albornoz. Tengo dos motivos para llegar tarde. El primero, que soy demasiado complaciente. El segundo, que soy torpe.

En cuanto al primer motivo, Madre Gothel me envió a las siete de la tarde un *e-mail* cuyo asunto era: ¡¡¡MUY URGENTE!!! En él me pedía un documento justificando por escrito todos los gastos imprevistos que habían surgido en el rodaje a lo largo de la semana. Es decir, necesitaba que hiciera su trabajo. Pero, como te he dicho, soy complaciente —o sea, gilipollas—, así que me puse con ello enseguida. Por suerte, lo solventé en algo menos de una hora. Aparte de gilipollas, resulto bastante eficiente.

Ahora vamos con lo de la torpeza, mi segundo motivo para llegar tarde a la fiesta. Empezaré con un argumento a mi favor, y es que soy extrañamente habilidosa para los pequeños arreglos de la casa: un fregadero atascado, una ducha que gotea, un interruptor que no enciende… Sin embargo, en cuanto a mí, soy un desastre en toda mi extensión. No es que considere que necesite arreglo, pero, de vez en cuando, la sociedad me exige quitarme los vaqueros y las camisetas de series de los 2000 para «disfrazarme». Cosa que me estresa un poco. Por eso he necesitado tres intentos con el *eyeliner* para que la raya del ojo izquierdo se pareciera a la del derecho. Y cuando lo he conseguido, no sé cómo me las he ingeniado para clavarme el cepillo de la máscara de pestañas en la córnea. He tenido que volver a empezar el proceso y lo más probable es que mañana me despierte con una conjuntivitis.

Puesta a ser positiva, al menos mi cara presenta mejor aspecto que mi pelo. Giro la cabeza de un lado a otro y observo frente al espejo del baño mi intento de moño desenfadado.

Irónicamente, mi pelo parece bastante enfadado. Y por su forma quizá sea útil para que un ave incube sus huevos y críe a sus polluelos, pero no resulta elegante ni adecuado para una fiesta.

El móvil empieza a sonar. Es mi madre. No tengo tiempo para hablar con ella; sin embargo, ignorarla tampoco es buena idea. Insistirá al menos otras tres veces y, si no me localiza, llamará a Nico. Y si Nico no responde, acabará por llamar a todos los hospitales de Madrid capital y parte de la provincia.

—Mamá…

—Dafne, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, aunque voy apurada de tiempo.

—Bueno, pero eso no es ninguna novedad. Nunca tienes tiempo para nada. Ni siquiera para llamar a tus ancianos padres —remata con un suspiro lastimero perfeccionado con los años.

—Tienes toda la razón. Prometo llamar más —convengo porque es mucho más sabio y rápido estar de acuerdo en todo lo que diga y luego hacer lo que yo considere oportuno.

—Estoy organizando el menú del domingo y necesito saber cuántas lubinas comprar. ¿Vas a traer al chico misterioso del que no quieres hablarme?

—Eh… no. Ya te dije que no.

En persona el domingo anterior y varias veces por mensajes a lo largo de la semana.

—Que tampoco te lo vamos a espantar. No entiendo a qué viene tanto secretismo… Porque hay alguien, ¿verdad? —inquiere con tonito sospechoso.

—Sí, sí, claro que hay alguien.

No es mentira. Con casi ocho mil millones de habitantes en el planeta, digo yo que alguien será la horma de mis Converse. Además, no me da la gana de admitir lo contrario. Si Fiona se entera, encontrará la manera de anular la apuesta y, por una vez, no estoy dispuesta a permitir que gane.

—Pero se trata de un chico, ¿no? Quiero decir, que si no lo fuera… que si, ya sabes…, que si Juan, por llamarlo de alguna manera, fuera Juana, también nos parecería bien.

—¿Y eso a qué viene?

—Ay, ¡y yo qué sé! Eso es cosa de tu padre. Me ha insistido en que te diga que te apoyamos y te queremos seas como seas.

—Me alegro, pero no soy lesbiana.

—Pues igual hasta se lleva un disgusto, a saber. Está rarísimo… En cualquier caso, si la cosa no sale bien con ese chico del que no quieres hablarme, quiero que tengas en cuenta que hay otras opciones. Tengo unas cuantas amigas con hijos solteros. También hay divorciados disponibles, pero, tranquila, que he excluido a los que tienen hijos.

—Mamá, por Dios…

—¿Qué? Tú no puedes ser madrastra, cielo. Te comerían viva.

No sé qué me ofende más, si su intención de subastarme entre los hijos de sus amigas o su clara opinión sobre mi incapacidad de lidiar con hipotéticos hijastros.

—Tengo que colgar.

—El sobrino de mi amiga Azucena tiene la carrera de Bellas Artes. Y tiene el pelo largo. Es *hippie*, pero con estudios. Seguro que te gusta.

—En serio, tengo que colgar. Voy a una fiesta y ya llego tarde.

—¿Una fiesta? ¿Qué fiesta?

—La del aniversario de la productora. Hablamos maña…

Me deja con la palabra en la boca. Ha debido cortarse o… peor. Ha colgado y ahora me está llamando por *FaceTime*.

Echo la cabeza hacia atrás y emito un gemido lastimero antes de cogerlo.

—A ver, enséñame cómo vas a ir a esa fiesta —me pide en cuanto aparece en la pantalla y enseguida frunce el ceño—. Pero ¿todavía no estás vestida?

—No. —Me recoloco el albornoz con la mano libre para evitar que se me salga la teta izquierda. Encontraría la manera de criticarla—. Por eso te he dicho que no puedo hablar.

—Nada de vestidos con forma de tubo ni de trapecio. Te sientan como un tiro.

—Vale.

—Y recuerda: luce piernas o escote, pero nunca los dos a la vez.

—Que sí.

—Y ni se te ocurra ponerte uno de esos tops lenceros, que no vas a una barra americana.

—Mamá, voy fatal de tiempo.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

Suspiro. O resoplo, más bien.

—Un recogido informal que he visto en un tutorial de *YouTube*.

Mara me especificó que el vestido que voy a llevar —siempre le confío mi *look* para bodas, bautizos, comuniones y cualquier tipo de evento social— exige un recogido. Aunque se me ha hecho tan tarde que cuando llegue a la fiesta, mi amiga se estará tomando la cuarta copa y no se acordará ni de su nombre; dudo que le importe mi peinado.

—¿Por qué no has ido a la peluquería?

—Porque no he tenido tiempo. Y aunque lo hubiera tenido, tampoco habría ido —añado, aun sabiendo que con ello voy a alargar la conversación innecesariamente—. Me niego a que me cobren ochenta euros por un recogido con el que me echarán diez años encima.

—Ay, Dafne… —Suspira y mueve la cabeza de un lado a otro con desaprobación.

—¿Qué? ¿No gano puntos ni por intentarlo?

—Bueno, eso sí —admite cediendo un milímetro—. Además, todo tiene solución. Tienes una boca bonita. Píntate los labios con el tono coral que te regalé por Navidad y que seguro que no has estrenado. Con suerte, no se fijarán en tu pelo.

—Muy bien, gracias.

—Y no te pongas tacones muy altos. Estilizan, pero tú no lo necesitas, ya tienes las piernas largas. Al menos, algo bueno heredaste de tu abuela —apunta con un suspiro—. Además, no

sabes caminar con ellos. La psicomotricidad gruesa no es lo tuyo. Fíjate que ya nos lo advirtieron en el colegio.

Mi madre y su capacidad para convertir lo que parecía un halago en un insulto. Es un verdadero don.

—¿Has terminado?

—Vigila el alcohol. Que no dejan de ser tus compañeros de trabajo y luego sabemos lo que pasa. Acuérdate de la boda de tu prima Aurora y del espectáculo que diste en medio de la pista.

—Pero no por borracha, que me atraganté con una gominola de la mesa de los dulces. Si casi me muero —exclamo entre la indignación y la prisa por colgar.

—Ah, sí, es verdad —reflexiona y vuelve a menear la cabeza—. Casi mejor tampoco comas.

—Adiós, mamá.

Corto la llamada antes de darle tiempo extra para añadir que soy una exagerada y no se me puede decir nada.

Empiezo a quitarme las horquillas con más fuerza que maña, arrancándome unos cuantos pelos de paso, y Nico aparece en escena.

—Espera, anda, que te echo una mano —dice colocándose detrás de mí.

—No te molestes, creo que lo mejor que puedo hacer es ponerme una bolsa de basura en la cabeza —comento como si estuviera masticando cristales mientras él me quita el resto de horquillas con bastante más delicadeza que yo.

—No se lo tengas en cuenta a tu madre. Intenta ayudarte. —Arqueo una ceja y nuestras miradas se encuentran en el espejo—. Lo intenta —insiste—. Es solo que no escoge las palabras más adecuadas.

—Te juro que la quiero, pero me saca de quicio.

—Pues díselo. Habla con ella.

—¿Para qué? Es mi madre siendo… mi madre. Acabaría con migraña y sin solucionar nada.

—No sé, yo daría lo que fuera por poder tener una conversación con mi madre, de cualquier cosa.

—Nico…

Intento darme la vuelta, pero me sujeta por los hombros.

—No, quédate quieta. Estamos hablando de ti, no de mí. Solo digo que tú tienes la oportunidad y que seas consciente de que eso es una suerte. Y ahora vamos a intentar hacer algo con tu desastre de peinado.

No respondo porque cuela sus dedos entre los mechones de mi pelo y empieza a darme un masaje en el cuero cabelludo que me hace cerrar los ojos y gemir del gusto. Si no voy a tener sexo en un tiempo, al menos no me negaré otros pequeños placeres. Me cepilla la melena y quince minutos después alucino en el espejo conmigo misma y mi moño bajo. Sencillo. Bonito. Perfecto.

—¿Qué tal?

—Pues está… genial —aseguro con una sonrisa—. ¿Desde cuándo sabes hacer recogidos, hada madrina?

—Cuando trabajas en obras sin un duro de presupuesto desarrollas habilidades como peinar a tus compañeras de reparto.

Le doy un beso en la mejilla y voy corriendo a mi habitación para ponerme el vestido que más me vale devolverle a Mara el lunes sin una sola mancha, porque, según ella, «es de seda natural y cuesta más que un corazón en el mercado negro».

Órganos vitales aparte, es precioso. De color verde botella, con cuello *halter* y una falda de volantes que se termina ciñendo al cuerpo gracias a un cinturón del mismo tejido que el resto del vestido. Me pongo unas sandalias cómodas, o todo lo cómodas que pueden ser unas sandalias de tiras y tacón fino no muy alto, y me pinto los labios como me ha aconsejado mi madre. Cojo el bolso de fiesta, también cortesía de Mara, y me apresuro a salir.

—¿Qué tal estoy? —le pregunto a Nico, que me está esperando en la entrada para bajar juntos hasta la calle. Giro sobre mí misma y doy una vuelta completa—. ¿Soy un desastre medianamente presentable?

Se inclina un poco hacia atrás antes de recorrerme de arriba abajo. Tan lento que cualquiera diría que es la primera vez que me ve.

—Eres un desastre impresionante. De esos que no te dejan apartar la vista, aunque sepas que van a acabar contigo.

—Me lo pienso tomar como un cumplido.

—Lo es. —Sonríe—. Estás muy guapa, Daf.

—¿Tanto como para impresionar a Gabriel Silva?

Alza las cejas con sorpresa. Casi la misma que acabo de experimentar yo ante mi propia pregunta.

—Así que… te gusta.

—Puede. No sé. —Doy unas pasadas con la mano a la falda del vestido para evitar su mirada y así dejar de sentirme un pelín ridícula—. Tampoco es que lo conozca mucho.

—Bueno, de eso se trata, ¿no? Conócelo esta noche.

Y esa posibilidad me provoca un cosquilleo en el estómago.

—Tú también estás muy guapo —afirmo cuando me fijo en su atuendo.

Él también se ha cambiado para salir y, si le echo la bronca cuando se levanta en calzoncillos y se pasea por casa rascándose el paquete sin disimulo, lo justo es reconocer también lo guapo que está ahora mismo. Porque Nico sabe sacarse partido. Que el chico trabaja en una tienda de ropa y algo de moda sabe. Ese conjunto de pantalón verde caqui con camisa blanca entallada, zapatillas del mismo color y gabardina azul marino le queda como si lo hubieran diseñado en exclusiva para él.

Cinco minutos más tarde, tras una aparatosa parada de último momento para hacer pis con el vestido, salimos juntos de casa. Caminamos unos metros y nos despedimos cuando consigo parar

un taxi. Nico se irá andando porque ha quedado a tomar algo con unos amigos a solo un par de calles de aquí.

—Pásalo bien en la fiesta, Cheeto.

—Tú también. Y si te enamoras esta noche, por favor que sea de un *emoji* simpático.

—Lo tendré en cuenta. Y tú, recuerda —sonríe agachándose a mi altura cuando ya estoy dentro del taxi—: más hablar con Gabriel Silva y menos follar.

—Uy, igual se me olvida. Deberías habérmelo estampado en una camiseta.

—No se te va a olvidar, te lo prometo.

Y me guiña un ojo antes de cerrar la puerta.

UNA CITA

Me bajo del taxi a las diez y cuarto de la noche y tardo unos cinco minutos en atravesar la marea de gente que abarrota la plaza de Callao, en pleno centro de Madrid. La fiesta se celebra en un cine legendario al que de cine ya solo le queda eso, la leyenda. Y me parece una verdadera lástima. Las taquillas no andan muy boyantes desde hace unos años y las salas cada vez se están quedando más vacías. Así que los cines que se resisten a morir se han visto obligados a cambiar la gran pantalla por la organización de eventos.

Subo las escaleras y accedo al *hall*, cuya alfombra ya ha sufrido muchas pisadas, tanto de invitados como de algunos miembros de la prensa, seguro. Siempre que hay actores de nuestra serie pululando por alguna fiesta, acuden para tomar fotos. Por suerte, el *photocall* ha terminado hace rato, así que, al menos, me ahorro posar. Ya imaginarás lo bien que se me da.

Me guío por el sonido de la música y el repiqueteo de los tacones de un par de chicas que regresan del baño y entro en la sala principal. Es amplia, como para acoger a más de quinientos invitados, y está iluminada por luces que parpadean al ritmo de una canción pegadiza que hace sonar el DJ. Una de Karol G. O Becky G, quizá. O cualquier otra G que está siempre *ready* para darte un poco de dum dum dum o de zum zum zum, que no deben de ser lo mismo.

Mi intención es buscar a Mara, aunque, visto el aforo, puedo tardar un buen rato en encontrarla. Le envío un mensaje para preguntarle dónde está y, mientras espero su respuesta, me muevo por la sala, parando de vez en cuando para hablar con algunos compañeros. O más bien, para gritarnos por encima de la música.

También echo unos cuantos vistazos alrededor con la intención de localizar a Gabriel, pero no hay manera. Necesitaría algo más de luz, y de altura, ya puestos, para diferenciar unas caras de otras.

Ni siquiera tengo claro que vaya a aparecer por aquí a pesar de haberme confirmado su asistencia. Supongo que un actor famoso como él tendrá un millón de invitaciones y planes disponibles para un viernes.

—¡Dafne! —me saluda mi jefa, colocando una mano sobre mi hombro y sosteniendo una copa de champán con la otra—. No te había visto. Y mira que es difícil no hacerlo con ese vestido. —¿«Cumplido o insulto, qué será?», me pregunto mientras da un pequeño sorbo a su

bebida. Con ella nunca sé qué esperar—. Estás espectacular.

—Tú también… —No la llames Madre Gothel, no la llames Madre Gothel, no la llames Madre Gothel—, Sonia.

Es cierto que está guapa. En parte porque ella sí ha tenido tiempo de ir a la peluquería a retocarse las mechas y a hacerse la manicura. Su apodo no es Madre Gothel porque se parezca físicamente a la villana de *Enredados*. De hecho, es rubia de pelo liso, tiene los ojos marrones y una mirada engañosamente dulce que no se corresponde con los cuarenta y muchos años de mala hostia encubierta que gasta. La llamo Madre Gothel porque es falsa, manipuladora y una secuestradora. Vale, igual no ha secuestrado a mi melena larga y mágica en una torre, pero sí un montón de horas de mi vida cada vez que no le da la gana hacer su trabajo. Y, por si fuera poco, siempre intenta darle la vuelta a la situación para que parezca que me está haciendo un favor.

—¿Qué te parece la fiesta? No han sido muy esplendidos, ¿verdad? El champán es terrible.

—No sé, acabo de llegar.

—¿Ahora?

—Sí, se me hizo un poco tarde trabajando.

—Pues como a mí, y aun así llegué puntual. Tuve que corregir, por cierto, el documento que me pasaste. Menos mal que lo revisé en condiciones antes de mandarlo.

—¿Por qué? ¿Qué estaba mal?

—Tampoco es el lugar ni el momento para hablar de trabajo.

—No, pero dime —insisto—. Lo comprobé tres veces.

—Ya te lo explicaré otro día. Y relájate, mujer. Lo importante es que lo arreglé. —Se lleva una mano al pecho para dar mayor énfasis a su profesionalidad.

Me juego una oreja a que no va a explicarme nada porque no hizo ni un solo cambio en ese documento.

—Voy a buscar algo de comer —digo para poder largarme, pero solo consigo que empiece a quejarse del *catering* y del presupuesto de la fiesta, para terminar poniendo verdes a los jefes. Yo me limito a apretar los dientes. Jamás me escucharás criticar a nadie delante de ella. En primer lugar, por mi propia seguridad. La veo muy capaz de utilizar en mi contra cualquier palabra que salga de mi boca. Y en segundo lugar, sencillamente no me va lo de despotricar, ni contra mis superiores ni contra mis compañeros. Si tengo un problema con alguien, prefiero resolverlo cara a cara. Y si no se trata de algo importante o solucionable por mi parte —como no lo es en este caso la calidad de los rollitos de verdura—, me callo y me dedico a lo mío, que con eso tengo suficiente trabajo.

—¡Hola, chicas! —Esa es Mara. Por fin—. Sonia, me encanta tu vestido, es divino. Y los pendientes, madre mía, una pasada también. —Mi jefa sonríe y abre la boca para responder, pero mi amiga se le adelanta—. Te tengo que robar a Dafne un momentín de nada. Ahora nos vemos, ¿eh? —Tira de mi mano sin darme tiempo ni a parpadear.

—¿Qué hacías con esa? —me pregunta con tono de reprimenda mientras caminamos hacia la

barra—. Es capaz de ponerte a servirle las copas.

—No me soltaba.

—Bueno, también es lógico, eres la única que la aguanta. Nadie más quiere estar cerca de ella.

—Eso es un poco triste si lo piensas.

—Te endosa su trabajo y se aprovecha de ti siempre que puede, y encima te da pena… Tú es que eres gilipollas.

Lo soy. Te lo dije.

Aterrizamos en la barra y nos hacemos hueco entre la gente para pedir dos vinos. A continuación, mi amiga me mira y esboza una sonrisa orgullosa.

—Estás hecha un pibón.

—Tú más.

—No, reina. —Se atusa su melena rizada y salvaje—. A mí se me da fenomenal sacar de donde no hay.

Esta noche lleva un conjunto de camisa blanca satinada que deja parte de su abdomen al descubierto y una falda larga plateada, combinado con unos pendientes larguísimos de esmeraldas. Es probable que su atuendo sea una combinación de mercadillo y Dior. Porque Mara es la chica de las mezclas imposibles que no pasan desapercibidas. También es la chica que podría llevar una malla de naranjas atada con un lazo y sabría defenderla en una alfombra roja. Posee ese estilo natural de las *it girls.*

En cuanto nos sirven, nos movemos hacia la pista y bailamos una canción tras otra. También arrasamos con las bandejas de aperitivos que sirven de vez en cuando los camareros. Y debo decir que, en mi opinión, los rollitos de verdura están muy buenos.

Tras beberme el primer vino, me autoimpongo un límite de alcohol de tres copas para esta noche. Con la cuarta normalmente se me empieza a trabar la lengua; con la quinta termino metiéndola en alguna boca. Si esto fuera un bar cualquiera, no supondría un problema, pero lo último que me apetece es liarme con algún técnico de iluminación y tener que verle la cara el lunes, recordando al mismo tiempo donde estuvo su cara enterrada anteriormente.

Con tanto baile y el calor que se respira en la sala, comienzo a tener sed. Aviso a Mara de que voy a la barra. Ella alza los pulgares y se queda bailando con las chicas de maquillaje. Tres vidas después, consigo llegar a mi destino. Pido mi segunda copa de vino a uno de los camareros y, en cuanto me la sirve, me giro hacia la pista para emprender el camino de vuelta.

Me quedo clavada en el sitio cuando lo veo. Es imposible no ver a Gabriel Silva. Te juro que atraviesa la sala a cámara lenta. Tal vez se deba al hecho de que no puede avanzar a un ritmo normal entre tanta gente, pero, aun así, debe de activar un poder especial de buenorro o algo, porque no choca con nadie. Ni siquiera roza un brazo por casualidad. Es como si todos los mortales supieran que deben dar un paso atrás en su presencia.

Camina directo hacia mí, sin apartar sus ojos azules con un toque gris de los míos. Tampoco

es que perciba su color ahora mismo; no obstante, varias búsquedas en Google me lo confirmaron. Decido acortar la distancia que nos separa y cuando estamos a un metro escaso de distancia… Bueno, seguro que esto no te va a sorprender: el tacón de mi sandalia derecha resbala con algún líquido derramado y mi pierna va detrás a toda velocidad. Gabriel me agarra, me salva del ridículo —también de un posible esguince— y evita que aterrice en el suelo. En agradecimiento, me abalanzo sobre él y vuelco mi copa de vino tinto enterita sobre su impoluta camisa blanca.

—¿Estás bien? —quiere saber, aún sosteniéndome con fuerza mientras atraemos unas cuantas miradas curiosas.

—Sí. —Me aparto con rapidez—. Pero tu camisa, no.

Agacha la cabeza para echar un vistazo a la masacre de color granate que aún sigue expandiéndose sobre la tela y, al levantarla de nuevo, chasquea la lengua contra el paladar.

—Me estaba quedando una entrada espectacular, pero siempre te las apañas para hacerte con el protagonismo.

—Madre mía, lo siento muchísimo —exclamo apurada.

—Si hubiera venido solo con el calcetín para penes, esto no me habría pasado.

Eso sí habría sido una entrada espectacular.

—¡No hagas eso! —chillo cuando veo que empieza a frotar la tela—. Lo vas a empeorar.

Le pido que espere un momento y me acerco de nuevo a la barra para pedir una copa de vino blanco. Cuando vuelvo, lo agarro de la mano sin pensármelo dos veces y salimos al *hall*. Siento un pitido en los oídos a causa de la música, pero al menos la iluminación es mucho mejor aquí.

—Toma. —Le tiendo la copa—. Échatela en la mancha.

—¿Se puede saber por qué quieres hacer un botellón en mi camisa?

—Es un truco que me enseñó Mara.

Me ha enseñado muchos, de hecho, porque suelo mancharme comiendo. Ahora que lo pienso, quizá debería revisarme lo de la psicomotricidad.

—Mara es la chica de vestuario, ¿verdad? Todavía no me he quedado con todos los nombres —comenta mientras vierte el líquido poco a poco.

—Sí. —Lo ayudo a empaparlo bien sobre la prenda, pero la cosa no tiene buena pinta—. Lo suyo sería que la lavaras enseguida, aunque dudo mucho que se vaya del todo.

—Tengo más camisas, no te preocupes. Y tú también deberías echarte —apunta hacia la parte baja de mi vestido.

—¡Mierda! —bufo al darme cuenta de que la tela está plagada de gotitas rojas—. Mara me va a matar cuando lo vea.

—¿Por qué?

—Me ha prestado el vestido para esta noche y tengo que devolvérselo. No me ha querido decir ni cuánto cuesta. Aunque me parece que lo voy a averiguar cuando tenga que pagarlo.

—En ese caso, solo nos queda una solución.

—¿Cuál?

—Fugarnos.

—¿Cómo?

—Nos vamos ahora mismo y ya rendirás cuentas el lunes.

—No puedo irme.

—¿Por qué no?

—Nadie se va de una fiesta a las… —Miro mi reloj—. Once y veinte.

—Vamos, Dafne, ¿de verdad quieres quedarte aquí? Porque yo prefiero tomar el aire y dar un paseo por Madrid. Y me apetece darlo contigo.

A mí también me apetece. La parte baja de mi estómago, que echa chispas ahora mismo, está de acuerdo. Y dejar a Mara no me preocupa. Está con amigas y no solo le parecería bien que me fuera con Gabriel Silva, sino que me daría un empujón directo a sus pectorales. Por no decir directamente a su…

—No me obligues a decirte que me lo debes.

—¿Perdona? —inquiero con el ceño fruncido— ¿Qué se supone que te debo?

—Bueno, si vas a ir por ahí hablándole a la gente de mi geranio flácido… —eleva una comisura, solo una, hasta esbozar esa media sonrisa suya—, lo justo es que le concedas una cita.

RECORDATORIO IMPORTANTE

Tras enviarle un mensaje a Mara de que me voy con Gabriel y recibir por su parte un montón de *gifs* de gente lamiendo todo tipo de objetos, dejamos la fiesta y nos adentramos en el corazón de Madrid. La improvisada cita no empieza del todo mal; de un modo clásico, diría, con Gabriel prestándome su americana con mucha caballerosidad para protegerme del frío. Mis chaquetas de lana dadas de sí no pegaban demasiado con el vestido y no tenía previsto dar un paseo nocturno en pleno abril, así que no traje nada para cubrirme los brazos.

Arrancamos la conversación en terreno seguro para ambos, hablando de trabajo y en particular sobre cómo se está adaptando él a la serie y al ritmo de rodaje. Pero la charla no fluye demasiado. No por nosotros, sino porque a Gabriel lo paran cada dos por tres para pedirle fotos y autógrafos. Él se muestra encantador y no le importa hacerse siete selfis o grabar en vídeo una felicitación de cumpleaños para la prima de Alicante de no sé quién, que «es superfán y va a putoflipar muchísimo».

—Mi casa no está lejos —comenta después del último abordaje de unas adolescentes chillonas aunque bastante simpáticas—. Puedo invitarte a una copa y tú puedes tirármela encima si quieres —bromea—. Al menos, estaremos más tranquilos.

Mi conexión mental es rápida. Su casa. Su cama. O puede que primero su sofá y luego su cama. Tal vez la ducha después. «Relaja, Dafne».

—O podemos seguir caminando —sugiere ante mi falta de respuesta.

—Vamos a tu casa, me parece bien. No creo que haya ningún lugar donde pases desapercibido.

—Dafne, deberías saber que lo último que necesita un actor es que alimenten su ego —asegura con un brillo divertido en los ojos.

—No alimento nada, lo decía por tu camisa. Pareces la víctima de un apuñalamiento.

Sonríe. Es una sonrisa completa y genuina que le pilla desprevenido. Me equivoqué al pensar que sería deslumbrante. Es más bien como un eclipse interponiéndose entre el sol y la luna, haciendo que todo oscurezca a su alrededor y desaparezca.

—He hecho sonreír a Gabriel Silva. Y con todos los dientes —comento ufana—. Eso debe de ser como desbloquear un nivel superdifícil en un videojuego o algo así.

—Algo así, sí —admite recuperando la compostura—. Aunque, si me llamas *Gabriel Silva*, me haces sentir más actor que persona. Para ti, soy Gabriel.

—¿Te pasa mucho? Lo de que te hagan sentir más actor que persona.

Giramos y paseamos por una calle más apartada en la que solo se escucha el sonido de nuestras pisadas.

—A veces, sí. Pero estoy dispuesto a pagar el peaje el tiempo que dure.

—¿Peaje?

—Sí, asumo las cosas que no me gustan de mi profesión porque sé que la buena racha no va a ser eterna. Ser actor es como subirse a una ola. La cabalgas y la disfrutas al máximo mientras estás en lo más alto, porque sabes que en algún momento bajarás. Y la caída será fuerte. Así que mi intención es exprimir esto lo máximo posible, ganar todo el dinero que pueda y retirarme en unos años.

Lo ha dicho sin pestañear siquiera, como si tuviera completamente asumido el final.

—¿Y no crees que echarás de menos actuar?

—Meh. —Arruga la nariz—. Tampoco es que lo mío sea vocacional. Trabajaba como modelo la primera vez que me ofrecieron participar en una serie. Era un papel pequeño, solo aparecía en tres capítulos. Chico malo con pasado complicado que se defendía de la vida distanciándose emocionalmente de los demás, pero que solo necesitaba el amor de una buena chica para cambiar. ¿Te suena? —Arquea una ceja—. Un cliché con patas.

—Pero con patas bien trabajadas —ironizo.

—En el gimnasio, cinco veces por semana. Otro peaje.

Me gustaría defender que no es necesario lucir un abdomen que parezca tallado por un escultor renacentista para ser actor, pero, en su caso y en los papeles que acostumbra a interpretar, suele ser un requisito. Además, he visto a directores de *casting* descartar a actores tras pedirles simplemente que se quitaran la camiseta.

—Podrías intentar salirte de lo habitual y probar otras cosas.

—Lo intenté. Intenté optar a algunos papeles de comedia que me parecían interesantes. Ni a la productora ni a mi mánager les pareció el momento oportuno. De eso hace cuatro años y te voy a hacer un *spoiler*: nunca va ser el momento.

—¿Y no te molesta un poco que otros dirijan tus pasos?

Se encoge de hombros.

—Encajo bien en un molde y no van a sacarme de ahí mientras sea rentable.

Nunca he visto a ningún actor hablar con tanto desapego de su profesión. Supongo que estoy acostumbrada a la visión romántica de Nico. La de Gabriel es desapasionada, aunque más práctica.

—Si te sirve de algo, la comedia siempre se ha menospreciado, a pesar de que es mucho más difícil hacer reír que llorar. La risa es efímera y poco agradecida, en cambio, el dolor deja más huella. La gente prefiere sufrir, aunque diga lo contrario.

—¿En la ficción o en la vida real?

—Los espectadores quieren que les partan el corazón, no partirse de risa. Me lo dijo una vez un guionista. El drama es mucho más potente. Y creo que, en cierto modo, sí, también se aplica a la vida real algunas veces. Las personas, cuanto más nos duelen, más importantes nos parecen. Aunque no lo sean. Somos nosotros dándoles un poder que quizá ni se han ganado.

Entorna los ojos con suspicacia.

—Deberías ser tú la directora de la serie. Tienes más sensibilidad en la punta del pie que Rodrigo en su mejor día.

Sigue sin ser mi aspiración, aunque nadie lo entienda. Y yo ya no me molesto en aclararlo.

—Rodrigo es…

—Un mamón —concluye.

—Especial.

Avanzo tres o cuatro pasos antes de darme la vuelta y ver que Gabriel se ha detenido en mitad de la acera.

—«Especial» es el eufemismo de *gilipollas*. Estabas siendo sincera hasta ahora, Dafne, y, aunque no te conozco mucho, ya es lo que más me gusta de ti. —Deshago el camino y me paro frente a él—. Bueno, y tu boca. —Sus ojos descienden lentamente hasta ella—. Literalmente, esa boca.

Lo pronuncia de una forma tan íntima que su voz zigzaguea por mi piel hasta llegar a mi bajo vientre. Pero se supone que no hemos venido a eso, así que le estampo el bolso en el pecho sin mucha delicadeza y le pido que me lo sujete.

—Pues para seguir por el camino de la sinceridad, te confesaré que los pies me están matando —gimoteo y me agacho para quitarme las sandalias. Le pido que abra el bolso y saque las bailarinas que llevo dentro. Unas negras y plegables que compré en una farmacia. Feas, sí, pero muy cómodas.

Me las da y me las calzo. El alivio es instantáneo, aunque mi suspiro de placer se lo traga el pitido procedente de mi bolso. Es el sonido de una alarma.

—Es tu móvil. —Gabriel lo coge—. Tienes un… —Se queda callado y parpadea sorprendido.

—¿Qué pasa?

Gira la pantalla hacia mí y veo la notificación brillando como un maldito neón.

IMPORTANTE
NO TE FOLLES A GABRIEL SILVA

—¿Pero qué? —Agarro el teléfono con rapidez y lo miro más de cerca. Pues sí, lo he leído bien a

la primera—. ¿Qué es esto?

—Ni idea, es tu móvil. Dímelo tú.

Es un maldito recordatorio para que no me folle a Gabriel Silva, en mayúsculas y programado para las doce. Como si fuera yo Cenicienta. Una versión libre, claro, que lleva los zapatos en la mano porque tiene rozaduras en los talones y solo sabe hacer el ridículo una y otra vez delante del príncipe.

—No es lo que parece.

—Ni siquiera tengo muy claro qué se supone que parece. ¿Por qué tienes una alarma en el móvil para recordarte que no debes acostarte conmigo? —quiere saber y en su rostro se dibuja una mezcla de confusión y diversión.

«¿Habrá por aquí alguna alcantarilla disponible para poder escabullirme como una Tortuga Ninja? Ni lo intentes, Dafne. Vista tu agilidad, caerías de boca en las aguas fecales de Madrid».

—Te juro que yo no he escrito eso. Habrá sido… —Y no encuentro explicación que dar hasta que recuerdo las últimas palabras que escuché en el taxi, justo antes de irme a la fiesta: «no se te va a olvidar, te lo prometo».

—Nico.

El tonto del culo debió de cogerme el móvil para hacerse el gracioso mientras terminaba de arreglarme.

—¿Quién es Nico?

—Mi mejor amigo. Y muy pronto, ex mejor amigo —advierto levantando el dedo índice—, porque pienso matarlo. Él es quien ha escrito el recordatorio y ha puesto la alarma.

—¿Y por qué lo ha hecho?

Hace un momento ha dicho que mi sinceridad le gusta, así que decido darle rienda suelta y comprobar si es verdad. Con todas las consecuencias. Me siento en un banco, dejo las sandalias a un lado y le pido a Gabriel que tome asiento al otro. Lo hace y gira su cuerpo hacia mí, apoya una pierna flexionada sobre la otra y el antebrazo en el respaldo. Le cuento la apuesta que hice con mi hermana, pero también mi intención real de enamorarme. O de abrirme por lo menos a esa posibilidad. También le explico lo de mi súbita pérdida de interés en los hombres tras acostarme con ellos y mi posible abstinencia sexual transitoria. Creo que cuanto más hablo, más disfuncional debo parecerle. No obstante, cuando acabo de soltárselo todo, espero. Para bien o para mal, su reacción me dirá lo que necesito saber.

—Me siento… —ladea la cabeza y medita un rato— extrañamente… —vuelve a meditar— halagado. Nunca nadie se había esforzado tanto para no follar conmigo.

—A ver, no es que no quiera. De hecho, me lo he imaginado en lugares muy concretos de la calle.

—¿Ah, sí? —Apoya los dedos índice y corazón en la sien—. Cuéntame —me reta, pensando que no voy a atreverme a confesar.

De perdidos al río. No me produce vergüenza el sexo. Ni practicarlo ni hablar sobre él. No es

más que fricción entre dos cuerpos con un objetivo concreto.

—En tres semáforos, dos callejones y en este banco. Pero el caso es que no puedo. O no debo, más bien, si me propongo hacer las cosas con cierto orden. Y no es que necesite justificar mi decisión, que conste, pero supongo que no estás muy acostumbrado al rechazo.

—Estoy más acostumbrado de lo que piensas —responde con un deje amargo—, pero, aun así, no recuerdo haberte pedido en ningún momento que nos acostáramos.

—Bueno, no lo has dicho así tal cual, claro, pero me has invitado a tu casa.

—Porque no me apetecía cortar la conversación contigo cada dos minutos para hacerme fotos.

—Venga ya. ¿Me vas a decir que tu invitación era inocente y que en tu casa íbamos a jugar al parchís?

—No, porque no tengo ocho años, ni ochenta, así que no tengo parchís. Pero supongo que es lo que pasa cuando enseñas el culo en la televisión, que todo el mundo cree que quieres bajarte los pantalones a la primera de cambio. —Agacha la mirada con una mueca—. Entiendo que esa es la impresión que doy.

—Perdona…, no… —Cuando creía que no podía salirme peor—. No pretendía hacerte sentir incómodo, Gabriel. No es por ti, de verdad. Si es que lo habría pensado de cualquiera. De mí la primera, te lo juro.

Me enredo yo sola en un montón de disculpas, hasta que me doy cuenta de que está tratando de contener la risa. No tarda mucho en mirarme y descojonarse.

—Ja, ja, ja. —Lo imito con tono de burla—. Pero qué graciositos estáis todos esta noche.

—Te estaba vacilando, perdona. Es que me encanta ver cómo te sonrojas. Es adorable.

Me levanto del banco con un resoplido.

—No soy adorable, soy un desastre. Yo no sé hacer esto.

Cualquier cosa que no sea un *aquí te pillo, aquí te mato* en plan sexual se me escapa por todas partes.

Él también se pone en pie. Está muy cerca y eso me obliga a levantar un poco la cabeza para mirarlo a los ojos.

—¿Y qué es «esto»?

—Ni idea —admito—. Lo único que sé de momento es que me gusta hablar contigo.

—A mí también —reconoce, esta vez sin rastro de humor—. No es un mal comienzo.

Me mira con esa intensidad que casi seguro precede a un beso. Y digo *casi seguro* porque no llego a comprobarlo, ya que mi cerebro hiperactivo le envía un mensaje directo a mi bocaza y esta, en lugar de darle buen uso a la lengua —un uso romántico, se entiende—, decide preguntar:

—Pero ¿de verdad vas a decirme que no te lo has imaginado? ¿Ni una vez? ¿Ni una sola? ¿Ni cuando me he agachado para quitarme las sandalias y he puesto el culo en pompa?

—Dafne —se ríe—, creo que para no tener ninguna intención de follar le das muchas vueltas al tema.

No sé cómo contestar a eso ni cómo continuar con la conversación. Retomamos el paseo y caminamos en silencio. No es uno de esos tan cómodos que se describen en las novelas románticas y que yo nunca he terminado de entender. A ver, entiendo el silencio cómodo tras veinte años de matrimonio, pero en una cita en la que llevas treinta minutos, solo es molesto. Como un tercer acompañante inoportuno. Sobre todo, porque resulta probable que Gabriel lo esté aprovechando para pensar que soy una especie de tarada y sopesar cuál sería su vía de escape más rápida.

—Durante la fiesta, en cuanto te he visto en la barra. Esa es la primera vez que me lo he imaginado —admite, mirándome de reojo—. La segunda, cuando has tropezado y te he agarrado por la cintura. La tercera, cuando has colocado la mano sobre mi pecho para intentar ayudarme con la mancha de vino. Y unas diez veces más desde que hemos salido a la calle… Aun así, entiendo que quieras esperar. Creo que a mí me vendrá bien también —admite con cierto desaliento en la voz—. Mi geranio es el único que no va a estar conforme, pero tengo maneras de controlarlo.

Sonrío y debo de ponerme colorada de un modo absurdo. Aunque adorable, según él. Poco después, llegamos a su casa. Vive en un piso antiguo que ha reformado completamente. Nada más llegar al salón, Gabriel se excusa para ir a cambiarse de ropa, momento que aprovecho para escribir a Nico. Me responde al instante. Intercambiamos un par de mensajes y guardo el móvil de nuevo en el bolso. No quiero más sustos.

Paseo la mirada por la estancia, aunque tampoco hay mucho que cotillear. La decoración es minimalista, en tonos grises y neutros. Muy nórdica, muy de catálogo.

Cuando Gabriel vuelve de su dormitorio, ya vestido con vaqueros y camiseta, me pregunta qué me apetece tomar. Nada de alcohol, así que le pido un café. Y como dispone de unos veinte tipos distintos para elegir, terminamos preparándolo juntos en la cocina. También muy nórdica, a excepción de la cafetera, que es italiana.

Después nos sentamos en su sofá y seguimos hablando. Mucho. Sin silencios incómodos. Nadie se quita la ropa. Y eso también está bien.

EN BLANCO

NICO

Mi móvil vibra sobre la mesa del bar donde estoy tomando unas cervezas con unos amigos. Es un mensaje de Dafne. Sonrío antes de leerlo, aunque admito que esperaba recibirlo a las doce en punto y no a las doce y veinte. Ella siempre está pendiente de su móvil, incluso fuera del trabajo. Es como un apéndice externo pero vital. También imaginaba una respuesta diferente por su parte. Algo tipo «jajajaja, eres lo peor».

Dafne

Que sepas que Gabriel Silva ha leído tu recordatorio. Pensaba matarte, obviamente, por la vergüenza que me has hecho pasar. Solo vas a librarte porque, en cierto modo, me has ayudado. Ahora mismo estoy en su casa. Concretamente en su sofá. Pero tranquilo, que no voy a acostarme con él.

Nico

¿Se admiten apuestas?

(Emoji pensativo con mano en la barbilla)

Dafne

Te lo digo en serio, mamón.

Ya no es un «puede» ni un «no sé». Me gusta.

«Me gusta». Una afirmación que puede parecer simple, pero que no lo es. Una afirmación que no he escuchado en boca de Dafne desde hace muchísimo tiempo y que me obliga a recolocarme en el asiento. Cojo mi botellín y releo el mensaje mientras le doy un trago. La cerveza sabe más amarga de lo habitual. Hasta me cuesta un poco pasarla por la garganta y carraspeo.

Pulso el cajetín de respuesta y… nada. No escribo nada.

Mis amigos siguen hablando entre risas a mi alrededor, piden otra ronda para todos y yo sigo como un imbécil con el pulgar inmóvil en el aire.

Solo lo muevo para cambiar de chat cuando recibo otro mensaje.

Chucky
Te echo de menos.

O bien el muñeco diabólico se ha cansado de tanta matanza y me escribe con intenciones románticas o es Almudena. Me quedo con la segunda posibilidad por la foto de perfil. Es ella. Aparece guapa, despeinada y tumbada en la cama. También está desnuda bajo la sábana, pero eso solo lo sé yo porque fui quien le hizo la foto. Es evidente que Dafne le ha cambiado el nombre en lugar de bloquear el contacto. Supongo que contaba con que fuera yo y no Almudena quien diera el primer paso en la dirección equivocada.

Chucky
¿Qué haces?

Nico
Estoy en un bar.

Chucky
¿Con quién?

Nico
¿Te importa?

Chucky
Sí.

Nico
Con unos amigos.

Chucky
Te echo de menos.

Nico
Pues no sé qué decirte a eso.

¿La echo de menos? A veces.

¿Me conviene? No.

Almudena y yo nos hemos pasado media relación discutiendo y la otra media reconciliándonos en la cama. Y lo peor es que eso es precisamente lo que nos ha mantenido enganchados durante seis meses. Se nos da mucho mejor reconciliarnos que querernos. Añade a ese cóctel su carácter teatral, una convivencia casi forzada por falta de pasta tras ingresar a mi madre en la residencia y el hecho —no demostrado científicamente, pero sí reconocido por un amigo psicólogo— de que tengo el corazón situado unos cuantos centímetros por encima de su lugar habitual. Básicamente, en la puta cabeza, lo que me impide pensar de manera racional.

Chucky
¿Te apetece venir a casa?

Nico
¿Te refieres a la casa de la que me echaste a patadas mientras me lanzabas todo lo que encontrabas a tu paso?

Chucky
Lo sé, y lo siento. Se me fue un poco…

«Un poco» se refiere a que, si me llega a lanzar aquel vaso un par de centímetros más a la izquierda, hubiera acabado en Urgencias. Y yo soy de los que piensa que el amor debe golpearte fuerte, pero no tanto como para producirte un traumatismo craneal.

Del *bondage* emocional que estamos practicando solo por el hecho de mantener esta conversación casi mejor no hablar.

Vuelvo a cambiar de chat y releo el mensaje de Dafne. Aunque no plantea ninguna pregunta, debería responder algo. Siempre lo hago. No es tan difícil. Hasta un emoticono valdría. ¿Entonces por qué cojones no sé ni qué decir? Estoy en blanco. Y no lo entiendo.

Chucky
Por favor, Nico. Voy yo a tu casa si lo prefieres y hablamos. Quiero arreglarlo.

Ambos sabemos que hablar no es lo que vamos a hacer. Pero, por retorcida que sea mi relación con Almudena, ahora mismo me resulta mucho más sencillo darle una respuesta a ella que a Dafne.

Nico
Ok.

FOLLAR POR EL COMUNISMO

Estoy muerta. Mis ritmos circadianos, esos que te dicen que debes dormir de noche y no de día, andan desacompasados. Es lo que ocurre si llegas a casa a las ocho de la mañana tras una noche sin dormir y con tres *ristrettos* en el cuerpo. No obstante, hoy es sábado, toca cita con mis amigos y es sagrada.

Nos reunimos una vez al mes y siempre quedamos en el bar de Matías, donde los respaldos de las sillas están permanentemente pegajosos y las cáscaras vacías de los cacahuetes crujen bajo las zapatillas. Aquí la media de edad es difícil de calcular, ya que se trata de un micromundo extraño en el que conviven estudiantes que beben minis con jubilados que juegan a las cartas y se cagan en los muertos de todos los presentes cuando pierden en las máquinas tragaperras.

Nosotros venimos por tradición, más que nada. Este es el lugar en el que pasábamos las horas después de las clases en la escuela de cine y le tenemos mucho cariño. Por aquella época, yo estudiaba un grado en cinematografía, Nico un curso de creación de personajes y Sol, fotografía artística.

Cuatro vermús ocupan la mesa. Antes solíamos pedir calimocho, a tres euros, pero, nos guste o no, ya contamos con una edad. Además, ninguno nos atreveríamos a beber en vaso de plástico delante de Sol. Hasta Matías se esconde en el almacén cada vez que la ve aparecer y así se ahorra una bronca debido a su falta de conciencia medioambiental.

El tema estrella de hoy va a ser Gabriel Silva, como si lo viera, y Mara, sentada a mi izquierda, nos lo hace saber enseguida. Levanta su vaso, se lleva una mano al pecho y propone un brindis muy solemne en nombre del polvo desperdiciado.

Sol se ríe al chocar su vaso y Nico se limita a beber un trago largo sin hacer ningún chiste al respecto. Cosa rara.

Acto seguido, Mara me acribilla a preguntas sobre cómo es Gabriel en las distancias cortas. Como no le doy mucho detalle interesante, me pide que al menos lo puntúe del uno al cinco. Es el sofisticado sistema que sigue mi amiga con los hombres. El uno significa algo así como que preferirías arrancarte las muelas de cuajo antes que volver a salir con él y el cinco se refiere a que el muchacho posee potencial para convertirse en el amor de tu vida. Sin embargo, yo me niego a valorarlo como si fuera un exprimidor que he comprado en Amazon.

—Oye, tú pasaste la noche con Gabriel Silva, mientras que yo me quedé en la fiesta y tuve que escuchar a Braulio, de Recursos Humanos, contarme que se está pinchando bótox en las axilas para dejar de sudar. Y mira lo que te digo, no le está funcionando. Así que dame un poco de vidilla y de salseo, vamos —me azuza.

Cojo mi vermú y lo mareo un rato haciéndolo girar en el vaso hasta responder:

—No sé…, un… cuatro, supongo.

—Espera, ¿qué significa el cuatro? —pregunta Sol, sentada a mi derecha, mirando a Mara.

—No lo tengo muy claro en realidad. Conmigo jamás pasan del tres, que se resume en echar un *kiki* y echarlos a ellos de casa antes de que vuelvan los niños. —Se gira hacia mí—. ¿Qué quieres decir exactamente con un cuatro?

—A ver, que no lo sé ni yo. Solo hemos salido una vez y de casualidad. No sé si volveremos a quedar —respondo un pelín agobiada y poso el vaso en la mesa ante la atenta mirada de los tres —. Es pronto para hablar de esto.

—Pero esa es la gracia de la amistad y de lo que hacemos aquí. Darle mil vueltas a las cosas, obsesionarnos con un montón de mierdas que luego no van a pasar y compartirlas con nuestros colegas —asegura Sol, jugando con el *piercing* que lleva en la parte superior del cartílago, lo que siempre me produce un escalofrío—. ¿Por qué no quieres hablar de Gabriel?

—Porque le gusta. —Ese es Nico abriendo su bocaza y mirándome fijamente de frente antes de apurar la bebida de un solo trago—. Y no quiere hacerse muchas ilusiones por si luego sale mal —remata y posa el vaso sobre la mesa.

Maldito. Es como si llevara mis pensamientos escritos en la frente y él —solo él— pudiera leerlos incluso antes de que a mí me dé tiempo a procesarlos. Porque Nico sabe más de mí que yo. A veces, me encanta; otras, me repatea.

Es cierto que normalmente comparto con mis amigos las anécdotas de mis ligues desastrosos, como el caso de Adolfo, pero, en esta ocasión, prefiero guardarme los detalles de mi noche con Gabriel. De nuestra conversación, divertida y algo superficial al principio, y más íntima a medida que íbamos desprendiéndonos de capas. Metafóricas, claro. Yo le conté cosas sobre mi familia y él me habló de la suya. Se quejó de que sus hermanos son muy pesados y de que lo vacilan constantemente, aunque me confesó que eso le ayuda a mantener los pies en el suelo. También me habló de sus amigos de Mallorca, esos con los que creció y a los que quiere a muerte, a pesar de que ahora solo los vea en Navidad. Me explicó lo mucho que le afectó la muerte de uno de ellos hace unos años, a causa de una sobredosis de cocaína. Por esa razón nunca ha probado las drogas, porque sabe que nadie, por muy listo que sea, es inmune a esa mierda. Y así, fuimos encadenando un tema detrás de otro sin darnos cuenta, hasta que la luz empezó a colarse por las ventanas y terminamos contemplando el amanecer desde su balcón.

—Pues ya está. Si te gusta, es perfecto —comenta Mara—. Ya no tienes que preocuparte por eso de perder el interés y puedes zumbártelo tranquilamente.

—Pero ¿qué obsesión te ha entrado con que me acueste con él?

—Pues, chica, me remito a lo evidente, que es que está buenísimo. Os juro que cada vez que aparece en el set empieza a sonar *Bandido* en mi cabeza. Es automático.

—¿Entonces debería tirármelo por hacerte un favor a ti? —me río.

—Sí, pero no por mí solamente. Más bien, plantéatelo como un servicio a la comunidad… No, espera, eso no. —Se lo piensa muy seriamente—. Mejor hazlo por el comunismo.

—¿Perdona? —inquiere Sol alzando sus cejas oscuras, que contrastan con su melena rubio platino—. ¿Qué tiene que ver el comunismo con que Dafne se acueste con un tío?

—Con un tío no, con Gabriel Silva —nos advierte levantando el dedo índice y moviéndolo como si quisiera hipnotizarnos—. Ese hombre es inalcanzable si no eres actriz o modelo de revista. ¿Es que no lo entendéis? Si se lo folla Dafne, es como si nos lo estuviéramos follando las demás, porque lo haría en representación de todas las tías normales del mundo. Sería como devolver el poder al pueblo. —Levanta el puño en el aire—. Follárselo es comunismo.

Sol parte la cáscara de un cacahuete aplastándolo sobre la mesa con un golpe de muñeca.

—Veo graves problemas conceptuales en tu razonamiento. —Se lo lleva a la boca y lo mastica asintiendo—. Aunque te felicito por la pasión que le has puesto al discurso.

—Gracias —responde con cierto orgullo la prima salidorra de Marx—. Dafne, yo creo que deberías volver a salir con él. Pídeselo tú. ¿Qué problema hay?

—Y tú ¿por qué lo defiendes tanto? —quiere saber Nico, aunque a mí también me pica la curiosidad.

Dejando de lado que Gabriel es un tío muy atractivo y eso queda fuera de toda discusión, lo habitual sería que Mara me aconsejara andarme con ojo, puesto que los actores son poco fiables, unos pichalocas, bla, bla, bla, y terminara soltando un montón de argumentos en contra del género masculino.

—Mira, si resulta ser un cabrón, me ofrezco voluntaria para cortarle la minga. No, mejor aún, le cortaré los brazos para que pueda verse la minga el resto de su vida sin poder meneársela —razona, o lo que sea que haga mi amiga—. Pero el caso es que, de momento, me parece un buen tío. Al menos, cuando hablé con él esta mañana me dio esa sensación.

—¿Has hablado con él esta mañana? —Frunzo el ceño—. ¿Por qué?

—Porque ha pagado tu vestido. Ese que, por cierto, todavía no me has contado que manchaste de vino.

—¿Cómo? ¿Cómo que lo ha pagado?

—Me envió un mensaje. No me preguntes cómo consiguió mi número de teléfono porque no lo sé, pero me escribió contándome lo que pasó anoche y me preguntó cuánto costaba. Al poco rato hizo una transferencia.

—Pero no puede hacer eso. Vamos, que no puede pagarme el vestido. Me niego.

—Ya lo ha hecho, reina.

—Coño con Christian Grey —tercia Sol.

—Es solo un vestido, no le ha pedido que ponga el culo para azotarle con una pala.

—Lo ha hecho sin su consentimiento, y Dafne es capaz de pagarse el vestido.

—Que sí, Sol, que sí. Y todas podemos comprarnos flores a nosotras mismas, como Miley Cyrus, pero es que ella antes de comprárselas se cepillaba a Liam Hemsworth. Y yo también quiero un Hemsworth, por cierto. Me valdría hasta el más feo de esa familia.

—Le puso los cuernos a Miley Cyrus como tropecientas veces. Fue un mamón.

—No todas tenemos la suerte de encontrar a hombres maravillosos como Teo, que besa el suelo que pisas. Y yo ni siquiera pido tanto. En fin, solo que no me llame por el nombre de su ex, que no viva con sus padres a los treinta y ocho, que no crea que Elon Musk le robó una idea megamillonaria, que no me diga que baja a la farmacia a comprarme ibuprofeno porque tengo una migraña que no puedo levantarme de la cama y que esa sea la última vez que lo vea, que no sea cienciólogo e intente venderme una terapia de reparación de vida de tres mil euros… —Sí, todas esas cosas le han pasado a ella—. A lo que voy es que el chico ha tenido un gesto bonito con Dafne y ya está.

—Sí, pero ahora tengo que devolvérselo.

—¿Llevas mil setecientos euros en la cartera?

—¡Joder, Mara! Es la última vez que me prestas nada. ¿A quién se le ocurre? Si sabes que yo me tropiezo con la raya de un lápiz. Nadie debería dejar nada valioso en mis manos.

—No tienes que devolvérselo, me pidió que el asunto quedara solo entre nosotros. Pero claro —se encoge de hombros y la risa se le escapa por la nariz—, el muchacho no me conoce muy bien.

—O es más listo de lo que piensas, supuso que irías corriendo a contárselo a tu amiga y así su gesto parece aún más encantador —comenta Sol.

—Nico… —Mara resopla con cansancio—. ¿Te importaría echarme un cable aquí? Se supone que tú eres el romántico de este grupo.

—Creo que Dafne es perfectamente capaz de darse cuenta si un tío merece la pena o no. Y si dejáis de agobiar con el tema, mejor.

—¿Y tú por qué estás tan mustio? —inquiere Sol.

—No lo estoy.

—Sí lo estás —responden ellas al unísono.

—Sigues deprimido por *emoji* con ceja arqueada —deduce Mara.

—No debería, ha vuelto con ella —suelto y mis amigas empiezan a levantar la voz y quejarse.

—Yo no he dicho que hayamos vuelto —me contradice con una mueca.

—Ah, perdona si he sacado conclusiones precipitadas. Me habrá confundido lo de encontrármela esta mañana en la cocina, vestida con tu pijama y metiéndote la lengua hasta el esófago.

—A lo mejor hemos cambiado los papeles tú y yo. A lo mejor ahora solo busco sexo sin compromiso y punto.

—Procuraré recordártelo cuando Almudena te vuelva a insultar, a lanzar la ropa por la ventana o cuando te plantees organizarle una pedida de mano —remato con una sonrisa que no deja ver mis dientes.

Él me dedica una idéntica antes de levantarse para pedir otra ronda y Mara va detrás. Yo cojo el móvil de la mesa para comprobar que no tengo ningún mensaje de Madre Gothel y, de paso, plantearme si debería escribir a Gabriel.

—¿Nico y tú estáis cabreados?

—No, ¿por?

—Os noto un poco tensos.

—Nos picamos el uno al otro, como siempre. —Por el sonoro chasquido de su lengua, no parece muy convencida—. Somos así y lo sabes.

—No sé, a él lo veo un poco apagado.

Dejo de atender el móvil y lo poso en la mesa.

—Lo está pasando mal por su madre.

—Ya… Tiene que ser horrible. Puto alzhéimer.

—Sí. Y que le hayan dado el suplente del protagonista en esa obra no ha ayudado… Tener que ensayar para luego no pisar el escenario tampoco es fácil para él.

—Lo entiendo. Se prepara cada noche para cumplir su sueño, y cada una de esas noches se lo niegan. Es una mierda.

—Pero aun así, Sol, te prometo que Nico va a estar bien. Yo me ocupo, tranquila.

—No, si eso lo tengo claro. Sois dos nutrias.

La risa se me escapa por la nariz.

—Se supone que eso es algo bueno, ¿no?

—Pues claro. ¿Nunca has visto ese vídeo de dos nutrias dándose la mano en el agua para que no se las lleve la corriente mientras duermen?

—Ay, sí. —Sonrío al recordarlo—. Son adorables.

—Yo sé que tú siempre vigilarás para que no se lo lleve la corriente. Y sé que él hará lo mismo por ti.

Veo a Nico mirarme desde la barra mientras espera a que le sirvan las bebidas. Disimuladamente, se lleva el índice a la sien y finge pegarse un tiro. A juzgar por los aspavientos de Mara con los brazos, no debe de estar siendo la conversación más agradable de la historia.

—De hecho, creo que deberías rescatarlo ahora mismo —sugiere mi amiga.

—Estoy segura de que le está echando la bronca por Almudena. No le viene mal recordar que es un tío maravilloso y se merece a alguien mucho mejor que ella. ¿Sabes que esta mañana se bebió mi leche de almendras y le pareció fatal que no fuera cero por ciento azúcar? Es una petarda. Y encima me odia, no sé ni por qué… A ver, que a mí ella me cae fatal, pero al menos disimulo e intento ser amable.

—Puede que no te odie a ti concretamente. Puede que odie la forma en la que él te mira. Y

puede que odie cómo le devuelves la mirada tú.

—¿Qué? —Giro la cabeza tan rápido hacia ella que el cuello me da un pequeño latigazo—. ¿Por qué dices eso?

—Porque alguien que os vea desde fuera puede confundirse un poco con vosotros… A veces, nos pasa hasta a los de dentro —murmura al tiempo que se levanta de la silla, sin darme la oportunidad de responder—. ¡Hombre, Matías! ¿Dónde estabas? Contigo quería yo hablar. ¿Sabes que ese vaso que llevas en la mano tarda setenta y cinco años en descomponerse en el mar?

En cuanto se aleja para perseguir al dueño del bar, cojo el móvil de nuevo. No tengo intención de plantearme lo que acaba de decir sobre Nico y sobre mí. El mundo puede confundirse cuanto quiera con nosotros. Es mi mejor amigo y me niego a cambiar mi relación con él solo para evitar susceptibilidades ajenas.

Y hablando de cosas que no quiero hacer —por vergüenza en este caso—, escribo un *wasap* a Gabriel.

Dafne
Te lo agradezco, pero no tenías que pagarme el vestido.

Está en línea y empieza a responder al momento.

Gabriel
Se suponía que no tenías que enterarte.

Dafne
Voy a devolvértelo.

Gabriel
Y yo no voy a aceptarlo.

Dafne
Es mucho dinero.

Gabriel
Podría acceder a una invitación a cenar como pago. Es mi última oferta.

Dafne
No ha habido ninguna otra oferta.

Gabriel
Vale, pues es mi única oferta. No me pidas que razone mucho, me quedé hablando hasta las tantas de la madrugada con una chica increíble y apenas coordino.

Esa frase me hace sonreír como una lerda. Y sí, Sol lleva razón. Me siento un poco en deuda, pero me apetece cenar con él. Y no tiene nada que ver con el dichoso vestido.

Dafne
Acepto la oferta.

PERFECTO

Definitivamente voy a pedir un aumento de sueldo. Echo más horas aquí que un reloj. Muchas más que el que cuelga en la pared del despacho de Rodrigo y se ha quedado sin pilas, porque te aseguro que no son las seis. Mi reloj marca las diez menos cuarto de la noche y me estoy planteando la posibilidad de saltar por la ventana. Rodrigo lleva tres horas dando vueltas en su pequeño reducto, sin parar de hablar y fumando un cigarro tras otro.

Mañana rodamos en plató y estaba todo preparado, pero él, como director de la serie y genio creativo que es, tuvo anoche una revelación que le impidió dormir. O tal vez se le fue la mano con algún tipo de estimulante. A veces eso también le pasa. Fuera como fuese, ha llegado a la conclusión de que necesita más movimiento entre algunos planos y quiere cambiarlos. Que si un *travelling* para uno, que si la *steady* para otro. Te ahorraré los detalles. El resumen es que dichos cambios alteran y desbaratan el plan de rodaje. Y yo debo encontrar la manera de que eso no ocurra. O de que ocurra, pero sin perder dinero.

Y por eso sigo en la oficina, sentada en una silla incómoda, muerta de hambre, apestando a Marlboro y tratando de razonar con él. Cosa imposible, ya te lo adelanto. Es la quinta vez que discutimos sobre la misma secuencia. Yo le propongo opciones, porque es mi trabajo, y él no acepta ninguna, porque el suyo consiste en actuar como un gilipollas arrogante e intransigente.

Tras recibir una sesión de *mansplaining* y con su sexto «Dafne, es que no lo estás entendiendo», acompañado de una sonrisa condescendiente, me obligo a contener un resoplido y me lo quedo dentro. Si lo exteriorizo, quizá él sí acabe cayendo por la ventana y las únicas cámaras que grabarán aquí mañana serán las de los telediarios.

En resumen, estoy de mal humor. Además de aguantar a Rodrigo más tiempo del que mi salud mental puede gestionar, su ida de olla me ha obligado a cancelar la cena con Gabriel. No es que sea la primera vez. Llevamos dos semanas intentando cuadrar nuestros horarios para quedar y ha sido inviable; unas veces por él, otras, por mí.

Son las doce y cuarto de la noche cuando salgo por fin de trabajar. Rodrigo se ha ido razonablemente contento y no sé ni cómo me las he apañado para salvar el día, pero lo he conseguido. A costa del mío propio, claro. Ahora solo me apetece llegar a casa, comerme un trozo de la quiche de verduras que Nico me ha dejado en el horno —bendito Nico— y meterme

en la cama.

Mientras camino, el viento frío me revuelve el pelo, ya de por sí enmarañado a estas horas. No se ve un alma por la calle. Sobre todo porque los platós de la productora se encuentran en un polígono donde no llega ni el metro. Al acercarme al aparcamiento para coger mi coche, me doy cuenta de que me he equivocado. Sí que hay un alma por aquí, una a la que al mismísimo Lucifer le encantaría corromper y llevarse a su terreno. Aunque si viera a Gabriel ahora mismo, apoyado en el capó de su coche y con esa postura de anuncio —que no pierde mientras mira el móvil—, podría darse el caso de que el gobernante del Infierno se sometiera a él con mucho gusto.

La comisura derecha de su boca se eleva al verme. Eso significa que se alegra. La izquierda solo la utiliza cuando quiere bromear o flirtear. No habré conseguido tener una segunda cita con él, pero pasamos bastante tiempo juntos trabajando y soy observadora.

Viste vaqueros claros y una camisa de color azul marino. Sin rastro de abrigo. ¿Es que los tíos guapos son insensibles al frío? Yo voy abrazada tan fuerte a mi cazadora de cuero que me duelen los brazos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto con una sonrisa confusa justo antes de pararme frente a él.

—Llevamos dos semanas posponiendo una cena que a los dos nos apetece mucho, y como el universo no nos lo está poniendo fácil, que le den. Al universo y a nuestros trabajos. —Se incorpora y guarda el móvil en el bolsillo trasero—. Vamos a cenar ahora.

—¿Dónde? Son más de las doce y estamos en la nada. Como no quieras comprar unos sándwiches en la gasolinera, no hay muchas opciones.

—Se me ha ocurrido una idea mejor.

Abandonamos el aparcamiento, cada uno en nuestro coche, y conducimos por un Madrid nocturno que no pierde fuelle un jueves a la una de la madrugada. Llegamos hasta una de las calles más caras de la ciudad. Lo sé porque rodamos en ella durante la primera temporada de la serie. Gabriel detiene su BMW reluciente en segunda fila y mi Nissan Micra abollado y yo nos colocamos justo detrás. Él sale del coche y un chico joven vestido de negro se apresura para coger sus llaves. Salgo yo y, a continuación, viene hacia mí y me las pide también.

Gabriel se acerca, alarga el brazo y me coge de la mano. Entrelaza sus dedos con los míos y así recorremos los veinte metros escasos que nos separan de la entrada del restaurante. El contacto es fugaz y te parecerá un poco infantil, pero consigue alterarme las pulsaciones. Hace años que nadie me coge de la mano por la calle, y eso me descoloca más que los mil y pico euros que se gastó en mi vestido.

Al entrar en el restaurante, todas las mesas están vestidas con manteles, vajilla y cubertería; no obstante, ni un solo comensal ocupa las sillas. El metre se acerca para darnos la bienvenida y nos pide que lo acompañemos. La decoración es sobria aunque bonita, predominan los tonos negros y metálicos combinados con una iluminación muy cálida. Es uno de esos locales que respiran lujo y, por lo visto, Gabriel ha pagado una suma de dinero que no piensa confesar para mantener la cocina abierta solo para nosotros.

Al final sí que va a ser un poco Christian Grey.

Nos sentamos juntos, muy juntos, en una mesa que cuenta con un banco semicircular en lugar de sillas.

—¿Qué te parece? —me pregunta en cuanto el metre nos deja a solas.

—Pues… —Echo un vistazo alrededor y me llevo una mano a la nuca—. Ehm…

—¿No te gusta?

—No, no es eso, para nada. Es que… —Hay tanto silencio en la sala que me obligo a bajar un poco la voz—. Me parece un pelín… demasiado.

Él agacha un poco la cabeza.

—Yo pensando que estaba siendo romántico y resulta que solo soy pretencioso.

—No, qué va. Me encanta que te hayas tomado tantas molestias por mí. Pero es muy tarde, la gente que trabaja aquí tendrá casa y querrá irse.

—A riesgo de parecer aún más pretencioso, te prometo que la gente que trabaja aquí va a cobrar muy bien esta noche. Cuando eres camarero, vienen bien los extras, créeme. Pero si no vas a estar cómoda, podemos irnos.

—No, no pasa nada. Es solo que no estoy acostumbrada a esto… A ver, suelo ir a restaurantes, tampoco es que me haya criado una manada de lobos. De hecho, a mi madre le encantaría este sitio. Lo que pasa es que mi idea de cenar de madrugada consiste más bien en dar un paseo por el centro comiéndome un *kebab*.

—Ya… Yo antes era más de comer hamburguesas a un euro y en bolsa de papel. —Se encoge de hombros—. Ahora no como ni hamburguesas.

—¿Y eso por qué?

—Sigo una dieta estricta. Muchos hidratos y muchas proteínas. Grasas, solo de las saludables. Y nada de azúcar.

Alargo la mano y la poso sobre la suya.

—Lo siento mucho.

—Parece que me estés dando el pésame.

—Es lo que hago —aseguro con mi mejor cara de pena—. Por las pequeñas partes de ti que mueren cada vez que les niegas el chocolate.

Se ríe y un calor agradable viaja por mi abdomen.

Miramos la carta y Gabriel, que ha cenado varias veces aquí, me sugiere el atún rojo salvaje y el lomo bajo de *wagyu*. Un rato después, cuando el camarero nos sirve los platos, atún para Gabriel y tarta de queso para mí, todavía no entiende que haya pedido un postre para cenar.

—Si voy a fingir ser rica por una noche, puedo ponerme un poco excéntrica.

Eso y que tengo la regla, así que mi cuerpo aúlla por un poco de azúcar.

—Yo no soy rico.

—Depende de con quién te compares. Por ponerte un ejemplo, tus calzoncillos valen más que toda la ropa que llevo hoy puesta.

—¿Y eso cómo lo sabes? —Arquea una ceja—. Todavía no los has visto.

Ignoro su manera de pronunciar ese «todavía» por el bien de mis hormonas, que no entienden por qué llevan tres semanas sin desmelenarse.

—Mara. Ella sí que los ha visto, y fueron sus palabras exactas.

Me lo dijo esta mañana, en cuanto me vio vestida con una camiseta lisa y unos bombachos. Me preguntó si pensaba ir a una cita o a vendimiar. Fue antes de aclararle que llevaba unos vaqueros y otra camiseta en una bolsa. Lo del estampado con la cara de E.T. le pareció aún peor.

—En realidad, no sé ni cuánto cuestan, me los regalan por anunciarlos.

—Pues menudo chollo. Podrías anunciar coches también y regalarme uno. El mío está a un solo golpe del siniestro total. —Cojo la cuchara y enseguida vuelvo a levantar la vista—. Es coña, ¡eh! —le advierto abriendo mucho los ojos—. Por favor, no me regales un coche.

—Tranquila, tengo mis límites —replica y coge su tenedor—. Por cierto, si tu plato principal es la tarta de queso, ¿qué piensas pedir de postre?

—Le he echado el ojo a la tarta de manzana.

—¿Sabes lo que es el colesterol?

Pues casi mejor no le cuento que mi comida favorita son las patatas fritas ahogadas en kétchup.

—Oye, que la manzana es muy sana. Y deja de juzgarme, he tenido una noche horrorosa, que va a mejorar mucho con mis dos tartas.

—Espero que la compañía también mejore tu noche —comenta mientras pruebo mi cena, y no sé lo que añade a continuación porque ya no escucho. Estoy demasiado ocupada con el gemido largo e intenso que se escapa de mis labios—. O puedo irme y dejaros intimidad a ti y a la tarta.

Niego con la cabeza y cojo otro trozo para llevármelo a la boca.

—No sabes lo que te pierdes.

—¿Lo dices por la tarta o por tus gemidos? Porque la tarta me da igual. —Se humedece el labio inferior—. Pero ese sonido no voy a poder sacármelo de la cabeza en toda la noche.

Carraspeo fuerte y doy gracias mentalmente por no atragantarme con mi propia saliva. Es mejor alternativa que babearle encima. Y para no seguir por ese camino, cambio de tema y le pregunto cómo ha ido su día. Del mío no me apetece comentar mucho.

Me cuenta que ha ido al gimnasio por la mañana y que le han hecho una entrevista para una revista a mediodía, en la que ha tenido que responder las mismas preguntas de siempre. Después se ha reunido con su mánager para comer, que también resulta ser uno de sus hermanos, y han estudiado unas cuantas posibles ofertas publicitarias, a las que ha terminado accediendo sin muchas ganas. También me habla de un antiguo compañero de profesión que le ha llamado por teléfono hace un rato para saber si podría enchufarlo en la serie.

—Le he dicho que haré lo que pueda, aunque, hasta donde recuerdo, no era muy buen actor.

—¿Y entonces por qué vas a recomendarlo?

—¿Por qué no? Mucha gente cree que yo soy malísimo.

—No creo que sea mucha gente. Son pocos, pero hacen mucho ruido en redes sociales. Ningún famoso se libra de eso.

—¿Tú lo crees? ¿Crees que soy buen actor? Y por favor, mantén lo de tu constante sinceridad conmigo cuando respondas.

Dejo la cuchara en el plato y me apoyo en el respaldo del banco. Gabriel me mira serio. Su cara no me dice mucho, pero sí los golpecitos rítmicos de sus dedos sobre el mantel. Asumo que está un poco nervioso ante la respuesta, lo que significa que le importa mi opinión.

—Creo que tienes dominado tu papel de chico malo. Creo que estás encasillado, como tú bien admites, y no tengo ni idea de si serías bueno fuera de ese papel en el que te sientes cómodo, pero que también te aburre. Te dedicas a una profesión que, aunque es muy cabrona a veces, también es maravillosa, y me parece una pena que no sientas ninguna conexión emocional con ella. Me cuesta entender la interpretación a tu modo. Quizá porque tengo muy cerca a alguien que la vive con una pasión desmedida y que, irónicamente, no puede vivir de ella. También creo que deberías escucharte a ti mismo además de a la productora y a tu mánager, por muy hermano tuyo que sea. Puede que si intentas algo diferente, no sé…, acabe por importarte un poco más lo que haces cada día de tu vida.

Asiente con la cabeza un par de veces y tensa la mandíbula.

—O puede que me haya pasado tres pueblos —tanteo y arrugo la nariz como quien chupa un limón.

—Puede. Y puede que a mí me venga bien escuchar algo así. —Me dedica una sonrisa algo triste—. No es solo que me haya acomodado, es que me he acostumbrado a cumplir las expectativas de otros porque, sinceramente, yo no tenía ninguna. Y la pasta ayuda, no te lo voy a negar.

—Si fuera por las expectativas ajenas, yo estaría ahora mismo operando algún bazo. Y que conste que esta noche, abrir un cuerpo con un bisturí me parece más sencillo que tratar con Rodrigo. Aparte, ganaría más dinero… Pero no sería feliz. Prefiero ser feliz. —Entorna los ojos, mirándome con esa intensidad suya tan televisiva que hace que mis mejillas ardan—. ¿Qué?

—¿Cómo es posible que ningún cabrón con suerte se me haya adelantado? Es decir, ¿cómo puedo ser yo el cabrón con suerte y que estés aquí conmigo?

—Bueno, puede que sí hubiera un cabrón. —Chasqueo la lengua—. Y puede que él tuviera algo que ver con que no me apeteciera tener relaciones duraderas con nadie en mucho tiempo.

Concretamente, cuatro años. Los mismos que llevo sin hablar de él. Ni de ella. Y no es el tipo de conversación que esperaba mantener en una segunda cita, pero es un alivio darme cuenta de que ya no se me corta la voz al pronunciar sus nombres, Ismael y Nadia, y que soy capaz de revivir lo que pasó con cierta distancia emocional. Así logró explicarle a Gabriel cómo fui engañada por las dos personas que más quería y cómo me torturé a mí misma por estar tan ciega y no darme cuenta.

Es curioso cómo podemos encontrar la culpa en nosotros mismos hasta cuando nos traicionan. No obstante, debo reconocer que lo de mentir se les dio de fábula, durante ocho meses. Hasta que un día me contaron que se habían enamorado. Me lo soltaron en una cafetería llena de gente, él muy serio; ella, llorando. Desde aquel día, no he vuelto a saber nada de ninguno. Ni siquiera sé si siguen juntos. Por suerte, Madrid es una ciudad muy grande y mis amigos nunca mencionan a Nadia. Imagino que Sol habla con ella de vez en cuando. Y Nico, no lo sé. Si mantienen el contacto, prefiero seguir viviendo en la ignorancia.

Niego con la cabeza y me entra una especie de risa absurda.

—Nadia se moriría si supiera que estoy aquí contigo. Era tu fan número uno. Te seguía desde el principio de tu carrera. Le encantaba esa serie en la que hacías de demonio.

—Joder, no me lo recuerdes. —Se tapa la cara con ambas manos—. Era malísima.

—A ella le daba igual. Se pasaba horas mirando fotos tuyas en Instagram… Eso cuando no se estaba acostando con mi novio —añado sin pensar.

«Vale, Dafne, lo tienes más que superado. Actúa como tal».

Gabriel alarga el brazo sobre el respaldo del banco y se inclina hacia mí.

—Mírame como si te estuviera diciendo algo gracioso, ingenioso y superprofundo a la vez. Algo que consiga que te enamores irremediablemente de mí.

Sonrío, y antes de que me dé tiempo a preguntarle a qué está jugando, escucho el sonido seco que produce el móvil al hacer una foto. Acto seguido, empieza a teclear con rapidez en su teléfono. Apenas un minuto después recibo una notificación de Instagram. Ha publicado la foto desde su cuenta oficial. Bajo la imagen, un único detalle aparte de mi nombre. Un corazón atravesado con una flecha.

—No queremos que Nadia se muera cuando se entere de que estás cenando conmigo, pero sí que se joda un poco —declara con esa media sonrisa tan encantadora como diabólica.

Estoy a punto reírme; sin embargo, se me olvida en cuanto me percato de un pequeño detalle.

—Gabriel, tienes ocho millones de seguidores.

—Y, aun así, a veces me siento como si nadie me viera —me vacila con voz afectada, utilizando una de sus frases de la serie.

—Vamos a salir en todos los programas de cotilleos.

—Nah, no estamos haciendo nada —declara con total tranquilidad—. Otra cosa muy distinta sería que nos vieran besarnos. Aunque eso prefiero hacerlo sin cámaras de por medio, si no te importa. —Se acerca un poco más, y un poco más, hasta que su aliento roza mis labios—. A no ser que prefieras morrearte con la tarta.

El inicio de mi risa se apaga en cuanto su boca me atrapa. Sus labios acogen los míos con suavidad y firmeza a la vez. Apoya la mano en mi mejilla y nuestras lenguas se enredan. Me aferro a su cuello para profundizar el beso y el olor procedente de su colonia, intenso y algo picante, me envuelve. No hay gemidos involuntarios, ni intención de arrancarnos la ropa el uno al otro. Ni siquiera se da ese cambio torpe de ritmo tan propio de un primer beso. Nos besamos

como si estuviéramos bailando, en una sincronía total de labios, lengua y dientes. Como si lo hubiéramos ensayado veinte veces para una toma.

Eso es. Es un beso de película. Y es perfecto. Tanto que casi no parece real.

TAREAS DE HOY

-Comprar antiácidos.

-Buscar recetas de comida sanas y replantearme en serio mi alimentación.

-Encontrar el dichoso vestido para la boda.

-Armarme de paciencia cuando Fiona me eche en cara que todavía no tengo vestido y NO entrar al trapo con ninguno de sus comentarios.

EL DRAMA DE LA TRUFA

Seguro que hay peores planes para un miércoles por la tarde que probar tartas de boda. Aunque a mí no se me ocurre ninguno ahora mismo. Especialmente si el asunto lo comanda Fiona y eleva a la categoría de debate sobre el estado de la nación si la tarta debe ser un pastel desnudo o uno con *fondant*. En caso de elegir este último, también duda de si debería elegir el efecto marmolado o decantarse por el tipo pizarra. Yo ya me he perdido en la conversación, no sé si estamos hablando de pasteles o de reformar cuartos de baño.

Todavía no entiendo por qué mi hermana se ha empeñado en que viniera. Mi opinión y la suya, por regla general, no coinciden. Además, en la mesa de la pastelería, aparte de mí, la acompañan sus dos mejores amigas: Macarena y Olivia. Ya están ellas presentes para darle la razón en todo. Y mi madre, que entiende el concepto de ganache mucho mejor que yo, debe de estar a punto de llegar. Lleva un rato metida en un atasco.

Tras probar la tarta de pistacho con crema de naranja y verme obligada a puntuar su sabor, textura, cremosidad y apariencia como si estuviéramos en *MasterChef*, cojo el móvil para responder el último mensaje que me ha enviado Madre Gothel. Como hoy he salido un poco más pronto del trabajo para venir aquí, lo estoy pagando en forma de acoso telefónico.

—¿Podrías dejar de jugar con el móvil? —pregunta Fiona, aunque su tono suena a orden.

—No estoy jugando. Es trabajo, y es importante.

—Chica, ni que salvaras vidas —susurra, aunque lo bastante alto para que pueda oírlo.

—No, para eso ya te tenemos a ti —respondo sin apartar la vista de la pantalla y por fin consigo que me ignore.

Me encantaría quedarme en un segundo plano y fundirme con la silla de terciopelo rosa. O con la pared rosa. O con la decoración vertical de flores —adivina el color— que la adorna. No obstante, resulta imposible pasar desapercibida. A las amigas de mi hermana les encanta *Jaulas doradas* y, cada vez que coincidimos, aprovechan la ocasión para intentar sonsacarme información sobre la serie.

No les puedo adelantar nada de lo que va a ocurrir en la próxima temporada. Si lo hago, me arriesgo a que me despidan y a tener que pagar una multa. Respondo lo de siempre, que yo no dispongo de acceso a los guiones. Es mentira, pero, como en esta mesa nadie entiende en qué

consiste mi trabajo y piensan que soy una especie de secretaria del director, se quedan conformes. Al menos, hasta que lo olviden y vuelvan a interrogarme la próxima vez que nos veamos.

—¿Ya tienes el vestido? —me pregunta Fiona.

—Estoy… barajando opciones.

—O sea, que no has empezado ni a buscar —declara con una sonrisa pedante. Todas sus sonrisas son pedantes. Y como somos idénticas físicamente, es como verme en un espejo que me cae mal—. Déjalo, ya me encargo yo.

—No hace falta. Soy capaz de comprarme un vestido yo sola.

También soy capaz de mancharlo, deshilacharlo y hacerlo trizas por accidente antes de llegar a la iglesia, pero eso no es lo que estamos discutiendo.

—Pues espabila, porque me caso en dos meses y doce días —puntualiza, como si no me saliera la fecha por las orejas ya—. Y más te vale que tus sandalias no superen los ocho centímetros de tacón. No quiero que parezcas más alta que yo en las fotos.

—Puedo ir descalza si lo prefieres, como Mowgli.

Nuestra animada conversación se interrumpe cuando la repostera nos presenta la cuarta opción para la tarta. Todas sonríen alrededor del pan de limón con crema *chantilly* y hojas de menta. Yo lo intento, aunque de mis labios solo sale un suspiro lastimero. La tarta no tiene la culpa, es que me cuesta hasta tragar saliva, y comer me apetece tanto como escalar el Everest con sandalias de no más de ocho centímetros.

Ayer salí a cenar con Gabriel. En nuestra tercera cita me llevó a un restaurante dos estrellas Michelin y aún me estoy recuperando. Nos sirvieron un menú compuesto por diez platos, con maridaje de vino incluido. Pasamos tres horas y media comiendo y bebiendo. Aquello fue como una bacanal. Para nuestros estómagos, se entiende. El sexo, de momento, lo seguimos manteniendo fuera de la ecuación.

Al llegar la quinta tarta, me obligo a levantarme y me excuso para ir al servicio. Seguro que Fiona se tomaría como una ofensa personal que vomitara sobre el pastel Charlotte de fresas relleno de mascarpone. Tras un par de minutos en el baño echándome agua en la cara y en la nuca, me encuentro mejor. Estoy colocada frente al espejo, mentalizándome para tratar de ser más agradable con mi hermana, cuando entra alguien.

La veo por el espejo y parpadeo fuerte, por si se trata de una alucinación producida por el azúcar. Pero no. Ella me ve también. Sus ojos se detienen en el reflejo de los míos justo antes de que su cuerpo se clave también en el sitio.

—Dafne —susurra con un hilo de voz, que recupera apenas para titubear un «hola».

¿En serio? ¿Es en serio?

Se lleva una mano al vientre en un gesto que parece instintivo y me cuesta unos segundos procesarlo. A lo largo de los años, he imaginado encontrármela muchas veces y en muchos escenarios distintos, aunque nunca esperé que estuviera embarazada.

Doy media vuelta y apoyo una mano sobre la encimera, buscando un poco de estabilidad física. La emocional la he perdido de golpe.

—Hola, Nadia.

—Cuánto tiempo —señala con un tono agudo y chillón que no es capaz de controlar. Al menos me consuela saber que este encuentro inesperado la afecta tanto como a mí—. ¿Qué tal estás?

—Bien —respondo y me obligo a empujar la lengua hacia delante para preguntar—: ¿Y tú?

—Pues ya ves… oronda. —Sonríe y vuelve a tocarse la barriga—. Estoy de ocho meses y tengo que ir al baño cada cinco minutos. Además, Ismael me da unas patadas tan fuertes que creo que va a salir futbolista.

—Ismael —pronuncio, a velocidad superlenta, creo.

—Eh, sí. —Se coloca un mechón de su pelo castaño liso detrás de la oreja, como suele hacer cuando se pone nerviosa—. Es…

—Es suyo, claro.

—Sí, pero él no está aquí. He venido a merendar con una amiga —se apresura a aclarar, supongo que para evitar que la situación, ya incómoda de por sí, pase a ser realmente desagradable.

Aunque lo es igualmente, porque no puedo evitar recordar a Ismael. Me he prohibido a mí misma pensar en él durante cuatro largos años, sin embargo, su cara aparece en mi mente con una nitidez asombrosa. Su pelo negro y un poco largo de más. Sus ojos rasgados. Su nariz ligeramente torcida, que le hacía un poco menos guapo y al mismo tiempo era su rasgo más atractivo. Sus manos, que siempre me parecieron de pianista, aunque jamás le vi tocar un instrumento. Su voz. Sobre todo su forma de llamarme *nena*. Suena a apelativo de lo más simple, pero era el mío y me gustaba. Durante meses me pregunté cómo llamaría a Nadia. Y si sus gestos de cariño seguirían siendo los mismos o si inventaría otros para ella. Si posaría la frente sobre la suya al final de cada beso, como hacía conmigo. Si le frotaría los pies en el sofá los días de mucho frío. O si ella entendería que él era incapaz de recordar los cumpleaños, que la Navidad le ponía un poco triste y que no veía niños en su futuro.

Es evidente que las cosas cambian. O tal vez no son las cosas y son las personas las que cambian. Hasta el punto de no reconocerlas.

Entiéndeme, hace mucho tiempo que no siento nada por Ismael, pero tener delante a Nadia y su prominente barriga es como ver la cicatriz que dejó una herida profunda. Aunque ya no sangre, es un recordatorio de lo mucho que dolió.

—Enhorabuena por el embarazo. Espero que vaya todo bien —declaro con el tono educado que mi madre me enseñó para estos casos y me muevo con el objetivo de largarme. Hasta Fiona me parece mejor compañía ahora mismo.

—¿Cómo está Nico? —me pregunta antes de que me dé tiempo a alcanzar la puerta.

—¿Por qué no se lo preguntas tú?

—Ya, claro, como si fuera a contestarme —apunta con una sonrisa apagada.

Tenía la duda de si seguían en contacto. Es curioso, me inclinaba a pensar que sí. Nico es partidario de dar segundas oportunidades a la gente. Y terceras y cuartas, si me apuras. Además, fue a mí a quien traicionó Nadia, no a él. Ellos también eran muy amigos. Por eso jamás se me ocurrió obligarle a escoger un bando. No hubiera sido justo.

—¿De verdad no habláis?

—No, nunca. Lo intenté varias veces, pero creo que me odia incluso más que tú.

—Nico no te odia. ¿Por qué dices eso?

—No sé explicarte. Es una sensación, supongo. Yo siempre pensé que él y tú… —Deja morir la frase en el aire, aunque no hay necesidad de que la remate.

—Ya… ¿Y esa sensación tuya fue la que te empujó a enrollarte con mi novio a mis espaldas o no tuvo nada que ver?

Sus ojos marrones se abren por completo, aunque ella parece empequeñecerse en el sitio a medida que agacha la cabeza.

—Daf…

—No me llames así —suelto entre dientes—. Solo mis amigos me llaman así.

—Lo… —El labio inferior comienza a temblarle. —Lo siento.

Una lágrima desciende por su mejilla y unas cuantas más no tardan en hacerle compañía.

Del uno al diez, ¿cómo de cabrona sería si dejo a una embarazada llorando sola en un baño? Da igual, no contestes. No me voy a ir. Solo me alejo de ella un momento para coger un trozo de papel higiénico.

—Gracias —musita entre hipidos cuando se lo tiendo.

—¿Estás mejor? —pregunto unos segundos más tarde.

—Sí, perdona. Es que estoy un poco sensible.

—Ya imagino.

En realidad, no imagino nada. Hace tanto tiempo que estoy fuera de la vida de Nadia que no tengo en lo que basarme, aparte de lo evidente.

—Había preparado un discurso para pedirte perdón. Lo tengo ensayado y lo he perfeccionado con los años, por si te volvía a ver. Pero ahora que estás delante de mí no me acuerdo de nada.

—No lo necesito, Nadia. De verdad.

—Escucha, Daf… Dafne —corrige enseguida, casi con temor—. No puedo arrepentirme porque —se toca la barriga muy despacio— quiero a este niño con toda mi alma, aun sin haberlo visto, y es lo que más me importa en el mundo. Pero siento mucho, muchísimo, todo el daño que te hice.

Asiento con la cabeza varias veces antes de obligarme a responder.

—Gracias por decirlo.

—He querido llamarte mil veces y nunca he encontrado el valor. ¿Crees que… podríamos quedar alguna vez?

Es curioso. Al verla ahora, me doy cuenta de que la he echado más de menos a ella que a Ismael. Porque, en el fondo, siempre he pensado que el amor romántico puede ser temporal, mientras que los amigos deberían ser para siempre. Aun así…

—No creo que sea buena idea.

—Ya…, no. Lo entiendo —afirma, sin embargo, la desilusión es transparente en su voz.

—Pero no te odio, Nadia. No creo que se pueda odiar a alguien a quien has querido tanto.

Se tapa la boca con la mano y hace un verdadero esfuerzo por volver a contener las lágrimas. Es inútil. Se echa a llorar y ni siquiera medito el movimiento que hago a continuación. Si lo pensara, no la abrazaría. Casi tengo que rodearla para conseguirlo. Ella se aferra fuerte a mí y se desahoga en mis brazos, hasta calmarse por fin.

Este momento no cambia nada entre nosotras. No vamos a volver a ser amigas, pero deseo que esté bien y sea feliz. Esto último es lo que le digo antes de apartarme y salir del baño.

Las rodillas todavía me tiemblan cuando alcanzo nuestra mesa. Mi madre ya ha llegado y se ha sentado en mi silla, así que me toca colocarme justo al lado de Fiona.

—Hija, qué pálida estás.

—Siempre estoy pálida, mamá.

—Más de lo habitual. ¿Bebes suficiente agua? Ya sabes que son dos litros al día, mínimo. Y no estás siguiendo el tratamiento con ácido glicólico que te recomendé, ¿a que no?

Sin dejarme responder siquiera, me pregunta cuándo fue la última vez que me hice un chequeo y, a partir de ahí, me ametralla con un montón de cuestiones referentes a mi salud. El interrogatorio en cuestión dura un par de minutos, más o menos el tiempo que tarda Nadia en salir del baño y pasar cerca de nuestra mesa para regresar a la suya, donde la está esperando, efectivamente, una amiga.

Mi madre enmudece cuando la ve, y es todo un mérito hacerla callar. También se queda blanca, por muchos litros de agua que beba al día. Solo aparta la mirada de Nadia para dirigirla hacia mí. Niego con la cabeza y mis ojos deben de reflejar tal pánico que se traga lo que sea que quiere soltar y susurra un «mi niña» que solo escucho yo. Acto seguido, me acaricia el pelo para terminar posando la mano en mi mejilla.

Ese simple gesto de ternura hace que me entren unas ganas terribles de llorar, pero me aguanto. No es el momento y Fiona ni siquiera se ha dado cuenta. Sigue hablando con sus amigas mientras bebe su *smoothie* de fresa. Las escucho comentar el último escándalo que corre como la pólvora por todo internet. Un cantante muy famoso al que han pillado engañando a su novia, también cantante y más famosa aún.

Por supuesto, quieren saber si yo dispongo de información privilegiada al respecto. «Como trabajas en la tele y eso», añade Olivia. Trato de explicarles la diferencia entre ficción, que es a lo que yo me dedico, y los programas del corazón, aunque estos también cuentan con su dosis de irrealidad. Por supuesto, no les interesa mi charla y prefieren seguir destripando al tipo en cuestión. Mi madre también contribuye al escarnio y, para mi sorpresa, es Fiona la que discrepa.

—Tampoco creo que sea asunto nuestro juzgarlo. No conocemos su historia.

En circunstancias normales, estaría de acuerdo con ella, pero como eso no ocurre nunca y mis circunstancias tras el encuentro con Nadia no son las normales, pregunto:

—¿En serio te estás poniendo de parte del infiel? ¿Tú? ¿La defensora de la rectitud moral?

—Es tan fácil opinar cuando no se tiene una relación… Por cierto, ¿cómo va la tuya con el hombre invisible? —pregunta mientras alisa una arruga imaginaria de su camisa Ralph Lauren.

—Pues va bastante bien… —No lo digas. No lo digas. NO LO DIGAS—. Y te aseguro que Gabriel Silva tiene muy poco de invisible.

—¿Gabriel Silva? ¿Gabriel Silva? ¿Gabriel Silva? —Las amigas de mi hermana empiezan a repetir su nombre en tonos cada vez más agudos.

—¿Estás saliendo con Gabriel Silva? ¿El actor? —quiere asegurarse Macarena.

—¿Un actor, Dafne? Si es que es culpa de tu abuela, te atrae el faranduleo igual que a ella. Lo llevas en la sangre —remata mi madre como si pesara sobre mí una maldición gitana.

—Estás de coña, ¿verdad? Porque me muero aquí mismo —asegura Olivia emocionada.

—Te lo acabas de inventar —afirma Fiona convencida—. Tú y tus ganas de llamar la atención.

Pocas cosas me han producido tanta satisfacción últimamente como borrarle esa ceja incrédula a mi hermana y sustituirla por una expresión de absoluta perplejidad. Es lo que consigo al mostrarles la foto que publicó Gabriel en su cuenta de Instagram la semana pasada.

Macarena y Olivia empiezan a pisarse las frases la una a la otra para preguntarme un montón de cosas sobre mi novio famoso y mi madre suspira antes de resignarse y admitir que tendrá nietos medio hippies pero muy guapos.

Nuestra foto ha superado el millón de *likes*. En los comentarios puede leerse de todo. Corazones y muchos cumplidos para Gabriel, llamándole cosas como «perfecta creación de Dios», y también críticas cero constructivas del tipo «hasta mi perro ciego sabe actuar mejor que tú». También hay algunas preguntas acerca de quién soy yo. Y un debate sobre si tengo o no cara de elfa. La parte positiva es que ningún periodista se ha interesado todavía por mí.

—Una foto no demuestra nada —señala Fiona muy ufana—. El anillo sigue siendo mío, ¿verdad, mamá?

—Bueno, por el momento, sí, pero ya veremos qué pasa dentro de dos meses.

—Y doce días —apostillo.

La sonrisa de mi hermana deja de ser pedante para convertirse en escalofriante. Ahora mismo, mi espejo da miedo.

—Sigamos a lo nuestro —zanja el tema—. ¿Con qué tarta os quedáis? Para mí es la de limón, pero vamos a votar, que para eso hemos venido.

«Limón», afirma mi madre, sin ninguna duda. Olivia y Macarena también, aunque sospecho que su elección puede estar condicionada. Dudo que se atrevan a llevarle la contraria a mi hermana en este instante.

—¿Dafne? —me pregunta y te juro que pronuncia mi nombre como si fuera un insulto.

«Haz esto fácil. Di limón. Di limón. Di limón».

—Trufa.

Si es que me va la marcha.

—No pienso elegir la de trufa. Es muy empalagosa para una boda en verano. Y seguro que es la que más engorda —añade con horror.

—Y yo que pensaba que lo importante es que estuviera buena… Además ¿qué te importa a ti si engorda o no? Estás embarazada.

—¡¿Qué?! —chillan Macarena y Olivia al unísono.

La cara de mi hermana se vuelve más roja que las frambuesas que adornan su plato.

—¡¡Venga ya, Fiona!! ¿No se lo has contado?

—¿Cómo puedes ser tan increíblemente bocazas? —escupe y su mala hostia impregna el aire más que el aroma de vainilla.

—¿Yo? No, me niego a que esto sea mi metedura de pata. ¿Cómo iba a saber que no se lo has dicho a tus mejores amigas? Joder, haberme avisado. Y ni que llevaras la semilla del diablo dentro.

—¿Quieres bajar la voz? —susurra con tanta fuerza que prácticamente grita—. O mejor aún, cállate para siempre.

—Chicas…, por favor, ya basta, que no tenéis ocho años —tercia mi madre.

—En serio, Fiona, ¿a quién le va a importar en pleno siglo veintiuno que te cases embarazada? Es ridículo.

—Si, porque para ti todo es ridículo, ¿verdad? Mi boda, mi tarta y cualquier cosa que me importe.

—Vale, lo que tú digas, dramática.

Cojo el móvil en un intento de zanjar la discusión y me lo arranca de la mano, para, acto seguido, meterlo en un vaso de agua.

—¡Fiona! ¡Pero ¿qué haces?!

La exclamación procede de mi madre. Yo estoy demasiado ocupada sacando el teléfono del agua e intentando resucitarlo. Sin éxito.

—¿A ver quién es ahora la dramática? —Y sonríe. Sonríe la muy psicópata.

Yo también lo hago, un segundo antes de coger un trozo de tarta de mi plato y restregárselo por toda la cara.

Unos gritos ahogados me rodean, aunque yo me limito a chuparme el pulgar con tranquilidad.

—Trufa, sin duda.

Lo siguiente que escucho —yo y todo el local— es el chirrido fuerte de unas patas cuando Fiona se levanta de la silla como un oso pardo. A continuación, un grito; el mío, al sentir que me va a arrancar el pelo de la cabeza de un solo tirón. Unas cuantas manos intentan meterse en

medio de las dos y yo encuentro un atisbo de cordura que me ayuda también a apartarme. Porque, si no abandonas a una embarazada llorando en un baño, menos aún puedes arañarle la cara a otra, por muchas ganas que tengas.

La tarde concluye con la dueña invitándonos a abandonar la pastelería, con mi madre echándonos una bronca a Fiona y a mí como cuando éramos niñas y con Macarena y Olivia despidiéndose asustadísimas con la mano y quedando en llamarme para organizar la despedida de soltera. «Si es que estás invitada», se pregunta Olivia. Mi hermana entrecierra los ojos, uno más que el otro a causa de la irritación que le ha producido la nata, y jura odiarme hasta la muerte. Me lo tomaré como un *no*.

MI NOCHE

NICO

Chasqueo los dedos compulsivamente mientras recorro una y otra vez los dos metros y medio de ancho de mi dormitorio.

—Desde el principio.

—Por Dios, Nico. —Almudena echa la cabeza hacia atrás y se tapa la cara con el libreto para ahogar un grito—. Lo hemos ensayado cien veces.

—Pues ciento una.

Lo que pretende ser una petición sale de mi boca en forma de ladrido. Sé que no soy fácil de gestionar en este momento, pero, joder, ella es actriz y debería entenderme. Que alguien te ayude con las réplicas y te dé el pie de los otros personajes es importante. Te ayuda a concentrarte en tu parte y a encajar los diálogos en su sitio. El inconveniente es que Almudena se cansa pronto. De todo en general. Por eso ahora mismo está sentada en mi cama resoplando.

—Te lo sabes de sobra, en serio, y yo tengo que ir a casa a cambiarme.

—Estás perfecta.

Tumbada en una esquina de la cama, Cersei Lannister levanta la cabeza, me mira y emite algo parecido a un bufido de desagrado.

—¿Te crees que voy a ir al teatro en vaqueros? —me pregunta como si fuera gilipollas—. Además, tengo que lavarme el pelo —añade cogiendo con los dedos un mechón castaño perfectamente planchado.

Podría pedirle que se quedara conmigo, pero ni lo intento. Lejos de ayudarme, solo consigue ponerme la cabeza como un bombo. Para ser justo, Dafne es la única persona capaz de lidiar con el puto manojo de nervios que ha tomado el control de mi cuerpo.

Saco el móvil del bolsillo trasero y vuelvo a llamarla. La respuesta son dos pitidos, seguidos de un aviso de error en la pantalla. Ella nunca apaga el móvil y, hasta donde yo sé, hoy no tenía que rodar en ningún pueblo perdido sin cobertura. ¿Dónde se ha metido?

—Vale, repito el monólogo una vez más y te vas.

Es mi inseguridad la que habla, no mis ganas de que se quede. Ni las suyas, ya que pone los

ojos en blanco antes de empezar a buscar la página que necesito repasar.

—Es que ni siquiera entiendo nada entre tanto tachón —se queja—. Eres un desastre.

Cersei Lannister vuelve a gruñir, esta vez mirando a Almudena. Te juro que esta gata entiende el lenguaje humano y me quiere solo para ella.

—No son tachones. Apunto las palabras importantes en mayúsculas y las subrayo —le explico—. Me ayuda.

No escucho su respuesta porque me distrae el tintineo lejano de unas llaves y, a continuación, el sonido de la cerradura. Salgo de la habitación y voy corriendo hasta la puerta.

—¡Dios! —Dafne pega un bote cuando aparezco delante de ella, aunque sería más exacto decir que la atropello.

—Te he llamado y te he enviado mil mensajes.

—Mi móvil ha muerto. Bueno, más bien lo han asesinado a sangre fría en la pastelería de Barbie —puntualiza mientras cierra la puerta y posa su bolso sobre el aparador—. Ha sido Fiona, que está tarada. No sé si es por la boda, por el embarazo o por algún trauma infantil sin resolver, pero se ha puesto como una fiera conmigo. Encima todo ha sido su culpa, porque la muy anormal…

—Daf. —La sujeto por los hombros.

Cualquier otro día la dejaría desahogarse a gusto, pero si empieza a despotricar contra su hermana podemos quedarnos aquí hasta Navidad y yo voy con el tiempo justo.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Tengo función esta noche.

—¿Cómo? —Parpadea confusa—. ¿Qué?

—Que hoy no soy el suplente. —Sonrío con anticipación—. Soy el protagonista.

Como respuesta, abre sus enormes ojos azules y pega un chillido que debe de escuchar todo el edificio. Sin pensarlo, levanta los brazos y salta hacia mí. La agarro por la cintura al vuelo y me rodea las caderas con sus piernas. Lo hace con tanta fuerza que debería perder el equilibrio, pero eso no ocurre, porque llevo imaginándome este abrazo desde que recibí la noticia hace algo más de una hora. Es la primera persona a la que quería contárselo.

Sujetándola, giro un par de veces sobre mí mismo y los gritos de felicidad que ahoga contra mi cuello hacen que mi piel hormiguee y se niegue a separarse. Pero un carraspeo a mi espalda consigue que Dafne se aparte y pose los pies en el suelo. Se queda un poco cortada ante la presencia de Almudena. La ceja arqueada tampoco ayuda y nos envuelven un par de segundos de silencio incómodo, que rompo al contarle a mi amiga que Pau, el protagonista de la obra, se ha hecho un esguince. Eso significa que tendré que sustituirlo dos semanas como mínimo.

—¡Es genial! —aplaude Dafne emocionada con palmadas muy cortas—. Bueno, no tanto para Pau, claro. Pero enhorabuena, Nico, me alegro muchísimo por ti.

—Gracias. —Los nervios vuelven a invadirme como una ola de las que te revuelcan en el mar—. Vas a venir, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? Y pienso aplaudir hasta que se me caigan las manos. Aunque… ¿Te importa si me acompaña Gabriel? Había quedado con él esta noche.

—¿Dos noches seguidas? Eso es una novedad.

—Puedo decirle que nos vemos mañana.

—No, no hace falta. Pido que dejen dos entradas en la taquilla para vosotros. Además, tengo bastante curiosidad por conocer al tío con el que no…

—Cállate —me advierte dándome un manotazo en el brazo que me hace reír.

—¿Quién es Gabriel? —le pregunta Almudena sin bajar aún la ceja. Joder, sí que se da un aire al *emoji*.

—Es… un compañero de trabajo. Un amigo —corrige—. Bueno, tampoco es exactamente un amigo… —Y ella es realmente mona cuando se aturulla intentando explicar una relación incipiente que todavía no se puede definir. Excepto si se tratara de mí. En su caso, yo ya estaría planteándome con qué canción abrir el baile nupcial—. Es Gabriel Silva —concluye encogiéndose de hombros.

—¿El actor? —Almudena alza las cejas con sorpresa antes de fruncir el ceño—. Es coña, ¿no?

—Vale, ya sé que no soy Ana de Armas, pero ¿por qué todo el mundo cree que me lo invento?

Entorno los ojos al ver que lleva una parte de su melena completamente pegada a la sien. Estiro el brazo con curiosidad y paso los dedos por el mechón en cuestión.

—¿Por qué tienes el pelo crujiente?

—Ah, es por la trufa. La trufa de la discordia. Pero eso forma parte de una historia familiar larga y vergonzosa que ya te contaré mañana. ¿Cuánto tiempo tenemos? ¿Necesitas ayuda para repasar el texto?

—Ya lo estoy ayudando yo —tercia Almudena—. ¿Seguimos, Nico?

No me sorprende su cambio de actitud. Mi chica es celosa. Y si se trata de Dafne, raya en la obsesión. De hecho, ese es uno de los motivos por los que dudo que lo nuestro vaya a funcionar. No es un requisito que el amor de mi vida quiera a Dafne, pero sí que no la mire como si estuviera deseando apuñalarle un ojo, concretamente con el boli que lleva en la mano.

—No te preocupes. Puedes ir a cambiarte.

—¿Seguro? De verdad que no me importa quedarme. —Suaviza el gesto y me recuerda un poco más a la chica que conocí en un *casting*, me miró y me dijo que tenía cara de necesitar una copa. No le faltaba razón, acababa de hacer la prueba y me había salido fatal. A ella también la suya, así que terminamos ahogando las penas en un bar. Ella con un *gin-tonic* y yo con un vaso de *whisky* que no me terminé, porque lo único que me gusta del *whisky* es su simbolismo y la tristeza que representa.

—Tranquila, no necesito ensayar más. Te veo después de la función. —Le doy un beso en los labios que pretende ser corto, pero Almudena me agarra del cuello y alarga la despedida hasta

que necesito coger aire para no asfixiarme.

En cuanto se va, Dafne coloca los brazos en jarra y empieza a reírse.

—Y yo que pensaba que Cersei Lannister era la única que marcaba territorio en esta casa. En fin… ¿Azotea?

La palabra mágica.

—Sí, vamos. En media hora como mucho tengo que salir pitando para el teatro.

Subimos y ya solo el aire de este sitio me llena los pulmones, ayudándome a respirar un poco mejor. Al mismo tiempo, es posible que el dióxido de nitrógeno que inhalo a causa de la contaminación contribuya a acortar mi vida. Pero ese dato, que conozco gracias a Sol, no es relevante ahora mismo. Como tampoco lo es que Dafne se haya recogido el pelo en un moño alto que deja su nuca al descubierto y a mí me parezca de lo más sexi. «Es solo mi cabeza», me digo, que bulle sin control por los nervios y me bombardea con pensamientos aleatorios y sin sentido.

Practico mis ejercicios de respiración para centrarme y, tras ellos, repito el monólogo para mi única espectadora, sentada en una silla de jardín. Es largo e intenso, y también es la parte que me acojona más.

Cuando acabo, miro a Dafne, que me observa sin mostrar ninguna expresión, ni positiva ni negativa, lo cual supone un problema.

—Joder, ¿tan malo ha sido?

—No, para nada. Lo has clavado.

—¿Entonces qué pasa?

Se levanta de la silla, se acerca a mí y coloca las manos en mis hombros.

—Que estás más tenso que una percha.

Me zarandea y me ayuda a soltar un poco el cuerpo. Es una técnica que le enseñé yo a ella para relajarse. Las he estudiado todas, aunque no siempre se me dé bien aplicarlas.

—¿Mejor? —me pregunta unos segundos después.

—¿Y si se me olvida?

—¿Qué parte?

—Todo. Hay novecientas butacas en ese teatro, Daf. Novecientos espectadores. Y va a estar lleno.

Ella me agarra la cara con ambas manos y siento un cosquilleo en el estómago que asciende hasta un lugar indeterminado de mi pecho. Me repito que son los nervios.

—Estás preparado, tú siempre lo estás. Y tan metido en el personaje que si se te olvida algo, podrías improvisar y hasta mejorar el guion. Estoy segura. —Sonríe con una mezcla de admiración y orgullo y le devuelvo la sonrisa.

Siempre he sido constante y cabezota en lo que se refiere a mi carrera, creo que hay que serlo con los sueños, aunque admito que he flaqueado algunas veces por el camino y me he visto tentado por la idea de dedicarme a algo más convencional y estable. Es Dafne la que siempre impide que me rinda. Es ella la que me ayuda a sostener mi sueño cuando pesa demasiado.

—Te lo has ganado, Nico, así que disfrútalo. Disfruta de esta noche. Porque es tuya.
Tiene razón. Es mía. Es mi noche. Y eso suena muy bien.
Todo suena bien cuando me lo dice ella.

CUESTIÓN DE SER NICO

Una melodiosa voz femenina se alza sobre el murmullo incesante de las conversaciones y nos avisa de que la función va a dar comienzo. Las tres plantas del teatro están a rebosar y el telón de terciopelo rojo aguarda. Comprendo los nervios de Nico ante la vertiginosa emoción de plantarse en un escenario y sentir el peso de novecientos pares de ojos sobre uno mismo. Es una pena que Sol y Mara vayan a perdérselo. La rubia está fuera de la ciudad por trabajo y Mara no ha tenido tiempo para organizarse y dejar a los niños con nadie. Lo ha intentado con su ex, pero él no suele colaborar, a no ser que se trate de una urgencia vital y no le quede más remedio. Ambas han escrito a Nico para desearle suerte, en forma de montones y montones de *emojis* de caca, y le han prometido sentarse en primera fila la semana que viene.

Las echo de menos. Ellas serían mucho mejor compañía que Almudena. Lo primero que ha hecho nada más llegar es quejarse de nuestros asientos. Estamos situados en el primer piso, justo encima de la Platea, y las vistas son estupendas, pero aquí a Pretty Woman le indigna no disponer de un palco para ella solita. Estoy convencida de que haría una excepción para compartirlo con Gabriel. Con él está siendo encantadora. Hasta sabe sonreír y todo. Sobra decir que yo, sentada entre ambos, me he vuelto mágicamente invisible para ella. Aunque casi prefiero que me ignore a que me mire con ganas de empujarme de cabeza al foso de orquesta.

Las luces bajan de intensidad hasta que la oscuridad lo engulle todo, salvo el escenario. Me imagino a Nico dando siete vueltas, ni una más ni una menos, al anillo que le regaló su madre y que utiliza siempre como amuleto. El telón sube y contengo el aliento unos segundos. Estoy muy nerviosa y el corazón me golpea el pecho con fuerza. Sin embargo, la sensación no dura ni cinco segundos; en cuanto lo veo aparecer y antes incluso de que abra la boca, sé que va a comerse el escenario y el teatro entero.

Puede que Nico no ruede películas taquilleras ni sea el protagonista de la serie del momento, pero tiene tablas y una seguridad que le han otorgado años y años de formación y funciones ante públicos de todo pelaje. Y mientras lo observo, me doy cuenta de que no importa si la obra me gusta más o menos, no importa si su personaje es, en cierto modo, desmesurado y desagradable, porque Nico posee un magnetismo cuyos efectos no puedo ni me apetece controlar. No se trata de una cuestión física y nada tiene que ver con la atracción sexual, por mucho que sea capaz de

erizarme el vello de los brazos con su voz. Tampoco influye nuestra amistad y el cariño que le tengo. Ni siquiera es una cuestión de ser mejor o peor actor. Es, simplemente, una cuestión de ser él. De ser Nico. No te pide que lo mires. No lo necesita. Lo miras y punto.

Yo siempre he contado con el privilegio de saber lo que es capaz de hacer sentir, pero el público que lo ovaciona y se levanta de sus butacas en el momento exacto en el que él vuelve al escenario tras terminar la función, lo ha descubierto esta noche. El sonido de los aplausos es ensordecedor y cuando él sonríe, iluminando aún más la escena, a mí se me escapan un par de lágrimas.

Tras salir del teatro, Almudena, Gabriel y yo caminamos hasta un bar cercano. Es el local al que suelen venir los compañeros de Nico después de la función y nos ha pedido que lo esperemos aquí. El sitio es pequeño; las luces, tenues, y está hasta los topes a pesar de ser miércoles. Suena *Lady Marmalade*, no la versión de Christina Aguilera, sino la setentera de Patti LaBelle, y unos cuantos bailan apiñados a su ritmo en la pista.

Pedimos las bebidas en la barra y tenemos la suerte de coger una mesa con un banco doble que un grupo de seis acaba de desocupar. Nico aparece una media hora más tarde, con el pelo algo húmedo y vestido con un pantalón negro y camiseta a juego. Llega con un grupo numeroso y charla con una chica que reconozco. Es una de las actrices de la obra. Al vernos, se despide de ella con un beso en la mejilla —su novia, sentada frente a mí, no ve ese gesto, por suerte para todos— y se acerca a nosotros. Nos saluda y toma asiento al lado de Almudena.

—Te he pedido una cerveza —lo informa su novia—, pero ya estará caliente.

—Da igual. —Respira algo acelerado, producto de la adrenalina que aún le recorre el cuerpo, y la besa—. Gracias, pequeña.

La risa se me escapa por la nariz al escuchar el apelativo, aunque la amortigua Kiss y su *I Was Made for Lovin' You.* Nico es el único que se percata y me da una patada por debajo de la mesa. Me trago un quejido y, de nuevo, la risa para presentarle a mi acompañante.

—Ha sido una pasada, tío. Lo has bordado —comenta Gabriel estrechándole la mano—. Enhorabuena.

Nico asiente despacio con la cabeza, con un gesto muy de caballero nacido tres siglos atrás.

—Muchas gracias.

—Un brindis por el protagonista de la noche —propongo y los cuatro chocamos nuestros botellines.

—¿Qué os ha parecido a vosotras? —quiere saber tras darle un trago difícil a su cerveza templada—. Sinceridad absoluta. Os prometo que mi ego podrá soportarlo.

—A mí no me ha gustado —comienzo y sus ojos me escudriñan sin molestarse en parpadear. Me conoce demasiado—. Porque *gustar* es una palabra que se queda muy pequeña. He sentido todo, Nico. Cada palabra.

Él sonríe por fin.

—¿Y has visto cómo te aplaudían? Menudo subidón da eso —añade Almudena—. No me

digas que no ha sido una de las mejores noches de tu vida.

—Ha sido… —medita un poco— casi perfecta.

—Venga ya —se ríe ella con incredulidad—. No te pongas en plan humilde ahora.

No es el caso. Ni siquiera está pensando en sí mismo. Mañana tendrá tiempo de analizar su trabajo con el director y fustigarse por las partes que podría haber hecho mejor. Lo que hace que esta noche no sea perfecta es la ausencia de su madre. Lo sé porque, a pesar de la euforia que siente ahora mismo, hay un leve rastro de tristeza empañando su mirada. Pero él no lo piensa verbalizar y lo respeto.

—Tengo curiosidad. ¿Cómo te preparas para un personaje así? —le pregunta Gabriel—. Se le va mucho la olla.

—Pues como a Nico. No sabes lo que es aguantarlo cuando se prepara para un personaje —comenta la sufrida novia antes de mirar a su chico—. Que yo trato de entenderte, ¿eh? Te lo juro, pero te pasas. Y es a mí a la que le ha tocado convivir con un loco que está para que lo encierren.

—Todos somos moralmente grises, y tampoco es cosa mía juzgar a mi personaje. Si lo hiciera, no podría ser actor.

—¿Por qué? —pregunta Gabriel.

—Porque sería falso. No estaría interpretando a alguien, solo mi manera de ver a ese alguien. Por raro que sea o jodido que esté un personaje, mi trabajo consiste en rascar hasta meterme en su piel para entender cómo llegó a ser como es, para poder trabajar desde su verdad. De hecho, creo que es algo que funciona para la interpretación y para la vida en general. Cuanto menos juzgas, más entiendes a los demás.

—Joder, nunca me lo he planteado así —reconoce Gabriel.

—Tampoco he descubierto nada. Te lo habrán enseñado en cualquier curso de interpretación.

—¿Podrías recomendarme alguno? No he hecho ninguno. Más bien, nunca he terminado ninguno.

Nico eleva las cejas. Supongo que no está acostumbrado a que un actor famoso le pida consejo.

—Claro, sin problema. Mañana te paso algunos.

—Pues a mí me da un poco de pena que tu personaje no se quede con la chica —admito—. Ya sé que no es ese tipo de historia en la que triunfa el amor, pero…

—No, es más bien la historia en la que ella debería huir muy lejos —me interrumpe Almudena.

En mi vida amorosa tiendo a alejarme de las complicaciones; sin embargo, en las historias de ficción, mis gustos son un poco retorcidos. Te recuerdo que mi gata se llama Cersei Lannister.

—Puede, pero todos merecemos un final feliz, aunque estamos un poco rotos. O precisamente por eso —añado.

—No hay ni una historia de amor que tenga un final feliz —me contradice Gabriel—. Si es amor, no tendrá final. Y si lo tiene, no será feliz.

—Madre mía, eso es muy profundo —resalta su fan número uno.

—Lo he leído en la pared del baño mientras meaba. Mi único mérito es memorizar rápido —admite él con pereza y se lleva el botellín a los labios.

Aun así, Almudena continúa mirándolo como si fuera una aparición mariana en mitad de un monte.

—No me puedo creer que seas capaz de empatizar con mi personaje y no con Rachel —me ataca Nico.

—Ya estamos. —Ruedo los ojos—. Se estaban tomando un descanso, admítelo de una vez. Si lo dijo ella misma.

—Ross se fue, ni siquiera tuvieron una conversación al respecto, y dos horas más tarde se estaba bajando los pantalones con la chica de las fotocopias.

—Porque cada uno es libre de hacer lo que quiera y con quien quiera, si ya no tiene pareja.

—Es infidelidad.

—De eso nada. Rachel le preguntó al día siguiente si podían volver a estar juntos, por lo que ella misma estaba reconociendo que habían roto.

—Te agarras a un detalle técnico. Es infidelidad.

—No lo es.

—Lo es desde el punto de vista emocional —argumenta.

—Argh, sois pesadísimos —interviene Almudena arrugando el morro—. *Friends* acabó hace veinte años y vosotros jamás os vais a poner de acuerdo. Superadlo de una vez.

—Es que no intentamos ponernos de acuerdo —declaro.

—No, es que nos gusta discutir —confiesa mi amigo.

Y enfrascarnos en conversaciones absurdas y hacer chistes que solo nos hacen gracia a nosotros, pero eso no puedo decirlo en voz alta delante de Almudena.

—¿Tú qué opinas? —Miro a Gabriel—. ¿Ross y Rachel se estaban tomando un descanso o estás tan equivocado como Nico?

—No lo sé. —Se encoge de hombros—. Nunca he visto la serie.

Me incorporo en el asiento de golpe.

—Vale, aquí tengo que ponerme muy seria contigo. Nuestras siguientes veinte citas van a consistir en un maratón de *Friends*, que lo sepas.

—Meh. —Tuerce la boca—. No me van mucho las series, a pesar de que salgo en ellas. Prefiero el cine.

—¿Cuál es tu película favorita? —le pregunta Almudena.

—*El club de la lucha*.

—Esa es buena, es muy buena —opino.

—¿Y la tuya? —quiere saber él.

—*La dolce vita*.

—No la creas —le advierte Nico sin dejar de mirarme a mí.

—Eh, me encanta *La dolce vita.*

—Cierto, te encanta, pero no es tu favorita. —Se dirige a Gabriel con una mirada cómplice —. Es su respuesta oficial, la que da a todo el mundo, pero solo porque en el fondo le da vergüenza admitir que ama *Dirty Dancing* muy por encima de cualquier otra película.

Ahora soy yo quien le da una patada a él.

—¡Au! —Se queja con gesto inocente, pero su boca termina componiendo una sonrisa engreída—. Te conozco demasiado, Cheeto.

—Y yo a ti, listo. Que mucho defender el cine *indie* y de autor, pero has visto *El bar Coyote* siete millones de veces.

—Porque tiene una banda sonora fantástica. No vas a avergonzarme por eso. Prueba otra vez.

Apoyo los codos en la mesa y entrecierro los ojos.

—No sabes pronunciar luciérnaga.

—Cabrona —me insulta, aunque se ríe al recordarlo.

Les explico a los presentes cómo tuve que pasar una tarde entera ayudándole porque debía pronunciar la palabra en cuestión en una función y era incapaz de hacerlo sin trabarse. También me reí muchísimo de él, pero lo que cuenta es que lo consiguió. Temporalmente al menos.

—¿Vosotros habéis sido pareja? —inquiere Gabriel con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Nosotros? —Muevo el codo y sin querer doy un golpe a mi botellín. Este cae y se derrama parte del líquido.

—No —responde Nico mientras yo me dedico a amontonar servilletas sobre la mesa para limpiarla. Y que conste que ha sido un accidente causado por mi torpeza habitual, no porque me haya puesto nerviosa ante la pregunta.

—Entonces…, habéis follado —apunta, esta vez sin tono interrogativo.

—¡¡No!! —grito. Ahora sí me he puesto nerviosa.

Nico y yo no nos hemos acostado… en los últimos años. El sexo entre nosotros fue descartado hace una década, aunque lo cierto es que ocurrió. Una vez.

Cuando él y yo nos conocimos pensé que era un sin techo. No pongas esa cara, tuve mis motivos para llegar a esa conclusión. La primera vez que lo vi, estaba sentado en el suelo, cerca de la puerta de la escuela de cine donde yo estudiaba. Iba despeinado, sin afeitar, vestía un chándal sucio y pedía limosna. Le di un euro cada día durante una semana. La mañana que no lo vi supuse que habría cambiado de lugar o que le habrían echado. Pero no, apareció en la cafetería de la escuela, recién duchado, oliendo a Eternity de Calvin Klein y vestido con una camisa bien planchada y vaqueros. Se presentó y me explicó que era actor y había estado ensayando para un papel. Ahí fue cuando me contó lo de su método.

Se sentía culpable por el dinero que le había dado y me invitó a desayunar. Una cosa llevó a la otra porque, cuando no parecía un yonqui de parque, era un tío bastante atractivo. Además, mientras hablábamos, se tocaba el pelo y el mentón de esa forma que solo él sabe hacer y que, con el tiempo, se convertiría en EL GESTO, lo que provocó que mis óvulos corrieran

descontrolados por mis trompas de Falopio.

Abreviando mucho, nos acostamos dos horas más tarde en mi piso. Después de eso y justo antes de que me diera tiempo a echarlo de casa, se fijó en el póster de *Casablanca* que colgaba sobre el cabecero de mi cama y empezamos a hablar de la película. Lo alargamos un rato más charlando sobre cine en general y nos enredamos tanto en la conversación que terminamos pidiendo una *pizza* barbacoa para comer. Y, como le dijo Rick a Louis, yo también presentí que aquello era el inicio de una hermosa amistad. Eso implicaba no volver a acostarnos, claro. Al poco tiempo, conocí a Ismael, y el resto ya lo sabes.

—Perdonad, igual he sido un poco bestia —razona Gabriel—. Es que tenéis una complicidad rara de ver si no es en una pareja.

Lo dice de un modo casual y tampoco parece preocuparle. Más bien, hay una mezcla de curiosidad y diversión en su tono. Aun así, empiezo a preguntarme desde cuándo mi relación con Nico se ha convertido en algo cuestionable. Primero para Sol, que es una de mis mejores amigas; después para Nadia, que no es mi amiga pero sí hubo un tiempo en el que me conocía mejor que nadie; y ahora para Gabriel, que es… No tengo ni idea de lo que es Gabriel aún para mí. Almudena representa un caso aparte. Ahora mismo, sus ojos oscuros y perfectamente delineados me están lanzando proyectiles de odio, lo cual tampoco es raro. Le molesta hasta la boquilla de la cerveza que ha rozado los labios de Nico.

Por suerte, Gabriel no insiste en el tema y nos avisa de que va a pedir más cervezas.

—Te acompaño —se apresura a decir Almudena, adelantándose a mí.

Ambos se levantan y se pierden entre la multitud de camino a la barra.

Me dejo caer en el respaldo del banco y suspiro. Al menos el momento incómodo ha pasado.

—Así que tú y yo nunca nos acostamos, ¿eh?

OTRO CAPÍTULO

Siempre me he dicho que el sexo entre Nico y yo es solo un capítulo de nuestra larga historia. Uno inicial y sin mayor trascendencia. Pero, en cierto modo, el sexo fue determinante para nosotros. O más bien, la ausencia de él, ya que eliminarlo nos permitió convertirnos en lo que somos hoy.

Si nos hubiéramos acostado más de una vez, nuestro destino se habría sellado con algún saludo incómodo por los pasillos de la escuela y después, si te he visto, no me acuerdo. Los dos habríamos perdido mucho sin saberlo. Conversaciones serias y absurdas hasta las tantas de la noche. Los ensayos en los que lo ayudo a prepararse sus personajes y me creo actriz por unas horas. Nuestra obsesión mutua por probar todos los sabores nuevos de patatas fritas que salen al mercado. Las películas que vemos en la azotea y diseccionamos secuencia a secuencia. Y también las canciones cuyas letras desgranamos hasta encontrarles un significado. Para Nico, la mayoría hablan de amor; para mí, de desamor. Excepto cuando nos da por escuchar música española de los ochenta, que entonces estamos de acuerdo en que casi todas se basan en las drogas.

Mi amigo sigue mirándome y espera una respuesta. No hay escapatoria cuando esos ojos castaños que parecen brillar desde dentro te atrapan, pero tengo mis métodos.

—¿En serio? ¿Ahora vas a empezar tú?

—¿Tan mal lo hice que hasta me niegas? —Se lleva una mano al pecho en plan teatral.

—No vayas por ahí, que lo he negado por tu bien. ¿O acaso tu novia sabe que nos acostamos?

—Creo que esta noche a mi novia le interesa más tu novio que yo —reconoce sin que parezca afectarle—. Y lo que tú y yo hiciéramos en el pasado es cosa nuestra, no tiene nada que ver con ella.

—Lo que tú digas, pero el caso es que no se lo has contado a Almudena. —Que aparte la mirada y beba de su botellín, que a estas alturas debe de saber a pis, es todo lo que necesito por respuesta—. Por cierto, hablando del pasado…

—Y cambiando de tema —añade burlón.

—Sí, cambiando de tema también. Esta tarde he visto a Nadia. —Su gesto divertido se

evapora de golpe—. Está embarazada.

—¿Y tú, cómo estás? —pregunta despacio, tanteando un terreno que conoce y sabe que es resbaladizo—. ¿Estás bien?

—El encuentro fue raro, muy raro. Brusco… Como cuando quieres coger aire de golpe mientras intentan estrangularte. —Me río de mi exagerada comparación. Lo considero una buena señal—. Pero sí, estoy bien.

—Me alegro.

—¿No quieres saber nada más?

—No, pero por tu tono asumo que hay algo que quieres saber tú.

—Nunca has vuelto a hablar con ella, ¿verdad? Después de…

—No.

—¿Por qué?

—Joder. —Una risa incrédula escapa de su garganta—. ¿Me lo preguntas en serio?

—Tú eres quien ha dicho hace un momento que cuanto menos juzgas, más entiendes a la gente.

—No juzgo los sentimientos que tuviera Nadia, ni tampoco los de Ismael. Nadie puede controlar de quién se enamora. Pero esconderse y mentirte durante meses cuando tuvieron muchas oportunidades de ser honestos, eso sí que puede cabrearme.

—No me malinterpretes, Nico, siempre he admirado tu lealtad. Pero Nadia también era tu amiga… Y después de hablar hoy con ella, siento que te quité algo, a alguien importante para ti.

Se frota la mejilla despacio, pensativo. Sé que está meditando bien sus próximas palabras.

—Unas semanas después de que Ismael recogiera todas sus cosas de tu casa, una noche, tumbada en el sofá, me dijiste: «Nico, no sé si voy a morirme de pena; o peor, no sé si me da igual morirme». Todavía tengo esas palabras clavadas como un puñal en el puto pecho. Y sí, es verdad que Nadia era importante para mí, pero tú lo eres más. Mucho más. Porque no puedo imaginarme un día de mi vida sin que tú estés en él.

La mirada de Nico es intensa, siempre lo es y estoy acostumbrada a ella, pero, por primera vez, me sobrepasa, así que me obligo a apartar la mía.

—Ni siquiera recuerdo haber dicho algo semejante. Pero está claro que no era verdad.

—No lo era, pero tú lo sentías así en aquel momento. Viví contigo, Daf, y tuviste una depresión, aunque nunca le pusiéramos nombre. No voy a perdonárselo y no hay más que hablar.

—Hay partes de esa época que siguen un poco borrosas. Y las más nítidas es como si le hubieran ocurrido a otra persona.

—A otra Dafne del multiverso —bromea.

—Sería muy fácil seguir enfadada con ellos, pero, no sé… De alguna forma, me consuela saber que el daño que me hicieron se convirtió después en algo bueno. Son una familia. —Nico parpadea muy fuerte, como si esas palabras hubieran impactado de lleno contra su cara—. Soy idiota, ¿verdad? Idiota profunda.

—Mucha gente lo pensaría, sí. Y también que eres una inocente, que de buena eres tonta y no ves lo que tienes delante.

—Vale, me queda claro.

—Pero yo creo que es justo al revés. Que sabes mirar donde la mayoría no llega y eres capaz de ver lo mejor de la gente, incluso cuando te dan motivos para lo contrario. Eso es bonito, y es tuyo. Ni Ismael ni Nadia te lo han podido quitar.

Sonrío mientras me rasco la nuca para calmar un cosquilleo que no sé de dónde viene.

—Gracias, por si nunca te las he dado. Por haber estado ahí.

Asiente con esa lentitud y elegancia suya tan felina. Quizá sea eso lo que mantiene a mi gata enamorada perdida de él.

—Y volviendo al tema de antes, no me has respondido. ¿Tan malo fue el sexo?

—Vaya, hombre, ¿he hecho pupa a tu ego?

—Un poco —admite. Nico nunca ha tenido problemas en mostrar su sensibilidad.

—Me gustó, claro que me gustó. —Me lo pienso un poco antes de pronunciar la siguiente frase, porque, de repente, tengo la sensación de estar moviéndome en terreno desconocido, lo cual no tiene sentido. Se trata de mi mejor amigo—. ¿No recuerdas mis gritos?

Levanta las cejas y sonríe como si los estuviera rememorando.

—Sí, pero después me mudé contigo y me di cuenta de que eres superescandalosa en la cama en general, así que no puedo considerar tus gritos una prueba fiable de tu satisfacción.

—Expreso mi placer sin culpa.

—Como debe ser.

—Pero no soy escandalosa.

—Sí, lo eres. Muchísimo. Estoy convencido de que si te tiras a Gabriel, podré escucharte. Desde su casa, me refiero.

Se descojona y a punto está de comerse otra patada en la espinilla, pero empieza a sonar una canción y me despisto. Es *Cry to me*, de Solomon Burke. Patrick Swayze y Jennifer Grey la bailan en mi secuencia favorita de *Dirty Dancing*. Y sí, es la mejor película de la historia y siempre lo será. Punto final.

Nico se levanta del asiento y me tiende la mano.

—Tómatelo como una señal del universo, tenemos que bailarla.

Niego enérgicamente con la cabeza porque, para sorpresa de nadie, no poseo ningún tipo de coordinación para el baile. Mi amigo es consciente y le da igual. Me agarra de la mano y tira de mí con fuerza. No me suelta mientras caminamos y la propia música y el bullicio se tragan mis protestas. La pista de baile es oscura, la baña una luz azulada y apenas hay hueco para moverse, así que nos colocamos uno frente al otro, muy pegados. Tanto que siento sus latidos cada vez más acelerados contra mi propio pecho.

A Nico se le da fenomenal bailar. Se ha formado en danza, canto y todas las disciplinas artísticas que se te puedan ocurrir. Yo voy a hacer el ridículo, no tengo dudas. Aun así, con él me

siento segura y eso me da valor para levantar los brazos y rodear su nuca con las manos. Él me agarra de la cintura y posa las yemas de los dedos bajo mi resbaladizo top de raso. El escalofrío que me recorre la columna de arriba abajo es nuevo. Me digo que se debe a la sensualidad propia de la canción.

Sin dejar de mirarme, empieza a moverse de un lado a otro al ritmo de la música y yo lo imito como puedo, con la risa floja y cediéndole el mando por razones obvias. Me inclina hacia atrás, como Johnny hace con Baby en *Dirty Dancing* y me ayuda a dibujar medio arco en el aire con la espalda. Volvemos a la posición de inicio y nos acercamos más que antes, hasta que nuestras narices se rozan. Trago saliva. Ya no me río.

Sin previo aviso, me gira entre sus brazos como si fuera una muñeca. Esto no pasa en la peli. Se pega a mí por detrás, sus manos bajan por mis costados hasta posarse en mis caderas, su pecho se mueve contra mi espalda y su cabeza desciende mientras seguimos moviéndonos. No hay una parte de nuestros cuerpos que no se esté tocando en este instante. Hace calor. Demasiado calor. Cuando su boca roza mi oreja ahogo un gemido.

—Daf —pronuncia en un susurro ronco y profundo, como si acabara de construir el maldito nombre solo para mí, y con ello manda un latigazo directo al vértice de mis muslos. ¿Te pueden provocar un orgasmo con la voz?

Vuelve a girarme entre sus brazos y me pega todavía más a él, si eso es posible ya. Esta vez son nuestras frentes las que se tocan. El aire se vuelve caliente y espeso, o es muy posible que a mí se me haya olvidado cómo respirarlo. Nico echa la cabeza hacia atrás levemente, lo suficiente para posar su mirada en mi boca. Mis labios se entreabren sin pedirme permiso y siento su aliento fundiéndose con el mío. Estamos solo a un par de centímetros. ¿Nos vamos a besar? Joder, ¿nos vamos a besar?

No me da tiempo a salir de dudas, ya que el sonido cercano de un cristal rompiéndose en el suelo, un vaso de tubo probablemente, rompe la magia del momento. Desvío la mirada y entre la multitud distingo a Gabriel y a Almudena. Han vuelto a nuestra mesa con las cervezas y pasean la vista por la sala, buscándonos.

Me separo de Nico, a pesar de que cada célula de mi cuerpo me suplica que me quede donde estoy. Él murmura algo, aunque no logro escucharlo. Tampoco pregunto. Regreso a la mesa sin mirarlo y sin mirar atrás, pero con la extraña sensación de que acabamos de abrir otro capítulo en nuestra historia.

Tareas de hoy

NO BESAR A MI MEJOR AMIGO.

EL «NO BESO»

Resulta curioso cómo algunas cosas que no llegan a pasar pueden dejar más huella que las que sí. Es injusto, no las disfrutas y, aun así, te llevas de regalo una resaca emocional. El «no beso» entre Nico y yo de ayer es un claro ejemplo. Tras volver a la mesa con Gabriel, Almudena, y su ceja —a esta última ya la considero un ente con vida propia—, estaba demasiado alterada como para sentarme y aparentar normalidad. Lo único en lo que podía pensar en aquel momento era en qué habría pasado si hubiéramos recorrido esos dos centímetros de distancia que separaban su boca de la mía. Y eso de normal no tiene nada.

No se me ocurrió nada mejor que fingir un repentino dolor de cabeza para poder salir del bar e irme a casa. Estarás de acuerdo conmigo en que tampoco era el mejor plan, dado que Nico vive en mi piso. Él, consciente de mi improvisada excusa, decidió quedarse a dormir en casa de su novia y yo me fui con Gabriel.

Esta mañana, nuestro «no beso» ha ocupado mi primer pensamiento al despertarme. Bueno, el primero en realidad ha consistido en maldecir a Cersei Lannister y a todos sus ancestros gatunos por darme un latigazo con su cola a modo de buenos días. Después de eso, sí he rememorado nuestro momento en la pista del bar. Le he dado vueltas en la ducha, mientras tomaba el primer café de la mañana, cuando me vestía y también en el coche de camino al trabajo. Se me ha olvidado durante un rato en plató, aunque mucho ha tenido que ver el hecho de que un foco de doce kilos cayera del techo y casi aplastara a uno de los cámaras. Pero en cuanto he salido de la productora, he continuado con mi bucle mental. Y lo peor es que la persona con la que necesito desahogarme y hablar sobre mi mejor amigo, es precisamente mi mejor amigo.

Sé que podría contárselo a Mara y a Sol, pero no me parece bien hablar de Nico a sus espaldas. Creo que nos debemos una conversación a nosotros mismos primero. Además, después de darle tantas vueltas y analizar cada detalle, incluidos sus labios con mucho detenimiento, casi me he convencido de que vi cosas —o las sentí, más bien— donde no las hay, y que quizá esté liando todo en mi cabeza. No sé qué pensará él. Las historias siempre tienen más de una versión. Al menos, las buenas.

Cuando Nico llega a casa de trabajar, me encuentra de rodillas en la cocina.

—¿Qué haces? —pregunta a mi espalda.

—Estoy limpiando.

—¿El horno? ¿A las diez de la noche?

—Sí —afirmo mientras froto el estropajo con fuerza sobre la rejilla.

—¿Y hasta cuándo piensas seguir limpiándolo?

—Mmm…

Hasta que esté tan brillante que pueda pasar la lengua por él o hasta que se me caigan las uñas de tanto restregón. Mejor aún, hasta que pase un lustro, más o menos, y deje de sentirme rara e incómoda. Porque cuando me estreso, no puedo quedarme quieta y me da por arreglar enchufes o por pintar de blanco las juntas de los azulejos del baño. Para que te hagas una idea, cuando cancelaron la primera serie en la que trabajé, me dediqué a acuchillar y barnizar el parqué de toda la casa.

—Daf —me llama y mi nombre suena seco en su voz, muy diferente a cómo lo pronunció ayer—. ¿Te importa sacar la cabeza del horno para que podamos hablar, por favor?

Me echo hacia atrás con un soplido para apartarme el pelo de la cara, me siento sobre los talones y lo miro por fin.

En sus ojos distingo una mezcla de preocupación y cariño que me ablanda de inmediato.

—Estás nerviosa, y pensando de más.

—¿Tú crees? —ironizo, pasándome el antebrazo por la frente para quitarme una fina capa de sudor.

—Escucha, sé que ahora mismo las cosas están un poco raras entre nosotros, pero necesito a mi mejor amiga. Tengo que contarte algo. Algo serio.

Una alarma interna se activa de inmediato en mi cuerpo y me levanto con rapidez.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Me quito los guantes de fregar y él emite un suspiro largo y denso antes de hablar.

—Pasa que mi mejor amiga y yo estuvimos a punto de besarnos ayer. Y ahora ella está flipando en colores. Aunque puede que los vapores del KH7 tengan algo que ver.

Le atizo con los guantes en el pecho. Se ríe y eso consigue que yo deje de contener el aliento en su presencia.

—Eres imbécil.

—Y tú, agresiva; pero es lo que nos toca aguantar a cada uno.

Coloco los brazos en jarra y lo examino con detenimiento. Él se limita a levantar ligeramente las cejas.

—¿Por qué estás tan tranquilo con esto? ¿Estás actuando? Ni se te ocurra actuar conmigo.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que me cuelgue del séptimo y limpie las ventanas por fuera?

—Ahora que lo dices, no nos vendría mal, están bastante sucias… —Me desvío del tema principal solo para tomarme un segundo antes de decir lo que debo decir. Hasta ayer me parecía una obviedad, pero…—. Nosotros no nos besamos, Nico.

—Y no nos hemos besado, Dafne.

—Pero durante un momento tuvimos ganas… Muchas ganas —recalco.

Que no lo niegue porque me hace polvo.

—Sí, las tuvimos… Yo estaba todavía con la adrenalina de la función y me vine arriba cuando nos pusimos a hablar de sexo —expone—. Además, tú estabas guapa y olías muy bien.

—Olía como siempre.

—A verano.

Gracias a mi crema hidratante de guaraná y aceite de coco.

—Ahora huelo a desengrasante. ¿Quieres besarme?

Suelto la pregunta sin estar segura de qué respuesta quiero escuchar y mi corazón se acelera un pelín cuando su boca se curva en una pequeña sonrisa.

—No. —Mierda, pues escuece un poco, no lo voy a negar—. Es exactamente lo que tú has dicho: tuvimos ganas durante un momento. Fue un momento y ya. —Agacho la cabeza y tuerzo la boca ante la simpleza de ese argumento—. No, nosotros no hacemos esto, Daf. No apartamos la mirada ni nos callamos, porque no hay nada que tengamos que ocultarnos el uno al otro. —Me levanta la barbilla con suavidad—. Así que, por favor, no lo convirtamos en un problema ni en una bola que se haga cada vez más grande.

—Vale, sí, tienes razón… —Pero no se me ocurre cómo continuar, así que, a riesgo de parecer lerda, pregunto—: Y ahora, ¿qué?

—No sé, pues hablamos, como siempre. —Se encoge de hombros—. Me cae bien Gabriel, por cierto.

—Ya. —Arrugo la nariz—. Hablar de otro hombre contigo se me hace un pelín raro ahora mismo.

Me ahorro comentar que, sin necesidad de esforzarme mucho, aún puedo sentir el calor de sus manos en mi cintura. Y un poco más abajo también.

—Pues hagamos algo normal. Vamos a ver una peli —propone.

Accedo y subimos a la azotea unos minutos después, tras ponernos ambos el pijama. Nos sentamos en nuestras sillas con un par de cervezas y con Cersei Lannister bien acurrucada junto a su gran amor. Sonrío porque lo cierto es que no se me ocurre nada más normal que esto.

Nico y yo siempre nos turnamos para elegir película y hoy le toca a él. No discrimina y es de gustos eclécticos, por lo que se debate entre una comedia romántica y una película de Abbas Kiarostami, quien fuera uno de los directores más aclamados del cine iraní. Dadas las horas y el cansancio acumulado del día, descarta este último y su visión del árido recorrido personal de un hombre que planea suicidarse.

En cualquier caso, sea el género que sea, no te recomiendo ver ninguna película con nosotros. Desesperamos a cualquiera. Hablamos sin parar, mencionamos términos técnicos y principios narrativos como la pistola de Chéjov, que nadie entiende, analizamos la química de los actores, la originalidad del guion y sus posibles giros. Y cuando se trata de un thriller, casi siempre adivinamos el final a los cinco minutos de empezar. No es que seamos más espabilados que la

mayoría, es que respiramos cine desde que tenemos uso de razón y este, por muy creativo y original que se considere, también tiene sus reglas. A no ser que se trate de Christopher Nolan y nos explote la cabeza a los dos.

La hora y media justita de película pasa volando, los protagonistas superan todos los obstáculos, internos y externos, que impiden su relación y, por fin, se dan el beso de rigor. En cuanto aparecen los títulos de crédito, continuamos con nuestro viejo ritual y jugamos a imaginar qué les depara el futuro a los personajes después de que la cámara deje de rodar. Es decir, cómo continuaría su vida si fuesen reales.

—Tienen tres hijos —apunta Nico.

—Qué optimista, ya nadie tiene tres.

—Eh, es mi versión de la realidad, no la tuya —me advierte y se pasa dos dedos lentamente por la barbilla mientras sigue pensando—. Ella lo pasa bastante mal porque se ve obligada a abandonar su carrera de bailarina a causa de una lesión, y él, al verla tan triste, compra un viejo tocadiscos en una tienda de segunda mano. Y por las noches bailan canciones lentas en el salón hasta el final de sus días. —Abro la boca, pero me frena levantando la mano—. No digo que eso lo arregle ni tampoco que su vida en común sea fácil. Se enfrentan a la rutina y a unos cuantos baches por el camino. Además, él es un puto desastre, desorganizado y nunca se acuerda de cerrar los armarios. Y ella tiene la mecha muy corta. Pero se quieren, aprenden el uno del otro y forman un buen equipo. Envejecen juntos y son felices a su manera —concluye.

—Una historia bonita.

Entrecierra los ojos con suspicacia.

—Venga, destrózamela. Lo estás deseando.

Como esta noche va de ser normales, le doy justo lo que espera de mí.

—Tres niños, decías. Me lo has puesto muy fácil, pequeño… Se dedican a ser padres y se olvidan de que son una pareja. Se distancian, él termina buscando consuelo en una compañera de trabajo, ella lo sospecha y lee sus mensajes. Lo pilla, porque los tíos sois muy tontos y no borráis los mensajes, lo echa de casa, se pelean por la custodia de los niños y solo vuelven a hablar por medio de sus abogados. Fin.

—Precioso…Vale, muy bien, pues no tienen hijos.

Chasqueo la lengua y meneo la cabeza de un lado a otro.

—El hecho de no ser padres supone un obstáculo insalvable para su relación. Lo intentan y lo intentan, ella se somete a varios tratamientos de fertilidad y no hay manera. Él se cansa y acepta que están bien como están, que son igualmente una familia, pero ella está obsesionada con el tema —expongo—. Tras una discusión muy fuerte, ella se va de casa y termina en un bar, se emborracha y se tira a un desconocido. Podría ocultarle la infidelidad a su marido, porque no ha significado nada, pero como resultado de esa noche… —Abro los brazos y espero unos segundos para dotar a la historia de una pausa dramática—. Se queda embarazada.

Nico echa la cabeza hacia atrás.

—Joder, qué retorcida eres.

—Pero te encanta.

Ahora es él quien hace la pausa dramática y, mientras permanece callado, creo que pasa una vida entera.

—Sí, me encanta —pronuncia la frase como si le pesara en la boca y eso no me gusta. Nosotros jamás hemos tenido que preocuparnos por medir nuestras palabras—. Estamos bien, ¿verdad? —pregunta tras unos segundos, con una nota de inquietud en la voz.

—Estamos bien.

No miento, lo estamos. Solo me callo que creo que su historia es mejor que la mía. Y de paso, le advierto a mi cabeza que deje de pensar cosas que no son ni van a ser. Porque una parte de ella acaba de imaginarnos a Nico y a mí con ochenta años, bailando juntos en el salón mientras suena ese viejo tocadiscos. Y esa versión me ha gustado mucho más.

ALGO MÁS BÁSICO

Entro en el camerino de Gabriel, me quito la ropa y me pongo un vestido. No es de seda ni tan elegante como el que me habría prestado Mara, pero al menos lo luciré con la tranquilidad de saber que no cuesta más que mi coche. Aunque todavía estamos a mediados de mayo, el termómetro coquetea con los treinta grados, así que mi alternativa *low cost* de vestuario es de tirante muy fino, escote profundo de pico y un cordón bajo el pecho que termina con doble lazada en la espalda. Es bonito, sencillo y primaveral, salpicado en varios tonos; blanco, amarillo, verde y rosa claro.

Arranco la etiqueta, puesto que lo compré el año pasado y ni siquiera he tenido oportunidad de estrenarlo. En realidad, estaba esperando al verano, que es la época en la que disponer de una azotea para tomar el sol —solo a las horas aconsejadas— permite que mis piernas pasen de su tono blanco fluorescente natural al blanco a secas. No hay tiempo para eso y este vestido es el más decente que he encontrado en mi armario para acompañar a Gabriel a uno de sus múltiples compromisos.

Se trata de la presentación y lanzamiento de una colección de tónicas prémium, propiedad de una marca muy conocida. Él es imagen de la misma y su obligación consiste en dejarse ver y promocionarla durante un par de horas. No es que me emocione asistir a un evento con periodistas y quedarme aparcada en un rincón mientras Gabriel los atiende y responde a sus preguntas, pero nuestros horarios siguen siendo bastante incompatibles. Es la única forma de vernos fuera de la productora, lugar que, por otra parte, no es el sitio más indicado para magrearse. Porque eso es lo único que hacemos desde hace tres semanas. Besarnos a escondidas sin llegar a quitarnos la ropa, y yo siento que mis vaqueros se están acercando peligrosamente a la combustión espontánea.

Me coloco frente al espejo y me gusta la imagen que me devuelve. Es fácil sentirse guapa si te pones en manos de profesionales. Sobre todo, cuando estas son más amigas que compañeras y se empeñan en ayudarte. Carla, una de las maquilladoras, se ha encargado de que mi maquillaje luzca perfecto y a la vez natural. Lidia, de peluquería, me ha aplicado un champú en seco antes de hacerme unas ondas con la plancha. En diez minutos ha conseguido que mi melena encrespada se comporte como es debido e incluso parezca sexi sin perder su toque salvaje. Mara

también ha aportado su granito de arena. Me ha dado un azote en el culo y me ha dicho: «Dale, mami, a chingar hasta que te duela la popola». No preguntes, ve demasiadas series latinas.

Son las siete, calculo que aún dispongo de unos quince minutos de margen para subirme al coche y llegar a las ocho en punto al evento. Me echo un último vistazo. No sé si sentir cierta seguridad en lo que se refiere a mi aspecto se está extendiendo también hacia mi propia persona, pero decido aprovechar el arranque de confianza que me invade y salgo del camerino para dirigirme al despacho de Madre Gothel.

Me propuse hablar con ella el lunes y ya estamos a miércoles. En realidad, si preguntas a mis amigos, te dirán que llevó retrasando esta conversación por lo menos dos años. Soy consciente de que podría seguir los cauces oficiales y concertar una cita con Recursos Humanos, como también sé que, si acudo a ellos, Madre Gothel se lo tomará como una ofensa personal.

Llego a su despacho, inspiro hondo frente a la puerta cerrada y llamo con un par de toques. Me da tiempo a coger aire tres veces más hasta que me pide que pase.

—Hola, Sonia —saludo nada más abrir.

Sentada tras su mesa, aparta la vista del ordenador y me observa de arriba abajo.

—¿Dafne? —Se quita las gafas y las posa sobre unos papeles—. Pero, chica, qué guapa estás. Casi ni te reconozco.

—Gracias. —Por el cumplido, ya no tanto por el insulto simultáneo.

—¿Vas una fiesta? —inquiere mientras me acerco hasta su mesa.

—Sí.

No sé si espera recibir más información al respecto, pero no tengo intención de dársela.

—Haces bien. Tú eres de las que saben divertirse. —Vuelve a colocarse las gafas—. Yo solo vivo para trabajar…

Claro, porque las doce horas al día que paso yo aquí son lo más parecido a navegar en velero por Ibiza.

—Quería hablar contigo. ¿Tienes un momento? —Mi voz suena un poco menos firme de lo que me gustaría y me entran ganas de abofetearme. ¿Por qué me resulta tan difícil pedir algo que me he ganado?

—Por favor, dime que no es por Rodrigo —comenta con cansancio.

—No, no es por Rodrigo. —Entrelazo los dedos de ambas manos porque no sé muy bien qué hacer con ellas—. Es por mí.

Se apoya en el respaldo de su silla, que chirría levemente, y me observa con atención.

—Tú dirás.

Venga, Dafne. Te has enfrentado a actores con resaca, a actores desaparecidos —y su posterior resaca—, a intoxicaciones alimentarias, incluso a un incendio en un rodaje. Y todavía peor; a Rodrigo durante tres meses por temporada, y sin recurrir a los opiáceos. Esto es fácil en comparación.

—Me encanta mi trabajo, y creo que se me da bastante bien —comienzo. No hay ningún

gesto de asentimiento por su parte, ni siquiera pestañea—. Llevo cinco años en esta empresa y considero que, dado mi compromiso con la serie y mi nivel de responsabilidad, un aumento de sueldo sería lo justo.

Hasta Siri o cualquier otra inteligencia artificial hubiera defendido mis palabras con más emoción que yo, pero al menos he sido concisa y he logrado mantener los nervios a raya. En mi caso, eso significa no haber vomitado sobre la mesa.

—Te entiendo, y tienes toda la razón. —Ladea la cabeza y sonríe—. Pero es que ahora mismo es imposible. Estamos atados de pies y manos con el presupuesto —remata apretando los labios con un gesto de impotencia que me tragaría si no la conociera.

—Soy consciente de que no se permiten despilfarros, pero la serie se encuentra en el top diez de visualizaciones de treinta países. Es la niña mimada de la productora.

—Soy muy consciente de los números, pero tú no lo eres de lo muchísimo que nos cuesta que eso sea así ni de mis quebraderos de cabeza.

Perfecto, ella acaba de convertirse en protagonista y víctima de la conversación. Podría intentar reconducirla y exponer otros argumentos, como, por ejemplo, mis horas extra no remuneradas, las responsabilidades que desempeño aunque no me correspondan y, ya que estamos, también podría mencionar las tablas salariales y los convenios colectivos. Pero no serviría, todo eso ya lo sabe y le da igual.

—Lo entiendo y tampoco quiero molestarte. Quizá pueda comentárselo a Recursos Humanos para ver si podemos llegar a un acuerdo.

—Por supuesto, estás en tu derecho, pero Dafne, te tengo cariño, así que déjame decirte algo. Y espero que esta conversación quede entre tú y yo… —añade—. Lo último que quieres es que tus compañeros piensen que te damos un trato de favor y que te subimos el sueldo por los motivos equivocados.

—No te sigo.

—Salir con un actor famoso puede parecer maravilloso y comprendo que ahora mismo estés deslumbrada por Gabriel, pero tampoco seas ingenua. Estar con él no te va ayudar a medrar en tu carrera precisamente.

—Perdona, Sonia, pero no lo pretendo. Mi carrera es cosa mía y él no tiene nada que ver.

¿De verdad tengo la obligación de aclarar esto?

—Desgraciadamente, a veces, importa más lo que parece que lo que es. La envidia es el deporte nacional de este país y a la gente le encanta hablar.

Pues en este caso, *parecer* y *ser* coinciden. Ella parece una auténtica hija de puta y también lo es. Antes de volver a abrir la boca, me recuerdo a mí misma que la asertividad es una habilidad que poseo y debo hacer uso de ella. Porque la otra opción que se me ocurre es coger el teclado de su ordenador y utilizarlo a modo de raqueta de tenis con su cara. Y ese hecho sería una carta de presentación penosa cuando tuviera que buscar otro empleo.

—Mis compañeros me respetan, a mí y a mi trabajo —defiendo.

—Por supuesto, querida, pero si no fuera así, tampoco te lo dirían a la cara, ¿no crees? —Se levanta de la silla sin molestarse en esperar mi respuesta—. Mira, Dafne, trabajas bien, sigue así y el año que viene volveremos a hablar de esto, no te preocupes. Ahora tengo que irme a una reunión. —Se acerca a mí y me da un apretón en el hombro que pretende ser cariñoso—. Pásalo bien en esa fiesta, por cierto, y tómate algo por mí.

Apuro el contenido de mi copa de balón tan hasta el fondo que un par de cubitos de hielo chocan contra mi nariz. No es el ademán más refinado, pero es mi tercera ginebra, servida en esta ocasión con una tónica de jengibre. ¿O era la de lichi? Da lo mismo, todas saben igual. Lo único que cambia es el color de la botella. Y eso demuestra, por mucho que me repatee, que Madre Gothel tiene razón; lo importante son las apariencias.

Poso la copa sobre la barra de madera y le hago un gesto mudo al camarero —muy de película esto— para que me sirva otra. Echo un vistazo a mi alrededor. La fiesta de lanzamiento de la colección prémium de tónicas, que me estoy bebiendo como si fueran agua, se celebra en el jardín privado del antiguo palacio de un duque, reconvertido hoy en hotel de cinco estrellas. Son las diez de la noche, unos cuantos rostros conocidos de la televisión y alguna que otra *influencer* charlan y se pasean con sus mejores sonrisas bajo castaños centenarios, mientras que yo estoy a una ginebra y media aproximadamente de escribir una declaración de objetivos a lo Jerry Maguire —cagándome en todo, básicamente— y mandársela a toda la empresa.

Por suerte, Gabriel me encuentra antes de que materialice mi idea de abrir el correo electrónico en el móvil. Me agarra de la cintura por detrás y cuando me giro, me da un beso en la mejilla.

—Ya estoy terminando. ¿Te aburres mucho?

—La primera hora, sí. —El camarero me sirve la ginebra, está vez combinada con una tónica de pimienta rosa, y la agarro casi al vuelo—. Ahora ya no tanto.

—Lo siento. Mi hermano insiste en que haga estas mierdas de publicidad —comenta bajito —. Son un tostón, pero es trabajo y pagan bien.

—No pasa nada, yo también me estoy implicando en tu trabajo. Ya he probado todas las variedades de tónica que venden y con sus correspondientes ginebras. —Lo demuestro perdiendo ligeramente el equilibrio sobre mis sandalias.

—Ya veo. —Me quita la copa y la posa en la barra—. Igual es momento de bajar un poco el ritmo.

—Sí, igual sí.

Entrecierra los ojos y hay un brillo divertido en ellos.

—Si eres tú la que va medio borracha, ¿por qué soy yo el que te veo más guapa que nunca?

—Es por el vestido y el maquillaje. Ah, y también por el pelo. Que me he peinado —le

aclaro y enrosco los dedos en un mechón—. Disfrútame porque no me verás así muchas veces.

¿He dicho «disfrútame»? El alcohol me sentaba mejor a los veinte.

—Entonces tendremos que hacernos una foto para inmortalizar el momento —afirma a la vez que mete la mano en el bolsillo para sacar el móvil.

—No, no, más fotos no —suelto con demasiada urgencia y él frunce el ceño—. No me gusta mucho hacerme fotos. Me va más lo de estar tras la cámara, ya sabes…

Asiente con comprensión ante mi torpe excusa.

—Creo que yo me he acostumbrado demasiado a estar delante de ella. A estar incluso pendiente de lo que publico o no en redes, que nunca es suficiente si le preguntas a mi hermano o al puto *community manager* que ha contratado, no sé ni para qué.

Las dimensiones que alcanza la popularidad de Gabriel son evidentes para cualquiera. Para quienes lo paran por la calle y le piden un autógrafo; para quienes ven *reels* de Instagram en los que se quita la camiseta una y otra vez; para quienes envían por WhatsApp los *gifs* de su trasero. Tengo que pedirle a Mara que deje de hacerlo, por cierto.

Supongo que, en mi caso, al haber conocido a la persona real y no solo al actor y la imagen que proyecta, es diferente. Quizá por eso no he sido del todo consciente de la repercusión de su fama. Hasta ahora.

—¿Tú crees que la gente habla de nosotros? En el trabajo, me refiero.

—Vale, por eso no quieres fotos —deduce y chasquea la lengua—. Algún gilipollas te ha soltado alguna chorrada, ¿verdad?

—No, no, es solo que llevo un buen rato aquí, viendo la fascinación que suscitas y me ha dado por pensar —miento.

Gabriel echa un vistazo general a la gente que nos rodea.

—De mí siempre hablan, Dafne. Aparte de esa fascinación que ves, algunos también se permiten el lujo de insultarme. Da igual si me conocen o no. Sé que eso puede afectar a la gente que está a mi alrededor… Créeme que lo sé, he perdido a personas que me importan. —Su rostro se contrae ligeramente, como si acabaran de golpearle y no quisiera que se notase—. No lo vamos a poder controlar nunca, aunque si mi experiencia te sirve de algo, los cotilleos duran unos cinco minutos más o menos, hasta que la gente se aburre o llega algo nuevo y mejor.

Es verdad que no puedo controlar lo que los demás piensen o digan de mí. Soy buena en mi trabajo, independientemente de con quién me acueste o deje de acostarme. Decido que no me apetece darle más vueltas. Además, me niego a permitir que Sonia me envenene y a dedicarle un minuto de mi vida fuera del trabajo.

Cambio de tema y le pregunto a Gabriel cómo le está yendo con los medios.

—Hay un poco de todo, como siempre —me cuenta sin disimular la pereza que le produce, por mucho que luego sepa disimularla frente a la cámara—. Algunos periodistas se comportan y otros se dedican a escarbar e intentar sacar algo de mi vida privada. Por lo menos, algunas preguntas tienen su gracia. Me han preguntado a quién besaría de la serie, con quién me casaría y

a quién mataría.

—¿Y qué has contestado?

—Que mataría al director y que me casaría con su ayudante —responde antes de coger mi copa y darle un trago.

—A Rodrigo le va a encantar.

—Que se joda.

—¿Y a quién besarías? —inquiero con curiosidad.

—Creo que he dicho a Mateo.

—¿Mateo? —Parpadeo fuerte. Se refiere al otro actor protagonista de la serie.

—Sí, ¿pasa algo? —Me mira con un gesto de confusión que debe de ser idéntico al mío.

—No, es guapísimo y yo también lo besaría, aunque no es la respuesta que esperaba.

—Soy bisexual. Lo sabes, ¿no?

—Ehm, no.

—Joder, perdona. Toda mi vida personal está en internet y nunca me he escondido, así que di por hecho que lo sabías. —Posa la copa en la barra y me mira serio—. ¿Mi orientación te supone algún problema?

No tengo que pensármelo demasiado.

—Para nada.

—¿Tú te consideras hetero cien por cien?

—Supongo que sí.

—¿Nunca has probado, ya sabes…? —Baja la voz para que nadie pueda escucharnos—. ¿Salirte de lo tradicional y lo conocido para experimentar un poco?

—No, aunque voy un pelín contenta y que me susurres me pone bastante, así que ahora mismo diría que sí a todo… Excepto a la lluvia dorada —le advierto—. No hay alcohol suficiente para que haga eso.

Se ríe con una carcajada grave cuyo sonido impacta directamente entre mis piernas.

—Pensaba que querías ir despacio.

—Eso no me impide fantasear.

Mucho. Muchísimo últimamente. A veces, con Gabriel; a veces, con Nico, aunque hayamos decidido olvidar nuestro «no beso» de hace dos semanas. A veces, incluso participan los dos a la vez. El capullo de mi mejor amigo tenía razón, prohibirte algo a ti misma solo hace que lo desees más. Hasta la desesperación.

—¿Alguna fantasía en concreto?

Mi corazón se acelera solo de pensarlo.

—Puede.

—Cuéntamela. —Parece muy calmado, pero noto cierta agitación en su voz.

—Tú, yo… —susurro— y una tercera persona.

—¿Hombre o mujer?

—Hombre.

—Creo que podemos arreglarlo.

—Montarnos un trío no es ir despacio precisamente —suelto y me río.

—Tienes razón, deberíamos empezar con algo más básico —comenta acariciándose la barbilla—. ¿Quieres saber qué es lo que me muero por hacerte ahora mismo? —Trago saliva y asiento levemente con la cabeza. Él se inclina para hablarme al oído—. Quiero ponerme de rodillas, levantarte el vestido y bajarte las bragas. Quiero hundir mi lengua entre tus muslos, que te restriegues contra mí mientras lo hago y quiero que me uses. Quiero que me folles la boca sin compasión hasta que te corras gritando mi nombre.

Se separa ligeramente de mí para observar mi reacción. Se humedece los labios, mientras otras partes de mi anatomía lo hacen por sí solas.

—Y yo quiero todo eso ahora mismo —responde la Dafne a la que encerré y castigué hace mes y medio.

—Joder. —Echa la cabeza hacia atrás con un gruñido de pura frustración—. Me encantaría llevarte a mi casa, pero todavía no puedo largarme.

—¿Quién ha dicho que tengamos que irnos?

Arquea tanto la ceja derecha que levanta también la comisura de ese mismo lado.

—¿Aquí?

—Aquí.

Cojo mi bolso, que descansa sobre la barra desde que me instalé en ella, para indicarle que estoy más que lista. Gabriel levanta la vista y localiza la salida un segundo antes de entrelazar sus dedos con los míos. Cruzamos la terraza con aparente tranquilidad, como si no nos estuvieran devorando las ganas. No sé él, pero yo merezco un premio a la mejor actriz por fingir que soy una persona y no un charco andante.

Salimos al pasillo y tardamos unos minutos en localizar una sala vacía. La lámpara de araña que cuelga del altísimo techo está apagada y las gruesas cortinas que cubren los ventanales a pie de suelo apenas dejan pasar la luz exterior. La estancia cuenta con un pequeño comedor compuesto por cuatro mesas circulares de cristal y unas butacas de estampado floral. Una biblioteca plagada de libros ocupa una pared entera mientras que la opuesta la decora una chimenea. O eso intuyo, no veo demasiado bien y tampoco estoy aquí para recrearme en la decoración.

Sin soltarme de la mano, Gabriel me coloca delante de una de las mesas. Tiro el bolso de cualquier manera sobre esta y él sonríe lobuno. No aparta sus ojos de mí mientras me levanta el vestido y me baja las bragas, con extrema lentitud. No me besa. No necesito que lo haga. Ya hemos tenido suficiente de eso. Cuando me agarra de la cintura y me sube a la mesa, siento el frío del cristal en la piel. Pero la molesta sensación se evapora en los escasos segundos que tarda en arrodillarse frente a mí y colocar sus manos en mis muslos, ascendiendo por ellos hasta abrirme de piernas.

Aunque la oscuridad nos envuelve, soy consciente de que algún miembro del personal puede entrar en cualquier momento. Para mi propia sorpresa, siento un latigazo en mi bajo vientre ante esa posibilidad. A Gabriel debe de ocurrirle algo parecido, o quizá es que no le importa una mierda que nos pillen, ya que se muerde el labio inferior y me observa sin prisa, como si fuera un regalo y tuviera todo el tiempo del mundo para desenvolverme.

El primer lametazo es largo, lento, húmedo y profundo, todo a la vez. Con el segundo, ahogo un gemido. Con el tercero, arqueo la espalda y tengo que apoyar las manos en la mesa para no caerme. Con el cuarto, Gabriel encuentra el punto justo que me vuelve loca y de un manotazo tiro el bolso al suelo. Después de eso, pierdo la cuenta. Su lengua me envuelve, me acaricia, succiona y activa cada nervio de mi ser. Me invade sin dejar por un segundo de clavarme esos ojos azules que ahora parecen negros.

Solo rompo el contacto visual para echar la cabeza hacia atrás cuando una oleada densa y caliente me advierte que estoy bordeando el orgasmo. Cierro los ojos y el tacto se agudiza. Siento su boca sobre mí, empapándome las ganas de estallar.

Un quejido se escapa de mi garganta en cuanto se aparta. El calor me abandona de golpe y me obligo a abrir los ojos.

—Dafne —susurra con la voz tomada—, estoy cumpliendo con mi parte. Hazlo tú también.

Sonrío antes de agarrar su pelo rubio y rizado con fuerza, dirijo su boca hacia mi sexo y hago justo lo que él me pide y yo estoy deseando. Mezo las caderas contra su lengua y me muevo sin pudor. Mi teléfono comienza a sonar, me reclama desde el suelo, pero me da igual. Ahora es mi cuerpo el que manda y solo busca su propio placer. Aumento el ritmo, Gabriel me agarra los muslos con más fuerza y pega su cara a mi centro, gruñendo sin dejar de comerme ni parar para respirar. No grito al correrme porque conservo un resquicio de cordura, pero me libero con jadeos sordos que me arañan la garganta hasta hacerme daño.

La habitación se llena con el único sonido de nuestras respiraciones aceleradas. Gabriel se incorpora y se pone de pie. Mi humedad aún le impregna la boca y se pasa dos dedos por el labio inferior.

—Ahora tenemos que salir, pero esto vamos a repetirlo después. —Me dedica un amago de sonrisa—. No has gritado mi nombre.

Me río y me bajo de la mesa. Lo hago con cuidado porque aún siento las piernas algo laxas. Gabriel lo nota y se agacha para recoger del suelo mi bolso y mis bragas. Ambos necesitamos un minuto para recomponernos. Yo me abanico un poco con la mano para desprenderme de la rojez que debe de teñir mis mejillas y él espera a que su sangre se recoloque en otro punto y le baje la erección.

Justo antes de salir, recuerdo que mi móvil ha sonado entre gemido y gemido. Lo saco del bolso y compruebo que ha sido Nico quien me ha llamado. No le doy mucha importancia hasta que veo que también me ha enviado un mensaje. Su madre está en el hospital.

MI PRIMERA LLAMADA DESDE LA CÁRCEL

NICO

Salgo de la habitación despacio y cierro con cuidado para no despertarla. No pretendo alejarme mucho, solo necesito un poco de aire, aunque este proceda del pasillo del hospital y huela a lejía. Me froto los ojos con las manos y, al separarlas de mi cara, noto cómo tiemblan. Cierro los puños tratando de contener la mezcla de miedo, rabia y frustración que invade mi cuerpo últimamente. Y es difícil, porque yo nunca he sido de los que se contienen, ni para bien ni para mal. Eso explica que mi historial de relaciones amorosas sea más largo que mi currículum.

El sonido acelerado de unos tacones a mi espalda me distrae. Aunque ella siempre va en zapatillas, reconocería sus pasos hasta descalza. Me doy la vuelta y la veo. Dafne acelera aún más y, por un segundo, temo que vaya a tropezar y caerse. Se le da regular correr con tacones. Se le da regular correr en general. Aun así, está guapa mientras lo hace. Lleva un vestido de colores que se ajusta a la forma de sus caderas y… Espera, va demasiado arreglada para ser miércoles.

—Mierda, hoy ibas a una fiesta. —Esbozo una mueca de culpabilidad mientras reduce la escasa distancia que nos separa ya—. Perdona, Daf, lo olvidé.

Sin molestarse en frenar cuando llega hasta mí, me abraza. Es casi un placaje al estilo *rugby*, aunque su intención no sea la de derribarme. De hecho, se agarra a mi cintura con todas sus fuerzas, que no son pocas, y pega la mejilla en mi pecho.

—Qué poco considerado por tu parte —bromea antes de decir lo que sé que va a decir—. Como si quisiera estar en cualquier otro sitio que no fuera aquí.

La tensión de mi cuerpo afloja. Rodeo su cintura con las manos y poso la barbilla en su coronilla con un suspiro largo y cansado. Mi pulso se dispara al devolverle el abrazo y, sin embargo, mis manos dejan de temblar. Dafne se separa despacio, me mira a los ojos con preocupación y me pregunta cómo está mi madre.

—Está bien… O todo lo bien que puede estar dadas sus circunstancias —corrijo—. Se ha dormido por fin hace unos veinte minutos.

—¿Qué ha dicho el médico?

—Que el escáner muestra un hematoma subdural. Es mínimo y lo más probable es que no

vaya a más, pero quiere vigilarla esta noche.

Lo que la trajo hasta aquí ya lo sabe porque me llamó en cuanto vio mi mensaje. Por lo visto, mi madre se puso muy nerviosa durante la cena. No paraba de repetir que quería ver a Alonso, lo cual empieza a ser habitual. La directora de la residencia me contó que empezó a gritar, empujó a uno de los auxiliares e intentó salir corriendo. Al hacerlo, tropezó con la pata de una silla, se cayó y se golpeó en la cabeza con la esquina de una mesa. No llegó a perder el conocimiento, pero estaba desorientada, más aún de lo normal, así que llamaron a una ambulancia y me avisaron para que viniera al hospital.

—Entonces vamos a pasar la noche aquí —afirma—. ¿Qué necesitas?

«A ti». Pero son las once de la noche y mañana tiene que trabajar. Al menos yo he hablado con mi jefe y me ha dado el día libre.

—No hace falta que te quedes —me obligo a responder.

—Esa frase sobra muchísimo y me duelen demasiado los pies para discutir. Sabes que no voy a dejarte pasar la noche aquí solo.

—No hay cama para dormir, solo dos sillas muy incómodas.

He probado ambas. Aunque soy incapaz de permanecer sentado en ningún sitio ahora mismo.

—Vale, pues traigo el iPad entonces y los auriculares por si queremos ver una peli —comenta ignorándome—. Algo de comer porque imagino que no has cenado y el cepillo de dientes. A no ser… —Arruga la frente—. ¿Has hablado con Saúl? ¿O con Almudena? ¿Prefieres que se quede alguno de ellos?

Mi hermano está en un congreso farmacéutico en Santander y vuelve mañana. También he hablado con Almudena, que se ha ofrecido a acompañarme, aunque poco convencida. Y no, no prefiero pasar la noche con ella. Quiero que sea Dafne quien se quede, lo cual probablemente signifique muchas cosas. Cosas que ahora no puedo ni plantearme —como el beso que no nos dimos hace quince días y cuya tensión sexual aún debe de andar flotando en aquel bar—, porque no es el momento adecuado para que me estalle la cabeza.

—Tráeme una camiseta de manga corta, por favor —le pido como respuesta a su pregunta—. Todavía llevo el vestuario de la función. —Me coloco la mano en el pecho, sobre el jersey negro. El tejido es fino, pero la manga larga y el cuello vuelto me agobian con este calor repentino.

—Nico, la función. —Abre mucho los ojos y enseguida aprieta los labios en una mueca triste —. Hoy era…

Sí, mi última noche. Pau, el actor principal, se incorpora mañana y a mí me llamaron de la residencia una hora antes de salir a escena. No es la despedida que esperaba, qué le vamos a hacer. En teatro se ensaya mucho, pero la vida real suele improvisar y no te avisa antes de golpearte donde más duele.

—No pasa nada.

Me da un beso rápido en la mejilla y promete no tardar. En apenas tres cuartos de hora ya está de vuelta entrando en la habitación. Aparece en vaqueros, con una camiseta con la cara

estampada de Miércoles Addams —muy acorde con mi humor— y bien aprovisionada. Tampoco me extraña. Dafne es la persona más resolutiva que conozco. Además de ropa y nuestros cepillos de dientes, trae dos almohadas de viaje hinchables, una linterna, sándwiches, cocacolas, una bolsa de chuches, chocolatinas y cafés fríos en vasos de plástico con tapa. Le pregunto en voz baja si piensa montar una fiesta de pijamas, aunque sonrío al mismo tiempo. No tengo hambre, pero agradezco el café. Apenas dormí la noche anterior a causa de los nervios de la última función y el cansancio empieza a hacer mella.

Colocamos las sillas pegadas a la ventana, procurando no hacer ruido y con la idea de mantener una conversación en voz baja, pero sin tener que susurrar. Dudo mucho que mi madre vaya a despertarse. El sedante que le han suministrado probablemente la dejará fuera de combate unas horas. Encendemos la linterna, dejando que apunte hacia el suelo para que la luz no nos moleste y nos sentamos uno al lado del otro. Yo sostengo el café en la mano y Dafne abre una chocolatina tras descartar el sándwich de gasolinera con lechuga de color sospechoso.

Vuelvo a observar a mi madre, que es, esencialmente, lo que llevo haciendo desde que llegué. Al menos, su respiración se ha calmado y su gesto parece sereno. Pero quién sabe lo que pasa por su mente. Si alguien lo entendiera, quizá habría una cura para lo suyo.

—Dilo… Lo que estás pensando, por muy malo que sea. Dilo —me pide mi amiga.

Me dejo caer sobre el respaldo y doy un trago largo al café. Sabe demasiado dulce, sobre todo si lo comparo con los pensamientos de mierda que me acosan.

—No somos más que piel, huesos y un puñado de recuerdos. Y ella los ha perdido casi todos. Es como si le hubieran robado su identidad. Y su vida. Veinte o treinta años antes de tiempo. Y yo no puedo enfadarme con nadie por ello. En todo caso, conmigo mismo. —Me encojo de hombros—. Su mente vive en una cárcel y yo la he metido en otra.

—Estás triste y preocupado, y es normal, pero sabes que lo que estás diciendo no es verdad. Es tu cabeza jugando contigo.

Me agacho para posar el café en el suelo y el agotamiento me golpea antes de incorporarme, así que me limito a apoyar los codos en los muslos y dejo caer la cabeza con pesadez.

—No sé cómo llegar hasta ella, Daf. Cuando la vi, todavía estaba muy alterada, seguía gritando y llamando al tal Alonso. Lo intenté, pero no pude calmarla y tuvieron que sedarla. No soy capaz de comunicarme ni de… conectar con ella.

Dafne posa la chocolatina sobre la mesita auxiliar donde hemos dejado el resto de las cosas que ha traído y gira todo su cuerpo hacia mí. Considera un sacrilegio dejar una chocolatina a medias, así que deduzco que va a ponerse seria.

—¿Sabes por qué yo no puedo ser directora? Al menos una gran directora.

—Porque no quieres, nunca has querido.

—Es verdad, y tú eres el único que lo entiende —asegura con una sonrisa agradecida—, pero no me refiero a eso… Conozco la teoría, el lenguaje narrativo, las formas de colocar una cámara, los tipos de planos que existen y todos los detalles técnicos. Pero soy incapaz de ver más allá. No

tengo esa clase de talento que hace que algo bueno se convierta en algo extraordinario y único —admite encogiéndose de hombros—. Me falta el instinto y la sensibilidad del artista, supongo, para despertar las emociones. Pero eso, Nico, eso es lo que mejor se te da a ti. Sientes y haces sentir a los demás. Conectas con ellos. Y esa capacidad siempre me ha parecido alucinante.

—Lo hago sobre un escenario, con gente que entiende lo que estoy diciendo.

—Yo he visto cómo le cambia el gesto a tu madre cuando le coges la mano. La conexión está ahí. Es el cariño. Estamos hechos de nuestros recuerdos, sí, pero también somos sensaciones. Besos, abrazos, caricias. —Alarga su mano hacia la mía y entrelaza nuestros dedos—. Somos todo lo que nos hace sentir y parte de quienes nos hacen sentirlo. No vas a llegar hasta Isabel con las palabras, ya no, pero estoy convencida de que todavía puede escucharte a través de la piel. Aunque ninguno de nosotros lo entendamos del todo.

Niego con la cabeza y trago saliva antes de mirarla en la penumbra.

—Joder, ¿qué haría yo sin ti?

—Para empezar, seguro que comerías más sano. —Aparta su mano de la mía para coger de nuevo la chocolatina y le da un mordisco—. Pero eso da igual porque nunca te vas a librar de mí.

Es tajante y, aun así, yo siento la necesidad de reafirmarlo.

—No me faltes, Daf. No me faltes nunca.

—Nunca. —Y lo dice sonriéndome con los ojos.

Después de eso, le pido que me distraiga un rato. Lo consigue contándome que por fin ha hablado con su jefa sobre su aumento de sueldo y que esta se lo ha negado. Me tenso en el asiento cuando reproduce palabra por palabra la conversación que han mantenido. La escucho en silencio, porque lo que necesita ahora es desahogarse, no que yo le explique lo que ya sabe, que la muy cabrona ha intentado manipularla.

Si nuestras amigas estuvieran aquí, el ambiente sería muy diferente. Mara entraría en cólera al saber que Dafne no la mandó a tomar por el culo inmediatamente y hasta los comatosos se levantarían a causa de sus gritos, mientras que Sol recitaría el protocolo contra el acoso y le recomendaría un abogado especializado en derecho laboral. Ambas intentarían ayudar y, aun así, pondrían nerviosa a Dafne, ya que, por regla general, resulta contraproducente esperar que los demás reaccionen a los problemas como lo harías tú. Cada cual maneja sus propios tiempos y ella aún no está preparada para hacer algo al respecto. Pero la conozco y sé que lo estará en algún momento.

—¿Y qué tal te va con Gabriel? —tanteo como quien no quiere la cosa—. ¿Ya podemos hablar de él o sigue siendo raro?

A pesar de la oscuridad, veo el rubor tiñendo sus mejillas llenas de pecas.

—Bien, va bien. Me gusta.

—Pero ¿te gusta, te gusta? ¿O solo de un modo razonable? —la vacilo.

—Lo razonable no tiene nada de malo. Yo no soy como tú, no me verás nunca en un calabozo por amor.

Hasta yo debo reconocer que *amor* es una palabra demasiado grande para catalogar la idiotez a la que se refiere. No es que atravesara el infierno a lo Dante, aunque sí me gané unos bonitos antecedentes policiales hace unos años por intentar impresionar a una chica que me gustaba.

Había coincidido con Noelia un par de veces en un grupo de teatro y sabía que le encantaba patinar, así que, en nuestra primera cita, decidí sorprenderla. La llevé en plena madrugada hasta un polideportivo de Leganés, que así explicado parece el inicio de la confesión de un crimen. Tenía un amigo que trabajaba allí y le pedí las llaves para poder colarnos y utilizar la pista de hielo. Lo que parecía un gesto adorable y romántico por mi parte, duró muy poco. A los diez minutos de estar allí, nos pilló el vigilante de seguridad y llamó a la policía. Como resultado, pasamos una noche en el calabozo por delito de allanamiento y tuve que pagar una multa. Repito que era idiota y en aquel momento pensé que aquello podría ser una anécdota graciosa sobre cómo comenzó nuestra relación. A Noelia no se lo pareció y al día siguiente me envió un mensaje con una frase demoledora: «Lo siento, Germán, pero es mejor que no nos veamos más».

—Al menos, aprendí dos cosas importantes esa noche —argumento en mi propia defensa—. La primera es que, si vas a jugártela por una chica, hazlo por una que al menos recuerde tu nombre. Y la segunda es que las películas llevan muchos años equivocadas. Cuando te detienen, tienes derecho a dos llamadas, no solo a una, aunque no te dejan hacerlas a ti.

—Lo recuerdo bien —admite ella—. Sufrí mi primer amago de infarto a los veintiséis cuando me llamó un policía a las dos de la mañana para contarme que te habían detenido.

—Insistí en que no te preocuparan.

—Si tenías derecho a dos llamadas, ¿a quién más llamaste?

—A Ally McBeal, pero me dijo que se había retirado. —Dafne arquea la ceja y espera una respuesta seria—. A nadie, no tenía abogado.

—O sea, que de entre todas las personas del mundo, solo me llamaste a mí —afirma con cierto asombro.

—Pues sí. Fue poco antes de que mi madre se pusiera mal. Yo pasaba todas las noches en tu casa, así que pedí que te avisaran. No quería que te preocuparas. —Me encojo de hombros—. Me pareció lo lógico.

—Ah, ya, es verdad. Fue en aquella época en la que te viste obligado a hacer de niñero. Tiene sentido.

Parece un poco decepcionada.

—Daf, creo que a estas alturas no tengo que aclararte que eres mucho más para mí que alguien a quien deba cuidar. —Entrecierra los ojos y solo espero que no me pida que defina el significado de ese «mucho más»—. Pase lo que pase, tú siempre serás mi primera llamada desde la cárcel.

Eso le hace sonreír despacio y con los labios apretados, gesto que me avisa de que va a proceder a cachondearse de mí.

—Si no me diera muchísima grima, me tatuaría esa frase. —Señala la cara interna de su

brazo izquierdo—. Justo aquí.

—Con un corazón rodeado de llamas, espero.

—Por supuesto, eso nunca puede faltar.

Ambos nos estamos riendo bajito cuando un sollozo se escapa de los labios de mi madre. Mueve la cabeza aún dormida y comienza a balbucear ese nombre que empiezo a odiar con todas mis putas fuerzas. Me levanto y me acerco hasta ella. Acuno sus mejillas suavemente con las manos y las dejo ahí hasta que su respiración vuelve a tranquilizarse. Quizá Dafne tiene razón. Quizá se puede hablar con la piel.

Me aseguro de que vuelve a estar dormida y regreso a mi silla, sin permitirme apartar la vista de ella.

—Vale, necesito saberlo. Necesito saber quién cojones es ese tal Alonso. —Mi pierna izquierda comienza a moverse compulsivamente—. Lo llama todos los días, desesperadamente. Es como si lo quisiera. Empiezo a pensar que…

—¿Qué? —pregunta mi amiga unos segundos más tarde.

—Se supone que los pacientes con alzhéimer suelen recordar mejor los sucesos de su infancia y de su juventud. No sé si mi madre estuvo con alguien antes de estar con mi padre, o durante, yo qué sé… Llevan años divorciados. El caso es que Alonso parece ser alguien muy importante para ella.

—¿Vas a preguntarle a tu padre?

—Sí, pero antes quiero ver si encuentro algo entre sus cosas que me dé una pista de quién puede ser.

Tras alquilar la casa de mi madre, mi hermano también opinó que sería mejor deshacerse de sus cosas, ya que no iba a volver a utilizarlas, pero la simple idea hacía que me costara respirar. Lo convencí para guardarlas en un trastero de alquiler, hasta decidir qué hacer con ellas.

—Puedo acompañarte mañana, saldré pronto de trabajar.

No intenta convencerme de que lo que pretendo hacer es una chorrada, y eso que tiene todas las papeletas. Las probabilidades de que no encuentre nada en ese trastero son altas, pero prefiere estar a mi lado en cualquier caso. Lo sé porque es lo que yo haría.

—Tú nunca sales pronto de trabajar —le recuerdo.

—Mañana tengo un día tranquilo —miente—. Y tú estás agotado. ¿Por qué no duermes un poco?

—No quiero dormir.

Coloca la mano sobre mi rodilla y detiene en seco su movimiento.

—Nico, tu madre está en un hospital, perfectamente controlada, y nosotros estamos a menos de dos metros de su cama. Además, yo puedo quedarme despierta viendo una peli.

—No vas a pasar tú la noche en vela.

—Pues haremos turnos, no te preocupes.

Me niego, pero insiste tanto que solo por no seguir discutiendo termino por aceptar. Hasta le

confieso que me duele la cabeza.

—¿Quieres un ibuprofeno? También tengo un antifaz para dormir.

Me entra la risa.

—Gracias, Mary Poppins, pero solo quiero descansar los ojos un rato.

Me cruzo de brazos y apoyo la cabeza contra el cristal de la ventana. No es la postura más cómoda del mundo, pero el cansancio me vence rápido.

No sé si sueño con Dafne o es su voz de verdad la que escucho antes de quedarme dormido, pero juraría que susurra:

—Siempre vigilaré para que no te lleve la corriente.

CLIC

Ayer mentí a Nico. Sabía que hoy no iba a tener un día tranquilo en el trabajo; porque ninguno lo es. Fue una mentira piadosa para que me dejara acompañarle hoy. No pienso permitir que vaya solo a bucear entre los recuerdos de Isabel. Sé bien cómo pueden afectarle. La semana pasada, sin ir más lejos, me lo encontré en la cocina maldiciendo y tirando a la basura con muy mala hostia una fuente entera de arroz con leche. Había intentado prepararlo como solía hacerlo su madre, me explicó cuando conseguí que se sentara y se tranquilizara, pero no sabía igual, le faltaba algo. Lo que realmente lo llevó a estallar fue darse cuenta de que ya no podía hacer algo tan sencillo como llamarla por teléfono y preguntarle la receta.

Volviendo al presente, hoy toca rodar unas cuantas secuencias en una fiesta. El plató se ha convertido en una discoteca que bien podría estar situada en mitad de la Gran Vía y ser el lugar de encuentro de chicos ricos dispuestos a soltar veinte euros por copa. No le falta detalle: luces de neón, pantallas con visuales, suelos de mármol, sofás de terciopelo y mesas altas atendidas por camareros trajeados. El ambiente es espectacular y he felicitado al equipo de arte por semejante trabajo.

Atravieso el set con el *walkie* casi pegado a la boca, hablando con uno de los chicos de producción. Le explico que para la siguiente secuencia necesitamos que los bordes de la botella rota de champán con la que Bruno amenaza a Leo en una pelea sean más afilados. Para asegurarme de que nos entendemos, decido ir a hablar con él en persona. Al cruzarme con unos cuantos figurantes, esbozo una sonrisa. Los pobres me inspiran ternura. Llegan muy ilusionados por primera vez a los rodajes, sin imaginarse lo largos y tediosos que pueden llegar a ser. Sobre todo las fiestas. No hay nada más aburrido a la hora de rodar que una fiesta. Su trabajo consiste en bailar animadamente en una pista durante horas sin que suene la música y fingir que mantienen conversaciones animadas, moviendo los labios sin llegar a emitir ningún sonido. El reloj marca las doce de la mañana, pero estoy segura de que a muchos les encantaría tomarse una copa de las que sirven los camareros. Aunque también son falsas. El alcohol no está permitido.

Veo a Gabriel, ya vestido y maquillado, paseando por el set con un vaso de agua. Parece concentrado, así que imagino que estará repasando sus líneas. Hoy tiene un día movidito. Cuando se lleva el vaso a los labios, ralentizo el paso. Un recuerdo bastante nítido de su boca

entre mis muslos me asalta y debo concentrarme para no tropezar con algún cable.

Para colmo, Mara aparece caminando justo a mi espalda. No me hace falta verla, la escucho cantarme bajito: *otra noooche, otra luna sin tu vidaaa, esta locaaa, no te olvidaaaaa*.

Me detengo poniendo los ojos en blanco. En cuanto me rodea y se coloca delante de mí, sonríe.

—Tienes cara de no haber dormido.

Sus cejas empiezan a subir tan a lo loco que parece que va puesta de ketamina.

—Un par de horas, como mucho.

Ahora incluso empieza a bailar en el sitio mientras canta sin cortarse un pelo:

—*Te busca-ré, ban-dido, te atrapa-ré, mal-dito. Te lo juuurooo, pagarás por mi amooooor.*

—Pasé la noche en el hospital —le aclaro antes de que le dé por organizar una conga con los pobres extras—. Ingresaron a la madre de Nico.

La guasa desaparece y un gesto serio de preocupación cruza la cara de mi amiga como un rayo.

—Joder, ¿qué le ha pasado?

La pongo en antecedentes y le cuento también lo último que me ha dicho Nico hace unos minutos por mensaje, que se encuentra bien y le darán el alta en unas horas. Aun así, prefiere llamarlo ella misma y se aleja buscando un poco de privacidad.

Mi intención es seguir mi camino y dirigirme a la oficina de producción, pero los repentinos gritos de Rodrigo me lo impiden. Son la verdadera banda sonora de esta producción. El equipo de sonido podría incluirlos hasta en la intro de la serie.

Suspiro y sigo el eco de las voces del director. Entro en el segundo decorado, que conecta directamente con el de la discoteca. Recrea la *suite* de un hotel, de lujo y un pelín hortera. La estancia, decorada en tonos negros y dorados, cuenta con una cama redonda en el centro. Está reservada para una escena de sexo. A su lado, hay un baño con un *jacuzzi*; para otra escena de sexo. Lo que no existe es el inodoro, porque la magia de la tele nos priva de la función intestinal y no es necesario hacer caca.

Aunque magia, lo que se dice magia, en este baño hay poca. Lo que fluye a raudales es la ira mal gestionada de Rodrigo, cuyo objetivo directo está siendo Paula, quien parece aterrorizada ante él.

—Rodrigo, ¿qué pasa? —pregunto colocándome entre ellos dos.

—¡¿Qué pasa?! La niña esta —escupe con desprecio—, que en lugar de hacer su trabajo se dedica a grabar *tiktoks* con el puto decorado. Y si yo no me llego a dar cuenta de lo inútil que es, tendríamos un fallo de rácord en toda la secuencia del baño.

Por lo visto, Paula ha cambiado el orden de algunos elementos de la escena para grabar un vídeo, y no volver a colocarlos exactamente en su lugar provocaría un descuadre en la continuidad entre las escenas ya rodadas y las que quedan pendientes.

—Eso tiene arreglo, repasaremos las escenas una por una, no te preocupes —trato de

apaciguarlo.

A pesar de que la solución es más que obvia, sigue vociferando. Algunos miembros del equipo, por muy acostumbrados que estén a sus numeritos, dejan de hacer su trabajo para mirarlo. Es como esa película de terror de la que no puedes apartar los ojos, aunque sepas que luego tendrás pesadillas. Especialmente porque cualquier día puedes convertirte tú en el protagonista.

Por si fuera poco, veo a Gabriel acercándose a nosotros peligrosamente cabreado. Le hago un gesto sutil con la mano y uno mucho más evidente con los ojos para que no se le ocurra intervenir. Se detiene a escasos metros y se contiene, aunque aprieta tanto la mandíbula que creo que va a partírsela, y eso sería un problema de verdad.

Le repito a Rodrigo que lo arreglaremos y le sugiero a Paula, quien está a punto de echarse a llorar, que salga a tomar el aire cinco minutos.

Me cuesta otros tantos deshinchar la vena de la frente de Rodrigo y que todo el mundo retome su trabajo. Lo aviso de que enseguida vuelvo para repasar las escenas del baño. Antes quiero hablar un momento con Paula.

—Escondida bajo tu faldita no va a aprender, ¿sabes? —suelta a mi espalda con un tono de desdén.

Me giro de nuevo. Hay ruido a nuestro alrededor, lo normal en un set, pero, aun así, me parece escuchar un clic dentro de mi cabeza.

—Humillándola delante de todo el mundo va a aprender menos aún. Y se llama Paula, por cierto, no niñita. Puede que haya cometido un error, pero no se merece que le griten ni le falten al respeto por ello. Y ya que estamos, yo no llevo faldita, llevo pantalones, igual que tú. Aunque supongo que hay cosas que se te escapan cuando, en lugar de hacer tu trabajo, pierdes el mundo de vista gritando como un trastornado.

Me voy dejándole con la palabra en la boca, por primera vez. Allá se atragante con el veneno que no le ha dado tiempo a escupir.

A Paula la encuentro un par de minutos después en mitad de la escalera de incendios, situada en un lateral del edificio, abrazada a sí misma, llorando y con manchurrones corriendo como ríos negros por sus mejillas. A mí también me tiembla todo el cuerpo, claro que en mi caso se debe al enfado. Empiezo a estar harta de que las faltas de respeto al personal sean la norma en lugar de la excepción para algunos.

—Lo siento —balbucea en cuanto me ve y mi primer impulso es abrazarla.

Sinceramente, una parte de mí esperaba encontrarla colgada del teléfono, contándole la película a su padre. Recordemos que es uno de los jefazos de la productora. Cuando deja de llorar —al menos de hipar—, me separo de ella y le pido disculpas por el comportamiento de Rodrigo. Considero que alguien debe hacerlo. Y no, no es un trato de favor; nadie tiene que soportar que le hablen así de mal.

Después de eso, también le recuerdo que somos un equipo y que el error de uno nos afecta a

todos, por lo que debe ser más responsable con su trabajo. Eso incluye limitar el uso de las redes sociales a la hora de la comida.

Me siento como una madre con el discursito, pero quiero que lo entienda.

—Te juro que no estaba mirando mi TikTok. —Y está claro que ella se siente ahora mismo como mi hija—. Bueno, sí que lo miraba, pero de verdad que no estaba vagueando. Estaba… —Se lo piensa antes de continuar y acto seguido niega con la cabeza—. Da igual.

—No, no da igual, dime.

Se lo piensa un poco más y al final decide sacar el móvil del bolsillo del pantalón, con su correspondiente funda de colorines y purpurina. Abre su *app* de TikTok y me enseña no uno, sino varios vídeos que ha grabado durante los rodajes. En algunos participan Esther, Mateo, Gabriel y demás actores de la serie.

—¿Esto lo has hecho tú sola?

—Sí.

Sigo viéndolos sin perder detalle. La música encaja, tienen ritmo, son divertidos y enganchan. Parecen casuales, pero se nota que hay trabajo detrás.

—Están muy bien. Están mejor que bien. Son geniales, Paula.

—Gracias, eso pienso yo también.

—Aunque este no es el trabajo de una auxiliar de dirección —le recuerdo.

—Lo sé —responde con la boca pequeña y una sonrisa triste.

—Pero voy a hablar con el departamento de redes sociales. Por si les interesa publicar alguno. Si tú quieres, claro.

—¡Ay, eso sería lo más! —exclama de repente y me da otro abrazo.

Poco después, le doy un par de toallitas desmaquillantes de las que llevo en la riñonera y vuelve al trabajo, ya sin el sofocón y mucho más contenta de lo que esperaba.

Mientras me mentalizo para regresar yo, recibo un mensaje.

Gabriel
Perdona, sé que no necesitas que nadie pelee tus batallas.

Me alegro de que lo entienda, aunque tendremos una conversación al respecto, por si acaso.

Gabriel
Por cierto, ¿dónde te has metido? No te haces una idea de lo cachondo que me has puesto contestando así a Rodrigo. Pero te lo puedo enseñar. Te espero en mi camerino.

Dafne
No podemos, tienes que ir a meterte en una pelea.

Gabriel
Hagamos el amor y no la guerra, Dafne.

En realidad, yo debería hacer millones de cosas antes. Sin embargo, mientras sigue escribiendo, mi imaginación se desata y me cuesta concentrarme en algo que no sea su polla. Tampoco te lo voy a adornar a estas alturas.

Gabriel

Además, tal y como me quedé ayer, voy a correrme en cuanto me toques. Te prometo que va a ser el encuentro sexual más rápido y decepcionante de tu vida.

La risa que me entra se lleva parte de la tensión de mi cuerpo. Debo volver con el capullo del director, aunque antes pienso hacer una parada en el camerino. ¿Qué coño? Si nadie va a pagarme las horas extra, al menos las haré con una sonrisa.

EL OCHO DE OCTUBRE

Aparezco corriendo, con la coleta medio deshecha y la lengua fuera como un perro, pero llego a la hora. Admito que haber aparcado en Atocha —a la primera y en hora punta— debe de ser lo más parecido a un milagro automovilístico que existe. Creo que con ello he gastado toda la buena suerte que me corresponde este año.

Bajo el ritmo y empiezo a caminar por la acera como una persona normal. Con el móvil en la mano y la *app* abierta de Google Maps indicándome la dirección que Nico me envió, compruebo que estoy a solo treinta metros de mi destino. Giro en la siguiente esquina y me encuentro con una calle principal bastante ancha. No tardo en ubicarme y guardo el teléfono en el bolso. Frente a mí, se alza un edificio de cuatro plantas pintado de azul pitufo y coronado con el logo de la marca de trasteros. Nico está delante de una de las puertas, bajo un cartel que señala el acceso para los clientes. No solo lo veo, también lo oigo desde el otro lado de la acera. Yo y cualquiera que se encuentre en cien metros a la redonda aproximadamente. Habla por teléfono y a cada palabra que pronuncia eleva más el tono.

Cruzo rápido el paso de peatones y camino hacia él.

—Lo hiciste sin consultarme. —Se lleva las yemas de los dedos a la frente con nerviosismo —. ¿Y quién cojones te dio permiso, Saúl?

Me detengo a un metro de distancia más o menos. Ni siquiera repara en mi presencia. Su cuerpo rezuma tensión y parece un tigre a punto de abalanzarse. Creo que jamás lo he visto tan enfadado.

—Ah, ¿yo soy sentimental? —Se ríe tan exageradamente que me pone los pelos de punta—. Ya, mucho mejor ser como tú, que no te importa un carajo ni tu propia madre. ¿Quieres robarle también la medicación y venderla, capullo de mierda?

Interpreto el comentario como una señal, doy un paso al frente, le quito el móvil y cuelgo.

—¿Qué haces? —inquiere entre sorprendido y cabreado cuando, por fin, me ve—. Estaba hablando.

—No, estabas gritando —lo corrijo—, y a punto de decir algo para lo que no habrá marcha atrás seguramente.

—Le he dicho muy poco para lo que se merece, y no he terminado. —Alarga el brazo y

mueve los dedos con rapidez—. Devuélveme el teléfono. —Me lo escondo detrás de la espalda y da un paso hacia mí—. Dafne, no estoy de broma, dame el puto teléfono —exige con tono gélido.

—Vale, te lo devuelvo, pero antes explícame por qué estás tan alterado.

Solo espero que el motivo no sea el que me estoy imaginando.

Se frota los ojos con las dos manos, las desliza por el pelo hacia atrás y termina posándolas en la nuca. De repente se echa a reír, pero no es una risa bonita y contagiosa de las suyas, esta es casi desquiciada.

—Voy a matarlo, te juro que voy a matarlo.

Una señora pasa caminando delante de nosotros y al escuchar a Nico se apresura a alejarse, tanto que corre el riesgo de terminar en la carretera y a lo mejor sí que tenemos que lamentar un fallecimiento esta tarde.

—Nico, ¿qué ha hecho Saúl?

—¿Qué ha hecho? —inquiere con un gesto de pura incredulidad—. Deshacerse de todas las cosas de nuestra madre, como si no valieran nada. Como si ella ya no existiera. —Pues sí, es lo que había imaginado. Mierda—. Y sin decírmelo, por supuesto. He llegado aquí como un imbécil y he intentado abrir el trastero, pero la clave no funcionaba. Al preguntar en recepción, me han dicho que no hay nada que abrir porque ese trastero ya no existe.

—¿Dónde están sus cosas?

—Las ha vendido. Menos un par de joyas, por lo visto. Ha tenido ese detalle —ironiza—. A lo mejor cree que se revalorizan con el tiempo, el muy cabrón.

—¿A quién se las ha vendido y cuándo?

—Y yo qué sé, no se lo he preguntado. Estaba ocupado planeando un puto fratricidio.

Comprendo que Nico es incapaz de pensar en frío ahora mismo, y lo entiendo, pero para eso estoy yo. Desbloqueo su móvil con la contraseña, busco las llamadas recientes y llamo a Saúl.

—¿Qué haces? —pregunta mi amigo en cuanto me ve llevarme el teléfono a la oreja.

—Probar la vía diplomática.

—Dafne —me advierte con cara de pocos amigos.

—Dame una oportunidad.

Conozco a Saúl, aunque nos hemos visto pocas veces. Teniendo en cuenta que casi no me he separado de Nico en una década, eso dice bastante del tipo de relación que mantiene con su hermano. Coincidimos esporádicamente en algunas comidas a las que siempre me invitaba Isabel, que era un encanto conmigo.

La última vez que lo vi fue hace dos años, cuando organicé una fiesta sorpresa por el treinta cumpleaños de Nico. Apareció sin regalo, no habló con nadie y se fue en apenas una hora. Ahí me quedó claro que, a veces, la familia no tiene nada que ver con la sangre que te corre por las venas. A no ser que necesites un trasplante de riñón, claro, en cuyo caso la compatibilidad genética juega a favor. No obstante, tengo mis dudas de que Saúl estuviera muy dispuesto a

donarle un órgano a su hermano. Y admito que no soy quién para juzgar, Fiona y yo no somos el mejor ejemplo de cordialidad fraternal, aunque hemos aprendido a convivir con la incomodidad de estar una al lado de la otra, y lo cierto es que no me imagino mi vida sin ella presente, ofendiéndose por verme respirar.

Saúl tarda varios tonos en descolgar y, cuando lo hace, recibo un «¿qué quieres?» como saludo. Por teléfono su voz es parecida a la de Nico, aunque su tono es bastante más hostil.

—Hola, Saúl, soy Dafne, la amiga de tu hermano —respondo con una voz dulce y sosegada. La amabilidad desarma más y mejor que cualquier insulto—. Me encantaría hablar contigo en circunstancias más agradables, la verdad, pero Nico está un poco nervioso y…

No necesito seguir, solo mencionar el nombre de su hermano es como activar el botón nuclear. Comienza a lanzar su repertorio de misiles y me recuerda en repetidas ocasiones que es ÉL quien corre con gran parte de los gastos de la residencia, dejándome muy claro también que, de los dos, ÉL es el hijo sacrificado. Se le olvida mencionar que solo visita a su madre un par de veces al mes y que es Nico quien está presente todo el tiempo, quien la ha acompañado hoy desde el hospital hasta la residencia cuando le han dado el alta, quien trata con los médicos su evolución y habla con enfermeras y auxiliares sobre su estado. En definitiva, quien se encarga del día a día. Aun así, le dejo explayarse a gusto e intervengo solo de vez en cuando.

—Sí, sí, lo entiendo. Son muchos gastos, claro… Es comprensible.

Mi amigo abre los ojos, ojos que me gritan «¿por qué cojones me traicionas tú?» y trata de recuperar su teléfono, pero yo soy más rápida y me aparto. Lo vuelve a intentar y me doblo hacia atrás, al estilo Keanu Reeves en *Matrix*. Bueno, vale, no poseo semejante destreza física, pero al menos consigo evitar que me quite el teléfono.

Me alejo y empiezo a caminar por la acera, con Nico persiguiéndome mientras inserto algún que otro *ajá* de asentimiento en el monólogo que estoy escuchando por teléfono. Cuando me canso de la persecución a lo Tom y Jerry, y mucho más de Saúl, levanto el brazo en señal de stop.

—Ya, y esto…, Saúl… ¿Tú me podrías decir dónde llevaste las cosas de Isabel? —Es entonces cuando Nico se detiene de verdad, aunque no aparta los ojos de mí, ni yo de él, mientras sigo escuchando—. ¿Y cuándo dices que las llevaste? —Levanto el pulgar en señal de victoria—. La semana pasada. Vale, perfecto. Pues muchas gracias por tu ayuda, Saúl. Que tengas una buena tarde. —No espero a que me conteste para añadir—: ah, y, por cierto, tu hermano tiene toda la razón, eres un capullo de mierda.

Ahora sí, cuelgo el teléfono. Fardo de mi triunfo extendiendo el otro brazo con la mano cerrada en un puño y abro la palma dejando caer un micrófono imaginario, como un rapero en una pelea de gallos.

Nico deja salir el aire por la boca y esta termina por curvarse en una media sonrisa.

—Eres buena, lo admito. Y me encantaría ver la cara de gilipollas de mi hermano ahora mismo.

—Y a mí, pero tenemos cosas más importantes que hacer. Hay que recuperar las cosas de tu madre.

Son casi las once de la noche y Nico y yo estamos en su habitación, sentados en su cama y acompañados de dos cajas de cartón llenas con los efectos personales de Isabel. A Cersei Lannister la he dejado en mi dormitorio, entretenida con un par de Funkos de mi colección de *Avatar* con los que le encanta pelearse. No me apetece que ande por aquí arañando lo que no debe. En el suelo hay otras tres cajas, pero ya están abiertas y revisadas. Solo hemos encontrado ropa y ninguna pista que nos diga quién puede ser Alonso.

Al menos, hemos recuperado sus cosas. En la tienda de segunda mano no habían vendido nada aún, aunque seguramente Nico ha tenido que pagar por las pertenencias de su madre más de lo que le dieron a su hermano por ellas la semana pasada. No obstante, eso es lo de menos. Con tenerlas cerca, ya respira un poco mejor. Los recuerdos físicos, aunque duelan, valen más de lo que creemos.

Me apoyo sobre los talones para abrir una de las cajas mientras Nico se queda sentado con los pies cruzados a lo indio frente a la otra y gesto ausente.

—Podemos hacer esto en otro momento —sugiero. Me mira y niega rápido con la cabeza.

—No, tranquila, estoy bien —remata con una sonrisa que no le roza los ojos ni por casualidad.

—No, no lo estás.

—No, no lo estoy —admite con un suspiro—. No me considero especialmente materialista, pero me cuesta creer que toda una vida ocupe solo cinco cajas.

A juzgar por el número, deduzco que Saúl se deshizo de más cosas, cosas que pensó que no podría vender y que, probablemente, acabaron en algún contenedor. No es lo que Nico necesita escuchar en este momento.

—Tú ocupas la mitad de esta cama y eres una parte muy importante de su vida. Una parte feliz.

Asiente pero sé que no le sirve de consuelo. Desliza la palma de la mano muy despacio sobre la parte superior de la caja, hundiendo las yemas de los dedos en las partes agrietadas y maltratadas del cartón.

—Cuando pienso en la felicidad, siempre pienso en los recuerdos, en retrospectiva. Creo que es porque casi nunca sabemos valorarla cuando la estamos viviendo —declara—. Si ella no conserva sus recuerdos, ¿cómo va a ser feliz? ¿Cómo va a saber que lo fue alguna vez? —se pregunta negando con la cabeza—. Y cuando te quitan esa posibilidad, ¿qué vida queda?

—Nico… —Abro la boca y la muevo, pero no sale nada coherente de ella—. Es que… no sé qué decirte. Y lo odio —confieso con impotencia—. Odio no saber qué decir para consolarte.

—No hace falta, Daf. Me vale con que estés a mi lado. A veces hay que dejar que duela y ya está.

Unos segundos después, está listo para continuar, así que abrimos las dos últimas cajas a la vez y las vamos inspeccionando. En la mía hay una pequeña lámpara de mesa, una vieja cámara de fotos y una máquina de coser. Esta última hace retroceder veinte años en el tiempo a Nico y acordarse de cuando era niño y su madre le cosía los disfraces de carnaval. Por unos segundos, una nostalgia feliz inunda su rostro.

En la caja que abre él encontramos un par de juegos de café, copas de vino, unas velas aromáticas sin estrenar, marcos vacíos de fotos que hacen que Nico vuelva a insultar a su hermano mientras se pregunta qué coño habrá hecho con las fotos y, por último, una caja rectangular. Coge esta última entre las manos y, al levantar la tapa, el sonido metálico retumba en toda la habitación. Es una de esas cajas antiguas de galletas cuyas imitaciones puedes encontrar hoy en tiendas de decoración.

—Ni siquiera se molestó en abrirla —murmura cabreado a la vez que saca unos cuantos papeles.

—¿Algo interesante?

Por un segundo, me da por pensar que pueden ser cartas de algún amor prohibido, pero como no estamos en una película basada en un libro de Nicholas Sparks, Nico me informa rápidamente de que solo es lotería de Navidad y unos cuantos billetes de autobús.

Visto nuestro éxito, cojo dos copas de vino de la caja, con su permiso, y voy a la cocina a rellenarlas hasta arriba de vino tinto. Al regresar, lo encuentro con los mismos papeles en la mano y el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Que es raro… La fecha de los billetes corresponde siempre al mismo día y al mismo destino. Ocho de octubre, de Madrid a León —me explica mientras me acerco a la cama de nuevo y dejo las copas en la mesita de noche—. Hay uno por cada año, once en total. Y el último es de hace cuatro, que es cuando se puso enferma.

—Ocho de octubre. ¿Te dice algo esa fecha?

—No, nada… ¿Y por qué no me dice nada? Mi madre se iba cada año, cada ocho de octubre durante once años, y no tengo ni idea de por qué. —Aprieta los dientes y su mandíbula se convierte en una línea tensa—. No sé si tenía un amante o yo qué cojones sé. Y ahora parece que tengo que espiarla para saberlo.

Lo agarro de las manos, que han empezado a temblarle.

—Nico, no tenemos ni idea de quién puede ser Alonso. A lo mejor es alguien importante para tu madre o a lo mejor no. A lo mejor esos billetes son una pista o a lo mejor no. A lo mejor te llevan a averiguar algo que preferirías no saber. La pregunta que importa es… ¿Estás seguro de que quieres seguir con esto?

Aprieta mis manos y las suyas dejan de temblar. Traga saliva y asiente.

—Entonces buscaremos respuestas a partir de aquí.

UN SALTO DE EJE

Un brazo me envuelve la cintura, un aliento cálido y pausado roza mi nuca y una pierna hace de ancla entre las mías. La claridad del día intenta colarse entre mis párpados, pero me niego a abrir los ojos; estoy demasiado a gusto así tumbada. Me acomodo en el sitio y mi suspiro somnoliento se mezcla con un gemido bajo, ronco, profundo. Unos dedos se cuelan debajo de mi camiseta, despacio, y reptan por mi abdomen. Mi piel va despertándose a su paso y cuando llegan a la cinturilla del pantalón de mi pijama se detienen. Muevo las caderas y me revuelvo un poco, esperando… no sé exactamente lo que espero en realidad, mi conciencia aún se está desperezando.

Mi cuerpo, que parece tenerlo mucho más claro, toma la delantera. Restriego mi trasero de arriba abajo contra el dueño de esa mano y alargo el movimiento ondulando la pelvis. El colchón se queja con un leve chirrido, pero es ahogado por un gruñido más fuerte y rudo que el anterior. Ese sonido y la dureza que lo acompaña, clavándose en la parte baja de mi espalda, termina por sacudir las partes de mi organismo que todavía no han abandonado el sueño.

Repito el movimiento a conciencia, esta vez estoy despierta del todo, pero ¿lo está él? Los penes suelen ir por libre y una erección matutina no es una prueba fiable. No se mueve, así que me detengo y me quedo muy quieta, tratando de controlar mi respiración agitada en silencio.

Esto no va a pasar. Es más, no puede pasar. Sin embargo, cualquier atisbo de pensamiento racional se desvanece en el momento en el que hunde las yemas de sus dedos en mi cintura para acercarme más a él, de manera que no deja un milímetro de separación entre nuestros cuerpos. Sus labios se pegan del todo a mi cuello y empieza a moverse. Nos movemos juntos.

Una embestida. Y otra. Y otra más, con la tela de nuestros pijamas como única barrera, y ahora soy yo la que gime sin poder evitarlo.

¿Se puede saber por qué nadie me ha explicado nunca el potencial erótico de hacer la cucharita?

Seguimos frotándonos sin tregua, cada vez más rápido, cada vez más fuerte, movidos por las ganas, la necesidad, o llámalo como quieras, las palabras me dan igual ahora. Todo me da igual. Me bajo el pantalón con una mano y con la otra cubro la suya para guiarla hasta el punto exacto donde habita esa necesidad. Aunque tampoco precisa indicaciones. Aterriza en mi centro, me

aparta las bragas con un movimiento hábil de dedos y comienza a trazar círculos sobre mi clítoris.

Mis caderas comienzan a elevarse. Un jadeo, dos jadeos, tres jadeos, sordos, rítmicos. Nuestras respiraciones parecen coordinarse por un segundo, para descontrolarse al siguiente. Me da miedo abrir los ojos, por si estoy equivocada y esto resulta ser solo un sueño. Si lo es, no quiero que se acabe todavía.

No obstante, la mente es puñetera y supongo que alguna neurona de mi cerebro hace sinapsis con otra neurona y ambas se ven en la obligación de recordarme que es Nico quien está detrás de mí. Es Nico quien me está masturbando. Es Nico quien se restriega contra mi culo y quien introduce un dedo en mi interior y lo arquea, provocándome un latigazo de placer brutal. Me muerdo el labio con fuerza para no gritar, porque sigo teniendo miedo de romper esta burbuja improvisada, a pesar de que mi cabeza sigue a lo suyo, advirtiéndome que es mi mejor amigo quien está dentro de mí.

Está-dentro-de-mí.

Introduce un segundo dedo con facilidad y mis pezones se endurecen tanto que duelen. Es una locura lo cachonda que me está poniendo. Tengo calor, mucho calor. Ardo, joder. Quiero girarme y verle la cara. Quiero besarlo, morder ese labio inferior que es un poco más grueso que el superior y perder las manos entre su pelo denso y oscuro. Me muero de ganas, pero mi valentía alcanza solo para estirar el brazo hacia atrás y aferrarme a su dureza por encima del pantalón de algodón. Él abre la boca con un sonido ahogado y la cierra sobre mi cuello. El roce de sus dientes contra mi piel hipersensible me espolea. Me lo tomo como una invitación a seguir y meto la mano bajo la tela hasta alcanzar su polla, que pega un salto ante mi contacto. Giro la muñeca aunque no es fácil, dada la postura, y la agarro desde la base. Está dura, caliente y deja un rastro de humedad en mi palma cuando llego a la punta y vuelvo a bajar con decisión.

Sin dejar de tocarme, Nico se baja el pantalón de un tirón brusco para darme mejor acceso. Acto seguido, noto como esa misma mano viaja veloz, pasa por debajo de la almohada, se cuela por el pico de mi camiseta y abarca la redondez de mi pecho izquierdo. Me pellizca el pezón con el pulgar y el índice y yo aprieto su polla de un modo mucho menos sutil. A juzgar por el «joder» que sale de su boca como si se le escapara la vida, deduzco que le encanta.

Nos masturbamos el uno al otro sin parar, jadeando desesperados. Es como si nos ahogáramos y sacáramos la cabeza del agua de vez en cuando, lo justo para respirar. Mi mente grita cosas como «Sí, sí, así, tócame justo ahí», «fóllame con los dedos», «hazme lo que quieras, hazme tuya, pero no pares, no pares nunca». Mi boca, en cambio, no se atreve a pronunciar ni una palabra que ponga en riesgo lo que estamos haciendo. Por eso, al notar la oleada más intensa de placer, esa que se alarga y acaba por romperte en mil pedazos, me la guardo todo lo que puedo. Estallo para dentro, conteniendo el aliento en lugar de hacer caso a mis cuerdas vocales, que desean vibrar tanto como el resto de mi cuerpo.

Aunque no le aviso, Nico se corre al mismo tiempo que yo. Por lo visto, no solo ocurre en las

películas. Su calor líquido se desborda entre mis dedos mientras mi humedad engulle los suyos.

Nos quedamos unos segundos más en la misma postura, sin movernos. Ni siquiera soy capaz de retirar la mano de su polla, que ahora descansa relajada. Qué suerte la suya.

Nico tampoco hace ningún tipo de movimiento, al menos de manera voluntaria, ya que siento subir y bajar su pecho contra mi espalda muy rápido. Sigo con los ojos cerrados. Tampoco se me ocurre nada que decir. El deseo que nos ha nublado la mente hace un momento, y nos ha dejado las manos manchadas como resultado, decide echarse un sueñecito y solo quedamos nosotros.

A medida que nuestras respiraciones se calman, yo me tenso. La realidad y el silencio se imponen. También las necesidades fisiológicas e higiénicas. Esto sí que no vas a verlo en una película.

Abro los ojos, aparto la mano por fin y la elevo en el aire al incorporarme para no manchar la colcha de Nico; la misma sobre la que nos quedamos dormidos ayer de madrugada después de hablar durante horas.

La luz del amanecer se filtra por la persiana a medio bajar y veo las cajas de su madre en el suelo. Tiro de mi pantalón hacia arriba con la mano limpia y lo subo hasta la cintura con torpeza. La imagen resultaría incluso cómica si fuera capaz de reírme, pero es que sigo sin tener ni idea de cómo comportarme. ¿Qué le digo? «Ey, buenos días. Gracias por el orgasmo mañanero y de nada por la gayola. Voy a preparar unas tostadas con aguacate».

Necesito mirarlo y ver en sus ojos que nada ha cambiado, que todo está bien entre nosotros, pero me falta valor. No puedo creerme que no me atreva a mirar a Nico. Resulta antinatural.

«Vosotros jadeando como animales mientras os masturbáis el uno al otro también podría considerarse antinatural», mascullan mis dos neuronas, las mismas que trataron de avisarme de que esto iba a traer cola. Espera, mejor dejamos las colas a un lado de momento.

Noto una leve inclinación en el colchón cuando se incorpora. Se queda sentado a mi lado.

—Dafne —murmura. No Daf, ni Cheeto, sino Dafne, que es como me llama cuando las cosas se ponen serias.

Me obligo a girar la cabeza hacia él y establecer contacto visual. Sostengo la mirada a duras penas, pero me doy cuenta de que sus ojos no brillan como de costumbre. Ni siquiera se le forman esas arruguitas tan monas alrededor. Su boca traza una línea recta, ni muy dura ni demasiado suave. Su rostro no aporta ninguna pista sobre lo que siente ahora mismo. Cuando quiere, Nico permite que las emociones campen a sus anchas por su cara, y cuando no quiere, las esconde tan extraordinariamente bien que es para darle un Goya. En momentos así, ni siquiera yo tengo acceso a ellas.

—Deberíamos ducharnos —suelto y acto seguido abro mucho los ojos—. O sea, no ducharnos juntos. Por separado, quiero decir. —Y para colmo de males, agito mi mano pegajosa como si necesitara más aclaración.

—Sí, te había entendido. —Carraspea—. Ve tú primero.

—No, no, ve tú —respondo, algo brusca quizá—. Necesito un momento.

Para morirme de la vergüenza y volver a nacer, reencarnada en gallina o algo así.

—Vale.

En cuanto escucho cerrarse la puerta del baño, me levanto y me dirijo a la cocina. Me lavo las manos en el fregadero con líquido lavavajillas y a continuación relleno con comida el cuenco de Cersei Lannister. No la he escuchado aún trastear por la casa, así que espero que siga durmiendo en su cama. Si llega a enterarse de lo que he hecho con Nico, es probable que me asfixie con una bola de pelo mientras duermo.

Son las siete y diez y ya debería estar desayunando, aunque no me apetece nada, lo cual es raro en mí, que me levanto siempre dispuesta a comerme un brontosaurio. Me preparo solo un café y casi me calcino la lengua al darle un trago, porque abrasa, como cada mañana, vaya, pero es que llevo un despiste importante.

Me bebo el dichoso café y al terminar comienzo a dar vueltas de un lado a otro del pasillo. Cada poco me detengo delante de la puerta del baño y escucho el sonido de la ducha. ¿Cuánto tiempo lleva ahí metido Nico? Su nombre se queda encallado en algún lugar de mi cerebro y no paro de repetirlo mentalmente.

Nico. Es Nico. Es Nico, por el amor de Dios.

Me entra la risa floja. Sigue siendo el mismo de ayer, mi mejor amigo, y nosotros podemos hablar de todo. Conoce mis pensamientos más absurdos y nunca me ha juzgado por ellos. Excepto aquella vez que tuvo que cabrearse y prohibirme gastar dinero en un médium, ya que estaba convencida de que un fantasma vivía en casa y me apagaba la televisión para comunicarse conmigo. Poco después, descubrimos que la culpa la tenía mi gata, que de tantos zarpazos que le arreaba al mando a distancia conseguía programar el temporizador de apagado.

En cualquier caso, la reflexión importante aquí no es lo sugestionable y lerda que puedo llegar a ser, sino que Nico y yo no necesitamos ponernos raros, ni mucho menos evitarnos el uno al otro, por lo que poso la mano en el manillar de la puerta y entro en el baño movida por un subidón de optimismo.

—Tenemos que hablar —vocifero en el momento en que cierra el grifo.

Él se gira de pleno y las gotas que salpican la mampara de cristal no sirven para esconder su cuerpo, delgado pero también fibrado, cubierto por una leve capa de vello en el pecho, que desaparece en el estómago y vuelve a aparecer en el… Me obligo a levantar la mirada. No sé por qué me supera la timidez de repente si hace nada estaba sacudiéndosela como si quisiera hacer fuego.

—Acércame la toalla, por favor. —Se pasa las manos por el pelo mojado para echárselo hacia atrás con una tranquilidad pasmosa. Su calma me pone un poco de los nervios. Y lo guapo que me parece cuando me mira también produce ese mismo efecto. ¿Qué coño me pasa?

Cojo la toalla del perchero que cuelga de la puerta y cierro los ojos con fuerza mientras estiro el brazo y se la tiendo. Es ridículo, soy consciente, pero tampoco me pidas madurez ahora mismo. Le he dado vacaciones y se lo debe de estar pasando de lujo con mi estabilidad

emocional. Borrachas deben andar por ahí las dos.

Escucho el chirrido agudo de la mampara al abrir la puerta y siento la sonrisa que se dibuja en el rostro de Nico en el momento en que agarra la toalla.

—Cuando los curas aseguraban en el colegio que la masturbación te dejaba ciego, no sabía que se referían a esto —comenta con guasa y abro los ojos.

—No tiene gracia.

—Un poco sí —asegura mientras termina de ajustarse la toalla alrededor de las caderas con un gesto… ¿sexi?

En serio, ¿qué-coño-me-pasa?

—No te rías. Lo que acabamos de hacer… —«No ha estado bien», estoy a punto de contestar, pero sí que lo ha estado, al menos desde un punto de vista sexual. Sin artificios ni ceremonias. Ha salido sin más, natural, fácil. La parte no sexual ya es otro tema—. Es que no sé… Nosotros… no… No podemos… —Trago saliva—. ¿No?

—Vale, estás flipando fuerte.

—No, Nico, flipé fuerte cuando casi nos besamos —puntualizo—. Que nos masturbemos el uno al otro es un nivel para el que no encuentro el verbo adecuado. Y tú, al menos admite que esto te ha afectado un poco. Tienes novia y yo tengo… —Niego con la cabeza—. No sé lo que tengo con Gabriel, pero es algo.

Apelo a nuestras conciencias y a la fidelidad de pareja, porque te juro que eso es menos peliagudo que empezar a indagar sobre nosotros.

—Claro que me ha afectado. Somos nosotros, y ese *nosotros* implica todo menos el sexo.

—Ya, pues a lo mejor deberíamos ponernos un recordatorio en el móvil —ironizo, pero él sonríe—. Sigo sin verle la gracia.

—Vale, mira, nos hemos dejado llevar y se nos ha ido la cabeza. Ha sido algo puntual —razona colocando las manos en las caderas—. Ha sido cosa del…

—Ni se te ocurra decir que ha sido cosa del momento —le advierto con el dedo índice levantado—. Esa excusa ya la usamos hace dos semanas.

—Estábamos más dormidos que despiertos —argumenta.

—Al principio puede, pero luego todas nuestras partes estaban muy despiertas, y tuvimos muchas ocasiones para parar.

—No nos besamos.

—¿Y? —Frunzo el ceño—. ¿Acaso eso le resta valor o intimidad? No somos dos desconocidos, somos nosotros. Y hemos tenido sexo, por mucho que esté descartado en nuestra relación. Y no sé lo que significa.

La pausa dramática que sigue a mis palabras se hace demasiado larga, y demasiado dramática.

—Hemos tenido sexo, sí, pero no ha sido… —se encoge de hombros— follar bonito.

—¿Follar bonito? —repito con incredulidad.

—Sí, ha sido más bien como un desahogo mutuo.

—¿Me estás diciendo que ha sido una paja acompañada?

—Eso suena fatal.

—¿Tú crees?

—Vamos a ver… —Se frota la cabeza con fuerza y se despeina—. Somos amigos desde hace diez años, hemos vivido muchas cosas juntos y acabamos de tener un desliz, nada más. Ha sido un… Como un… —Se muerde el labio mientras se lo piensa.

—¿Qué? —inquiero nerviosa al ver que no arranca, y, ya que estamos, porque necesito que deje de morderse el labio de esa forma.

—Un salto de eje. Nos hemos desubicado durante un rato.

Vale, voy a hacer un inciso para explicarlo, aunque ahora mismo me viene bastante mal. El eje es una línea imaginaria que viene marcada por la dirección de las miradas de dos personajes en una filmación y determina dónde se debe colocar la cámara para mantener de forma coherente el punto de vista que tiene el espectador. Cuando no se respeta, se produce lo que llamamos un salto de eje y eso provoca que dicho espectador tenga la sensación de que los personajes han invertido mágicamente sus posiciones, haciendo también que se desoriente. Es una de las lecciones básicas que te enseñan cuando estudias cine.

—Ya, una referencia estupenda. Con esto me quieres decir que hemos sido un error, ¿no?

¿Y por qué me estoy enfadando?

—No, joder, nada contigo es un error. Es solo que… —Se revuelve el pelo aún más, agobiado—. No sé qué decirte, Daf. No esperaba tener esta conversación contigo y me has pillado fuera de juego. No se me ocurre nada medianamente inteligente que decir en este momento y me acojona que malinterpretes mis palabras y te enfades. No quiero liar las cosas ni que nos pongamos raros. Nosotros somos más importantes que lo que ha pasado en mi habitación —asegura pero al mismo tiempo me mira con preocupación—. ¿Verdad?

Esa vulnerabilidad en sus ojos me mata.

—Claro que sí.

—Yo… —Coge tanto aire que veo su pecho desnudo elevarse. Después lo deja salir con tanta fuerza que parece deshincharse todo él—. Solo quiero que estemos bien.

Asiento y termino por decirle que es lo mismo que quiero yo, aunque no puedo evitar pensar que quizá nuestro problema empieza a ser que estamos demasiado bien.

NO PUEDE SALIR MAL

NICO

El metro va cargado de gente y las puertas del vagón emiten ese pitido agudo y desagradable antes de cerrarse para continuar el trayecto. La última en entrar es una embarazada y, a juzgar por el tamaño de su barriga, apostaría a que está a tres o cuatro paradas de romper aguas. Espero que no sea el caso porque a mí me faltan todavía siete para llegar a mi destino. Me levanto de mi asiento para cedérselo y, aunque mi gesto sea lo mínimo requerido para un comportamiento cívico, me dedica una sonrisa sincera de agradecimiento antes de ocuparlo. Le devuelvo la sonrisa mientras me hago un hueco entre los pasajeros para agarrarme a una de las barras metálicas que van del suelo al techo.

Mi sonrisa se desvanece en cuanto recuerdo que soy gilipollas. Tampoco es que se me haya olvidado a lo largo del día. Lo he pensado esta mañana cuando he salido a correr, durante todo mi turno en la tienda, en la hora de la comida y cuando he visitado a mi madre en la residencia, a pesar de que sigo en modo alerta tras el golpe que sufrió en la cabeza hace un par de días.

Siempre he preferido el teatro al cine, pero ahora mismo me vendría bien que la vida fuera una sala de montaje; una en la que pudiera revisar lo que he hecho y cortar los planos que no me gustan, hasta editar la secuencia perfecta. Hoy, por ejemplo, eliminaría la frase «paja acompañada», que figura en el top tres de cagadas. Fue Dafne quien la pronunció, pero lo hizo a modo de conclusión tras mis poco acertadas «desahogo mutuo» y «no ha sido follar bonito».

No sé quién de los dos empezó. El orden de los factores me da igual. Me corrí en su mano y ella se corrió en la mía. La jodí. La jodimos. Sin premeditación, aunque a lo grande. Porque la vida, en realidad, se asemeja mucho más a un plano secuencia; a una sola toma que se rueda toda seguida y sin cortes, así que las posibilidades de meter la pata son infinitas. Por eso, cuando ella se ha armado de valor —y digo «armado» porque me la imagino dando vueltas un rato por el pasillo, comiéndose la cabeza— y ha entrado en el baño mientras me duchaba, buscando sinceridad por mi parte, me he limitado a disimular como he podido.

No estaba preparado para responder qué significa el sexo entre Dafne y yo, como tampoco lo había estado para amanecer en mi cama, abrazado a ella y con una erección de caballo. A ver, no

es que tropezara por casualidad con su clítoris. Aun adormilado era consciente de lo que estábamos haciendo, pero opté por silenciar esa parte de mi mente que me susurraba que se trataba de mi mejor amiga y me concentré únicamente en la mujer que estaba tumbada junto a mí. En su olor a verano, en su hombro cubierto de pecas, en su pelo largo rozándome la barbilla y en su forma demencial de mover su culo contra mi polla. Joder, Dafne me ha agarrado la polla. Y yo le he magreado las tetas y le he metido los dedos. Por si eso no fuera lo bastante complicado de por sí, habría hecho mucho más en aquel momento. Lo que ella quisiera. Lo que me pidiera. Todo.

Esa revelación parece estallar dentro de mi cabeza justo cuando una voz robótica inunda el vagón y anuncia la próxima parada. Las puertas se abren y yo ni me muevo, simplemente me dejo arrastrar por inercia junto al río de pasajeros que sale a toda prisa y que enseguida se dispersa en todas direcciones. Camino hacia la salida a un paso demasiado lento para el ritmo de esta ciudad; me siento algo noqueado.

Admito que a lo largo de los años he tenido algún que otro pensamiento fugaz respecto a Dafne. Que tal vez…, si ella y yo…, en otras circunstancias… Si nosotros… Pero siempre me quedo ahí, sin llegar a formular la pregunta, en el marco de una puerta invisible que nunca me he atrevido a traspasar. Solo dura unos segundos y después sigo con mi vida como si tal cosa. Al menos hasta ahora.

Tras salir de la estación de Plaza de España, envío un mensaje a Sol para avisarla de que ya estoy llegando. Hace un par de horas, le escribí y le dije que me vendrían bien unas cañas, o quizá un barril entero, que es mi manera de hacerle saber que necesito hablar de mis neuras. Me explicó que tenía una sesión de fotos programada para esta noche en el Templo de Debod y que podía pasarme por allí sobre las siete, porque la cosa todavía estaría tranquila.

Cuando voy a guardar el móvil en el bolsillo, recibo un mensaje de Almudena. Uno normal, con una pregunta muy sencilla de responder. Al menos, si no acabas de ser infiel a tu pareja. Porque Almudena todavía lo es, por mucho que yo tenga claro que lo nuestro se ha terminado. Le respondo que estoy cansado y que mejor cenamos mañana. No le hace gracia, porque no soporta nada que empiece por la palabra *no*, pero, aun así, al dolor repentino que siento en la boca del estómago supongo que lo llamaré *sentimiento de culpa*.

De camino al Templo de Debod compro un par de *frappuccinos* para llevar. Cuando llego a mi destino, el sol todavía luce en todo lo alto, pero me fijo en que ya han cortado el acceso a los viandantes para la sesión. La zona de alrededor está plagada de gente y muchos curiosos intentan asomarse, esperando ver algún famoso, supongo. Hasta un autobús de guiris ha frenado para cotillear.

El equipo se mueve de un lado a otro y mi amiga se encuentra junto a uno de los portales rectangulares de piedra, con su cámara colgando del cuello. Parece muy concentrada mientras da instrucciones a un par de chicos.

Le escribo un mensaje y le digo que estoy buscando a la responsable de montar todo este

follón en mitad del centro. Y con atasco incluido, añado, que seguro que contribuye al calentamiento global y al deshielo de los polos.

Sonríe al leerlo y alza la cabeza para buscarme entre la gente. Cuando me localiza, levanta el brazo y me dedica una peineta. Acto seguido, me hace un gesto para que me acerque.

Me gusta vacilar a Sol, pero lo cierto es que la admiro. Como profesional es una *crack* de la fotografía editorial, y como amiga es de las que siempre te sueltan las verdades que necesitas escuchar. Estas suelen ser impactantes, ya que nunca tengo ni la más remota idea de lo que pasa por su cabeza antes de hablar.

—¿Alguna vez te despegas de esa cámara? —le pregunto nada más llegar hasta ella.

—¿Tú estás loco? —Alarga el brazo y me quita uno de los *frappuccinos* de la mano—. Esta cámara vale cinco mil pavos, no me separo de ella ni para hacer pis.

Echa un vistazo a nuestro alrededor y señala los escalones del edificio principal. Caminamos y apenas tardamos un minuto en llegar hasta ellos, pero en cuanto nos sentamos, ella un peldaño más arriba que yo, me asaltan las dudas. Tal vez no sea la mejor idea mezclar a Sol en esto. También es amiga de Dafne y no estoy seguro de cómo va a reaccionar cuando se lo cuente. Quizá se alegre, quizá me suelte una hostia. La veo capaz de las dos cosas.

—Puedo hacer un descanso, pero va a tener que ser más corto de lo que pensaba porque vamos fatal de tiempo —me informa.

—Ya, se ve que estás muy liada… Casi mejor te dejo trabajar tranquila y nos vemos otro día.

—¿Qué dices? De eso nada. Has cruzado media ciudad porque necesitas hablar, así que, venga.

—¿Te has teñido? Te veo más rubia.

No sé qué cojones estoy diciendo.

—No, será por el sol, supongo.

—Ah.

Coloco los labios alrededor de la pajita y empiezo a sorber el café mientras pienso cómo explicarme.

—Oye, no es que a ti te cobre por horas, pero en serio que no tengo mucho tiempo, Nico. ¿Qué pasa?

Trago y, a continuación, dejo salir un suspiro demasiado dramático hasta para mí.

—¿Cómo supiste que estabas enamorada de Teo?

—¡Ay, joder! —chilla y casi se le cae el café de las manos, así que lo posa a sus pies—. Es Dafne. Madre mía, es Dafne. ¡A que sí! Estás enamorado de ella.

—Rebaja la intensidad, Sol, por favor, que con la mía tengo bastante. Yo no he dicho que esté enamorado de ella.

—Pero…

—Pero ha pasado algo.

—Define *algo*. —Junta las rodillas, apoya los codos sobre ellas y coloca las manos en las

mejillas—. Y con detalle, por favor.

Me escucha en silencio, que ya es mucho tratándose de Sol. Le explico lo que pasó esta mañana entre Dafne y yo, aunque sí omito los detalles, porque si se los doy hay altas probabilidades de que me vuelva a empalmar. Cuando termino, sigo sin sentir que me haya quitado un peso de encima. De hecho, creo que estoy más agobiado que antes, así que espero que mi segunda mejor amiga tenga algo razonable que aportar respecto a lo que ha pasado con mi mejor amiga.

—Pues no sé qué decirte, la verdad —comenta torciendo la boca.

—Bien, eso me ayuda mucho.

—A ver, si esperas que sea la secundaria graciosa de tu película de amor y te resuelva la papeleta, lo siento, pero no. Para empezar, mi historia con Teo no es tu historia con Dafne. A nosotros nos costó más de veinte años pasar de ser amigos a ser una pareja. Teo y yo éramos como el perezoso de tres dedos, que, por si no lo sabes, es el animal más lento del planeta.

—¿Y qué cambió?

—Para mí fue bastante básico. Me puse celosa de la chica con la que estaba saliendo. Me di cuenta de que me iba a quitar una parte de él que ni siquiera sabía que quería… ¿Tú estás celoso de Gabriel?

—No lo sé, puede que un poco. —Es guapo, es un actor famoso, aunque no parece que eso se le haya subido a la cabeza, y Dafne no le ha sacado ni un pero aún. De todas formas, no tiendo a compararme con nadie, ya tengo bastante lidiando conmigo mismo—. Pero no creo que sea solo una cuestión de celos —alego—. Además, el tipo me cae bien.

—Te repito que Dafne y tú sois diferentes. A lo mejor, vuestra historia de amor empieza con una erección como el cuello de un cantaor. ¿Quién sabe? El cuerpo es sabio.

En otras circunstancias, me reiría de lo bruta que es.

—Es raro. Muy raro. Es como si nada hubiera cambiado entre nosotros, pero algo sí. Y no sé lo que es.

Doy otro sorbo a mi café, que en realidad es más azúcar que café, y por primera vez el dulce no me anima y me cuesta tragar, así que poso el vaso a un lado.

—¿Te acuerdas de cuando estudiabas en el colegio todo eso de que la materia ni se crea ni se destruye, solo se transforma? Que los átomos no desaparecen, sino que se recolocan. —Asiento, aunque no tengo ni idea de a dónde quiere llegar—. Pues creo que el amor es un poco así cuando hay amistad. Dafne y tú os queréis desde hace mucho como amigos y quizá vuestro amor se está transformando, recolocándose. En cualquier caso, piensas volver a hablar de esto con ella, ¿verdad?

—No lo sé. No quiero empeorarlo. A lo mejor, debería dejar de hacer lo de siempre, que es darle mil vueltas a todo. Pasó y ya está. Lo olvidamos y punto. Como la primera vez que nos acostamos.

—Joder, que no es lo mismo. Echasteis un polvo cuando os acababais de conocer. Lo que

hay ahora entre vosotros es muy distinto.

—Sí, tan distinto que esta mañana éramos incapaces de mirarnos a la cara. Y luego ella parecía, no sé, cabreada —recuerdo con una mueca—. Ha durado poco, pero la sensación no me ha gustado un pelo. Lo único que quiero es que estemos como siempre.

—¿Y de verdad crees que puedes olvidarlo, así sin más? Estamos hablando de Dafne y de ti. Si os calláis lo que sentís, es muy posible que el silencio empiece a gritar entre vosotros. No es el momento de empezar a mentiros. Eso es lo que lo jode todo, las mentiras. Y las medias verdades. Y las cosas que quedan por decir —argumenta, esta vez muy seria—. Es todo la misma mierda, y hasta puede acabar con las amistades que crees irrompibles.

Me da vergüenza confesar que yo ya he empezado a mentir. Es cierto que nunca le oculto nada a Dafne. Con ella no siento la necesidad de esconder ninguna parte de mi personalidad ni de inventarme excusas para agradar. A ver, sí que ha habido algunas mentiras piadosas a lo largo de nuestra historia. Como cuando se cortó ella misma el flequillo intentando emular a Brigitte Bardot en los años sesenta. El resultado fue más del estilo a si un dóberman se lo hubiera arrancado a mordiscos. En aquella ocasión, mentí y le dije que le quedaba bien. ¿Para qué iba a hacer sangre? Tenía espejos en casa y no necesitaba esa clase de sinceridad.

Pero en las últimas dos semanas le he escondido un par de cosas importantes. Por mucho que le quitara hierro al asunto, nuestro «casi beso» sí significó algo. Aún no tengo claro exactamente el qué y no he querido indagar, pero sé que cuando un *casi* significa algo, es que significa mucho. También le mentí al día siguiente en la cocina cuando me preguntó si tenía ganas de besarla. Ese «no» todavía me pesa en la boca.

—Ella no quiere estar conmigo. —Niego con la cabeza—. La conozco.

Mi amiga se echa un poco hacia atrás, apoya los brazos en el escalón superior, eleva la barbilla para que el sol le dé en la cara y cierra los ojos. Empiezo a pensar que va a quedarse ahí callada hasta que se duerma, pero entonces abre la boca.

—Hace un par de días estaba follando con Teo y aluciné cuando me pidió que le metiera un…

—¡Eh! ¡eh! —Levanto las palmas de las manos—. ¿A qué viene eso? ¿Por qué voy a querer saber yo nada de lo que le metes o le dejas de meter a tu marido?

—Oye, no te pongas en plan machirulo, que no te pega nada.

—No me pongo machirulo, es que no veo cómo va a ayudarme ahora mismo una historia que tenga que ver con el sexo anal.

—Cállate y escúchame. Lo importante de la historia es que Teo y yo hemos follado muchísimo, y a mí me encanta saber lo que necesita en cada momento. Pero también me gusta que me sorprenda. Es lo bonito después de tantos años, que aunque creas conocer a alguien a la perfección, sea capaz de sorprenderte —concluye—. Y tú no estás en la cabeza de Dafne ni lo sabes todo sobre ella, así que no des cosas por supuestas.

—Quizá Teo te sigue sorprendiendo porque sois las dos personas más opuestas del universo.

Quizá precisamente por eso lo vuestro funciona.

¿Has visto *La forma del agua*? Es una peli en la que una mujer y un anfibio se enamoran. Te prometo que esos dos tienen más cosas en común que Sol y su marido.

—No es que funcione, es que nosotros nos esforzamos para que funcione. Discutimos el triple que cuando éramos solo amigos.

—Me lo estás pintando de bien…

—Discutimos, pero lo arreglamos porque siempre merece la pena. Además, no somos tan opuestos. Los dos nos ponemos supercachondos después de pelearnos. Y volviendo a lo de meter cosas…

—Sol, perdona, pero te necesitamos —interrumpe una voz femenina.

Salvado por la campana, que en este caso es la ayudante de mi amiga, quien nos mira bastante apurada.

Recojo los vasos de café y ambos nos levantamos. Me despido de ella con un beso rápido en la mejilla para no entretenerla más.

—Nico, espera —me pide cuando me he alejado solo un par de metros. Me giro y contengo el aliento. No sé si quiero escuchar más—. Ahora mismo andas un poco perdido, pero olvídate de todo por un momento. Olvida lo que crees que debéis ser Dafne y tú y piensa en ella. Solo en ella. Limítate a lo que sientes en lugar de a lo que crees que debes sentir.

Lo primero que cruza mi mente son sus mejillas, permanentemente coloradas en invierno. Pienso en el color de su pelo, que me recuerda a mi atardecer favorito de Madrid, el que vemos desde la azotea. También pienso en su forma exagerada de arrugar la nariz cuando sonríe de verdad, como si fuera miope y estuviera intentando enfocar la vista. Es posiblemente la persona menos presumida del mundo, pero jamás sale de casa sin haberse pintado las uñas de los pies. Da los mejores abrazos del mundo, aunque podría fracturarte un par de costillas con su fuerza. Es adorablemente descoordinada y tropieza como mínimo dos veces por semana con la pata de su cama. Cuando está muy cansada y se queda dormida en el sofá viendo una peli, tiende a roncar. No de un modo suave, es más bien como escuchar barritar a un rinoceronte. Tampoco es que ese detalle sea lo más representativo de Dafne, pero a mí siempre me hace sonreír.

Me sumerjo tanto en esos pensamientos aleatorios que tardo unos segundos de más en darme cuenta de que Sol me ha apuntado con su objetivo y está haciéndome fotos.

—Eh, que no soy uno de tus modelos —me quejo.

—No, no lo eres. De hecho, conozco a modelos mucho más guapos que tú.

—Y yo debería buscarme amigas con más sensibilidad que tú.

—Lo que quiero decir es que he fotografiado a muchas personas, y tú eres de los que enamoran a una cámara. Así que perdona, no lo he podido evitar.

—Vale, da igual, luego hablamos. Y esto… —dudo un momento—, Sol…

—Tranquilo, no voy a decirle ni una palabra a Dafne de esta conversación.

—Gracias.

—Lo siento si no he podido ayudarte mucho, pero es que no soy tú, no tengo las respuestas. Yo tuve que buscar las mías. —Ladea la cabeza y me mira con cariño—. Aun así, sé lo mucho que la quieres.

El problema es que yo vivo el amor como vivo mi profesión, con una ilusión desmedida primero y con drama después. Con subidones y caídas en picado, acompañado del miedo constante a no ser lo bastante bueno. Con Dafne nada de eso pasa. Con ella no existen los altos y los bajos, siempre hay equilibrio. Ella es calma, puerto seguro y hogar. Me aterroriza que las cosas cambien entre nosotros, porque es lo mejor que me ha pasado en la vida. En cualquier jodida vida, real o interpretada.

—Sí, la quiero, y no quiero perderla bajo ningún concepto. Es lo único que tengo claro.

—¿Por qué vas a perderla?

—Porque siempre me sale mal. Porque me enamoro como un perro y luego salgo apaleado o corriendo lo más lejos posible. Porque aunque lo intentara, no creo que pueda quererla como ella merece.

—¿Y qué merece?

—Todo. Se lo merece todo. —Suspiro cansado—. No puedo, Sol. No puedo arriesgarme. Con ella no puede salir mal.

Mi amiga esboza una pequeña sonrisa.

—A lo mejor tú mismo te has respondido, Nico. Con ella no puede salir mal.

NORMALIDAD

Compartir oxígeno con Gabriel y con Nico no es lo que más me apetece en el mundo ahora mismo, y eso que estamos en medio del Retiro y no creo que haya otro sitio en el centro de la ciudad en el que se respire mejor. Tampoco he tenido alternativa. Mi madre ha organizado una fiesta por el sesenta cumpleaños de mi padre, con amigos y la familia más cercana.

Somos unos treinta invitados los que estamos en un gastrobar cuya terraza se encuentra escondida entre las copas de los árboles del parque y protegida del sol por sombrillas de colores. Nico ha venido porque mis padres lo tratan como si fuera uno más de la familia, y en el caso de Gabriel fue mi madre quien insistió fervientemente en que hoy era el día perfecto para conocerlo, en un ambiente distendido e informal. Al fin y al cabo, les di a entender a ella y a mi hermana que manteníamos una relación estable, y creo que él piensa algo parecido, porque me aseguró que le apetecía mucho acompañarme.

Hay varias mesas y sillas repartidas por la terraza para los invitados, pero la mayoría estamos charlando de pie con nuestras copas en la mano. Nuria, mi madrina e íntima amiga de mi madre, me da un codazo amistoso y me pregunta que quién es mi chico, si el rubio o el moreno. No necesito beber de mi vaso de negroni para atragantarme, me basta con ese comentario y mi propia saliva. Toso sonoramente y llamo tanto la atención que Nico y Gabriel me miran a la vez. El primero está hablando con mi padre, mientras que el segundo charla animadamente con Fiona y Martín. Hago un aspaviento con la mano y fuerzo la sonrisa para indicarles que estoy perfectamente. Gabriel me guiña un ojo y admito que ese gesto sigue consiguiendo que me tiemblen las piernas. A Nico prefiero no mirarlo directamente, aunque no tardo en traicionar mi propio pensamiento y ruedo los ojos hacia él. Me corresponde con una pequeña sonrisa de labios cerrados, tan íntima como si quisiera contenerla entre nosotros dos y no compartirla con nadie más.

Nuria sigue esperando mi respuesta, así que le cuento la versión oficial, que mi pareja es el rubio. Lo que no le explico es la sesión de magreo que me pegué con el moreno hace dos días y que no me deja dormir tranquila. Hasta me da miedo que Nico se me aparezca en sueños, como un Freddy Krueger en versión erótica que te asesina a base de orgasmos.

Ni siquiera se lo he contado a Mara. Me moría por soltarlo y pedirle consejo, pero tras darme

cuenta de que Nico no parece estar impactado en absoluto y actúa como si nada hubiera pasado entre nosotros, he llegado a la conclusión de que no hay nada sobre lo que pedir consejo. Ayer él y yo nos sentamos en el sofá con un bol de palomitas y despachamos el tema en cinco minutos. Dejamos claro que había sido un error puntual —más bien lo aseguró él, varias veces, y yo no le llevé la contraria— y prometimos que no volvería a pasar. A continuación, vimos *The Batman* y nos dedicamos a analizar la actuación de Robert Pattinson y sus caras de gótico deprimente. Dedicamos más minutos de conversación a su pelo grasiento que al hecho de que nos masturbamos el uno al otro, así que entiendo que el tema está zanjado y enterrado.

Con el objetivo de mantener nuestra normalidad, le robo parte de sus aperitivos, me río de nuestras tonterías como siempre y casi no me pongo nerviosa cuando Gabriel se une a esas risas y los tres pasamos parte de la tarde juntos. Me esfuerzo tanto por estar bien que mi simpatía se extiende incluso a Fiona, de un modo exagerado. Ella alza la ceja y me mira varias veces como si sospechara que voy drogada, aunque tampoco puedo culparla.

La música suena, pero las risas se oyen aún más y todo el mundo parece pasárselo fenomenal a mi alrededor. Con una excepción: mi madre. No es demasiado obvio, creo que yo soy la única en percatarse de su incomodidad porque también me estoy esforzando por esconder la mía. A ella se le da mejor mantener la pose; sin embargo, no se me escapa que se pasea de grupo en grupo sin llegar a entablar conversación con nadie. Es raro porque suele ser la anfitriona perfecta y la reina de las fiestas. Todavía resulta más raro que no haya atosigado a Gabriel con cien millones de preguntas. O que cuando mi padre ha abierto sus regalos y le ha dado un beso en la mejilla, haya curvado la boca en una sonrisa que ni le ha rozado los ojos. Por no hablar de la tirantez de su cara en sí. A pesar de que mi madre ha renegado toda la vida de según qué tratamientos estéticos, se ha inyectado bótox en la frente y ahora mismo parece una versión de sí misma que podríamos exponer en el museo de cera.

Me cruzo con ella cuando sale del servicio de señoras. Se pega un buen susto al verme y se lleva una mano al pecho. Es lógico, la he seguido hasta aquí y la estoy esperando de brazos cruzados en una esquina, como si fuera el matón a sueldo de un mafioso.

—Hija, ¿qué haces ahí plantada como un pasmarote?

—Quería hablar contigo. Ha sido imposible durante toda la fiesta.

—Ya, pues el aseo no es el sitio más recomendable para hacerlo. —Me coge del codo con suavidad y comenzamos a caminar—. Voy a tener que darles un toque de atención por la falta de papel higiénico. ¿Y has probado el jamón? —Baja la voz—. Estoy casi segura de que era de cebo y no de bellota.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Que me molesta pagar por algo y que no esté a la altura de lo acordado.

—No hablo del jamón. —Me detengo antes de llegar a la puerta que da acceso a la terraza—. Me refiero a ¿qué te pasa a ti?

Niega con la cabeza y sonríe al borde de la perplejidad. O eso creo, te juro que el bótox

complica bastante lo de leer su expresión facial.

—¿A mí qué me va a pasar? Nada.

—No sé, llevas toda la tarde como distraída. Te morías por conocer a Gabriel y ni siquiera has cruzado tres palabras con él. En condiciones normales le habrías preguntado por todo su árbol genealógico.

—Qué exagerada eres, ni que fuera yo una entrometida. —Arqueo una ceja en respuesta—. Si a ti te gusta el chico y te hace feliz, pues todo está bien, cariño.

—¡Ja! ¿Desde cuándo te has vuelto tan comprensiva? Además, tampoco te has metido con mi pelo ni has criticado mi ropa —añado señalando mis vaqueros blancos y mi camiseta de la pantera rosa—. Algo te pasa.

—Fantástico, organizo todo esto yo sola, nadie me da las gracias y además soy una bruja… Quizá eso lo explique todo —murmura y sus labios se mueven temblorosos.

—Mamá. —Coloco una mano en su hombro—. ¿Qué pasa?

Traga saliva antes de negar con la cabeza y repetir que no le pasa nada. Aprieta los dientes intentando retener las lágrimas que están a punto de desbordarla y casi puedo ver subir y bajar el nudo que se forma en su garganta. Creo que la última vez que la escuché llorar —y digo *escuchar* porque ni siquiera la vi— fue cuando murió mi abuela, hace tres años. Ni siquiera se desmoronó en el funeral, esperó hasta llegar a su casa. Se encerró en su dormitorio y lloró durante dos horas.

—Mamá, por favor, me estás asustando —digo con un tono un poco más ansioso—. ¿Estás…? —Ahora trago saliva yo. Me cuesta hasta pronunciarlo en voz alta—. ¿Estás enferma? ¿Lo está papá?

—¿Qué? —Aparta de un manotazo la lágrima que cae finalmente por su mejilla—. No, hija, no estoy enferma. Y tu padre tampoco. De hecho, él está estupendo —suelta con una risa histriónica—. Es solo que creo que me engaña.

—¿Cómo? —Parpadeo fuerte—. Pero ¿qué dices? Papá no te engaña, papá te adora.

—¿Te acuerdas de mi amiga Teresa?

—Joder, ¿papá te está engañando con Teresa?

—No, no, su marido la engañó a ella. Celebraron sus bodas de plata y hasta le regaló un anillo precioso y obscenamente caro. A la semana siguiente la abandonó por una de veintisiete años. Es incluso más joven que su propia hija. Y tiene dos tetas como dos balones, por supuesto.

—¿Qué tiene eso qué ver con papá? La infidelidad no es contagiosa hasta donde yo sé.

—¿Ves estos pendientes? —Se toca el lóbulo para enseñármelos. Son de oro con forma de lágrima, muy bonitos—. Cuestan mil trescientos euros y me los regaló hace dos semanas. Porque sí, porque le apetecía, me dijo.

—Bueno…, es un detalle bonito —sostengo, aunque mi voz pierde fuelle.

—Sí, pero es que tu padre no tiene detalles desde hace como veinte años. Ah, y está pensando en cambiar de coche, algo de estilo más deportivo. También ha empezado a teñirse las

canas. —Chasquea la lengua—. Me pregunto cómo tendrá las tetas. Bueno, si es que tiene, porque tanto hablar de libertad sexual últimamente… A lo mejor ahora es gay o le gusta fluir según el día, vete a saber. ¿Te has fijado en su camisa? De lino y de color salmón. Salmón, Dafne —remarca como si ese color fuera capaz de desatar la tercera guerra mundial—. Toda la vida le he comprado yo las camisas. De algodón y cuello inglés, azules y blancas. De ahí no lo sacabas. Y de repente quiere innovar. Lo que ya no sé es si eso implica vaginas, penes o si se acuesta con plantas —tercia con desdén.

Siempre he pensado que mis padres son felices juntos, pero lo cierto es que conozco su relación matrimonial como la conocen la mayoría de los hijos, de un modo superficial, desde la seguridad y la rutina que marcan las comidas de los domingos, los cumpleaños y las celebraciones de Navidad.

No respondo a mi madre, me he quedado en blanco ante semejante bombardeo de información. Y supongo que eso se traduce de alguna forma en mi cara, ya que deja de hablar y me mira horrorizada.

—Dafne, yo… Hija, lo siento. No debería contarte estas cosas a ti —dice arrepentida—. No sé qué me ha pasado.

—No pasa nada.

Se recompone, recolocándose el vestido desde los hombros y se alisa las puntas de su melena pelirroja.

—Estoy exagerando, no me hagas caso. Creo que me está pasando factura el trabajo, el estrés de la fiesta, la boda de Fiona… Olvida lo que he dicho —me pide, como si eso fuera posible—. Y tienes que traer a Gabriel a casa a comer algún día, ¿vale?

Me da un beso en la mejilla y se va con paso firme.

Salgo medio desorientada a la terraza y busco a mi padre con la mirada. Está riéndose a carcajadas, rememorando alguna batallita con sus amigos de siempre. Siento el estómago encogerse. Se trata de mi padre. Fue el héroe de mi infancia, dejó de serlo en la adolescencia para convertirse en el progenitor que más toleraba, y desde hace años se ha convertido en mi protector en la sombra. Es quien sale en mi defensa con elegancia, sin discutir, en las comidas familiares. El que siempre tiene algo bueno que decir y suaviza los desacuerdos entre mi madre y yo. Si la engaña, no voy a dejar de quererlo. Eso no va a cambiar el tipo de padre que ha sido siempre.

Tras el discurso mental de persona adulta que me doy a mí misma, recuerdo cómo me sentí cuando descubrí que Ismael me engañaba. Traicionada, estúpida, insegura, débil. Y me entran unas ganas horribles de llorar por mi madre.

Barro la terraza con la mirada buscando a Nico. Es una especie de acto reflejo, ni siquiera lo pienso. Me tranquiliza con su presencia, pero no lo veo. Por desgracia, la primera que se me acerca no me produce la misma sensación.

—Gabriel me parece un encanto —dice Fiona.

—Sí —comento distraída, aunque no se me escapa que mi hermana no suele regalar

cumplidos así como así—. ¿De verdad estás enamorada de él?

Arrugo la frente.

—Fiona, no es el momento de tantear cómo va la apuesta.

—No lo decía por eso.

—Ya, seguro.

—Perdona por interesarme por tu vida —dice con retintín—. Martín y yo nos vamos ya. Solo quería informarte de que mi despedida de soltera será el mes que viene, el veintitrés de junio.

Parece que la reina ha decidido levantarme el veto y ya se me permite acudir. Por suerte para ambas, tengo la excusa perfecta para no hacerlo.

—No puedo, tengo que trabajar.

—Es solo una noche, Dafne, y es viernes. Te tomas una copa y te vas a tu casa.

—Esa semana rodamos en Mallorca.

—¿Y no lo puedes retrasar? —pregunta al borde de la indignación.

—Claro, ahora llamo a mi jefa, le pido que cancele el rodaje, los billetes de avión y las habitaciones de hotel de todo el equipo. Seguro que no le importa perder miles de euros porque yo tenga que ir a una discoteca a ponerme un pene en la cabeza.

Abre la boca para insultarme, seguro, pero se contiene en el último segundo.

—No sé ni por qué me molesto contigo.

Se larga y yo también decido que es hora de desaparecer. Aunque antes me obligo a empujar mis pies para despedirme del cumpleañero, y presunto infiel. Me sonríe con tanta ternura cuando me acerco que se me cierra la garganta.

—Adiós, pichón. —Mi padre me da un abrazo de oso y nos mecemos juntos.

«Cállate, Dafne». «Cállate».

—Dime que no es verdad, papá —susurro contra su hombro.

—¿Qué has dicho, hija? —Se aparta para mirarme—. No te he oído.

—Dime que no es verdad y que no estás engañando a mamá.

Abre los ojos impactado y mira a nuestro alrededor. Me aparta un poco del resto y nos movemos hacia una esquina.

—Dafne, ¿de qué estás hablando?

No lo ha negado. Lo primero es negarlo, ¿no? ¿O eso lo hace el que miente? Joder, no conozco las reglas de la infidelidad. De hecho, soy bastante confiada. A Ismael jamás se lo noté.

—Mamá cree que estás con… alguien. —Me ahorro lo de las vaginas, penes y plantas.

—Pero ¿de dónde saca eso?

—Dice que estás raro, que le haces regalos muy caros de repente y que has cambiado hasta la forma de vestir. —Arqueo una ceja, porque vista de cerca…—. Es verdad que la camisa es un poco sospechosa, papá.

Él se queda callado y en sus ojos marrones parece asomar cierto entendimiento de la situación.

—Dios, es verdad, la engañas.

—¿Qué? ¡No! —Se acerca un poco más a mí y baja la voz—. Yo no engaño a tu madre. Jamás lo he hecho.

—¿Y por qué ella cree que sí?

—Esto es absurdo. —Se frota la cara y deja salir el aire por la boca con fuerza—. Un compañero del hospital murió el mes pasado. Fue un infarto, fulminante. Tenía cincuenta y seis años y tres hijos. Era deportista, no fumaba ni bebía. Me afectó bastante —admite agachando un poco la cabeza y se mete las manos en los bolsillos—. Me hizo darme cuenta de que la vida es muy corta. Sé que suena a frase hecha, pero es verdad. Nos pasamos la vida planeando y olvidamos que lo único que tenemos seguro es el ahora. Por eso le regalé esos pendientes a tu madre, Dafne, porque sabía que le encantaban pero que ella no se los iba a comprar pensando en la factura de la tarjeta de crédito del mes que viene. Supongo que hasta le extrañará que esté más cariñoso que de costumbre —deduce—. Y la camisa… —Se encoge de hombros—. Bueno, ¿y por qué no? Yo creo que me queda bien.

—Es un pelín llamativa, pero sí que te queda bien —Me río y el nudo de mi estómago se deshace.

—Y a todo esto, Dafne, ¿por qué estoy hablando contigo de esto en lugar de con tu madre?

—Porque le da vergüenza y miedo decírtelo, por si la sospecha se convierte en realidad —pienso en alto—. Pero, papá, arregla las cosas con ella antes de que se ponga más bótox o tetas como balones para competir con tu amante invisible de veintisiete años, por favor.

Me promete que hablará con ella en cuanto acabe la fiesta y me voy, ya bastante más tranquila, a buscar a Gabriel.

Lo encuentro de espaldas, solo y apoyado con los codos sobre la barandilla de la terraza.

—¿Pensando en huir? Porque la caída tiene que ser dura.

Aparta la vista de su móvil y se lo guarda en el bolsillo trasero del pantalón antes de girarse hacia mí.

—No, qué va, lo estoy pasando bien.

Su gesto contradice sus palabras. Está serio. No, no está serio. Más bien parece molesto. Y triste. Y cansado. Todo a la vez.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada.

No sé por qué pero hoy todos los *nada* suenan falsos.

—Vuelve a intentarlo, anda.

Aprieta los labios y niega con la cabeza antes de dejar salir un suspiro.

—Estaba hablando con mi hermano. Son cosas de trabajo, ya sabes… —Se pasa la mano por la nuca—. Me agobia y no me deja un minuto libre.

Coloco la mano en su mejilla y cierra los ojos un par de segundos. Cuando los abre, sonríe levemente.

—Me gusta que hagas eso. Es como si te preocuparas por mí.

—Me preocupo.

Es verdad. Aunque también le he mentido. O le he ocultado algo. Lo mismo es.

Me agarra por la cintura y pega su pecho al mío para darme un beso. Uno largo e intenso, con lengua, saliva y dientes. Yo me agarro a su cuello y le correspondo con la misma efusividad. Y en algún punto en el que sus labios se enredan con los míos, las ganas que tenemos el uno del otro se mezclan con la necesidad de demostrar algo.

Cuando nos apartamos, sin aliento, el carraspeo de Nico me obliga a ubicarme y tomar conciencia de dónde estamos.

Juraría que veo apretar la mandíbula a mi amigo, pero su gesto se relaja enseguida y sonríe tranquilo, así que probablemente me lo he imaginado.

—Solo venía a decirte que me voy. ¿Vienes conmigo o…?

—Vienes conmigo, ¿no? —responde Gabriel por mí—. Puedes dormir en mi casa.

Es lo lógico. Lo esperable. Lo normal.

—Me quedo con Gabriel.

—Vale.

Nico se marcha a casa y yo me quedo con Gabriel.

«Me quedo con Gabriel», repito mentalmente.

Y así es como tiene que ser.

EL CABLE SUELTO

Faltan cinco horas para mi vuelo a Mallorca y estoy terminando de repasar el contenido de mi maleta por tercera vez. Me relaja hacer listas en el móvil con todo lo que me voy a llevar de viaje y chequearlas. Me aporta cierta sensación de control. Necesito control. Autocontrol, para ser más específica; sobre todo cuando estoy en casa.

Al terminar con la maleta, cierro la cremallera y la llevo rodando hasta una esquina. Me dejo caer en la cama y cruzo las piernas a lo indio. Podría pintarme las uñas de los pies para hacer tiempo, pero mi pedicura está perfecta y me gusta el tono verde menta que llevo. Resoplo, miro a mi alrededor y vuelvo a resoplar. Me prometo a mí misma que este viaje me vendrá bien. Trabajaré como una posesa durante cuatro días, acabaré exhausta todas las noches y me desmayaré en la cama del hotel. Es perfecto, aunque no lo parezca. No tendré tiempo para pensar y podré tomar un poco de distancia. Física y emocional. Será un punto y aparte.

Echo un vistazo al reloj. Aún faltan cuatro horas y cincuenta minutos. Debería salir de mi dormitorio. No es tan difícil, solo tengo que poner un pie delante del otro y… Y entonces escucho el crujido del parqué y los pasos lentos de Nico por el pasillo. Lleva un rato hablando por teléfono, ajeno al huracán emocional de categoría cinco que desató en mí hace un mes. Resulta que para él solo fui una pequeña tormenta pasajera y, por primera vez en su vida, decidió relativizar el sexo. El sexo conmigo. Y yo, que nunca le doy demasiada importancia en general, soy incapaz de sacármelo de la cabeza. Recreo el momento en mi mente una y otra vez y, como se ve que no tengo bastante, hago mi propio montaje del director y añado escenas inéditas y muy explícitas.

Empiezo a plantearme seriamente que Nico y yo, además de compartir fluidos aquel día en su cama, nos intercambiamos los cuerpos. Ahora soy yo la fantasiosa, la intensa de más, la que se ilusiona por nimiedades y se monta películas. En fin, puede que necesite más tiempo que él. El límite de mi relación con mi mejor amigo se desdibujó y debo volver a trazar una línea imaginaria tras la que situarme para que todo vuelva a ser como antes.

Al menos, es lo que llevo repitiéndome treinta y dos largos días. Antes, el tiempo tendía a acortarse cuando estábamos juntos y las noches a su lado duraban un pestañeo. Es lo normal cuando te sientes a gusto con alguien. Ahora ese mismo tiempo parece estirarse en su presencia y

yo me empeño en examinar cada detalle, cada roce, aunque sea fortuito. Analizo nuestras conversaciones, las diseccionо por partes y las vuelvo a componer.

Hace tres semanas, me alegré al enterarme de que había cortado con Almudena. También me he descubierto varias veces con la mirada perdida en su boca, con ganas de besarla, de morderla. Quiero llegar a casa del trabajo, tumbarme en el sofá y no tener miedo de apoyar la cabeza en su regazo, cosa que antes salía de manera natural.

Y estupideces tales como encerrarme en mi habitación las hago por prevención, porque he llegado a la conclusión de que estoy un pelín colgada de mi mejor amigo y todavía no sé cómo gestionarlo. Cada vez que me cruzo con él por la casa, me siento como ese cable suelto de las películas, el que echa chispas mientras roza peligrosamente el agua y termina por hacer explotar un edificio, provocando un accidente de proporciones épicas.

Si te preguntas por qué no hablo de todo esto con Nico es porque sé que a él no le ocurre lo mismo. Ni de lejos. Me dejó claro que lo nuestro fue —y sería siempre— un tremendo error.

Y después está Gabriel, con quien he empezado a mantener una relación real de pareja, y que es… Joder, es maravilloso. Me gusta mucho y quiero enamorarme de él, porque ¿quién no lo haría?

Un par de toques en la puerta me sacan de mis desvaríos. Le digo a Nico que pase y, cuando abre, se queda apoyado con el codo en el marco. No vamos a hablar de esa postura tan sexi, me niego.

—¿Ya has repasado la maleta? —me pregunta.

—Sí.

—¿Las tres veces?

—Sí, aunque no descarto una cuarta. —Sobre todo si me sigue mirando así.

En realidad, no me mira de ninguna manera especial. Se trata solo de él, de su mera presencia cosquilleándome en el pecho. Solo necesito aguantar cuatro horas y cuarenta minutos.

—He estado hablando con mi padre —comenta—. Sobre mi madre…

—Ah. —Pienso en dar un par de toques en el colchón para que se siente a mi lado, pero me freno. Entonces vuelvo a pensarlo, recuerdo que es mi mejor amigo pase lo que pase y lo hago. Se acerca con gesto circunspecto y se sienta junto a mí—. ¿Le has preguntado por Alonso?

—Sí, pero no sabe quién es… También le he contado lo de los billetes de autobús y me ha dicho que mi madre viajaba a León un par de días todos los años. Aunque no recordaba las fechas en concreto. No era consciente de que siempre iba el mismo día.

—¿Y a qué iba?

—A ver a su amiga Cecilia.

—¿Te suena de algo?

—No, de nada —niega con la cabeza—, pero, por lo visto, era una amiga de la infancia. Va a buscar su número de teléfono. Está seguro de que lo tiene apuntado en una agenda que anda perdida por casa.

—Eso es bueno. Es algo al menos. —Continúa serio, cabizbajo y parece más confuso que cuando no contaba con esa información—. ¿No te parece?

—Sí —asiente—, es solo que hemos estado hablando un buen rato, como nunca antes, creo. Cuando se divorciaron, no mencionó ni una palabra al respecto. Ni sobre mi madre ni sobre nada en realidad. Mi padre es de la vieja escuela y cree que el dolor se pasa tragándotelo y punto. Supongo que hoy lo he pillado con la guardia baja o será que se está haciendo mayor, no lo sé, pero me ha contado que sigue queriendo a mi madre, a pesar de que cree que ella nunca estuvo enamorada de él.

—Vaya, eso es triste.

—Dice que había una parte de ella a la que nunca pudo acceder. Y yo también lo pienso, ¿sabes? Algunas veces parecía ausente, como melancólica, y tenía una sombra de tristeza en los ojos. No era algo permanente, solo ocurría en momentos puntuales. En casa, sentados a la mesa, o mientras me ayudaba con los deberes. Estaba ahí y de repente ya no estaba. Solo duraba unos segundos, pero no tengo ni idea de a dónde iba. Y nunca me molesté en preguntar. —Niega con la cabeza y parece enfadarse consigo mismo.

—Vale, Nico, tienes que dejar de hacerte esto —le pido—. No puedes llevar encima el peso de la vida de tu madre. Tienes suficiente con el presente y ya es bastante difícil. No intentes cargar con su pasado también.

Suspira con una sonrisa cansada.

—Cuando tú lo dices, tiene sentido.

—Porque tengo razón. Lo estás haciendo bien. Todo lo bien que puede hacerse en tu situación. Eres un hijo maravilloso y necesitas que alguien te lo diga.

Me mira y esta vez su sonrisa se ensancha de verdad.

—Vale, ahora estás exagerando y solo dices eso porque me quieres.

El cable cae al agua y el edificio explota conmigo dentro. Pero lo contengo.

—Muy bien, pues, si no me crees a mí, tendré que buscar a alguna de tus exnovias, a la que más tirria te tenga. Le explicaré la situación y la traeré para que te lo diga ella de un modo objetivo. ¿Cómo se llamaba *emoji* con cara roja? —Levanto la mano y chasqueo los dedos—. La que estudiaba guion en la escuela. ¿Laura?

—Lorena.

—Eso, Lorena. Se pillaba unas peloteras tremendas discutiendo con Sol de política. Pegaba unos manotazos tan fuertes a las mesas que se dejaba las palmas igual de rojas que la cara.

—Era apasionada —defiende él con nostalgia.

—¿De verdad la recuerdas con cariño? Te montó un pollo y te insultó muchísimo cuando la dejaste. Hasta te tiró una copa a la cara delante de media escuela.

Se encoge de hombros como si fuera inevitable.

—Con el paso del tiempo, empequeñecemos a las personas que dejamos atrás, hasta reducirlas a un solo defecto o una cualidad. Pero todos somos más que el rasgo por el cual

destacamos, para bien o para mal. Lorena se cabreaba mucho, sí, y eso es lo que recuerdas de ella. También era ocurrente, cariñosa, en las distancias cortas al menos, y podía pasarse horas hablando de los libros que le gustaban. —Levanta el dedo índice para puntualizar—. Y no me tiró una copa a la cara, fue un colacao. Menos mal que siempre pido la leche templada.

—Es verdad —me río—. Igual tampoco deberías haber cortado con ella en la cafetería a la hora del desayuno.

—No, igual, no. Tengo un largo historial de cagadas con mis exnovias —reconoce y fija la vista en su reloj—. Se ha hecho tarde y no me apetece ponerme a cocinar. ¿Pedimos algo de comer?

—Vale, pero nada que sea muy grasiento. ¿Sushi?

Se pasa los dedos índice y corazón por la barbilla, y, mientras lo sopesa, mi mente va por libre y se imagina esos dedos largos sobre mí. Debajo de mí. Dentro de mí.

Mátame, por favor; que sea rápido.

Mi móvil suena y prácticamente salto de la cama para cogerlo de la mesita de noche. Nunca creí que me alegraría de recibir una llamada de Madre Gothel. Espero que sea una urgencia que me mantenga alejada de mi mejor amigo y de sus dedos.

Respondo y, mientras Sonia me habla, Nico me enseña su teléfono para darme a entender que va a pedir la comida. Levanto el pulgar y sale de la habitación.

Efectivamente, hay una urgencia. Lo bueno es que el equipo de *casting* está en ello; lo malo, que a mí se me ocurre la solución al instante y la propongo.

Tras colgar el teléfono, me dirijo al salón. Nico está sentado en el sofá, cambiando de canal con el mando a distancia mientras acaricia la cabeza de Cersei Lannister con la otra mano. En cuanto me ve aparecer, me informa de que la comida llegará en unos treinta minutos.

—¿Te pasa algo? —me pregunta al verme de pie, vacilante.

«Me pasas tú».

Aparto el pensamiento y le explico que uno de los actores con el que íbamos a finalizar la temporada está en el hospital. El muy imbécil se ha roto un brazo saltando de un coche en marcha, y todo por un absurdo reto viral de TikTok.

—¿Y no tenéis prevenido a otro actor? —se extraña.

—Sí, pero resulta que el suplente es quien conducía el coche. El imbécil número dos, que, por lo visto, se comió una señal de *stop* por reírse de su amigo, el imbécil número uno.

Ahora es Nico quien se ríe.

—Perdona.

—Ríete si quieres, pero te necesito. Eres perfecto para el papel.

—No, soy una solución desesperada. Y demasiado mayor para salir en tu serie, ya que estamos.

—Te afeitamos la barba y listo —digo y a continuación suelto la bomba—. Además, tú sabes tocar la guitarra y cantar.

—Espera, ¿tengo que cantar?

—Solo un poco. Una canción.

—Dafne, odio cantar.

No le importa dejar de comer, de ducharse o de dormir para prepararse un personaje. Aprendería a hacer contorsionismo o a tragar fuego si fuera necesario para un papel. Cuando le dio por el teatro de vanguardia, participó en una obra en la que tenía que pasar noventa minutos de pie, quieto y desnudo, con la minga apuntando hacia su familia y amigos, que éramos, básicamente, los únicos espectadores.

El caso es que Nico no posee una pizca de vergüenza en su cuerpo. Excepto si se trata de cantar. Ni siquiera las clases que tomó para aprender a controlar la voz lograron convencerlo de que se le da bien. No lo hizo por gusto, fue uno de esos «por si acaso» de su profesión y que, en un momento dado, podría inclinar la balanza a su favor en un *casting*.

—Es un personaje fundamental para la trama —defiendo, intentando llevármelo a mi terreno. O al suyo, más bien—. Su asesinato es el momento de mayor tensión, es el *cliffhanger* de la temporada.

—Por muy bien que se me dé hacerme el muerto, trabajo toda la semana.

—Seguro que puedes cambiar los turnos. Además, te pagarán bien, te lo prometo.

—No puedo, tengo que ir a la residencia y lo sabes.

—Son solo cuatro días, Nico. Sé que no vas a pedirle a Saúl que vaya en tu lugar y lo entiendo, pero puedes decírselo a tu padre, seguro que no le importa echarte una mano. Tienes que dejar que alguien te ayude, para variar —razono—. Y ya sé que soy yo la que te está pidiendo el favor, pero sabes que también es una oportunidad para ti. La serie tiene muchísima audiencia y te vendrá bien para el currículum.

Sigue acariciando a la gata mientras interioriza mis argumentos.

—Joder, vale —accede por fin, o se rinde, según lo mires, aunque no tarda en mirarme con un brillo astuto en los ojos—. Pero exijo que mi billete de avión sea de primera clase.

—Mmm, lo siento, eso no va a ser posible. A cambio, te ofrezco cogerte de la manita en clase turista cuando el avión despegue y te eches a llorar.

Arquea una ceja.

—Me siento un privilegiado.

Se va a su cuarto a hacer la maleta mientras yo llamo por teléfono para que producción se encargue de arreglar el asunto de su billete y la habitación de hotel. Esa crisis está resuelta. Respecto a la mía interna, diría que es contraproducente pasar cuatro días seguidos pegada a Nico, pero ahora mismo no se me ocurre ninguna solución para el problema que yo misma acabo de buscarme. Y como consecuencia, el punto y aparte va a tener que ser, de momento, un punto y seguido.

Un maullido acompañado de cierto aire de indignación llama mi atención y dirijo la vista hacia el sofá. Mierda. Cersei Lannister iba a quedarse con Nico estos días y no puedo llevármela

de viaje. Tampoco puedo dejarla en casa de mis padres. Tras hablar y aclarar que mi padre no le era infiel a mi madre y que solo está atravesando una crisis de mediana edad, decidieron irse de crucero por los fiordos noruegos. Sol y Teo van a pasar la noche de San Juan y el fin de semana a casa de unos amigos que viven en Menorca. Mara tampoco es una posibilidad porque viene al rodaje. No es que mi gata requiera mucha atención, pero necesito, al menos, que alguien se pase por casa para echarle un vistazo de vez en cuando y me quedo sin opciones.

Suspiro. En realidad, tengo una, pero no quiero.

Joder, no quiero. Hasta doy una patada en el suelo como una niña enfurruñada y aprieto los dientes mientras busco su teléfono en la agenda. La llamo y en el fondo espero que no lo coja. No quiero verme en la obligación de deberle nada.

—Dígame —responde tras el quinto tono, como si no supiera quién soy.

—Fiona, necesito un favor.

EL SEGUNDO VIOLÍN

Mallorca es una isla preciosa, y si pudiera tomarme tiempo para levantar la vista de mis papeles y contemplar la ladera montañosa que discurre por una cordillera abrupta y salvaje, plagada de pinos que desembocan en una cala de arena fina y blanca, pues sería genial. Pero no dispongo de ese tiempo.

Dos carpas blancas tipo jaima cubren holgadamente a todo el equipo técnico y artístico de la serie, instalado en los alrededores de la playa de Portals Vells. Algún *paparazzi* y unos cuantos fans de la serie pululan por los alrededores, pero, gracias al equipo de seguridad que hemos contratado, no entorpecen demasiado el trabajo. Es la hora de la comida y estamos repartidos en grupos, sentados en sillas plegables distribuidas a lo largo de mesas blancas rectangulares unidas unas a otras. Yo estoy al lado de Mara repasando el plan de la tarde mientras ella habla con Gabriel y con Nico, situados frente a nosotras. Mi amiga, que en los viajes adopta el papel de madre temporal, me da un codazo en el brazo con una orden muda —solo precisa levantar una ceja— que me obliga a llevarme un trozo de filete a la boca.

Mastico tan rápido que apenas noto el sabor de la carne, aunque admito que, de no ser por Mara, es muy probable que me olvidara de comer durante esta semana. También señala las verduras de mi plato con un movimiento de barbilla. Es su manera de recordarme que el estreñimiento ocasional no me pone precisamente de buen humor. Y hoy más que nunca necesito desplegar unas cuantas sonrisas a la vez que doy órdenes firmes.

Los rodajes fuera de casa son más largos, intensos y problemáticos de lo normal. Es lo que ocurre cuando juntas a un montón de gente variopinta y los obligas a convivir las veinticuatro horas como si fuera *Gran hermano*. A veces se quieren, a veces se odian, algunos discuten y otros se acuestan. Los hay que hasta discuten mientras follan.

No es mi caso. Ayer fue el primer día de rodaje y, como bien había supuesto, acabé la noche destruida en la cama de mi habitación. Ni siquiera tuve fuerzas para arrastrarme hasta la de Gabriel.

La mañana de hoy ha transcurrido con los percances habituales, a lo que habría que añadir el drama que nos sobrevuela como las nubes que empiezan a oscurecer el cielo de la isla de un modo imprevisto. Los protagonistas principales, Mateo y Esther, han terminado su relación y, de

momento, no están gestionando muy bien lo de separar el trabajo de lo personal. Ayer no se dirigían la palabra fuera de cámara, lo cual era una bendición si lo comparamos con los insultos que se han lanzado hoy tras rodar una secuencia romántica en la orilla del mar.

Rodrigo no se implica en ese aspecto, a no ser que crea que el sufrimiento real de la persona puede ser útil para su personaje, así que me ha tocado a mí bregar con las consecuencias de la ruptura sentimental. Lo de mediar como si fuera terapeuta de parejas no me lo enseñaron en la escuela de cine, pero poseo cinco años intensos de experiencia en lo que respecta al trabajo en equipo.

Tras hablar con Mateo y Esther, primero por separado y luego juntos, se han disculpado y han prometido dejar de lado sus problemas y comportarse con profesionalidad en el set. Ahora mismo se encuentran cada uno en una punta de la mesa, ignorándose físicamente mientras publican *selfies* y fotos de la playa en sus respectivas redes sociales, con filtros *vintage* y mensajes al pie como «la soledad a veces es la mejor compañía» o «no soy lo que me ha pasado, soy aquello en lo que elijo convertirme».

A Rodrigo lo veo discutir en el extremo opuesto de la carpa con Nacho, el director de fotografía. Siempre andan a la gresca y yo siempre estoy en medio. Por el momento, reservo mis energías y me abstengo de intervenir. Lo haré si la sangre llega al río. O al mar, en su defecto, que se extiende frente a nosotros como un manto de color azul intenso, casi irreal, cuya superficie es tan cristalina que las pequeñas embarcaciones que lo salpican parecen sostenerse en el aire.

Mi móvil vibra sobre la mesa. Es un mensaje de mi madre. Sonrío al pensar que será otra de las tantas fotos que me envía desde el crucero, pero no. Nada más abrirlo, suelto el tenedor y bufo indignada.

—Haz el favor y mira a tu alrededor —dice Mara pegándome otro codazo. A este paso me va a salir un moratón—. Estamos en el paraíso, aunque haya que trabajar, así que quita esa cara de síndrome premenstrual y relájate.

—No es por el trabajo, es por mi madre. —Levanto el móvil y le enseño el mensaje—. Me acaba de mandar una oferta de trabajo para que envíe el currículum. No sé qué hace exactamente una responsable de comunicación digital y multimedia de un instituto médico, pero ella tiene clarísimo que es mucho mejor que lo que hago ahora mismo. —Vuelvo a bufar. Son años de indignación acumulados—. También en vacaciones se dedica a intentar arreglar mi inaceptable forma de ganarme la vida. ¿Te parece normal?

—Pues no, muy normal no, pero intento no juzgar demasiado las maternidades ajenas, por aquello de escupir hacia arriba y que me caiga de vuelta.

—Vale, pues hazme un favor, no juzgues tampoco nunca a tus hijos por el camino profesional que decidan tomar. Les harás sentir como una mierda.

—De momento quieren ser miembros de la patrulla canina, pero te prometo que intentaré no aplastar sus sueños.

—¿Qué más da lo que diga tu madre? —interviene Gabriel—. Que piense lo que quiera. Es tu vida.

—Ya lo sé, pero ¿tan difícil es entenderlo? Tengo un buen trabajo, se me da bien y me gusta. ¿Por qué tenemos que estar siempre aspirando a algo más? ¿Por qué no podemos ser lo que somos y que eso esté bien? —Me dejo caer sobre el respaldo—. ¿Qué tiene de malo ser el segundo violín?

—¿Segundo violín? —pregunta Nico.

Siento la atenta mirada de los tres sobre mí y me da un poco de vergüenza. A pesar de ello, se lo explico. Hace unos días leí una carta que una madre escribió a un periódico y no logro quitármela de la cabeza. Se titulaba «La felicidad del segundo violín». La madre en cuestión contaba que su hija formaba parte de una orquesta y que no quería ser solista ni primer violín, porque lo que le hacía feliz de verdad era tocar tranquila en un segundo plano. No obstante, recordaba que el mundo está diseñado para los que sueñan ser los primeros, así que ese mismo mundo se empeña en recordarle a su hija constantemente que ser segundo violín no es algo a lo que debería aspirar.

Cuando terminé de leer aquella carta quise abrazar a esa niña, y también a su madre. Y de paso pedirle que tuviera una charla con la mía.

—Es como si nos programaran para competir —apunta Mara—. Cuando el hijo de la chingada y yo quedábamos con otras parejas con niños, las conversaciones con las madres se basaban en quién había caminado primero, quién había empezado a hablar primero o quien había soltado antes su primer zurullo en el váter. —Pone cara de asco—. Bastante difícil es la maternidad ya como para andar midiéndonos las vaginas.

—Mi madre opina que debería dar el salto a Hollywood, como Bardem —dice Gabriel encogiéndose de hombros con una manzana en la mano—. Cree que soy más guapo, más simpático, mejor actor y que me van a dar el Óscar nada más bajar del avión.

—Tu madre tiene la vagina más grande de todas —se ríe Mara y él también.

—Si tanto te molesta su actitud, díselo —me aconseja Nico—. Dudo que Elsa vaya a cambiar de opinión, pero al menos dejará de mandarte ofertas de trabajo y tú dejarás de cabrearte con ella.

—¡Dafneeee!

Ese es Rodrigo, gritando a lo lejos como el pastor a las vacas.

—Venga ya, ni has terminado de comer —protesta Gabriel cuando me ve levantarme—. Que se espere el gilipollas.

—No pasa nada, tranquilo.

La paciencia de Gabriel con nuestro director merma cada día y no se corta al demostrarlo.

Antes de irme, me ofrece la manzana que todavía no ha probado.

—Para que te la comas o para que se la lances, lo que consideres. —Me guiña un ojo.

Sonrío mientras me visualizo estampándole la pieza de fruta en la cabeza a Rodrigo y vuelvo al trabajo.

Después de comer, nos vemos obligados a esperar a causa de una tormenta. Cuando podemos retomar el rodaje, una hora más tarde, Rodrigo agarra un berrinche porque la luz ha dejado de ser la ideal. No sé si pretende que Nacho sople las nubes para que desaparezcan o que yo llame a algún teléfono de atención al cliente para solicitar que cambien el estado meteorológico de la isla. Tras discutir un rato, consigo convencerlo para sacrificar ciertos aspectos artísticos, puesto que pesa más el hecho de que a nivel de producción no podremos volver a rodar las tomas.

El día termina con las secuencias previstas rodadas, con todos muy cansados por haber alargado la jornada y con Paula a punto de llorar. Rodrigo acaba de echarle otra de sus típicas broncas y, por si fuera poco tener que soportarlo a él y a su trastorno de personalidad narcisista, me advierte antes de irse que le ha prohibido a la pobre chica que le dirija la palabra de ahora en adelante.

Me acerco a Paula. Está sentada bajo la carpa, con el portátil en la mesa, revisando la plantilla de mañana. Me siento a su lado, me apoyo en el respaldo de la silla y dejo salir el aire lentamente por la nariz. El mar anda un poco revuelto y las olas rompen en la arena con un sonido seco que me encanta. Aunque estoy agotada, me siento bien. Llámame rara, pero es ese tipo de agotamiento que produce satisfacción con una misma.

Paula no se siente así ni por asomo. Está demasiado tensa, demasiado cansada. Demasiado infeliz.

—Odias este trabajo, ¿verdad?

Abre los ojos sorprendida, no por la pregunta en sí, sino porque alguien se haya tomado la molestia de hacérsela.

—Eh, ¿yo? No, no…

—Lo que me digas no va a salir de aquí, te lo prometo.

Me mira con indecisión, imita mi postura y suspira.

—Un poco, sí. Bastante… Mucho… A muerte —concluye.

—Perfecto, porque vas a dejar de hacerlo.

—¿Qué? —Se incorpora de golpe—. No, no, no, Dafne. No, por favor, no me eches —me pide con ojos suplicantes—. Si me echas, mi padre me mata. Me esforzaré más y mejoraré, te lo juro.

—No te estoy echando, tranquila. Te lo iba a decir a la vuelta del viaje, pero prefiero que recuerdes tu último rodaje con cariño y no como una pesadilla. He estado hablando con el departamento de social media. Les encantan tus vídeos y quieren más de ese estilo, así que vamos a reubicarte.

—¿De verdad?

—De verdad.

Suelta un chillido y se abalanza sobre mí para darme un abrazo.

—¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

—De momento son solo prácticas y vas a cobrar dos duros, igual que ahora. —Me veo en la

obligación de aclararle y me aparto para ver su cara, que sigue luciendo una sonrisa radiante—. Pero estoy segura de que te irá muy bien.

Vuelve a abrazarme, me da las gracias otra vez, me asegura que para ella siempre seré su *boss* y cae en la cuenta de que tiene que ir a hacerse fotos por la isla para cambiar su foto de perfil en todas sus redes sociales. Se marcha dando saltitos y también abraza a Nico por el camino cuando lo ve. Él se acerca hacia mí sonriente y se sienta en la silla que acaba de abandonar Paula.

—¿Qué le has dicho? —me pregunta intrigado—. Llevo todo el día con ella y parecía un alma en pena.

Mientras se lo cuento, arruga la frente y pasa el pulgar varias veces por mi mejilla para quitarme un pegote de crema solar. Ese gesto que resulta tan normal en él me hace estremecer. No, mierda. Estremecer no es un verbo que pueda utilizar para referirme a cómo me hace sentir Nico.

—Te equivocas —me dice cuando termino de hablar.

—¿Perdona? ¿Tienes alguna queja tú o algo?

—Cuando ingresaron a mi madre en el hospital, me dijiste que te faltaba sensibilidad. Te equivocas —insiste—. La tienes, con la gente. Te he visto hoy tenerlo todo en contra, Daf. Hasta el cielo. —Levanta la mirada un segundo y vuelve a mirarme—. Y también te he visto arreglarlo todo sin levantar la voz siquiera. Haces que todo gire y mantienes a la gente unida a pesar de trabajar para un auténtico cretino. Es impresionante. Eres impresionante —puntualiza—. Quizá tu madre no se dé cuenta, pero yo sí, y tú deberías verlo también. No consientas que nadie te haga creer que lo que haces no es importante. —Se inclina hacia mí y me roza con ese maldito olor a Calvin Klein—. Puede que seas el segundo violín, pero, aun así, tú diriges la puta orquesta.

Es cierto que nunca he necesitado grandes sueños para ser feliz. Creo que la vida se compone de placeres pequeños y sencillos que te hagan sentir bien. Darte una ducha muy caliente al llegar a casa en invierno, tomarte una copa de vino y comer chocolate en el sofá, que la casa huela a tus flores favoritas, regalarte un orgasmo rápido porque tú sabes tocarte donde más te gusta. Al final, la felicidad se compone de un cúmulo de pequeñas cosas.

Y que Nico me mire como lo está haciendo ahora mismo encabeza la lista de esas cosas.

¿POR QUÉ LA CANCIÓN HABLA DE NOSOTROS?

Es el tercer día de rodaje y todo marcha —cruzo los dedos— según lo previsto. Las cámaras están colocadas, los extras en sus sitios, cuidadosamente desperdigados, y los focos iluminan el bar a pie de playa, lo cual ayuda a equilibrar la luz natural del atardecer. El ambiente parece animado y a la vez desprende un aura de intimidad.

Desde mi silla, observo a Nico en el monitor que utilizamos para evaluar el aspecto de la escena y así poder realizar los cambios y ajustes necesarios. Sentado en un taburete alto frente a las mesas de los clientes, acaricia con mimo las cuerdas de una guitarra que descansa sobre su muslo derecho flexionado. La pierna izquierda permanece estirada y el pie termina descalzo en la arena. Mueve ligeramente la cabeza y los labios repasando en voz baja la canción que va a interpretar.

Sonrío. Me gusta verlo en pantalla, y me gusta todavía más saber que millones de personas podrán verlo también dentro de unos meses. Está muy guapo, a pesar de que su atuendo sea distinto al habitual. Lleva unos vaqueros claros muy rotos y una camisa de manga corta estampada con tablas de surf, tan abierta que más de la mitad de su pecho queda al descubierto. Gracias a las chicas de maquillaje, sus brazos lucen tatuajes que se pierden bajo la tela para darle un puntito macarra a lo Adam Levine. El pelo le resbala por la frente con ese aire dejado, casual y sexi que en realidad supone media hora de trabajo en peluquería. También le han afeitado la barba y casi aparenta los veintiséis años que tiene su personaje, Axel, un cantante misterioso y errante que se lía con uno de los protagonistas y termina siendo asesinado. Su muerte es el elemento sorpresa del final de temporada y mantendrá la tensión lo suficiente para que los espectadores esperen ansiosos casi un año hasta poder ver la siguiente y descubrir quién es el asesino.

Nico levanta la vista de la guitarra cuando Rodrigo se acerca a él. Lo atiende con gesto concentrado, asiente y replica mientras el director le da las últimas indicaciones antes de rodar sus escenas. Trabajar con Nico resulta muy fácil, y no lo digo yo. Rodrigo está encantado con él porque es como una esponja que absorbe todo lo que le dice y además aporta buenas ideas. El director no para de sonreírle —extrañamente resulta aún más perturbador que cuando grita— y hace un rato me soltó en broma —o en serio, no sé— que deberíamos sustituir a Gabriel por él.

La ironía de esa frase me la tuve que tragar con un poco de agua para que pasara mejor.

Al menos Gabriel no estaba presente cuando lo dijo. Terminó de rodar hace un par de horas y decidió aprovechar el resto de la tarde para quedar con unos amigos que hace tiempo que no ve. Me ha extrañado un poco que no me invitara a reunirme con él más tarde, pero admito que también es un alivio. El papel de novia me está quedando bastante grande.

Me levanto de la silla para corregir la posición de un par de extras que se están saliendo de sus marcas y vuelvo a mi sitio. Poco después, Rodrigo se sienta a mi lado y comenzamos. Canto las órdenes en voz alta y todo el mundo sabe lo que debe hacer. El público del bar se queda en silencio y todos los ojos apuntan hacia Nico. A pesar de los nervios por tener que interpretar una canción, está más que acostumbrado a que lo observen desde todos los ángulos posibles. Espera los cinco segundos de rigor después de que yo cante «acción» y empieza a tocar los primeros acordes de «Por verte sonreír», de Noan.

Lo he escuchado cantar alguna vez en casa, en bajito, medio distraído y sin intención de impresionar a nadie. Pero esto no se le parece. Su voz suena grave y serena al principio, sin embargo, conforme avanza la canción, empieza a rasgarse y lo que antes parecían caricias se vuelven arañazos al final de cada verso. Una suave luz anaranjada lo acompaña y pequeñas motas de polvo flotan suspendidas en el aire. No es casualidad, todo está pensado y medido para la puesta en escena.

O casi todo, porque hay cosas tan imprevistas e incontrolables que carecen de métricas. Y esas cosas, a las que aún no voy a dar nombre, giran y giran en la parte alta de mi estómago y ascienden por mi pecho.

Joder, ¿cómo es posible que conozca a Nico desde hace diez años y a la vez sienta que acaba de llegar?

¿Y por qué la canción habla de nosotros?

Y es por verte, que salto, trepo y muevo un huracán
Verte sonreír
Y es por verte, que pierdo el miedo y vuelvo con el plan
Verte sonreír

—¡¡Corta!! —grita el director a mi lado, rompiendo mi burbuja particular.

Nico ha estado bien, opina Rodrigo, pero quiere repetir la toma. Se levanta y va hasta él para pedirle un poco más de intensidad en su interpretación. Y yo, con la tamborrada que tengo instalada en el pecho, me voy preparando para el infarto masivo.

El murmullo vuelve al bar, pero todos siguen prevenidos y nadie se mueve de su sitio salvo las chicas de peluquería y maquillaje, que se acercan para dar un par de retoques a Nico.

Siento un codo atacando mi brazo derecho. Sé que es Mara antes de girar el cuello en su dirección.

—Mañana, en cuanto acabemos de rodar, nos vamos de fiesta —dice en voz baja—. Te aviso desde ya, así que no me vengas luego con que estás cansada.

—Es que estoy cansada.

—Un poquito de actitud, ¿eh?, que estamos en una isla impresionante y es nuestro deber aprovecharla. —Desvía la mirada al frente— Y hablando de aprovechar, ¿soy yo o Nico esta hoy como para darle fuerte y flojo? —Tuerce la boca pensativa—. Mmm, ¿tú crees que…?

—¿Qué? —susurro ansiosa. Mi corazón no me da tregua y siento el latido casi en la garganta.

—Pues a ver, que él está ahí, todo tremendo, y yo estoy aquí, sandunguera y caliente como un fogón.

—Espera, ¿tú? ¿Con Nico? —Pestañeo tan fuerte que creo que mis párpados van a darse la vuelta.

—¿Y por qué no? —sonríe pícara y se atusa los rizos para darles aún más volumen—. Lo que pasa en Mallorca se queda en Mallorca.

—¿Qué? ¡¡No!!

No sé cuántos pares de ojos atrae mi grito. Muchos, todos los del bar probablemente. Nico arruga un poco la frente al mirarme y Rodrigo me dedica un gesto mucho más abierto que viene a decir: «¿cómo osas invadir mi reino y perturbar mi paz, pequeño ser insignificante?».

—Perdón. —Me disculpo en voz alta y finjo una sonrisa tranquila.

Nada que ver con la de Mara, porque ella se está descojonando de mí bien a gusto.

—Vale, mira, para que no haya confusiones en el futuro, mejor ponle una pegatina en el pecho que diga «propiedad de Dafne».

—No digas bobadas, Nico y yo…

—Piensa lo que vas a decir antes de hablar —me advierte—. Sé cuándo mientes y no te favorece nada. Te pones medio bizca.

—No me pongo medio bizca. Y entre Nico y yo no hay nada, Mara. Nada —recalco para, a continuación, añadir en un susurro—. Al menos por su parte.

—Por Dios, qué ciega estás —bufa.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ochenta y tres, Dafne. Es el número de pecas que tienes en la cara. ¿Quieres saber por qué lo sé? Se lo escuché a Nico una vez.

—¿Y?

—Y que no sé ni si él mismo se habrá dado cuenta de lo que significa, pero ¿cuánto tiempo crees que ha pasado una persona mirándote para saber el número exacto de pecas que tienes en la cara?

No respondo porque la pregunta es retórica y porque me da miedo creerme lo que insinúa. Me aterra hacerme ilusiones y poner palabras a lo que siento, porque hay palabras que pesan más dependiendo de quién las pronuncie y exigen cautela.

Siempre tuve claro que Nico encajaba en un tipo de amor muy concreto. Pensaba que había

construido un sitio perfecto para él, hecho a su medida. Y ahora tengo la sensación de que lo que hice realmente fue encerrarlo en un lugar demasiado ajustado, demasiado rígido, en el que empieza a revolverse incómodo, intentando ganar espacio.

—En fin, lo más dramático de todo esto es que voy a tener que buscarme a otro —se queja Mara, que sabe bien quitarle hierro a las cosas. O eso me digo, ya que antes de irse me suelta—: De todas formas, quiero que sepas que si ese «nada» vuestro se convierte en «algo» alguna vez, me alegraré mucho por vosotros.

Al terminar la jornada y despedirme de mis compañeros hasta mañana, voy a buscar a Nico. Me espera semiacostado en una de las hamacas propiedad del bar y colocadas frente al mar. Ya ha anochecido por completo y hay luna llena. Estoy para el arrastre, pero la playa está tan calmada y bonita que en lugar de avisarlo de que ya nos podemos ir al hotel, decido sentarme en un extremo de su hamaca.

—¿Cómo de mal lo he hecho? —quiere saber.

No es falsa modestia, no gasta de eso ni busca que le regale los oídos.

—¿De verdad no quieres que te lo enseñe? Has estado espectacular, Nico. Si lo ves tú mismo…

—No, no, no. —Niega enérgicamente con la cabeza—. No soporto verme en pantalla.

—Algún día tienes que explicarme cómo es posible que ames tantísimo actuar y a la vez sufras por ello.

—A ti te encanta tu trabajo y sufres a Rodrigo todos los días.

—Argh, no me lo recuerdes. —Me quito la goma del pelo y es una liberación dejármelo suelto, aunque también es posible que, dado el nivel de humedad, parezca una oveja.

Nico se incorpora y se mueve hasta colocarse a mi lado. Apoya los codos en los muslos, entrelaza los dedos y fija la vista en el mar.

—Supongo que actúo porque me gusta escapar de mí mismo. A todos nos gusta hacerlo de vez en cuando, ¿no? Actores, escritores, incluso cualquiera al que le guste leer. Es liberador vivir vidas que no son las nuestras, porque no tenemos que responder por ellas. —Sonríe con cansancio—. Cuando actúo, dejo de ser el hijo de una madre enferma, el hermano de alguien que no siento como mi familia o incluso el actor que está solo a un rechazo más de abandonar.

—Ojalá pudieras verte como te veo yo, como te ven todos los que han estado hoy en el bar. Cuando apareces en escena, la dominas completamente y es imposible apartar la vista. Y en cuanto has empezado a cantar, me han entrado escalofríos, te lo juro.

—Eso es porque tienes muy mala circulación. Deberías mirártelo.

—Eres muy idiota —me río y choco mi hombro contra el suyo—. Ya sé que los actores sois inseguros por regla general, pero no estaría mal que desarrollaras otros clichés de la profesión, como la soberbia, una pizca al menos —señalo dejando una separación mínima entre mis dedos índice y pulgar— y empezaras a creerte lo bueno que eres.

—Siempre me he preparado para lo malo y, cuando llega lo bueno, no sé reaccionar —

admite—. Pero gracias.

Se pasa la mano por la mejilla y arruga la frente algo desconcertado.

—¿Echas de menos la barba?

—Pues sí, me siento raro sin ella. Un poco desnudo.

Imito su gesto sin pensar y le acaricio la mejilla, aunque lo hago más despacio que él.

—A mí me gustas de todas formas.

Pasa un tiempo prudencial y lo lógico sería apartar la mano, pero me resisto. Su tacto me resulta familiar y nuevo a la vez. Aunque lo que me impresiona es lo natural que me parece. Siento el impulso de besarlo y eso también me parece natural. Llevo semanas frenándome, dando por hecho que mis sentimientos son inadecuados. Pero en este instante creo que el error sería no besar a Nico. Porque, quizá, hasta lo erróneo cobra sentido con la persona indicada.

Me mira y lo miro. Sus ojos brillan con la luz de la luna reflejada en sus pupilas y espero que me den una pista, ya que su boca no se atreve a moverse. Contenemos el aliento y el aire entre nosotros también se detiene, esperando ver qué va a pasar.

«Hazlo, Dafne, te mueres de ganas». Y él también. Bueno, casi seguro. Posiblemente. Diría que hay un ochenta por ciento de posibilidades de que salga bien. O un setenta, quizá. Si se aparta, me tiro al mar.

Mi cara debe de reflejar alguno de mis pensamientos porque Nico pestañea de repente, como si el director de nuestra propia escena hubiera gritado corten. Se aparta, se levanta de la hamaca como si nada hubiera pasado y dice:

—¿Nos vamos? Estoy hecho polvo. Mañana me asesinan y quiero estar despejado.

—Claro, sí. —Me levanto también, con una tranquilidad que no siento, pero que me obligo a fingir, porque todos nos vemos forzados alguna vez a ser actores—. ¿Alguna confesión que quieras hacer antes de morir? —le pregunto—. ¿Algún gran secreto que quieras compartir?

Abre la boca y esta vez el aire se llena con las palabras que no pronuncia. Acto seguido niega con la cabeza.

—No, a ti ya te lo he contado todo.

Y por primera vez en nuestra historia, no le creo.

COMO SI QUISIERA BESARTE

Gabriel aparece detrás de mí y deposita un beso en mi cuello que acaba en un ligero mordisco. Me giro un poco sorprendida y lo veo en cuclillas mientras él me mira a mí con una sonrisa plena. Hoy está siendo especialmente cariñoso. No es que no lo sea habitualmente, pero solemos comportarnos de forma discreta delante de nuestros compañeros.

Se levanta solo para dar un paso hacia delante y acomodarse a mi lado en la arena. Lleva unos vaqueros negros y una camiseta de Armani del mismo color. La luz anaranjada de las llamas lo ilumina y a la vez la oscuridad proyecta sombras muy marcadas en su rostro. Parece un ángel caído y no creo que nunca me acostumbre a lo condenadamente guapo que es. Me ofrece una de las dos cervezas que lleva en la mano y chocamos los botellines antes de beber.

Sopla una brisa suave en la playa de la Palma, abarrotada de gente que ha venido a celebrar la víspera de San Juan, la noche más corta del año y la que da la bienvenida al verano. Las hogueras se reparten a lo largo de la playa con corrillos de gente alrededor y un montón de velas blancas centellean en la arena. Esta noche no entiende de códigos de vestimenta, así que hay un batiburrillo de bañadores, vaqueros y sudaderas, vestidos de fiesta e incluso demonios, con capuchas rojas y cuernos, que previamente han desfilado por las calles entre bengalas y fuegos artificiales.

Gabriel y yo estamos sentados en círculo alrededor del fuego con algunos de nuestros compañeros, que hablan y ríen ajenos a la música que suena y cuya procedencia desconozco. Hace seis horas que terminamos de rodar y, oficialmente, de trabajar, aunque a mí todavía me cuesta un poco relajarme. No me he desprendido del estrés acumulado durante cuatro días y aún sigo esperando que Rodrigo aparezca histérico en cualquier momento para gritarme que hay que repetir algún plano o de lo contario se acabará el mundo. Para mi tranquilidad, lo veo hablando relajadamente con Nacho.

El resto del equipo anda desperdigado por la playa bailando, quemando papelitos en los que han escrito sus deseos, saltando las hogueras o las olas. Lo que haga falta para atraer el amor, el dinero, la salud o aquello que más añoran o desean. Creyentes o no, todos los que están aquí buscan un poco de magia esta noche.

Echo de menos a Mara. Tantas ganas que tenía de salir y ha tenido que quedarse en el hotel

con una migraña horrible, de esas que solo se le pasan acostándose en la cama con la luz apagada. Le he comprado en la farmacia unas compresas de gel frío y me he ofrecido a quedarme con ella en su habitación, pero se ha negado. «Folla mucho y bien en mi nombre», me ha pedido como si fuera el último deseo de una moribunda antes de echarme de su habitación.

Gabriel me agarra del cuello con suavidad y me besa, despacio y con un poco de lengua. La piel se me eriza, como siempre. Porque me gusta y me excita. El sexo entre nosotros es bueno, muy bueno. Además, siempre estamos relajados cuando estamos juntos. No me exige nada, ni yo a él. Somos independientes y nuestro comportamiento parece sacado de un artículo de consejos sobre cómo mantener una relación sana con tu pareja. Solo hay un pequeño inconveniente que no me permite disfrutar plenamente de lo que tenemos, pero estoy tratando de quitármelo de la cabeza.

Nuestro beso se ve interrumpido por el sonido del teléfono de Gabriel. Es la tercera vez que su hermano lo llama en apenas una hora. Entiendo que es su mánager, pero no comprendo qué asunto tan urgente requiere atención un viernes a la una de la mañana. Claro que yo tampoco soy la más indicada para juzgar las relaciones fraternales. Esta tarde le envié un mensaje a Fiona —con *emoji* de carita sonriente incluido— para preguntarle qué tal estaba Cersei Lannister y su respuesta fue: «¿Te crees que no soy capaz de mantener viva a una gata durante cuatro días?». El *emoji* con cara de asco no me lo envió, pero me lo imaginé perfectamente.

Gabriel se levanta resoplando y le pregunto si hay algún problema. Dice que su hermano es un adicto al trabajo y me dedica una de esas sonrisas suyas de actor, despreocupada pero estudiada, antes de alejarse para atender la llamada en privado. En cuanto se aleja, mis ojos desobedecen la orden de mi cerebro y se van directos al pequeño inconveniente del que te hablaba. Mide metro ochenta, así que tampoco es tan pequeño.

Nico está de pie, cerca de nuestra hoguera, hablando con una chica que no forma parte del equipo y no conozco. Es morena con el pelo largo y liso como una tabla. ¿Quién coño puede tener el pelo tan perfecto con esta humedad? Además es mona, con un rostro aniñado en forma de corazón y ojos grandes y redondos. Debe de estar pasándoselo bomba con lo que sea que él le está contando porque no para de reírse mientras le toca el pecho con la mano.

Como si no fuera ya hiperconsciente de cada movimiento de Nico mientras charla con *emoji* carcajadas, para colmo de males se pasa la mano por el pelo hacia atrás y a continuación se toca la mandíbula. Le está haciendo EL GESTO, y eso tiene consecuencias inmediatas en ella, que agacha la mirada despacio y al subirla bate las pestañas coqueta. A mí me entran ganas de hacer un agujero en la arena y enterrarle la cabeza en él. Será cabrona.

Mierda, no, pobrecilla. ¿Qué culpa tiene? Aquí la única cabrona soy yo, que ando pendiente de Nico cuando tengo a un tío fantástico a mi lado y que además es la fantasía sexual de miles de personas cuando se van a dormir.

Aparto la vista de Nico y le doy un trago a mi cerveza. Y otro. Y otro más mientras me esfuerzo por luchar contra la fuerza invisible que tira de mí hacia él de forma un tanto

preocupante. Por suerte, antes de hacerme un esguince cervical me llama la atención una pareja de hombres que está situada a pocos metros. Ambos lucen el pelo blanco y calculo que rondaran los setenta años por lo menos. Uno está sentado sobre una manta grande de cuadros con las piernas estiradas y el otro permanece tumbado con la cabeza apoyada en su regazo. La gente baila, canta y se besa a su alrededor, pero no parece afectarles en absoluto. Hablan tranquilamente y se sonríen como si estuvieran solos en la playa.

No puedo evitar imaginármelos como los dos protagonistas de una película cuyo final siempre jugamos a adivinar Nico y yo.

Tal vez se conocieron muy jóvenes, se enamoraron y llevan juntos desde siempre. O quizá las circunstancias de la vida se lo impidieron, y se reencontraron casi al final de esta, tras perder otros amores, para darse una segunda oportunidad.

Tampoco soy guionista y no es que sea el argumento más original del mundo, pero me parece romántico.

Madre mía, soy una moñas. Soy como Nico. ¿Qué mierda me ha hecho?

—¿Qué miras? —quiere saber Gabriel, sentándose a mi lado de nuevo.

—A ellos. —Los señalo con un movimiento de barbilla.

—¿Tú te ves así? —me pregunta unos segundos más tarde—. ¿Toda la vida con la misma persona?

—Creo que sí. —Reprimo mi instinto de mirar en otra dirección mientras respondo—. ¿Y tú?

—Me lo imaginé una vez —declara muy serio.

No dice más, aunque no necesito confirmación para saber que se refiere a ÉL. Una noche mientras estábamos en su cama me contó que ha tenido dos relaciones importantes en su vida. La primera, con Carolina, su novia del instituto. Duró cinco años, pero no sobrevivieron a la distancia cuando Gabriel se fue a vivir a Madrid. La segunda fue con un chico. No llegó a decirme su nombre; creo que no fue capaz. Y sé por experiencia propia que aquellos que nos arrancan las palabras hacia fuera se hacen inmensos por dentro.

—Quién sabe en el futuro —le digo encogiéndome de hombros.

—¿Estás tanteándome? —me pregunta burlón.

—¿Qué? No, no, para nada.

—Dafne, tampoco habría problema si así fuera.

No puedo seguir con esta conversación ahora mismo, así que me levanto, me sacudo la arena del vestido que Mara me obligó a ponerme y extiendo la mano.

—La noche es corta, vamos a bailar.

Y bailamos mucho, y bebemos más. El resultado es que terminamos todos, conocidos y desconocidos, haciendo el tonto entre risas. Ya no hay ni rastro de *emoji* carcajadas, no sé en qué momento de la noche desapareció. Quizá la espanté yo pegándome a Nico como una ventosa. Me digo que es culpa del alcohol, que anestesia el pudor y despierta las ganas. Solo eso explica que baile pegando mi espalda contra su pecho mientras Mike Towers canta LALA y me frote contra

él, hasta sentirlo duro contra la parte baja de mi espalda. Nico gruñe, me agarra de la cintura y me da la vuelta.

—Dafne, no hagas eso —me pide muy serio, pero sus ojos gritan lo contrario, así que me acerco más a él—. Y no me mires así.

—¿Así, cómo?

—Como si quisieras… —Cierra los ojos y menea la cabeza antes de volver a abrirlos.

—Como si quisiera besarte —termino la frase y veo su nuez subir y bajar con pesadez.

—Uno de los dos tiene que hacer las cosas bien.

—Pues yo creo que juntos se nos daría mejor que bien.

—Joder, si mañana te acuerdas de esto…

—No estoy borracha.

—Lo estás.

Históricamente, se han hecho muchas estupideces en nombre del alcohol, pero también se han dicho muchas verdades.

—Puede que esté un poco borracha —me pego a su pecho y elevo un poco la barbilla—, pero quiero lo mismo estando sobria.

Noto su aliento contra mi boca y mis pensamientos, si es queda alguno vivo, se desvanecen. Solo quedamos él, yo y la necesidad latiéndome desde el pecho hasta el vértice de mis muslos.

—Te vas a arrepentir muchísimo de esto —me advierte.

—No creo.

—¿Y qué opina tu novio?

Sigo la dirección de su mirada y giro el cuello hacia atrás. Gabriel nos está observando muy serio y con los ojos entrecerrados. Se acerca. Joder. Abro la boca cuando llega a nuestro lado, pero no me da tiempo a emitir ningún sonido. Me agarra por la cintura y me come la boca sin pensárselo dos veces.

Cuando se separa nos mira a ambos.

—Si queréis seguir con esto, conozco un sitio mejor.

TODO

Tres cosas: la primera; cuando me levanté esta mañana, no creí que fuera a acabar el día en una orgía. La segunda; de haberlo sabido, me habría puesto ropa interior bonita en lugar de unas bragas con el mensaje *I love donuts* estampado en el chichi. La tercera; Mara va a estar orgullosísima de mí y al mismo tiempo va a cagarse en todos sus muertos por haberse perdido esto.

Tras un trayecto en coche de veinticinco minutos por la isla, nos encontramos a medio camino entre el campo y el mar, en una finca enorme rodeada de árboles y vegetación frondosa. A su vez, la casa que la ocupa está cubierta de muros y fachadas vestidas con la típica piedra mallorquina y cuenta con una única planta, en forma de cruz, desde la que se distribuyen cuatro pabellones, cada uno con estancias abiertas y diáfanas.

Nosotros estamos en uno de los salones, pintado enteramente de blanco y con techos muy altos decorados con vigas de madera. En una esquina, se despliega una barra de bar con multitud de botellas de alcohol medio llenas colgando de baldas ancladas a la pared. Los muebles son minimalistas, con una combinación de colores claros y terrosos.

En otras circunstancias, podría describir la decoración con más detalle, pero toda mi atención se la lleva el grupo que ocupa los sofás, compuesto por hombres y mujeres que no paran de besarse y tocarse, con o sin ropa, bajo una luz ámbar sutil que emite la cantidad justa de brillo para que lo evidente resalte un poco menos.

Una mujer está arrodillada entre dos hombres sentados en un *chaise longue* y a uno le practica sexo oral mientras que al otro lo masturba con la mano. A su lado, una mujer permanece a cuatro patas y un hombre la penetra por detrás, al tiempo que otra mujer se dedica a lamerle los pezones.

La música suena de fondo y se entremezcla con las risas y los gemidos, pero tras cinco minutos incluso te acostumbras a los golpeteos rítmicos de los cuerpos chocando.

Desde luego a nadie parece importunarle. Menos aún a los que observan, de pie o desde los sillones, y se dan placer a sí mismos. Es mi primera orgía y no tengo claro en qué consiste el protocolo, pero parece seguir un ritual bastante marcado. Empieza con aproximaciones lentas y caricias sutiles, seguidas de sonrisas de aceptación que dan luz verde para continuar y unirse.

Todo fluye de manera natural y esa sensación de normalidad que desprende es lo que más me impresiona.

Observo a dos hombres, uno de ellos en calzoncillos y el otro vestido con unos vaqueros blancos, acercarse hasta una mesa auxiliar pegada a la pared. Sobre ella hay varias cajas de preservativos abiertas. El que va medio vestido se guarda un condón en el bolsillo trasero; el de los calzoncillos mete la mano en un bol de cerámica y saca una pastilla de color azul. Asumo que es viagra. Se la coloca en la punta de la lengua y acto seguido su compañero le agarra de la nuca y lo besa hasta quitarle la pastilla y tragársela.

No consigo apartar la vista de ellos y me siento una mirona. Ambos son guapos y me pregunto si esto no será una fiesta de modelos o algo así, porque no he visto menearse ni una piel flácida. El de los pantalones gira la cabeza hacia mí mientras el otro le muerde el cuello y me guiña un ojo. El calor se arremolina en mis mejillas y apuesto a que me pongo roja. Entonces caigo en la cuenta de que no tengo nada de lo que avergonzarme, porque esto va precisamente de mirar, de tocar, de besar y de hacer lo que uno desee.

Que Gabriel sea quien me ha traído aquí también me genera un efecto tranquilizador. Él ha participado muchas veces en este tipo de fiestas y se siente cómodo. De hecho, el dueño de esta casa es un productor amigo suyo, y por eso hemos venido. Nosotros hemos hablado un par de veces sobre la posibilidad de practicar sexo con alguien más, pero mi experiencia, a diferencia de la suya, se reduce a ver porno.

Me provoca cierto morbo y curiosidad; sin embargo, la idea siempre ha vivido como mera fantasía en el fondo de mi mente, porque, llegado el momento, preferiría materializarla con mi pareja. Lo que nunca imaginé es que Nico formaría parte de ella.

Rectifico, me lo he imaginado muchas veces durante el último mes; me refiero a que no esperaba que se hiciera real con él. A pesar de ello, su presencia me hace sentir segura y excitada a partes iguales.

—¿Tomamos una copa? —nos sugiere Gabriel señalando la barra con un leve movimiento de cabeza.

—No —espeto rotunda y ambos me miran—. A ver, yo no lo necesito, ya he bebido bastante, pero si queréis…

—Mi chica está ansiosa —comenta con una sonrisa traviesa y Nico se limita a apretar los labios—. Voy a buscar un sitio un poco más tranquilo. Ahora vuelvo.

Me da un beso rápido en la mejilla y se aleja caminando con confianza, como si estuviera en su propia casa. Supongo que la conoce bien. Nada más entrar, ha saludado a unos cuantos conocidos y nos los ha presentado a Nico y a mí. Por suerte, todavía llevaban la ropa puesta. Conociéndome hubiera sido capaz de estrechar un pene y sacudirlo con energía a modo de saludo.

En cuanto Gabriel gira en una esquina y lo pierdo de vista, me vuelvo hacia Nico, que observa impasible la escena de sexo grupal.

—Esto es fuerte, es bastante fuerte. Al menos para mí —puntualizo—. Para ti no, claro.

—Tampoco lo digas como si participara en orgías todos los fines de semana.

Nico salió un tiempo con una chica aficionada al mundo *swinger* y acudió varias veces con ella a un club de intercambio. Y antes y después de eso me consta que también participó en algunas fiestas de este estilo con algunos compañeros de profesión.

—Además no eran así —añade mirándome y arrugo la frente sin comprender—. No eran contigo—. Su mandíbula se convierte en una línea dura y tensa.

—Nico…, ¿quieres irte? —murmuro—. Si quieres irte de aquí, yo…

—No —niega mirándome a los ojos y siento alivio porque no tenía claro cómo terminar la frase. ¿Me iría con él o me quedaría?

No me da tiempo a plantearme la respuesta, ya que Gabriel regresa y nos dice que lo acompañemos. Ha encontrado un dormitorio libre. Y con libre se refiere a vacío. La habitación en la que entramos es amplia y nos recibe con olor a flores, no a sexo. Aunque la caja de condones que hay sobre la mesita de noche revela que eso va a cambiar pronto. La cama es de matrimonio y está vestida con una colcha blanca y lisa que parece impoluta. Frente a ella hay una chimenea y, a su derecha, un gran ventanal de vidrio con salida directa a un patio con piscina, donde también puede escucharse la música y el chapoteo del agua.

—No la ha utilizado nadie aún —me confirma Gabriel, lo cual me alivia. Todavía no he decidido hasta qué punto estoy dispuesta a compartir fluidos con desconocidos.

La luz del techo puede regularse en intensidad, nos informa, pero no vemos la necesidad de encenderla siquiera. La iluminación proveniente del patio es suficiente y genera un ambiente íntimo, solo interrumpido por los sonidos de placer ajenos.

Siento mis latidos retumbándome en los oídos cuando nos acercamos a la cama y nos sentamos en el borde. El colchón se hunde ligeramente bajo el peso de los tres. «Los tres», me repito sin poder creérmelo del todo. Yo me coloco en medio de ambos y Gabriel se sitúa a mi izquierda; Nico, a mi derecha. Nunca me he reprimido en el sexo ni me produce vergüenza pedir lo que deseo. En mi cabeza, trato de simplificarlo y reducirlo a una experiencia más, pero esto… Esto es mucho más complicado. Al menos, dos de nosotros somos conscientes de ello. Y, aun así, aquí estamos.

Una de las cosas que más me gusta del sexo es la pérdida de control que conlleva. El no pensar, no medir, no seguir unos pasos, dejar hacer al instinto. Irónicamente, ahora mismo agradecería un guion para romper el hielo. Algo así como:

1. INTERIOR. HABITACIÓN. NOCHE

Dos hombres y una mujer se preparan para mantener relaciones sexuales. La mujer se muere de ganas, aunque su expresión parece indicar que está sufriendo un aneurisma. Uno de los hombres toma la iniciativa y procede a comenzar con el empotramiento.

Para mi sorpresa, es Nico quien da el primer paso, posando su mano sobre mi muslo y dejándola al borde de mi vestido, de manera que sus dedos rozan mi piel desnuda. El corazón empieza a latirme desbocado y la garganta se me seca de golpe. Supongo que no es momento de ir a buscar agua a la cocina. Me entra una risa floja y nada atractiva solo de pensar en alguna pareja, trío o cuarteto, quién sabe, dándolo todo sobre la vitrocerámica.

—Dafne, me apetece mucho estar aquí, pero si a ti no, solo tienes que decirlo —me asegura Gabriel con tono comprensivo.

—Está nerviosa, pero quiere quedarse —interviene Nico.

De haber sido otro el que pronunciara esas palabras, me habría molestado, pero es que ningún otro podría dar voz a mis pensamientos como él.

Miro a Gabriel y asiento a modo de confirmación. Que nadie me pida tampoco que elabore frases completas ahora mismo, porque la sangre ha abandonado mi cerebro y sigue una única dirección. Gabriel me agarra de la barbilla y eleva una comisura antes de aproximarse y empezar a besarme. Lo hace como siempre, de un modo lento pero exigente. Es una sensación agradable que se multiplica por mil cuando noto la presión de los labios de Nico sobre mi cuello. La punta de su lengua comienza a trazar círculos allí donde siento el pulso.

Ahogo un jadeo en la boca de Gabriel, lo agarro con fuerza de la nuca para profundizar el beso, que se vuelve más intenso, más ansioso, y mi otra mano viaja hasta la entrepierna de Nico. Cierro la mano y aprieto su erección por encima del pantalón. Él responde gruñendo en mi cuello. Cuatro manos se deslizan por mi cuerpo y el simple roce por encima de la tela me endurece los pezones. La mano de Nico palpa la cremallera lateral de mi vestido y escucho el sonido lento que esta produce al descender y abrirse del todo.

Gabriel deja de besarme para ponerse de pie. Se coloca delante de mí y se pasa la lengua por el labio inferior. Sus ojos me hablan en la oscuridad. No es que me observe como si quisiera arrancarme la ropa; lo hace como si ya estuviera desnuda delante de él. A continuación se pone de rodillas y me quita los botines y los calcetines. Lo hace sin prisa y hay cierto grado de sumisión en sus movimientos. Me sorprende y me pone bastante cardiaca. Abre las manos y comienza un camino ascendente por mi piel, desde los tobillos hasta llegar a mis rodillas, y agarra mi vestido por el dobladillo para tirar de él hacia arriba.

Aparto la mano del pantalón de Nico para levantar los brazos y facilitarle el trabajo. Mi vestido cae al suelo por un lado y Nico me desabrocha el sujetador, que pronto desaparece por el otro. Noto los pechos hinchados y la humedad abriéndose camino un poco más abajo. La lentitud de ambos me hace sufrir. Practico tanto la paciencia en el trabajo que la pierdo por completo en el sexo. Necesito que me toquen ya. Apoyo las manos hacia atrás en el colchón y separo las piernas. Gabriel le dedica una sonrisa ladina a mis bragas antes de deshacerse de ellas.

La mirada de Nico sube y baja por mi cuerpo desnudo y su respiración se agita al compás de la mía. Le gusta lo que ve y la idea de regalarle un espectáculo privado me excita muchísimo, así que muevo las caderas hacia delante y me deslizo un poco más sobre el borde del colchón.

Gabriel se acerca y entierra la cara en mi sexo. El primer lametazo es largo, pausado, caliente, y me hace arquear la espalda con tal ímpetu que pierdo el equilibrio y casi me caigo de la cama. Ambos me sujetan a tiempo. Nico, por los hombros; Gabriel, por los muslos, sin dejar por un segundo de jugar con la lengua sobre mi clítoris.

Su boca me enloquece, pero su lentitud deliberada me hace sollozar. Mis caderas se revuelven otra vez.

—Más fuerte.

Echo la cabeza hacia atrás con un gemido cuando los lametones se vuelven más enérgicos y profundos. Giro el cuello para mirar a Nico, que sigue vestido, igual que Gabriel. Su erección está a punto de perforarle los pantalones, pero no se mueve.

«Por Dios, Nico, tócame, bésame, muérdeme. Haz lo que quieras conmigo, pero hazlo de una vez», le suplico en silencio.

Agarro su camiseta y le doy un tirón con impaciencia, aunque también con miedo. Rezo por no haberme equivocado y espero que bajo esa contención tan estoica sienta la misma desesperación que yo. Entonces me mira, con esos ojos oscuros y brillantes que conozco de memoria. Ahí está: la conexión, el deseo retenido y las ganas vibrando por todo su cuerpo, como si fuera un cristal a punto de estallar en mil pedazos por el calor.

Me humedezco el labio inferior con anticipación. Su lengua, su saliva, sus dientes. Lo quiero todo en mi boca y al momento me pregunto cómo besará. ¿Suave y tierno? ¿O será de esos que parece que te están follando la boca? No es que vaya a ser la primera vez que nos besamos, pero ocurrió hace tanto tiempo que no logro visualizarlo con nitidez.

Me quedo con la duda porque no me besa. Al menos no donde yo espero. Se agacha al tiempo que agarra mi pecho derecho con la mano y lo eleva para llevárselo a la boca. Me da un par de lametones en el pezón para endurecerlo del todo antes de chuparlo y empezar a torturarme. Primero un pecho y luego el otro, sin parar.

Mis jadeos elevan el volumen y eso tiene un efecto inmediato sobre Gabriel, que se pega aún más a mí y acelera las embestidas con la lengua. Nico quita el freno por fin y el hambre se apodera de él. Se da un atracón con mis pechos y no deja ni un centímetro sin recorrer, con manos, labios y dientes. Me va a dejar marca en la piel, aunque es casi lo de menos, porque sé que todo lo que me haga esta noche se va a quedar grabado a fuego en sitios menos visibles.

Los contemplo a ambos y juro que jamás he sentido nada igual. Es como si los poros de mi piel se hubieran despertado, de golpe y a la vez. Quizá lo explique el hecho de tener dos bocas sobre mi cuerpo, concentradas exclusivamente en darme placer. Dos bocas chupando, succionando, soplando, mordiendo, jadeando, y vuelta a empezar.

—Joder… Joder… —no paro de repetir con la respiración entrecortada. Es toda la elocuencia que puedo permitirme en este instante.

Echo la cabeza hacia atrás y me dejo envolver por los sonidos. Podría correrme solo con escuchar los bufidos de Gabriel y los chasquidos de Nico sobre mis pezones, empapados en

saliva. Estoy a punto, de hecho. Creo que hasta se lo grito. Pero Gabriel se aparta y se lleva el calor lejos de mi sexo justo cuando empiezo a acariciar el orgasmo.

No me da tiempo a quejarme. Se levanta con rapidez, saca un condón del bolsillo trasero de los vaqueros y se desnuda. Nico me agarra de la cintura y con un movimiento ágil me impulsa y me sienta sobre su regazo. Noto mi propia humedad resbalando por los muslos y manchándole los pantalones, aunque estoy demasiado excitada como para que me importe.

La polla de Gabriel me apunta, erguida, dura, lista. Yo también lo estoy. Abre el envoltorio del condón con los dientes y se lo coloca a la vez que Nico se echa un poco hacia atrás conmigo encima y me abre las piernas. No sé por qué y no voy a darle vueltas ahora mismo, pero que yo esté desnuda y tan expuesta mientras él sigue completamente vestido me pone todavía más. Coloca las manos justo debajo de mis costillas. Yo echo las mías hacia atrás y las levanto para agarrarme a su cuello. Gabriel se coge la polla y la pasea por mi entrada. Gimo de pura frustración mientras restriega la punta sin llegar a meterla. Abro la boca para quejarme, pero el aire muere en mi garganta cuando resbala y se introduce hasta el fondo de un solo empujón.

—Ah, Dios, qué mojada estás —gruñe mientras se acomoda en mi interior.

Comienza a entrar y salir despacio, marcando el ritmo. Yo me uno y también lo hace Nico. Nos movemos los tres, más llevados por el instinto y las ganas que por la práctica. Tardamos unos segundos en sincronizarnos, pero, cuando lo conseguimos, la sensación es brutal, eléctrica. Gabriel me llena por entero una y otra vez mientras Nico me toca y frota su erección contra la parte baja de la espalda.

—Joder, Daf —jadea en mi oído. Y esa maldita forma de pronunciar mi nombre casi hace que me corra—. Vas a matarme. Lo sabes, ¿verdad? —Me muerde el lóbulo justo antes de que sus manos vuelvan a mis pechos.

Gimo, grito, jadeo, me retuerzo entre sus brazos y puede que me exprese hasta en alguna lengua muerta que estudié en el colegio cuando me pellizca los dos pezones al mismo tiempo.

—¿Lo quieres fuerte o lo quieres muy fuerte? —me pregunta Gabriel con la respiración agitada.

—Todo. Lo quiero todo —suelto con una voz ronca que no se parece en nada a la mía.

Y entonces todo se descontrola a mi alrededor. Entra y sale una, dos, veinte, treinta, cincuenta veces. No sé, pierdo la cuenta. Me embiste sin tregua y nuestras pieles chocan sudorosas y frenéticas entre alaridos y gruñidos. Es Nico el que me sostiene y amortigua los empellones, es quien controla mi cuerpo en lo incontrolable.

El mundo se contrae y se reduce a nosotros tres. Ni siquiera escucho lo que hay alrededor. No existe nada más allá de esta habitación. Los gemidos van a más, el calor va a más, nosotros vamos a más.

Noto el cosquilleo, bordeo el orgasmo y trato de alejarlo un poco porque no quiero terminar, pero vuelve como una ola a la orilla del mar, lamiéndome, mojándome, invadiéndome.

—No puedo más —grito al borde del sollozo.

Gabriel sigue bombeando sin parar, colonizando todos mis rincones, y la mano de Nico comienza a trazar círculos sobre mi clítoris hinchado. Un toque, dos toques, tres toques, y ya. Estallo y me rompo con un grito largo y desmedido. Pierdo el mundo de vista y durante unos segundos soy todo y nada a la vez.

Todavía siento los últimos espasmos de orgasmo cuando la polla de Gabriel sale de mi interior. Sigue dura porque él no se ha corrido. Nico me sujeta contra su pecho, él siempre me sujeta, y yo sigo agarrada a él tan fuerte que me duelen los brazos. Siento los latidos de su corazón rebotando contra mi espalda y no quiero despegarme. Ni ahora ni nunca.

Solo me incorporo cuando veo al chico de los pantalones blancos y la viagra mirándonos a pocos pasos de distancia. Cuando he dicho lo de perder el mundo de vista, lo he dicho literal. No sé cuánto tiempo lleva ahí observando, tan desnudo ahora como lo estoy yo, pero lo cierto es que no me importa. Ni siquiera me molesta cuando se aproxima a Gabriel después de que este le mire y le dedique una pequeña sonrisa. Supongo que en estas circunstancias puede considerarse una invitación, ya que el chico no duda en comerle la boca. Se besan con lengua y la polla de Gabriel da un salto. Le gusta, pero al terminar el beso sus ojos vuelven a mí. No necesita ni formular la pregunta.

—Ve —le digo.

—¿Estás segura?

Me giro para mirar a Nico durante tres segundos. Me sobran los tres.

—Muy segura —confirmo centrándome en Gabriel de nuevo, que me guiña un ojo.

Ambos salen del dormitorio y me doy la vuelta. No lo pienso, improviso y me coloco a horcajadas sobre Nico, que me agarra instintivamente por la cintura. No sé muy bien qué estoy haciendo, solo me mueve mi intuición. No es racional, no se puede medir, no se puede pesar, pero la siento ahí, agarrada a mis entrañas, gritándome muy fuerte. Paso la mano por su pelo y lo echo hacia atrás. Me encanta su pelo. Me encanta él. ÉL, en mayúsculas.

—Dafne… —Esta vez pronuncia mi nombre como si fuera una sentencia. No me gusta, así que pruebo con otro método más cómodo para nosotros.

—Estamos en una orgía, ¿cómo es posible que sigas con la ropa puesta? —me burlo y llevo la mano al botón de su pantalón, aunque los dedos me traicionan y me tiemblan.

—Dafne, espera —me detiene y me mira como si le doliera hacerlo. No, no quiero que me hable, no quiero que busque excusas. Se muere por mí, joder, igual que yo me muero por él. Lo veo en sus ojos—. Podemos parar, podemos dejarlo aquí, podemos…

—Nico —le corto y se lo explico con claridad para que lo entienda de una maldita vez—. Si paras, te mato; y si no me besas, me muero.

MEJOR QUE BIEN

NICO

La última vez que tomo aire antes de pisar el escenario. Ese momento. Justo en ese momento experimento la sensación física más intensa y bestial. La adrenalina se dispara por todo mi cuerpo, la piel me vibra, el calor irradia por mi estómago y sube hasta explotarme en el centro del pecho. En ese instante, me siento invencible y casi capaz de volar. Es la mejor emoción del mundo, y acabo de revivirla ahora mismo, con Dafne mirándome.

—Si paras, te mato; y si no me besas, me muero.

Me lo dice desnuda encima de mí, despeinada, con las mejillas y los ojos encendidos. Y la beso, joder si la beso. La embisto con la boca como si me fuera la vida en ello, porque un poco sí se me va. Una parte de mí se la entrego a ella y dudo que vaya a recuperarla nunca. Nuestras lenguas se encuentran con ansia, con avaricia. No es la primera vez, pero como si lo fuera. Dafne cierra los brazos en torno a mis hombros y me agarra del pelo con fuerza, yo hundo las yemas de los dedos en la parte baja de su espalda para apretarla más contra mí. Me pierdo en sus labios, en su saliva y el aire empieza a faltarme.

Me faltan manos para tocarla y boca para besarla. Y si me pongo un poco menos poético diría que la polla está a punto de reventarme. ¿He mencionado ya que está completamente desnuda sobre mí? ¿Frotándose sin parar? ¿He mencionado que llevo queriendo correrme dentro de ella o sobre ella, me da igual, desde hace un puto siglo? No desde que llegamos a esta casa perdida de no sé quién para montárnoslo ella, Gabriel y yo, no. Desde mucho antes. Creo que ni yo mismo soy consciente de cuánto tiempo abarca ese *mucho*.

—Qué bien besas —dice tras despegarse de mis labios, más impresionada de lo que me gustaría—. Te juro que no me acordaba.

—He mejorado en estos años —respondo ufano en lugar de decirle lo que pienso, que ella y yo no podemos hacerlo mal. Simplemente, no podemos.

Estamos apoyados en el borde de la cama, así que nos movemos para colocarnos en el centro. Me quito la camiseta de un solo tirón por la espalda y Dafne me desabrocha los pantalones. Mete la mano bajo mis calzoncillos y mi polla da un bote con el mero roce de sus dedos,

arrancándome un jadeo desde lo más profundo de mi garganta.

«No te corras todavía», le suplico mentalmente a mi pene. «Ella está aquí, conmigo, solo conmigo. Deja que esto dure un poco más. Déjame que la sienta mía por un rato».

Dafne me empuja el pecho con las dos manos y caigo de espaldas en la cama con un golpe seco y un ligero rebote.

—Bestia —me quejo y ella sonríe.

—Aún no has visto nada, pequeño.

Se deshace de mis pantalones y calzoncillos con prisa y en cuanto me quedo desnudo parece calmarse. Observa mi polla, que a estas alturas apunta casi hasta el techo, con detenimiento. La coge por el tronco y aprieta un poco.

—Joder —gruño y unas gotas de líquido preseminal coronan la punta.

La observo mientras ella me observa a mí. Desnuda, segura, preciosa. La imagen es brutal y como no me concentre, esta va a ser mi actuación más lamentable de todas.

Se agarra la melena y se la hecha hacia atrás antes de agacharse y meterse mi erección en la boca. Sus labios me acogen con suavidad mientras suben y bajan con decisión, desde la punta hacia la base. Enredo las manos en su pelo, no porque busque dirigir sus movimientos, sino porque necesito tocarla, anclarla a mí de la forma que sea antes de perderla. Su lengua me saborea y levanto las caderas instintivamente para llegar más hondo, pero no hace falta. Comienza a profundizar en las embestidas y llego hasta su garganta.

—Daf, me voy a correr —jadeo.

—Hazlo —me pide sin dejar de chupármela con ganas.

Estoy a punto, unos segundos más y…

—No, joder, así no. Ni de coña.

Tiro un poco de su pelo y se la saca de la boca para mirarme, con los ojos muy abiertos y los labios hinchados. Hago una foto mental de su rostro para no olvidarlo jamás y me incorporo hasta sentarme.

—Dijiste que lo podíamos hacer mejor que bien —le recuerdo y ella me sonríe con los labios húmedos.

Me giro para coger un condón de la mesita y me lo pongo a la máxima velocidad que me permiten mis manos. Con más prisa aún y ninguna delicadeza tumbo a Dafne sobre el colchón para colocarme encima. Y cuando la miro, el mundo se vuelve plano y solo ella se hace relieve. Su cuerpo es un camino intrincado de curvas, rectas, pendientes suaves y valles profundos que recorrer y en los que perderme. Tanto que me daría igual que no volvieran a encontrarme. A encontrarnos.

Me debo de quedar pillado como un gilipollas, porque alza la mano y me acaricia la mejilla.

—Bésame, por favor.

No necesita pedirlo dos veces. No lo necesita ni una.

La beso con fuerza, con lengua, dientes y saliva. La beso con todo lo que tengo. Sabe a sexo,

sabe a mí y la polla me da otro latigazo. Desciendo por su cuerpo y no dejo un centímetro sin probar. Dafne jadea, resopla, se retuerce, suplica y chilla. Y cuando no puede más, cuando está ya a punto de insultarme —lo sé por la forma en la que coloca los labios—, la agarro de la cintura y le doy la vuelta sobre el colchón para ponerla a cuatro patas.

Se sorprende y gira el cuello hacia mí mientras paso las manos por sus nalgas. Un gesto interrogante cruza su cara mientras no deja de balancearse hacia delante y hacia atrás. Sonrío. No sabe estarse quieta.

—Puede que tú y yo solo lo hiciéramos una vez hace diez años —le digo colocándome mejor detrás de ella—. Puede que ninguno de los dos nos acordemos del todo. —Coloco la punta de mi polla en su entrada, ya mojada para recibirme—. Pero te conozco mejor de lo que me conozco a mí mismo. —Empujo despacio y ahoga un jadeo—. Sé leerte el cuerpo con los ojos cerrados.

Sigo empujando suave para que ella se acostumbre a la presión y para no correrme yo a los dos segundos de estar dentro. Tensa los muslos, pero se relaja a medida que nos movemos. Es ella la que me espolea llegado el momento, la que empieza a moverse rápido, obligándome a acelerar. El sonido de nuestras pieles chocando llena la habitación.

—No dejo de pensar en esto, día y noche —confieso llevado por la euforia—. Quiero escuchar tus gemidos. —Le acaricio la espalda rítmicamente mientras entro y salgo—. Quiero que sean míos.

Y me los da. Grita como nunca la he escuchado y me pide más y más mientras se aprieta en torno a mí.

Aumento la velocidad y la profundidad de las embestidas. Se la clavo muy fuerte y follamos como hay que follar, con muchas ganas y sin ningún complejo.

—Dios, Nico, así, sí… Te siento tan dentro —ruge arañando la sábana—. Joder, no pares.

Aspiro su olor, le tiro del pelo, hundo los dedos en su piel y abro la boca, pero no sale nada más allá de gruñidos ininteligibles. El pecho me va a reventar y siento que debo decir algo. No se me ocurre nada, porque no hay un término que abarque lo que Dafne significa para mí. Es indescriptible.

Nos corremos, primero ella y detrás yo, cuando no podemos más y parece que hemos consumido el oxígeno del puto universo.

Un «te quiero» se forma en la punta de mi lengua mientras sigo todavía dentro de ella, incapaz de moverme. Son dos palabras muy pesadas que he pronunciado con ligereza demasiadas veces. Me las trago con mis jadeos, aunque sepa que esto es lo más real que he sentido en toda mi vida.

Es amor, en toda su jodida extensión.

Y asusta. Asusta como nada lo ha hecho.

CUANDO ME TOCAS, SE ME OLVIDA

Amanezco en mi cama, sola. Nadie habría apostado anoche por esa posibilidad. Me siento en el colchón y me froto los ojos. Me pican una barbaridad. También me duele la cabeza como si me hubieran pegado un sartenazo. Son las consecuencias de abusar del alcohol y de haber dormido cuatro horas. Menos si tenemos en cuenta que ayer después de pegarme una ducha poscoital muy necesaria, me acosté y me quedé más de una hora con la mirada clavada en el techo, sin poder dejar de pensar en Nico. En Nico y en sus manos. En su boca. En su manera de moverse sobre mí. Dentro de mí. Seguro, dominante. En Nico saltando de la cama antes de que se nos secara el sudor. En Nico vistiéndose como un rayo y comportándose como si hubiéramos estado tomando unas cañas en una terraza.

No es que esperara mimos y una declaración de amor en nuestras circunstancias. O quizá sí, no sé. Como mínimo, me habría gustado encontrar en su rostro algún indicio de que lo que pasó entre nosotros le removió un poco. Las sábanas arrugadas fueron las únicas que se manifestaron al respecto.

Eran más de las cuatro de la madrugada cuando volvimos al hotel los tres, juntos, pero en silencio, y cada uno se fue derecho a su habitación. Gabriel no insistió en dormir conmigo ni yo dije nada. Aunque tengo claro que debo hablar con él. Es evidente que no podemos seguir juntos. No después de darme cuenta de que estoy enamorada de mi mejor amigo. Y quitando que llegué a esa irrevocable conclusión en medio de una orgía, mientras cumplía mi mayor fantasía sexual, tampoco es que sea una noticia impactante.

En realidad, ayer no fue más que un momento. Un momento contenido en los miles de momentos que habitan entre Nico y yo, y que me han hecho quererlo tantísimo.

Que vea *Dirty Dancing* por lo menos cinco veces al año y que siga comentándola conmigo como si fuera la primera vez. Que celebre conmigo mi cumpleaños y lo volvamos a celebrar al día siguiente porque sabe que compartirlo con mi hermana siempre es tenso y termina en una discusión. Que baje a comprar helado de chocolate con *brownie* porque tengo antojo a las once de la noche y después me haga una manzanilla de madrugada, a pesar de que jamás le hago caso cuando me advierte que comerme medio litro de helado me va a sentar fatal. Que me mande una foto de una furgoneta *hippie* que ha visto por la calle porque se parece a aquella que alquilamos

un verano, cuando un *road trip* por Escocia nos pareció una idea estupenda, aunque no lo fuera y termináramos discutiendo por todo.

Contra todo pronóstico, recuerdo aquel viaje con una sonrisa. Casi todos mis recuerdos con Nico terminan en una sonrisa. Hasta los malos.

Cojo el móvil de la mesita de noche y le escribo un mensaje. Está despierto, no me preguntes por qué lo sé, es una de esas conexiones mentales que no tengo con mi gemela, pero sí con mi mejor amigo. Le digo que necesito hablar con él y que voy a ir a su habitación. Responde al momento y me comparte su ubicación. No está en el hotel.

Me levanto de la cama y me lavo la cara para despejarme un poco. Me hago un moño alto frente al espejo del baño para disimular mi desastre de melena, y en eso consiste todo mi ritual de belleza. Que Nico me vea recién despierta y con ojeras no es algo que me preocupe. Me visto con vaqueros y camiseta y salgo de la habitación.

El paseo marítimo se encuentra a quinientos metros escasos del hotel y mi impaciencia me hace apretar el paso, por lo que tardo menos de cinco minutos en llegar. Es temprano aún, la calle luce prácticamente desierta y los camareros están colocando las sillas en las terrazas para el desayuno. El azul del cielo comienza a encenderse y la brisa es fresca, pero ni de broma pienso dar la vuelta para regresar a mi habitación a por una sudadera.

No me cuesta encontrar a Nico, es el único ocupante de la playa. Lo veo de espaldas, sentado frente al mar y a pocos metros de la orilla. Mientras camino hacia él, siento que el frío me cala y se instala en mis huesos, aunque es producto de los nervios y no de la temperatura. No se gira para mirarme cuando llego hasta él y me siento a su lado en la arena. Entrecierra los ojos y sigue con la vista fija en el horizonte. Su pelo está algo húmedo y viste pantalón corto y camiseta de deporte. Ha salido a correr, así que deduzco que apenas ha dormido.

—Nunca me acuerdo de lo mucho que me gusta el mar hasta que vuelvo —comento.

Espero unos segundos de cortesía, pero solo me responde el sonido de las olas.

—¿Cómo de raros nos vamos a poner esta vez? —quiero saber.

—No es mi intención que estemos raros.

—¿Entonces por qué no eres capaz de mirarme?

Hace tiempo que Nico y yo inventamos nuestro propio lenguaje; uno lleno de bromas privadas, dobles sentidos y frases que no necesitan ser terminadas. Uno en el que los ojos y las sonrisas hablan. Pero cuando gira el cuello hacia mí, casi prefiero que no lo haga. Su gesto es de absoluta inexpresividad.

—No te escondas de mí.

—¿Y qué quieras que haga? —pregunta con tono seco.

—¿Estás enfadado conmigo?

—Estoy enfadado con los dos —admite—. Tenemos que dejar de hacer esto. Estamos complicando las cosas.

—Anoche estabas seguro de que hoy me iba a arrepentir. No me arrepiento.

—Yo sí.

—Dijiste que pensabas en mí, en estar conmigo día y noche.

—Fue…

—Como digas otra vez que fue cosa del momento te juro que te ahogo en el mar.

Niega con la cabeza.

—Fue un error.

Encajo el golpe casi sin inmutarme, sobre todo porque no me lo creo.

—Pudiste negarte, pudiste irte en cualquier momento. Insistí en ello, así que ¿por qué te quedaste, Nico?

—Porque sí… Porque… me miraste y ya.

Se ríe con amargura y ese sonido se me clava en el pecho.

—Pienso hablar con Gabriel.

—No quiero saberlo y no quiero estar en medio. No vamos a volver a follar, y menos con tu novio presente en la habitación. ¿Qué coño pintaba yo allí? —escupe arrugando la frente—. Ni siquiera tenía que haber ido a esa puta casa.

—En esa puta casa folló mucha gente, pero nosotros hicimos algo más.

—¿Tú, yo y tu novio? —inquiere incrédulo.

—No, Gabriel no tuvo nada que ver y, aunque no quieras estar en medio, siento decirte que ya lo estás, porque la razón por la que no puedo estar con él eres tú.

—No me hagas esto. —Hay súplica en su voz—. Me vas a doler y yo te voy a doler a ti.

—Te da miedo que pase algo entre nosotros. Te da miedo que lo estropeemos y lo entiendo, porque a mí también, pero…

—No, «algo» no —puntualiza—. Porque entre nosotros, si pasa, no sería algo. Sería todo.

—A mí ese *todo* me suena bien —admito con una sonrisa que muere en cuanto poso la mano en su mejilla y se aparta.

—Cuando me tocas, se me olvida.

—¿El qué?

—Que eres mi mejor amiga.

—¿Y qué pasa? ¿Nuestra amistad es tan fuerte que el amor no cabe entre nosotros? No tiene sentido.

—Siempre que me enamoro sale mal. Tú has sido testigo de ello durante años. Y si sale mal contigo, yo no… —Apoya los codos en las rodillas, se frota los ojos y suspira con cansancio—. No puedo permitírmelo y prefiero dejar las cosas claras de una vez.

Esta vez soy yo la que desvía la mirada hacia el frente. El ruido de las olas resulta ensordecedor y la imagen del mar demasiado bonita para la tristeza que siento de golpe. Resulta que el chico que quiere querer a todo el mundo se niega a quererme a mí.

Y tras la tristeza, llega la rabia. Es una emoción más superficial, pero me pasa por encima.

—¿Sabes lo que creo yo? Que nunca has querido a nadie de verdad. Solo has estado

enamorado de la idea infantil que tienes del amor, y ahora mismo estás siendo un cobarde.

—Y la única relación que mantuviste tú por poco acaba contigo, así que dudo que en ese sentido seamos lo mejor el uno para el otro.

Ese comentario pica en la piel como una bofetada.

—A lo mejor no tengo ni idea, pero para mí el amor es confianza, es intimidad, es permitirnos ser vulnerables y mostrar las partes de nosotros mismos por las que pensamos que nadie nos va a querer. Y no me puedo creer que precisamente tú utilices algo así para echármelo en cara y como argumento para no estar conmigo. —Me levanto y me sacudo la arena de los pantalones con golpes secos—. Hay una diferencia entre tú y yo, ¿sabes? Yo con una vez tuve bastante para aprender a quererme y no dejarme en manos de nadie. No permito que mi felicidad dependa de cualquiera que me preste diez minutos de atención.

—Hablando de echar en cara —dice con una mueca—. Pero si quieres creer que eres mejor que yo me parece perfecto. Que te den un premio a la madurez, Dafne. Siento no estar a tu altura.

—Te juro que nunca creí que pudiera odiarte, ni por un segundo, pero…

Su rostro se contrae ante esas palabras. Le hago daño, lo sé, y lo peor es que quiero hacerlo y al segundo siento la necesidad de protegerlo.

—¿No te das cuenta? —Cierra los ojos—. Ya lo estamos estropeando.

Tiene razón, así que me voy. No me detiene, aunque una parte de mí espera que lo haga. Y otra espera que no; los ojos me arden y estoy a punto de echarme a llorar.

Camino sin la menor idea de hacia dónde dirigirme, porque ¿a dónde vas cuando necesitas alejarte de la persona que es tu refugio?

UNA PROBABILIDAD GENÉTICA

El taxi me deja en la puerta de casa y arrastro penosamente mi maleta hasta el portal. Me meto en el ascensor y me dejo caer de espaldas contra el espejo. Suspiro agotada. Y eso que solo son las once y media de la mañana. Tras discutir con Nico en la playa, hice lo que mejor se me da. Ser resolutiva.

Volví al hotel, agarré mi maleta y me largué al aeropuerto. Todo el trabajo referente al rodaje ya estaba hecho, así que no tenía obligación de quedarme. Nuestro vuelo de regreso no sale hasta las tres de la tarde y no me veía capaz de ir sentada en el avión al lado de Nico, así que cambié mi billete y a las nueve y cuarto de la mañana estaba volando de regreso a Madrid.

Antes de embarcar, me tomé un café y aproveché el momento para enviar varios mensajes. A mi compañero de producción le informé de que volvía antes a casa por mi cuenta, a Mara le grabé un audio resumiéndole lo que pasó con Nico y con Gabriel e insistí en que no estoy lista para hablar de ello y que necesito un poco de tiempo. A Gabriel le escribí diciéndole básicamente lo mismo. También me planteé mandarle un mensaje a Nico, más por inercia que por voluntad. De hecho, mi pulgar se quedó bailando en el aire en cuanto abrí su contacto y no supo seguir.

Entro en casa y, antes siquiera de cerrar la puerta, escucho unos golpes rítmicos y secos. Genial, lo que me faltaba para rematar mi dolor de cabeza son obras en el edificio, me digo mientras avanzo por el pasillo. Aunque también puede ser Cersei Lannister destrozando cualquier tipo de objeto al que sepa que le tengo un cariño especial. Pero me da lo mismo, no estoy de humor para lidiar con ella. Solo quiero tumbarme en mi cama y olvidarme del mundo. Al menos hasta que lo que yo considero ahora mismo «el mundo» entre por la puerta en unas horas.

Me detengo un poco antes de llegar a mi dormitorio. Ese ruido molesto no lo puede estar provocando mi gata. Los golpes secos van acompañados de un sonido y es claramente humano. El corazón se me acelera a lo bestia antes de poder procesar mentalmente que hay alguien dentro de mi casa.

Vale, que no cunda el pánico. Salir, bajar hasta la calle y llamar a la policía; es lo que hay que hacer en estos casos. Lo tengo claro. Pero debe de ser cierto eso de que los seres humanos nunca sabemos cuál será nuestra reacción ante una situación de mucho estrés, porque de conocer

la mía de antemano —que consiste en ir sigilosamente hasta la cocina para abrir el cajón de los cubiertos y coger lo primero que pillo a modo de arma— me insultaría muchísimo a mí misma por imprudente y descerebrada.

Me acerco de nuevo a mi dormitorio con el pulso desbocado, con mi instinto de supervivencia claramente mermado y preguntándome, de paso, si la ley me protegerá en caso de atacar a un intruso con un cucharón de sopa. Los golpes se vuelven cada vez más fuertes, cada vez más rápidos y van acompañados de… ¿jadeos?

No. No puede ser.

Abro la puerta y veo una melena pelirroja y larga, muy similar a la mía, aunque más lisa, y perfecta en cualquier circunstancia. Incluso mientras está cabalgando a lo amazona en mi cama con un tío entre las piernas. Un tío que no es mi cuñado.

—¡No me jodas!

Mi hermana gira el cuello hacia mí y ahoga un grito mientras sus ojos se abren con horror.

—¡Mierda! —grita y se aparta a un lado con rapidez para arrastrarse por el colchón en bolas como si tratara de huir de un incendio.

El tipo que está tumbado y su pene me miran a mí, ambos claramente desconcertados. Considero que ya he visto suficiente y salgo de la habitación a paso ligero, ignorando a mi hermana, que me llama una y otra vez.

Llego al salón y me pongo a dar vueltas de un lado a otro meneando el cucharón. Dios, ha sido como verme a mí misma follando, pero no en plan vídeo sexual que grabas porque te mola el rollo, sino algo infinitamente más desagradable.

Fiona aparece corriendo pocos segundos después, con las mejillas coloradas, los pantalones puestos y terminando de colocarse un top de fiesta. Del revés.

—¿Qué haces aquí? —me increpa y abro los ojos con sorpresa.

—¿En mi casa, te refieres?

—Se suponía que llegabas por la tarde.

—¿En serio, Fiona? ¿Vas a pedirme tú explicaciones a mí? Solo te pedí que vinieras a echarle un vistazo a mi gata, no te invité a que te tiraras a un tío cualquiera de tu despedida de soltera en mi cama.

—Pensaba cambiarte las sábanas antes de irme —declara recuperando la compostura con una tranquilidad asombrosa.

—¡Qué detalle tan generoso por tu parte! Entonces todo arreglado.

—Cálmate y deja esa cuchara, Dafne. Eres torpe y al final te vas a hacer daño.

—Estoy muy calmada —respondo sin soltar mi arma improvisada—. Pero que me insultes no va ayudarte nada.

—Escúchame, no puedes contarle esto a nadie —me advierte y noto cómo le tiembla un poco la voz. Quizá no está tan calmada como aparenta, aunque no sabría decirte. Mi hermana es todo un misterio para mí—. Dafne, va en serio, no puedes decir nada —insiste.

—Dudo que alguien me creyera… Joder, Fiona, que te casas en tres semanas. —Me detengo y arrugo la frente—. ¿O no?

—Claro que me caso. —Agita la mano como quien espanta una mosca—. Ese tipo no cambia nada.

El tipo en cuestión aparece en el salón, ya vestido, por suerte. Es rubio con el pelo largo, tiene unos músculos de portada de Men's Health y creo que no hay un centímetro de sus brazos que no esté cubierto de tatuajes. Me entra un escalofrío.

Él nos mira a ambas.

—Gemelas, ¡eh! —Asiente con la cabeza y abre los ojos—. Qué morbo.

—¿En serio? —bufo—. Tío, no estoy de humor. Vete antes de que te lance la cuchara.

Levanta las manos y sonríe mientras camina hacia atrás. Al menos esta situación le resulta divertida a alguien. Se larga tras recitarle a Fiona su número de teléfono, por si le apetece finiquitar el cuarto polvo. Dios, mis pobres sábanas.

En cuanto escucho la puerta cerrarse noto como la tensión de mi cuerpo desaparece y me quedó de golpe sin fuerzas. Me dejó caer en el sofá.

Fiona se sienta a mi lado. Lo hace despacio y con mucha más delicadeza que yo. De paso me quita el cucharón y lo posa en la mesa de centro.

—¿Me puedes explicar qué está pasando? —le pregunto—. Porque me niego a creer que tienes sentimientos profundos por… ¿Cómo se llama?

—Ehmm… —Se lleva la mano al lóbulo y juguetea con su pendiente.

—Joder, ¿no sabes ni su nombre?

—Mateo. O Manuel… —Chasquea la lengua—. Bueno, qué más da. No voy a volver a verlo.

—¿Haces esto muy a menudo? —le pregunto y a la vez me pregunto yo cómo podemos estar tan desconectadas la una de la otra como para estar manteniendo esta conversación de manera tan forzada.

Encoge las piernas contra el pecho y se abraza a ellas.

—Ha pasado tres veces. Cuatro si contamos al tío de los tatuajes —corrige.

—Fiona, si no eres feliz con Martín…

—Sí lo soy, soy muy feliz con él —replica a la defensiva—. ¿Tú qué sabes?

—Bueno, está claro que mis sábanas saben mucho más que yo.

Suspira y noto una sombra de vergüenza en sus ojos antes de que agache la mirada.

—No lo planeé. Al menos la primera vez. Pasó sin más —me explica—. Tuve un día horrible en el trabajo, acabé tomando una copa en un bar, un tío se me acercó y empezamos a hablar. El caso es que…, no sé muy bien cómo, pero terminé en el baño de ese mismo bar lamiéndole al tío el *piercing* del pezón.

Mi cerebro da para lo justito en este momento, así que ella sigue explicándose y yo asimilo sus palabras con cierto retardo.

—Espera, ¿has dicho *piercing*? —Entrecierro los ojos—. ¿En el pezón?

—Sí, aunque no creo que ese detalle sea relevante en esta conversación.

—¡La madre que te parió! ¡No fui yo la que se acostó con él! ¡Fuiste tú!

—No sé de qué hablas.

Me levanto del sofá casi de un salto. Es increíble cómo la rabia es capaz de impulsarte y devolverte las fuerzas.

—Conocí al tío del *piercing* en un bar, Fiona. Me dijo que ya nos habíamos acostado y yo pensé que no me acordaba. Y todo porque tú le dijiste que eras yo. Te hiciste pasar por mí. ¿Te das cuenta de lo retorcido que es eso?

—Por Dios, no exageres. No quería que supiera mi nombre real y tú ni tenías pareja hace unos meses. No le debías explicaciones a nadie.

Me alejo de ella y del cucharón de sopa, porque te juro que me están dando ganas de utilizarlo.

—¿Te haces una idea de la paranoia que me entró por tu culpa? —Me llevo las manos a la cabeza y camino de un lado a otro—. ¿Y de las estupideces que he hecho desde entonces?

—Por supuesto, tú siempre tienes que ser la protagonista.

—¿Perdona?

—Todo tiene que girar en torno a ti.

—Me estoy perdiendo —tercio arrugando la frente.

Ahora es ella la que se levanta, también con mala leche, cosa que de verdad me está costando comprender.

—Me has encontrado en la cama con un tío, Dafne, y estamos hablando de cómo eso te afecta a ti. Como si no tuviera bastante con vivir a tu sombra siempre.

Me detengo y la miro con detenimiento.

—¿A mi sombra? ¿Tú? ¿Estás de coña o qué?

—Siempre es igual, cuando me pasa algo importante, llegas tú. Cuando anuncio mi compromiso y mi embarazo, apareces hasta arriba de mierda y te llevas toda la atención de mamá y papá. Cuando quedamos con mis amigas para elegir la tarta de boda, acaparas su atención con tu novio famoso. Hasta en los cumpleaños me robas el protagonismo.

—¿En los cumpleaños? ¿De qué coño estás hablando?

—Cuando cumplimos los dieciséis. Ni siquiera pude celebrarlo.

Ahogo un jadeo de pura indignación.

—¡Tuve apendicitis! —le grito—. ¿Qué querías que hiciera? ¿Que me aguantara y me reventara el apéndice para que tú pudieras soplar las velas y abrir regalos?

—Incluso tu nombre es mejor. Tienes nombre de ninfa y a mí me tocó Fiona, la novia de Shrek.

—Para empezar, tú naciste como diez años antes de que se estrenara *Shrek*, imbécil. Y para terminar, deberías considerar medicarte, porque estás mal de la cabeza.

—Mamá siempre ha estado mucho más pendiente de ti que de mí. ¿Acaso me lo vas a negar?

—¡Porque mamá lleva queriendo toda la vida que sea como tú!

—Y eso tiene que ser terrible, ¿no? Porque soy lo peor que se puede ser.

—No inventes. Yo solo soy responsable de lo que digo, no de lo que tú interpretes, que siempre es lo peor cuando se trata de mí.

Niega con la cabeza y aprieta los labios.

—Siempre encuentras la manera de hacerme sentir pequeña a tu lado.

—Yo no hago nada, Fiona. Ni tengo la culpa de tus problemas de inseguridad sin resolver. No me los cargues a mí.

—Tienes razón, es problema mío y no debería contártelo a ti, porque tú y yo nunca hemos sido esa clase de gemelas. Ni de hermanas siquiera. —Sonríe con desgana—. De las que se apoyan.

—Mira, en algo sí estamos de acuerdo. No somos esa clase de gemelas. Somos una probabilidad genética, nada más.

Del cero coma cuatro por ciento, para ser exacta.

Fiona hace una mueca y se alisa el pantalón con un par de pasadas. Es un gesto que le sirve para templar los nervios. Al menos eso sí lo sé.

—Muy bien, pues me voy y así no te molesto más —declara con voz monocorde—. ¿Puedo contar al menos con que no vas a decirle nada a nadie de lo que ha pasado aquí?

—No, tú tranquila. Estoy demasiado ocupada siendo la protagonista de la familia como para cederte el puesto.

Coge sus zapatos y su bolso y se va de casa dando un portazo. Y sin cambiarme las sábanas.

TAREAS DE HOY

-Poner una lavadora.

-Hacer la compra.

-Prender fuego a las sábanas.

-¿Comprar un vestido para la boda?

-Buscar en Google «cómo dejar de estar enamorada de mi mejor amigo».

NO HABLAR CONTIGO

Tengo tareas que hacer, pero ahora mismo todo lo que implique pasar de la posición horizontal a la vertical me supone un problema. Llevo tumbada en el sofá seis horas, desde que Fiona se fue. Espera, no, ya son siete. Eso me lleva a hacer otro cálculo mental. El vuelo de Nico aterrizó hace dos. Podría pensar mal, podría pensar que está evitando volver a casa conmigo, pero estoy bastante convencida de que habrá ido a ver a su madre nada más bajar del avión.

Yo me he dedicado a ver un capítulo tras otro de *Friends*, he dormido a ratos y he llorado. En silencio. No es que me impida a mí misma exteriorizar la tristeza que siento; es, más bien, como si mi pecho no quisiera armar mucho escándalo. Como si se negara a creer que Nico pudiera hacerme daño de algún modo.

Sea como sea, debe de ser muy evidente que estoy hecha polvo, ya que Cersei Lannister lleva un buen rato acurrucada junto a mí, ronroneando y dándome mimos. Si tuviera ganas, me levantaría del sofá, caminaría hasta el pasillo, donde he dejado abandonados mi maleta y mi bolso, y cogería el móvil para inmortalizar este momento. Su cercanía es un fenómeno rarísimo de ver, como un cometa de esos que pasan por la Tierra cada setenta y cinco años. Y como dudo que vaya a repetirse, me aprovecho y la abrazo con fuerza.

El sonido de la llave en la cerradura me hace tensar todo el cuerpo. Me incorporo y me siento con rapidez. Estoy despeinada, llevo la ropa arrugada y mi palidez podría asegurarme el papel protagonista en una película de Tim Burton; aun así, no quiero que Nico me vea tumbada como si estuviera deprimida. Lo que no tengo claro es si quiero ahorrarme el mal trago a mí o a él.

El traqueteo de su maleta recorriendo el pasillo dura como tres vidas. Para mi sorpresa, Cersei Lannister no salta del sofá en cuanto lo ve. Permanece a mi lado. Semejante sororidad gatuna hace que me entren ganas de llorar otra vez.

—Hola —se para y me saluda serio.

Lleva esos vaqueros oscuros que le sientan tan bien y un polo granate perfectamente planchado. Su cara, a diferencia de su vestimenta, refleja que no está teniendo su mejor día. Así y todo, el muy maldito está guapo incluso con ojeras.

—Hola.

Las risas enlatadas procedentes de la televisión llenan los siguientes segundos. El corazón me

bombea tan fuerte que creo que hasta él va a poder escucharlo. Supongo que eso debe de ser físicamente imposible, aunque ni siquiera se queda el tiempo suficiente como para comprobarlo. Da media vuelta y se va a su habitación.

¿Tantos nervios para esto? ¿Es todo lo que vamos a hablar? Vale, no. Esperaré a que salga. No puede quedarse en su habitación hasta mañana.

Tarda menos de cinco minutos en regresar al salón. Lleva la maleta de nuevo con él y su postura es rígida. Se pasa una mano por la nuca antes de hablar.

—Me voy.

—¿Te vas?

—Sí, solo he venido a coger algo de ropa limpia.

—¿Cómo que te vas? No, no puedes irte —declaro tajante—. ¿Así es como crees que vamos a arreglar las cosas? ¿Largándote? —Elevo la voz nerviosa—. ¿Va en serio, Nico? Nosotros no somos así. No nos alejamos el uno del otro, nunca lo hemos hecho y me niego a…

—Dafne —me corta—. Me voy y vuelvo mañana.

—Ah… Creía que… —Carraspeo avergonzada ante mi desproporcionado arrebato melodramático—. ¿Y a dónde vas, si se puede saber?

—A León.

—¿Es por tu madre?

—Sí. Mi padre encontró el teléfono de Cecilia. La he llamado esta mañana y le he preguntado si había alguna razón para que mi madre fuera a verla todos los años.

—¿Y? —pregunto ansiosa.

—No sé, no me ha querido contar nada por teléfono. Dice que necesita hablar conmigo en persona. Y cuando le pregunté si mi madre conocía a alguien llamado Alonso se quedó callada —tercia contrariado—. Hemos quedado mañana por la mañana, así que tengo que irme ya. Mi padre me ha prestado su coche y lo tengo aparcado en doble fila.

Agarra su maleta para irse y da cinco pasos antes de detenerse y girarse otra vez hacia mí.

—Vuelvo mañana —me recuerda—. Nunca me alejaría de ti.

Se marcha y yo tardo unos segundos de más en reaccionar. La parte positiva es que me manejo bien bajo presión. Corro hasta mi dormitorio, cojo una mochila del armario y la lleno a toda prisa con ropa interior, un par de camisetas, unos vaqueros y una sudadera. De camino a la puerta agarro el bolso y salgo de casa.

El ascensor data del Pleistoceno, así que atajo bajando por las escaleras los siete pisos y considero un pequeño milagro no hacerme un esguince. Localizo el coche del padre de Nico en cuanto salgo del portal. Acelero aún más el paso y abro la puerta del copiloto cuando está a punto de incorporarse al tráfico. Salto al asiento con el mismo ímpetu que un atracador de bancos.

—¡¡Joder!! —grita Nico y pega un frenazo—. Me observa entre acojonado y desconfiado, con las manos tensas sobre el volante, mientras yo trato de recobrar el aliento.

—¿De verdad crees que no voy a acompañarte? —Cierro la puerta y lanzo la mochila al asiento de atrás. Sigo dolida, pero…—. Me necesitas, así que arranca.

Asiente porque no le he dejado más opción y retoma la marcha. Los típicos sonidos de la ciudad —la sirena de un coche de policía, varios pitidos de claxon, un hombre en una furgoneta cagándose en la puta madre de un taxista— nos acompañan hasta que nos incorporamos a la A-6. Una vez solos en la autovía, el silencio empieza a arañar los cristales. Para romperlo, pongo una lista de reproducción de Spotify.

Sincericidio comienza a sonar alto y me dedico a fingir que observo el paisaje por la ventanilla mientras llevo el ritmo de la canción moviendo la rodilla.

En serio, joder, ¿por qué todas las canciones hablan de nosotros?

Me siento ridícula. Quizá no debería estar aquí. Quizá él no me quiere aquí. Y esa duda horrible que jamás me he planteado antes con Nico me oprime el pecho.

—Lo odio —murmura con la vista fija en la carretera.

—¿Desde cuándo? —Lo miro y frunzo el ceño—. Si te encanta Leiva.

—No hablo de la música. —Baja el volumen casi hasta el mínimo—. Odio no hablar contigo.

Mi pecho se relaja.

—Podemos hablar.

—No lo parece. Llevamos más de una hora en silencio.

—Nico, llevamos —compruebo el reloj del salpicadero— quince minutos escasos en el coche.

—Pues a mí se me han hecho eternos. —Desvía la mirada hacia mí un par de segundos y sonrío sin poder evitarlo—. Odio no hablar contigo, pero odio más aún no saber qué decirte.

Lo entiendo. La incomodidad es una visitante de lo más indeseada.

—Empecemos con algún tema neutral e iremos viendo —propongo—. Hablemos de Fiona.

—Tu hermana es lo menos neutral del mundo para ti —asegura.

Ignoro ese comentario y trato de recuperar nuestra normalidad contándole lo que se ha perdido esta mañana. Le describo con todo lujo de detalle la situación que me encontré al llegar a casa, por mucha grima que me dé, y termino por explicarle lo indignada que sigo estando.

—Doña perfecta me tiene envidia. ¡A mí! —recalco llevándome la mano al pecho, todavía perpleja.

—No me parece tan raro. Tú vives tu vida como te da la gana, y está claro que ella no.

—¿Y es mi culpa? Pues que no se case. Que deje a Martín y se monte un harén si le apetece. De lo único que me hago responsable es de haber amputado los pies a sus muñecas cuando éramos pequeñas.

—Sé que vuestro pasado es complicado y que os tiráis a la yugular a la mínima. —Abro la boca para protestar, pero prosigue—. Sé también que Fiona es difícil de gestionar. Es criticona e intransigente.

—Y materialista y clasista.

—Pero también tiene complejos y miedos, como cualquiera. Y su propia versión de la historia. Te confesó que se siente pequeña a tu lado. Y la Dafne que yo conozco tendría empatía y compasión por ella. —Alza la mano con rapidez para que le deje terminar—. Creo que Fiona necesita una hermana más de lo que está dispuesta a admitir. Creo que tú también. Y con esto no estoy diciendo que debas forzar una relación con ella ni que sea tu responsabilidad. Además, tampoco soy el más indicado para dar consejos… Pero tenéis, al menos, una conversación pendiente. Una sin penes ni cucharones de por medio.

—Te prefiero cuando no hablas —murmuro enfurruñada, aunque ambos sabemos que no es verdad.

Llegamos a León a las diez y cuarto de la noche y aparcamos en una calle cercana al centro. Como todo está siendo muy improvisado, no hemos reservado ningún alojamiento. Por el camino, he mirado varios hoteles y he encontrado uno pequeño y cuco al lado de la catedral y que también está situado cerca de la casa de Cecilia, donde Nico ha quedado mañana con ella.

Subimos por una calle peatonal y bulliciosa con terrazas a ambos lados, hasta llegar a nuestro destino. Un edificio blanco de tres plantas con jardineras con flores en los balcones. La puerta de entrada es estrecha y la recepción, minúscula.

Nos aproximamos y le damos las buenas noches a Cristina, la recepcionista. Nico deja su maleta a un lado del mostrador y se apoya en este con el codo.

—Queríamos… una. No, dos habitaciones —corrige rápidamente—. O una —recula y se pasa la mano por la mejilla—. Ehm, ¿Daf?

Me mira, dejando la pelota en mi tejado sin disimulo, y lo quiero matar. Y también besar. Mucho. Muchísimo. Sin parar.

Estoy bien jodida.

—Tú y yo no vamos a tener una conversación incómoda sobre si compartimos habitación o no. Además, seguro que esta es una de esas veces en la que solo tienen una habitación disponible.

—Tenemos nueve habitaciones en este momento —me informa la recepcionista—. Pueden escoger individual o doble. La doble cuenta con dos opciones: interior, que es ideal para disfrutar de la tranquilidad en pleno centro; o exterior, con vistas a dos de las calles principales y con más ambiente de la ciudad —nos relata de carrerilla y sin perder la sonrisa—. También pueden elegir entre cama de matrimonio o dos camas. Y si les interesa, este fin de semana, disponemos de una oferta especial para parejas en nuestro *spa*.

Maravilloso.

—Una habitación doble, por favor —le pido—. Es absurdo pagar dos individuales. Vivimos juntos, y no tiene por qué ser raro dormir en la misma habitación. Nunca lo ha sido —declaro con más firmeza de la que poseo y él asiente con los labios tan apretados que parece que se le vayan a partir.

—Perfecto —dice ella tecleando en su ordenador—. ¿Cama de matrimonio o dos

individuales?

¿En serio, Cristina? ¿No ves que tenemos una tensión rara aquí?

—Dos camas —indica él.

—¿Interior o exterior?

—Exterior, preferimos buenas vistas. Además, no nos importa mucho el ruido. —Miro a Nico—. Estás nervioso y ni siquiera vas a poder dormir.

Relaja el gesto y sonríe, por primera vez en horas.

—A veces es preocupante lo mucho que me conoces.

LA ORGÍA ME PILLÓ DESPREVENIDA

No queda una mesa libre en la pizzería en la que estamos cenando. Las conversaciones a nuestro alrededor son atronadoras y las risas, escandalosas. Especialmente las de un grupo de amigos que celebra una despedida de soltero. Eso o a uno de ellos le ha parecido buena idea salir vestido con un pelele azul y gorrito de bebé. El humor reinante en nuestra mesa no casa mucho con el ambiente animado del local. Nico está distraído y preocupado por la cita de mañana con Cecilia, así que no hemos hablado mucho. El que ha sufrido los efectos de sus nervios es el mantel de papel, que yace medio descuartizado en la mesa.

A pesar de ello, no puedo evitar reírme cuando le sirven un poleo menta. Previamente hemos compartido una *pizza* de morcilla y manzana, una de cabrales y *bacon* y un tiramisú. Los silencios hemos optado por rellenarlos con botella y media de vino blanco semidulce.

—Una infusión no te va a librar de la gota que vas a sufrir a los cuarenta si seguimos comiendo como cerdos.

—Eh, al menos yo me molesto en salir a correr —se defiende llevándose la taza a la boca con un gesto que no debería resultar tan masculino, teniendo en cuenta que se trata de una bebida de octogenarias—. Tú deberías acompañarme alguna vez.

—Pídeme lo que quieras —declaro apoyando los codos en la mesa—. Repasaré tus guiones mil veces y te soportaré cuando te prepares para algún papel de psicópata. Te levantaré del suelo de Urgencias cuando te desmayes por una intoxicación por mejillones. No solo cogeré el teléfono cuando me llames desde la cárcel, te ayudaré a escapar de ella si hace falta, pero no me pidas que te acompañe a correr.

—Tú te empeñaste en ir a aquel restaurante belga de mejillones —me recuerda con retintín mientras alza la mano para pedir la cuenta a uno de los camareros que vuelan de un lado a otro de la sala.

—Y gracias a mi empeño, perdiste de golpe los dos kilos que habías cogido ese verano. De nada.

—No voy a insistir porque eres un caso perdido para el deporte, pero espero que mantengas la promesa que acabas de hacerme —comenta con seriedad—. No duraría ni un día en la cárcel. Soy demasiado guapo.

—Sí que lo eres.

El problema no es lo que digo, sino cómo lo digo. Con una sonrisa boba y unos ojos risueños que obligan a Nico a apartar la mirada. Nos quedamos en silencio —por cuarta o quinta vez en lo que llevamos de cena— y las risas ajenas amenazan con perforarme los tímpanos.

¿Así va a ser nuestra dinámica a partir de ahora? ¿Tengo que pararme a analizar si alguno de mis comentarios puede resultar apropiado o no? Es ridículo. Es como perderme por un camino que conozco de memoria.

Por acuerdo tácito, nos ahorramos la sobremesa y salimos del local nada más pagar la cuenta. Damos un paseo por el Barrio Húmedo, que hoy sábado es un hervidero de gente que discurre por un laberinto de calles estrechas, plagadas de bares llenos hasta los topes, donde no para de sonar la música. El verano todavía no se hace notar en la ciudad, pero el aire fresco me viene bien para contrarrestar el pelotazo que me ha pegado el vino.

Caminamos hasta darnos de bruces con la catedral, iluminada por una suave luz dorada, y nos detenemos para levantar los ojos hasta el cielo y observar su impresionante fachada. Le pregunto a Nico si quiere volver al hotel, pero prefiere seguir caminando un rato más. Nos alejamos del bullicio y nos movemos sin rumbo fijo, callejeando sin mucha más compañía que el sonido de nuestras pisadas.

Al principio, me esfuerzo por hablar, aunque noto que él apenas me escucha, así que me cruzo de brazos y me acomodo a su ritmo, siempre algo más pausado que el mío.

—Lo siento —me dice cuando bordeamos una plaza circular cubierta de árboles—. Sé que no soy la mejor compañía ahora mismo.

—¿Qué es lo que te preocupa exactamente de mañana? —le pregunto por fin. Llevo horas esperando que me lo cuente.

—No lo sé. —Suspira echando la cabeza hacia atrás—. Eso es lo malo, supongo. No saber.

—Vale, pongámonos en el peor escenario posible que podamos imaginar y así estaremos prevenidos —le propongo, captando por fin su atención—. ¿Qué es lo peor que te puede contar Cecilia? Empecemos por lo más simple y lo que ya sospechamos. Que tu madre tuviera un amante llamado Alonso y se encontraran aquí en León una vez al año para dar rienda suelta a su pasión.

—Por favor, no vuelvas a decir «dar rienda suelta a su pasión».

—Me ha parecido más fino que «follar como conejos» para referirme a tu madre.

Gira la cara con brusquedad y cierra los ojos.

—Joder, Dafne.

—¿Qué? Tu madre, aparte de madre, es también una mujer, y tendría sus necesidades, como todas. Asúmelo. —Me río y él arruga la nariz. Al menos eso le distrae—. Venga, ¿qué más? Lo peor que se te pase por la cabeza.

—Pues… que Alonso además de ser el amante de mi madre sea también mi padre biológico.

Giramos en una esquina y pasamos delante de un par de adolescentes que se están besando

como si un asteroide estuviera a punto de impactar contra la Tierra y fueran sus últimos minutos en ella. Yo levanto las cejas y Nico sonríe.

—Vale, que sea tu padre biológico y añado que sea el líder de una banda de mafiosos a lo Tony Soprano que controle todo lo que se cuece a este lado del río… Donde sea que esté el río aquí —puntualizo sin ubicarme en absoluto.

—Que sea un mafioso, que me reconozca como su hijo legítimo y que espere que siga sus pasos en el negocio familiar.

—Que te metas en el negocio y acabes controlando toda la red de mafia castellanoleonesa.

—Genial, seguro que acabo con un tiro en la cabeza y ardiendo en el maletero de mi Mercedes.

—Sí, es muy probable —coincido—. ¿Ya estás más tranquilo?

—La verdad es que sí —admite sorprendido.

Llegamos a una plaza presidida por una fuente iluminada de rojo como si fuera un cabaret. Es enorme, con cascadas y chorros de agua que salen despedidos a una altura considerable. En el centro de la misma se levanta un pedestal sobre el que se alza la escultura de un hombre sosteniendo un puñal en el aire con cara de pocos amigos.

—Verás como todo va bien —le aseguro al pararnos en un semáforo—. A lo mejor ni siquiera hay un gran secreto, Nico. A lo mejor Cecilia simplemente nos invita a desayunar, nos cuenta cosas bonitas sobre tu madre y narcotiza nuestros cafés para secuestrarnos y encerrarnos en su sótano secreto junto a su colección de muñecas de porcelana.

Consigo arrancarle un par de carcajadas bastante sonoras y mi corazón se dispara.

—No está mal —reconoce—. Aun así, no es el peor escenario que se me ocurre.

—¿Y cuál es? —Arqueo una ceja con curiosidad, siguiendo con el juego.

Su sonrisa se desvanece.

—Que tú me odies.

—Nico… —Ahogo su nombre en la garganta. El semáforo se pone en verde, pero ninguno de los dos se mueve—. Nunca voy a odiarte. —A veces, el odio no es más que amor vestido con el dolor que no sabemos gestionar. No se lo digo—. Yo… —Dos palabras me cosquillean en la punta de la lengua. Tampoco las pronuncio. Siento un pinchazo agudo en la garganta. Qué triste es creer que debes silenciar un *te quiero*—. Lo siento. Siento haberlo dicho. Estaba enfadada y un poco superada. Creo que la orgía me pillo desprevenida. —Pestañeo con fuerza—. Nunca creí que pronunciaría esa frase.

—Yo también lo siento. Además, tenías razón. Puede que no me haya enamorado nunca de verdad. —Mete las manos en los bolsillos y desvía la mirada—. Puede que solo sea un egoísta que intenta retener a la gente.

—Eh, nunca he dicho eso, ni tampoco lo pienso.

—Me lo dijo Saúl.

—¿Y vas a darle credibilidad precisamente a tu hermano?

—Que sea un capullo no quiere decir que esté equivocado en todo —señala encogiéndose de hombros—. Antes de llevar a mi madre a la residencia, cuando yo todavía me negaba, tuvimos una discusión muy fuerte. Me recriminó que me importaran más mis ganas de retenerla conmigo que su bienestar. Y en algo tenía razón. Me empeño en que las cosas no cambien. Y me empeño en conservarlas, aunque no sean buenas para mí. Es lo que hago con mi profesión, y con mis parejas… Ya tengo edad para asumir ciertas cosas, como que los sueños a veces no se cumplen por mucho que nos esforcemos, o que uno no se enamora como en las películas. Y menos aún en diez minutos —añade con una mueca, recordando mis palabras—. No sé, quizá me venga bien pasar un tiempo solo.

Me olvido de la parte de mí misma a la que esa frase le hace polvo y me concentro en mi papel de mejor amiga, porque es lo que corresponde. Haría lo que fuera por Nico. Aunque eso suponga, irónicamente, dejar de quererlo como lo quiero.

—Eres libre de enamorarte y de querer como te dé la gana, y yo no soy nadie para juzgarlo. La vida no es como en las películas, es verdad, pero a nosotros las películas siempre nos ayudan a olvidarnos un rato de la vida, ¿no? —Alzo las cejas porque acabo de tener una idea—. Que es justo lo que necesitas ahora mismo.

Le agarro de la mano y tiro de él. Apenas hay coches circulando, así que atravesamos la carretera hasta llegar al centro de la plaza. Cruzamos la zona ajardinada que rodea la fuente y nos quedamos a sus pies. Dejo mi bolso en el suelo y no me lo pienso dos veces. Flexiono la rodilla, meto un pie en el agua y el otro a continuación.

—¿Qué coño haces? —pregunta Nico abriendo los ojos como platos—. Ni se te ocurra.

Ahogo un grito cuando siento el agua cubrir mis rodillas. Es como si cuchillas diminutas intentaran traspasarme el pantalón. A pesar de ello, no me acobardo y me adentro un poco más. Cuesta avanzar más de lo que parece a simple vista, porque el agua se revuelve con fuerza a mi alrededor.

—Vuelve aquí, Dafne —me grita para hacerse oír bajo el ruido estrepitoso de las cascadas.

—No soy Dafne, soy Anita Ekberg en *La dolce vita* —le aclaro abriendo los brazos. No me parezco a la rubia escultural con su vestidazo negro ni esta fuente tiene nada que ver con la Fontana di Trevi, pero lo que cuenta ahora es la actitud—. *Marcello, come heeeeere!!* —Imito el tono susurrado y sensual de la actriz en la película, aunque lo que me sale es la voz de alguien que desayuna aguardiente y se fuma tres paquetes de Ducados al día.

Nico se cruza de brazos y niega con la cabeza.

—No pienso meterme —leo en sus labios.

Me acerco a él, dispuesta a arrastrarlo conmigo a la fuerza, pero no veo dónde coloco el pie y resbalo. Me caigo de culo y entonces me doy cuenta de que esto ha sido muy mala idea. Un chorro me cae en la cabeza y el agua helada me cubre hasta el cuello y se cuela por mi espalda. Trato de levantarme, ya no por dignidad, sino porque me niego a morir ahogada de una forma tan ridícula, pero me veo envuelta por un remolino cabreado.

—Estás como una puta cabra —oigo decir a Nico mientras tira con fuerza de mis axilas hacia arriba.

Me apoyo en él, le rodeo el cuello con el brazo y le escupo agua en la cara sin querer. No se lo espera y se echa con fuerza hacia atrás. Intento agarrarlo pero termino tropezando con sus pies, ambos perdemos el equilibrio y nos caemos.

Esta vez aterrizo de cara y trago tal bocanada de agua no potable que estoy segura de que voy a pillar la malaria o algo así. Saco la cabeza con la elegancia de un San Bernardo y me quedo apoyada en el suelo a cuatro patas. Estas cosas no le pasaban a Anita Ekberg. Observo a Nico perder todo el estilo y la gracia que lo caracterizan mientras patalea hasta lograr incorporarse y quedarse sentado.

Nos miramos empapados, con los ojos muy abiertos y rompemos a reír al mismo tiempo. Los ataques de risa pueden ser de lo más inoportunos, sobre todo cuando van a producirte una hipotermia. Comienzo a gritar lo obvio, que deberíamos salir de aquí; no obstante, mi voz queda amortiguada por un sonido agudo que me corta la risa de golpe. Una sirena de policía.

MI PARA SIEMPRE

NICO

Seguimos aún con la risa floja cuando llegamos a la recepción del hotel. El chico situado tras el mostrador levanta la mirada y su sonrisa se congela en cuanto nos ve. Nuestra ropa está tan calada que debemos de pesar un par de kilos más cada uno y el pelo de Dafne es una cortina densa y enmarañada que le cubre media cara. Podría salir del fondo de un pozo y acojonarte como la niña de *The Ring*. Se lo suelto tal cual y me gano un codazo en las costillas.

El pobre recepcionista no debe de tener más de veinte años y titubea al darnos las buenas noches. Debe de pensar que vamos borrachos y se la vamos a liar. Carraspeo y lo saludo con un asentimiento de cabeza muy educado, que deja de surtir efecto en cuanto a Dafne se le escapa la risa por la nariz y se burla de mí para que deje de hacerme el Bridgerton.

La perdono al instante porque nos acaba de librar de una multa de setecientos cincuenta euros. Dicho esto, también es culpa suya que acabáramos metidos en una fuente en primer lugar y nos pillara la policía. No me preguntes cómo, pero ha conseguido convencer a dos agentes de la ley para que nos dejaran volver al hotel tan solo con una advertencia. Yo me he limitado a admirarla mientras hablaba con ellos y obraba su magia.

No sé si culpar al alcohol o a mi propia intensidad —casi seguro se trata de la segunda—, pero en este momento también me da por pensar que cuando quieres a una persona, si se cae, siempre vas a hacer todo lo que esté en tu mano por ayudarla a levantarse. Ya sea porque se pegue un hostión literal en un fuente o la caída sea en sentido figurado. Aunque algunas veces, en días raros como el de hoy, en una ciudad desconocida, quererse también supone caeros juntos y no poder levantaros de la risa.

Cuando llegamos a nuestra habitación, Dafne ya está tiritando y le castañetean los dientes, así que le cedo el turno para que se duche primero. Se mete en el baño, no sin antes volver a dejar claro lo peligrosamente engañosas que son las fuentes. Yo me quito la ropa mojada y me pongo unos calzoncillos. Me siento en la cama a esperar y, cuando escucho el sonido del agua, me obligo a dejar los pies quietos y quedarme donde estoy, en lugar de levantarme y meterme en la ducha con ella, que es lo que mi cuerpo me reclama a gritos.

Querer follármela hasta que salga el sol no es más que una manifestación de lo que siento por ella. La quiero de todas las formas que se puede querer a alguien. Lo he pensado en la calle y también de camino al hotel. No podía decírselo delante de la policía, ni tampoco podría confesarlo en general; entre otras cosas porque hace media hora escasa le aseguré que ya me tocaba madurar y estar solo por una vez. Lo último que busco es terminar alejándola de mí con mis mierdas y mis inseguridades.

Se me pasará. Con el tiempo. O no, no lo sé. Como tampoco sé en qué momento exacto me enamoré de Dafne. Me cuesta determinarnos en ese sentido, tal vez porque considero que nosotros no tenemos un principio como tal, al igual que tampoco tendremos un final, si puedo evitarlo. Lo que siento por ella no depende de nada; es, existe, y no se va a ir a ninguna parte.

Cuando sale de la ducha, lo hace con el pelo peinado hacia atrás y vestida con una de mis camisetas, cuya longitud apenas le cubre los muslos. Se la he prestado porque con las prisas se olvidó el pijama y no estoy seguro de si ese hecho me convierte en el cabrón con más suerte del mundo o en el mayor pringado que se puede ser, porque va a ser una tortura verla pasearse así por la habitación sin poder tocarla. Para evitarla lo máximo posible huyo al baño y me doy una ducha larga y solitaria.

Al regresar a la habitación, veinte minutos después, la encuentro tumbada en su cama, abrazada a la almohada como si fuera un peluche. Su respiración es pausada y tiene la boca entreabierta. Está agotada y profundamente dormida. Se ha cubierto parcialmente con la sábana, privándome de sus piernas desnudas. Por suerte o por desgracia, me las conozco de memoria y puedo recrearlas en mi mente cuando quiera.

Me pongo el pijama y apago la luz. La iluminación no desaparece por completo, ya que una farola cercana se cuela sutilmente en la habitación. Debería acostarme en mi cama, sería lo sensato, pero me siento en el borde de la suya. Súmalo a mi lista de estupideces de esta noche. Le aparto un mechón de la cara y le acaricio la mejilla con el pulgar. Gime muy bajito en respuesta y siento un cosquilleo revoloteando en mi pecho.

Siempre pensé que el amor verdadero debe pasarte por encima, como una especie de fenómeno climático extremo. Un huracán que arrasa contigo, un incendio que te consume, un terremoto que no deja nada en pie.

Menudo imbécil.

El amor no destroza lo que toca. Es un simple roce, un cosquilleo que se sosiega con el tiempo, pero que nunca desaparece. Y es infinitamente mejor.

Dafne se revuelve un poco en el sitio, aunque continúa profundamente dormida. Conozco su respiración mejor que la mía. Y es por eso que me atrevo a susurrar:

—Te quiero. Estoy enamorado de ti. Supongo que puede parecer poco creíble viniendo de mí ahora mismo, pero te juro que es verdad. Y aunque me he equivocado muchas veces, si algo tengo claro es que tú eres mi *para siempre*, Daf. No voy a arriesgar eso. No puedo perderte. A ti, no.

Y de todas mis declaraciones de amor —y han sido unas cuantas—, esta es la más sincera. También la más cobarde.

ALONSO

Nico mueve compulsivamente la pierna derecha mientras sus ojos se pasean por el salón de Cecilia, sin fijarse en ningún punto en concreto. Tras recibirnos en su casa, nos ha pedido que la esperemos aquí y lleva unos cinco minutos trasteando en la cocina.

Con el ruido incesante de platos y el zumbido de un microondas de fondo, aprovecho el momento para sacar el móvil y revisar mis mensajes. La mano que me queda libre la poso con firmeza sobre la rodilla de Nico. Lo último que me preocupa ahora mismo es que pueda interpretarlo de manera demasiado íntima; necesita tranquilizarse un poco. El leve toque parece funcionar, ya que expulsa el aire por la boca, deja caer los hombros y se hunde un poco en el sofá que compartimos.

Compruebo que tengo cinco mensajes de mi madre, contándome nada en particular, y por primera vez me pregunto si será tan agobiante con Fiona como suele serlo conmigo. También he recibido un par de fotos muy bonitas de Sol desde Menorca, un montón de *emojis* de Mara con clara intención sexual, acompañados de un audio de ocho minutos y cuarenta y siete segundos que no pienso reproducir delante de nadie, y cero mensajes de Gabriel. Supongo que me está dando el espacio que le pedí.

Cecilia nos pregunta a voces desde la cocina si preferimos azúcar o sacarina con el café. «Azúcar», respondemos Nico y yo al unísono y nos miramos con rapidez.

—No vamos a probar ese café —susurro.

—Ni a olerlo siquiera —murmura.

En realidad no sospechamos que vaya a drogarnos las bebidas y a secuestrarnos. Para empezar vive en un tercero, así que no tiene sótano donde retenernos. Pero sí es cierto que no la conocemos de nada. Se supone que es íntima amiga de Isabel; sin embargo, Nico no supo de su existencia hasta hace apenas una semana. Aparentemente, su salón no parece el de una perturbada. Resulta un pelín recargado, aunque también es acogedor. Tres cuadros pequeños de colores chillones y que parecen haber sido pintados por las manos de un niño salpican las paredes laterales junto a una colección de atrapasueños de crochet y un reloj de pared con péndulo. La parte frontal está cubierta por un mueble de madera de teca repleto de libros, revistas, fotos familiares, jarrones, velas, figuritas y todo tipo de adornos pesados con los que

podría golpearnos y dejarnos inconscientes.

Vale, ya paro. Yo también estoy un poco nerviosa.

Cecilia entra en el salón con una sonrisa amable, portando una bandeja con un juego de café clásico y un surtido de pastelitos. La posa sobre la mesa de centro y comienza a servirnos. Las manos le tiemblan un poco y la porcelana rechina cuando nos entrega las tazas con sus platitos correspondientes.

—Ay, qué tonta estoy, no os he preguntado cómo tomáis la leche —comenta levantando una jarrita llena—. Es desnatada porque yo tengo el colesterol un poco alto. Que no es que no me cuide, pero en mi caso es genético. A mi madre le pasaba —nos explica—. También tengo leche sin lactosa, porque mi nieto es intolerante. Y creo que me queda algo de leche de almendras si os gusta más. Si no, puedo bajar un momento a comprar. Hay una tienda aquí cerca que abre los domingos…

—Tranquila, así está bien —comenta Nico con una sonrisa tensa quitándole con cuidado la jarra de las manos para que no acabe derramando la leche caliente.

Es oficial: todos estamos nerviosos.

Cecilia se sienta con la espalda muy recta en el sillón que está al lado de Nico. Se pasa una mano por su pelo rubio y liso, cortado al ras de los hombros. Calculo que debe de tener la misma edad que Isabel, puede que incluso un par de años más, pero el efecto del maquillaje, su mirada viva, y supongo que levantarse cada mañana sabiendo quién es, la hacen parecer más joven.

—Tienes los ojos de tu madre —dice mientras estudia el rostro de Nico con detenimiento.

—Sí, siempre me lo dicen.

—Y la sonrisa —añado yo y él esboza una pequeña y agradecida en respuesta.

—Es verdad. Es casi como verla sonreír a ella —apunta con mirada melancólica—. ¿Cómo está?

Nico hace una mueca. Una pregunta sencilla que ya nunca lo es cuando se trata de su madre.

—Pues… ya no sonríe demasiado, la verdad. Pero está tranquila.

—Sí, me he mantenido informada por una amiga que tenemos en común y que también vive en Madrid, aunque me gustaría ir a verla. Si a ti te parece bien —añade rápidamente.

—Perdona, es que estoy algo confundido. Mi madre nunca me habló de ti.

Ella suspira.

—Ya, es lógico. Aunque a mí me habló de ti muchas veces. También de Saúl, pero tú eres su ojito derecho. Esas cosas se notan aunque las madres intentemos disimular… Siempre decía que tú eres de los que saben soñar bonito. —Los ojos de Nico resplandecen por un segundo—. He estado a punto de llamarte muchas veces, pero al final nunca me he atrevido.

—¿Por qué no?

—Porque sabía que cuando lo hiciera tendría que contarte lo que Isabel debería haberte contado… Por desgracia, no tuvo tiempo. O sí, en realidad, sí lo tuvo —corrige—, pero no encontró la manera de hacerlo. —Se acerca la taza a los labios, toma un sorbo de café que dura

un par de estaciones y vuelve a depositarla en la mesa. Tras una larga pausa, suspira—. Tu madre se enamoró, Nico. Como una loca. Que es como empiezan todas las historias que suelen acabar mal —señala como si supiera bien de lo que habla—. Pero tenía dieciséis años y era una niña.

—¿Se enamoró de Alonso? —quiere saber él.

—No, de Alonso, no. Se llamaba Fernando, le doblaba la edad y estaba casado. Por supuesto, le prometió que dejaría a su mujer para irse con ella a recorrer el mundo.

Bufo. No lo puedo evitar.

—Sí, era un cabrón —verbaliza ella por mí—. Y un cobarde que salió por patas en cuanto se quedó embarazada.

Nico endereza la espalda y arruga la frente.

—¿Se quedó embarazada?

—De verdad que siento ser yo quien te lo cuente —insiste con un deje de impotencia en la voz.

—¿Y qué pasó después?

—El aborto no era algo que tu abuelo contemplara, así que tu madre tuvo al niño y después la obligó a darlo en adopción. Alonso fue ese niño.

Nico apoya los codos en las rodillas y se sujeta la cabeza con las manos. Durante unos segundos solo se escucha su respiración y el tictac del reloj de pared.

—¿Me estás diciendo que tengo un hermano por ahí perdido?

—Perdido, no, yo sé dónde vive… No muy lejos, de hecho. A unos veinte minutos andando de aquí.

—Joder —suelto sin poder evitarlo. Sí, ya sé que no estoy siendo de mucha ayuda, pero no sé qué decir.

—Tu madre lo encontró hace tiempo. Ahora las adopciones están mucho más protegidas, pero hace treinta y nueve años, no tanto. Cuando le dijeron que su hijo vivía en León, me llamó. Hacía años que yo me había mudado aquí y nosotras habíamos perdido bastante el contacto, pero en cuanto escuché su voz por teléfono supe que me necesitaba. Estaba ilusionada y aterrorizada a partes iguales —recuerda—. Consiguió el teléfono de Alonso y pudo hablar con él. Fue educado, muy educado, con ella. Tu madre siempre lo recalcaba. Aunque se negó a conocerla. Lo siguió intentando y él dejó de cogerle el teléfono, así que un día se presentó aquí. Hará unos… once años.

—El ocho de octubre —añade Nico.

—Sí. Es el cumpleaños de Alonso. Tu madre regresaba ese día cada año, y cada año se quedaba frente al portal de su casa, sin atreverse a llamar.

—¿Nunca lo hizo? ¿No lo conoció en todos esos años?

Cecilia nos cuenta que sí, que hace siete por fin se decidió. Él no le ofreció entrar en su casa, pero bajó a la calle y hablaron unos minutos. Isabel le contó su versión de la historia; sin embargo, la respuesta de él siguió siendo la misma. A pesar de ello, volvió los cuatro años

siguientes a León, también por su cumpleaños. Nada cambió en este tiempo. Después se puso enferma y ya no tuvo la oportunidad de seguir intentándolo.

La madre de Nico nunca consiguió tener una foto ni ningún recuerdo con Alonso, así que lo único que conservaba eran unos billetes de autobús en una vieja caja de metal, como hacen los niños cuando rescatan objetos sin valor mientras juegan y los guardan después como si fueran auténticos tesoros.

Ese pensamiento hace que se me escape una lágrima. Nico sigue en la misma posición. No se ha movido, pero su cuerpo rezuma tanta tensión que parece que vaya a hacer crac en cualquier momento y partirse en dos.

—No te enfades con ella, por favor —le pide Cecilia—. Ese secreto le pesaba muchísimo y quiso contároslo muchas veces. A tu padre, a tu hermano, pero sobre todo a ti. Le aterrorizaba que no la perdonarais.

—¿Qué tenía que perdonarle yo? —ruge—. Era una cría y decidieron por ella. Lo que no entiendo es que no me lo contara nunca. —Niega con la cabeza—. No lo entiendo.

—La culpa puede ser más grande incluso que aquello que la provoca. En el caso de tu madre, empeoraba cada vez que iba a ver a Alonso.

—Sí, cada vez que el muy cabrón le daba la espalda —escupe.

—Nico —susurro posando una mano en su hombro, pero sé que no me escucha.

—Dame su dirección.

NO

—No lo hagas —le advierto con el aliento entrecortado tras perseguirlo en modo marcha militar durante quince minutos por las calles de León.

—¿Que no haga qué? —Nico se detiene frente al portal de la casa de Alonso y levanta una mirada cargada de ira hacia el edificio.

Para ser sincera, no tengo ni idea de lo que pretende; creo que ni él mismo lo sabe y le da igual. Ahora mismo es una mecha corta conectada a una carga explosiva que va a estallar en el sitio equivocado. Me coloco delante de él como un escudo humano, consciente de que no hay muchas maneras de frenarlo. Nunca es capaz de razonar en lo que concierne a su madre.

—Justo aquí lo esperaba ella cuando venía. —Se lleva las manos a las caderas y empieza a dar vueltas por la acera.

—Puedes llamarlo por teléfono o escribirle un *e-mail.*

—Y justo aquí también la dejaba él tirada como a un perro —masculla.

—Estás enfadado. Necesitas pelearte con alguien y crees que acabas de encontrar a la persona indicada, pero no lo es, ni esta es la mejor manera de hacer las cosas.

—¿Cómo de jodido tiene que ser perder tus recuerdos y que, aun así, tu cabeza te obligue a seguir sufriendo por ellos?

—Mucho —admito—, pero lo último que quiere tu madre es que tú también sufras por ello.

—Mi madre no puede querer nada, Dafne —replica con amargura—. Ni siquiera es capaz de ponerse los zapatos ella sola.

—Nico, estás sobrepasado ahora mismo, y lo entiendo. Es muy fuerte, acabas de enterarte de que tienes un hermano y…

—No es mi hermano —me corta y se para frente a mí. Su pecho sube y baja con rapidez—. Es el tío que le dio con la puerta en las narices una y otra vez a mi madre. A «su» madre.

—¿No es tu hermano pero sí tiene un deber como hijo? Eso no es justo —remarco con toda la calma que soy capaz de imprimir a mi voz—. Los vínculos no se crean de la nada. Alonso no conoce a Isabel. Para él no fue la madre que fue para ti. No le contó cuentos antes de dormir. No se ocupó de que las heridas que se hacía jugando en el parque escocieran menos solo con un beso. No lo apuntó a teatro a pesar de que su padre insistiera en que jugara al fútbol como el

resto de los niños. No fue a ver todas y cada una de sus obras. Tampoco presumía del talento de su hijo a la menor ocasión ni le hacía arroz con leche los domingos. —Aparta la mirada y esta se pierde en algún punto indefinido de la calle—. Tú ves a tu madre con infinidad de matices, pero para Alonso seguramente solo haya blanco o negro cuando se trata de ella. Por mucho que fuera una niña y por muy difícil que fuera su situación, él era un bebé. Creció sin Isabel durante treinta años y de repente irrumpió en su vida. No puedes exigirle que sea el hijo de una madre que no tuvo. Y menos aún que la quiera como tú, porque eso es imposible. —No responde aunque su respiración se ha sosegado. Le agarro de las mejillas para que vuelva conmigo—. Llevas años triste, enfadado y en duelo por ella. Y lo siento mucho. Siento que la vida sea tan puta con la persona que más quieres.

Posa sus manos sobre la mías y cierra los ojos. Cuando los abre ya no hay rabia brillando en ellos. Solo un destello de humedad.

—Sí que presumía de mí —reconoce.

—Demasiado. Yo traté de explicarle muchas veces que no eres para tanto, pero no me escuchaba —bromeo.

—La echo de menos, Daf —susurra—. Tanto, que duele.

—Lo sé, y ojalá pudiera devolvértela de algún modo, pero solo puedo pedirte que vuelvas a casa conmigo. Y quizá sea hora de buscar ayuda para que dejes de sentirte tan mal y duela un poco menos.

Contiene el aliento un instante y deja salir el aire con un suspiro.

—Vale.

Sus manos siguen pegadas a las mías, y estas, a sus mejillas. Acabo de decirle que nos vayamos, pero no quiero dejar de sentir su tacto. Me permito ser un poco egoísta en ese sentido durante cinco segundos. Diez como mucho. Quince, lo juro, y me aparto.

La puerta del edificio se abre con un fuerte chasquido y decide por mí. Un hombre sale del portal y ambos giramos la cabeza en su dirección. Él nos mira de refilón y parece dispuesto a seguir su camino; sin embargo, sus ojos regresan a nosotros por segunda vez y frena en seco.

De repente, tengo la sensación de haber viajado en el DeLorean para visitar al futuro Nico. Uno que ronda los cuarenta, tiene canas cerca de las sienes y viste de un modo clásico que me recuerda un poco a mi padre, con camisa blanca, chinos y cinturón de piel. Me fijo también en que mide unos cinco centímetros menos y es ligeramente más corpulento. A pesar de las sutiles diferencias, no hace falta una prueba genética para determinar que son hermanos.

—Alonso —murmura.

—¿Te conozco? —le pregunta él con expresión desconcertada, y hasta su tono de voz resulta parecido.

Nico da un paso hacia delante y yo me muevo junto a él, como un planeta que orbita a su alrededor.

—Soy Nico. Soy el hijo de Isabel. Tu madre biológica.

Alonso deja salir el aire por la nariz con un resoplido fuerte y su gesto se endurece.

—No sé qué haces aquí, pero tampoco quiero saberlo. No quiero saber nada. Ya se lo expliqué a ella varias veces.

—Por desgracia, ella no me lo explicó a mí. Y ya ni siquiera va a tener la oportunidad de hacerlo.

Un destello de sorpresa impacta en sus ojos y acto seguido su expresión se suaviza.

—Lamento tu pérdida.

—No ha muerto —le aclara Nico—. Aunque está enferma. Alzhéimer precoz.

—Oh. —Parpadea fuerte y asiente un par de veces—. De todas formas, lo siento. Mi madre pasó por eso con mi abuelo. Es una enfermedad horrible.

—Lo es. Y de lo más reveladora, aunque parezca irónico —tercia con una sonrisa amarga—. No se acuerda de mí, ni de mi hermano, ni de mi padre. En cambio, no deja de llamarte a ti. Solo a ti. Incluso me confunde contigo. Ahora entiendo por qué… —Alonso abre la boca, pero la confusión se apodera de su rostro y es evidente que no sabe qué responder. Lo comprendo. Yo me he quedado muda hace un rato—. Escucha, no me imaginé diciéndote esto, sobre todo porque no sabía ni que existías hasta hace media hora, pero… —Tensa la mandíbula y noto que hace un verdadero esfuerzo por empujar las palabras que salen de su boca a continuación—. Si pudieras… ir a verla…

—No. —Niega con la cabeza—. No me pidas eso.

—Una vez… —El aire se escapa débilmente de sus labios en una súplica silenciosa—. Una sola vez.

Alonso se pasa la mano por la mejilla. Es inquietante lo familiar que me resulta ese gesto en otra persona.

—Mira, Nico, yo siempre supe que era adoptado, pero no lo llevé bien. Nada bien. Me costó años asumirlo, me costó mucho cerrar esa puerta y no pienso volver a abrirla. Lo siento mucho, pero no.

REALIDAD PARALELA

Me despierta la vibración del móvil, no porque yo tenga el sueño ligero, sino porque no cesa. Abro los ojos con pesadez y levanto la cabeza de la almohada. La luz potente del mediodía, creo que es, se filtra por las rendijas de la persiana. Cojo el móvil de la mesita de noche y lo arranco sin delicadeza del cable del cargador. Me arrepiento bastante de haberlo dejado enchufado anoche. Bostezo y compruebo que son las doce y veinte de la mañana y que, por lo visto, Madre Gothel no entiende el significado de «día libre».

Ayer por la tarde, Nico y yo llegamos a casa agotados. Física y mentalmente. Nuestro viaje a León fue corto pero muy intenso. Nos fuimos a dormir pronto, por separado —debería ir haciéndome a la idea de que eso va a ser así siempre—, y, antes de acostarme, le envié un mensaje a mi jefa para informarle de que necesitaba el lunes libre.

No se trataba de una petición y no estaba pidiendo permiso. No me he tomado ni un día de descanso en cinco años, a pesar de que me lo he ganado. Supongo que ella no está de acuerdo porque me ha llamado seis veces en quince minutos y me ha enviado varios mensajes en los que me exige que me presente urgentemente en la productora.

La antigua Dafne —o sea, la Dafne del viernes pasado— se habría levantado a toda prisa para salir escopetada de casa, abrochándose los pantalones por el camino. La nueva Dafne, o al menos a la que aspiro convertirme, empieza a ser consciente de que la vida es algo más que ser esclava de tu trabajo y no depende de una jefa que te necesita para todo pero te trata como si no valieras nada. Soy el segundo violín, sí, aunque, como dijo Nico, soy también la que dirige la puta orquesta. Y la orquesta no se va a desmoronar porque yo llegue un poco tarde. Repito, en mi día libre.

Me tomo mi tiempo para desayunar y mandarle un mensaje a Nico para preguntarle cómo está. Después me ducho y me visto con calma, me peino —vale, eso no me lleva mucho, porque mi cambio no va a ser tan radical— y llego a la productora un par de horas más tarde.

Nada más bajarme del coche, saco mi móvil del bolso. Espero haber recibido varios mensajes de Sonia en los que me amenace con enviar a los geos a mi casa si no llego ya. Lo que me encuentro me preocupa bastante más. Es Mara la que me está friendo a mensajes.

Mara
¿Estás bien?

Mara
¿Dónde estás?

Mara
Contéstame, estoy preocupada.

Mara
¿Quieres que le corte la polla? Tú solo dímelo. Tengo tijeras a mano.

Mara
Joder, la que se está liando aquí.

Mara
DAFNE, ¿DÓNDE HOSTIAS TE HAS METIDO?

¿Se supone que tengo que entender algo? Arrugo la frente y acelero el paso por el aparcamiento ante esos titulares que no auguran nada bueno. Joder, quizá la urgencia sí que lo era. Menudo día he escogido para hacerme la rebelde.

Entro en el edificio y Paloma, la recepcionista, ladea la cabeza al verme y me da las buenas tardes con una mirada lastimera, como si se me hubiera muerto la gata. ¿Qué coño está pasando aquí?

Me dirijo al despacho de Madre Gothel con el corazón más acelerado de lo que me gustaría y las miradas de mis compañeros, todas idénticas, se siguen sucediendo por los pasillos. Hasta que llegan los gritos y acaparan toda mi atención. Son los de Rodrigo, por supuesto. Sigo el sonido de su ira desmedida y entro en el despacho de mi jefa. El director está de pie frente a su escritorio. Nadie se ha molestado en cerrar la puerta. ¿Para qué? Se le escucha desde la estratosfera. La mirada de Sonia pasa de Rodrigo hacia mí. O lo que es lo mismo, de complaciente a implacable.

—¿Se puede saber dónde estabas? —murmura mi jefa entre dientes y sin rastro de ese tono falsamente cordial que suele utilizar conmigo.

Rodrigo se gira hacia mí. Su ojo izquierdo se ve encendido por la rabia; el derecho no sabría decirte, está completamente cerrado a causa de un puñetazo, deduzco.

—¡Que sepas que lo voy a denunciar! —me advierte como si yo tuviera que saber de quién habla y se da la vuelta para seguir increpándole a Sonia—. Exijo que lo despidáis.

—Rodrigo, todos sabemos que los rodajes son estresantes y a veces las cosas se salen de madre. Vamos a calmarnos un poco primero y…

—¡No quiero calmarme! —ruge, porque pedirle a Rodrigo que se calme es como derramar gasolina en mitad de un incendio. Si Sonia hubiera pasado más de cinco minutos seguidos con él, lo sabría—. O lo despedís inmediatamente o el que se larga soy yo. Y demandaré a la productora

también. Tú verás —apunta amenazante con el dedo y se da media vuelta.

Me aparto de su camino antes de que me embista, ya no solo por el enfado que lleva encima, sino porque dudo que vea algo con ese ojo.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunto en cuanto nos quedamos solas.

—Dímelo tú —me pide ella con voz afilada—, porque tu trabajo, entre otras cosas, consiste en controlar a los actores para que no agredan al director.

—¿Quién ha sido? —inquiero y cruzo los dedos mentalmente para que no sea cosa de Gabriel.

—Tu novio —tercia con desdén. Mierda—. Bueno, o lo que sea ya a estas alturas, claro.

—¿Cómo que a estas alturas? ¿Qué quieres decir?

—Ah, que no lo sabes todavía. —Sonríe con frialdad, abre el cajón de su mesa con un tirón seco, coge una revista y la deja caer en la mesa con efecto dramático—. Recién salida del horno.

Me acerco para verla con detenimiento. Es una famosa publicación de prensa rosa. La foto de portada ha sido tomada por la noche, a distancia, y no cuenta con la mejor calidad. De todos modos, en ella se distingue a Gabriel besándose con un chico que le sujeta la cara con las manos mientras él lo agarra por la cintura. Por si quedara alguna duda, el titular da la puntilla: «Gabriel Silva y Asier Costa. ¿Más que amigos?».

Asier Costa…

—¿Asier Costa? —Abro los ojos—. ¿El futbolista?

—El futbolista casado cuya mujer está a punto de dar a luz —apostilla—. Las redes ya están ardiendo y es *trending topic*.

Parpadeo tratando de asimilarlo. No lo consigo.

—No entiendo nada.

—Pues espera, que hay más… Esther y Mateo se han peleado también y esta mañana ha llamado el representante de él para comunicarnos que quiere dejar la serie, así que ahora tengo a un director con el ojo morado amenazándome con demandarnos y a los dos actores principales con un pie más fuera que dentro. ¿Me explicas cómo justifico semejante panorama ante los productores ejecutivos?

—Necesito sentarme un momento.

Más bien me derrumbo en la silla más cercana.

—Claro, tú siéntate. ¿Quieres que te traiga un té? ¿O mejor pido que te hagan un masaje para que te relajes? —Apoya las puntas de los dedos sobre la mesa—. Espabila, Dafne, porque eres la responsable de este desastre.

—¿Cómo? —farfullo desconcertada.

—Os vais cuatro días a rodar, cuatro días nada más —recalca bajando la voz, lo que irónicamente hace que suene más enfadada—, y cuando volvéis, esto parece un culebrón. ¿Tan difícil te resulta hacer el trabajo por el que se te paga?

A pesar del repentino bombardeo de información que me aturde el cerebro, mi cuerpo capta

el mensaje principal. Siento un hormigueo en los dedos de las manos, un picor en las yemas más bien, y la sangre se agolpa tan fuerte en mis mejillas que estas empiezan a arder.

—Perdona, pero ¿de verdad crees que es culpa mía que Gabriel haya pegado a Rodrigo? Quien, por cierto, estoy segura de que se lo merecía, porque es el ser más desagradable y déspota que conozco. ¿Y es culpa mía que Esther y Mateo no se soporten y sean incapaces de dejar a un lado sus problemas personales? Te recuerdo que soy ayudante de dirección, no la novia ni la niñera de nadie.

—Lo que creo es que has sido una irresponsable y has descuidado tu trabajo. Y ahora me va a tocar a mí lidiar con las consecuencias, como siempre.

Una oleada de rabia, roja, intensa y precipitada me impulsa hasta levantarme del asiento.

—Me dejo la piel aquí. Hago horas extra no remuneradas y sin quejarme, sacrifico fines de semana por un trabajo que no se me paga como es debido y que muchas veces ni siquiera me corresponde. Como, por ejemplo, cuando me dedico a hacer el tuyo porque a ti no te da la gana.

—Baja la voz, Dafne —me ordena—, y ten cuidado con lo que dices o…

—¿O qué? —espeto levantando la barbilla—. ¿Cómo tienes tan poca vergüenza de echarme en cara que he descuidado mi trabajo?

—A lo mejor, si no hubieras estado por ahí beneficiándote al personal, no estaríamos teniendo esta discusión. —Chasquea la lengua—. Y mira de lo poco que te ha servido.

En mi mente, la secuencia se forma con nitidez. Me acerco, levanto la mano y le cruzo la cara de una bofetada que resuena en todo el despacho. Es tan seca y perfecta que no requiere repetir la toma. Cierro el puño y reprimo el impulso. Sé que no es la solución. De hecho, no la hay. No hay vuelta atrás.

—He trabajado con gente difícil de tratar, podría decirse incluso que es mi especialidad. Y siempre intento ser amable, porque nunca sabes por lo que estará pasando otra persona… Lo he intentado contigo, Sonia, y quizá tus guerras internas sean horribles, no lo sé y me da igual. No tienes ningún derecho a tratarme como una mierda ni yo tengo que soportarlo más. Es una tortura trabajar contigo y eres la persona más envidiosa, mezquina y rastrera con la que he tenido la desgracia de cruzarme.

Ella levanta las cejas, pero la sorpresa le dura apenas un segundo. Entrecierra los ojos como si se hubiera estado preparando para este momento.

—Pues no te preocupes por eso, porque ya no vas a tener que cruzarte conmigo nunca más. Estás despedida.

Salgo del despacho con un zumbido en los oídos. No miro atrás y casi ni veo lo que tengo delante. Me mueve el enfado, la injusticia o la inercia, yo qué sé. Ni siquiera sé cómo llego al aparcamiento. Estoy abriendo la puerta del coche para largarme muy lejos de aquí cuando veo acercarse a Mara.

—¡Dafne, espera!—. Viene jadeando hasta mí—. ¿Qué coño ha pasado?

—¿No lo has oído?

—Yo y todos. No puede despedirte. ¡Y una mierda va a despedirte! Voy a entrar en el despacho de esa cerda y le voy a…

—No, tú no vas a decir ni a hacer nada. Tienes un trabajo que te encanta y dos niños que dependen de ti. No es el fin del mundo, Mara —le aseguro con la confianza que me proporciona ahora mismo un más que probable estado de *shock*.

—No es justo, joder. —Se lleva la mano a la cabeza y se agarra a sus rizos disparados—. Me siento fatal. En parte tengo algo que ver con todo este follón.

—¿Tú?

—Sí, por Esther y Mateo —dice y yo me limito a fruncir el ceño—. Joder, Dafne, ¿no escuchaste el audio que te envié? —Coloca los brazos en jarra.

No, no pude, porque no era un audio, era casi un podcast, y luego, con todo el asunto del hermano perdido de Nico, se me olvidó.

—Hazme un resumen rápido.

Toma aire y lo deja salir por la boca con pesadez.

—Cuando tú te fuiste a que Nico y Gabriel te hicieran un sándwich, cosa que, por cierto, tendremos que comentar en algún momento más oportuno, yo me quedé sola y aburrida en el hotel. Todo el mundo estaba de fiesta y no me apetecía estar encerrada en mi habitación, por mucho que me doliera la cabeza. Total, que bajé al bar a tomar algo y me encontré con Esther. Me contó que había discutido con Mateo después de intentar explicarle por decimoquinta vez, más o menos, que lo suyo se había terminado. Estaba bastante más hecha polvo que yo, así que me quedé haciéndole compañía. Tomamos una copa, empezamos a hablar y no sé cómo nos dieron las tantas de la madrugada… El caso es que terminamos en su habitación… —arruga la nariz— besándonos. Por todas partes.

—Jo-der.

—Y me gustó. Mucho. Muchísimo —asegura con tono grave—. Pero la cosa no quedó ahí. Mateo apareció en la habitación y nos pilló. Volvieron a discutir y ahora él quiere dejar la serie porque es un infantil que no sabe aceptar que su relación se ha terminado. Iba a contártelo en cuanto te viera, pero te largaste corriendo al aeropuerto.

Me pinzo el puente de la nariz con los dedos. Voy a necesitar ibuprofeno.

—¿Estás bien?

—Creo que mejor me voy a casa.

Necesito tumbarme. O puede que me ponga a lijar y pintar algún mueble.

—Luego te llamo. —Me mira con gesto de preocupación.

—Vale… Oye, ¿has visto a Gabriel?

—No, se largó supercabreado después de pegar a Rodrigo.

—¿Sabes por qué lo hizo?

—No tengo ni idea, aunque hablo en representación de todo el equipo cuando digo «gracias». —No seré yo quien le lleve la contraria—. Eh, pero que sepas que sigo dispuesta a cortarle los

huevos a Gabriel igualmente por lo que ha hecho.

Niego con la cabeza sin poder creérmelo aún.

—Gabriel con Asier Costa y tú con Esther… —Me llevo la mano a la frente—. Pero ¿dónde coño estaba yo en Mallorca?

Me mira con cara de «lo sabes perfectamente, pero, aun así, te lo voy a decir».

—En una realidad paralela, cariño. Con Nico.

CONVERSACIONES DIFÍCILES

—¿Dafne? —lo escucho llamarme antes de que deje las llaves en el aparador de entrada. Por el sonido deduzco que no las posa como habitualmente, sino que las lanza de un modo más brusco.

Nico entra en el salón casi a las ocho de la tarde, aunque el sol todavía pica fuerte. Lo sé porque me encuentra sentada en el alféizar de la ventana, sudando la gota gorda mientras froto el cristal de arriba abajo con una bayeta.

—Joder, pero ¿qué haces? Bájate de ahí —me pide y no me da tiempo ni a intentarlo, ya que él mismo me agarra de la cintura y tira de mí hacia dentro—. ¿Te quieres matar o qué?

Me mira disgustado, aunque no me suelta. Sus manos siguen posadas en mi cintura y se han colado sin querer bajo mi camiseta de tirantes. El roce de sus dedos me eriza la piel y manda un escalofrío que viaja por mi columna. Se nota que a mi cuerpo no le ha llegado todavía el mensaje de que estamos intentando superar un enamoramiento.

Rompo el contacto con más rapidez que disimulo, me acerco al sofá para sentarme y cruzo las piernas a lo indio.

—¿Tú no deberías estar en la tienda? Hoy tienes turno de tarde.

—Mara me ha enviado un audio contándome lo que te ha pasado en el trabajo y, en cuanto lo he escuchado, me he largado.

—Podrían despedirte por eso. Lo sabes, ¿no? Dos desempleados en casa no es muy recomendable.

—Me da igual.

Se acerca y se sienta junto a mí. El aroma familiar de su colonia me invade y lo aspiro despacio. No es que sea masoquista, es que se lleva por delante el olor a limpiacristales. Pensaba que ya se me había incrustado en el cerebro tras pasar dos horas limpiando las ventanas de la casa. Y sin perder el equilibrio ni precipitarme desde el séptimo piso, lo cual en mi caso es también de agradecer.

—¿Cómo estás? —quiere saber.

Algo que siempre me ha gustado de Nico es que no intenta resolverte los problemas a la primera. Siempre te pregunta cómo estás y te permite sentir antes de intentar arreglar nada. Puede parecer un detalle insignificante, pero la gente no suele hacer eso. La mayoría escucha los

problemas ajenos para poder escucharse inmediatamente a sí mismos explicándote cómo solucionarlos.

—Pues… sé que en algún momento lloraré y me deprimiré, pero no va a ser hoy. Sigo demasiado indignada. Y también sé que no ha sido mi culpa. Al menos, no lo ha sido que me despidan.

Desvío la mirada hacia Gabriel y Asier Costa, que siguen a lo suyo en la revista que he dejado abierta en la mesa de centro. No pude evitar comprarla antes de volver a casa. El quiosco me quedaba de camino. Vale, en realidad tuve que desviarme un kilómetro y algo. Dime que tú no habrías hecho lo mismo.

—¿Es él? —Frunce el ceño mientras coge la revista y yo asiento.

Si la foto de portada no deja mucho margen para la duda, las del interior que está viendo Nico ahora lo aclaran todo. Soy consciente de que una imagen fuera de contexto y tomada de una determinada manera puede resultar engañosa. Muchos famosos que soportan a menudo el asedio de la prensa rosa también lo saben. Pero además de la evidencia que supone el beso, se nota que hay intimidad entre ellos. Una que desde luego no se consigue en una noche loca de fiesta.

—¿Alguna posibilidad de que sean fotos antiguas y las hayan publicado ahora?

—Lo pensé al principio, pero la camiseta que lleva Gabriel es de una marca con la que ha empezado a trabajar hace poco. La primera vez que se la puso fue en Mallorca.

—Cabrón —murmura y lanza la revista con mala hostia sobre la mesa.

—No creo que yo tenga mucho derecho a insultarlo, ¿no te parece? —Me mira y la culpa alcanza también sus ojos—. Me han sorprendido las fotos, y mucho, aunque no han dolido como deberían, porque no estoy enamorada de Gabriel. Estoy enamorada de ti. —No sé si contiene el aliento o simplemente se le corta de golpe—. Respira, Nico. Me queda claro que tú no sientes lo mismo, o que no quieres sentirlo. Lo mismo da porque no te estoy pidiendo nada. Ni nada va a cambiar entre nosotros. No me vas a perder, te lo prometo, y quiero que lo tengas muy claro. Pero tú mereces escucharlo una vez y yo poder decírtelo. Además, hoy he aprendido por las malas que reprimirme no me sienta nada bien. —Me encojo de hombros y juraría que él sigue sin respirar—. Te quiero más de lo razonable —declaro con una sonrisa apagada—. Solo necesito algo de tiempo para quererte un poco menos.

—Daf…

—No. —Levanto las manos rápidamente para frenarlo—. No hace falta que digas nada. Dentro de un tiempo, nos estaremos riendo de esto. En tu boda seguramente, cuando te cases con un *emoji* majete que no me odie y yo esté saliendo con un hombre encantador, y que no sea actor. Sobre todo que no sea actor… Al final voy a tener que darle la razón a mi madre y no sabes cuánto me molesta eso —bromeo.

Por suerte, el timbre del portal suena antes de que encuentre una forma dulce y considerada de rechazarme, porque hasta cuando Nico duele, duele bonito, y eso me hundiría más en la miseria.

Me levanto del sofá y, en los pocos segundos que tardo en recorrer el pasillo y llegar hasta la puerta, el timbre sigue sonando sin parar, como si alguien se hubiera quedado con el dedo enganchado a él.

—Soy Gabriel —escucho por el telefonillo.

No respondo, solo pulso el botón para abrir.

—Es él, ¿verdad? —comenta Nico a mi espalda.

—Sí.

—Me quedo.

Me giro y lo veo cruzarse de brazos como un portero de discoteca.

—No, no te quedas.

—No voy a dejarte sola.

—Soy mayorcita, Nico, y tengo que hablar con él. Eso también nos lo debemos el uno al otro. —Abro la puerta con cierta premura—. Contigo aquí va a ser más difícil.

No le hace ni puta gracia; sin embargo, no le queda más opción que coger sus llaves para irse. Los tres coincidimos en la puerta y te diría que el momento se me hace incomodísimo, a diferencia de nuestro último encuentro, aunque, con el día que llevo, me dan igual las miradas de duelo del Oeste que se lancen el uno al otro. Ni siquiera llego a verlas, doy media vuelta y regreso a la seguridad de mi sofá.

Escucho la puerta cerrarse y los pasos de Gabriel avanzando. Nunca había sido tan consciente de lo largo que es el pasillo de mi casa. Cuando entra en el salón, pasan unos segundos hasta que decide sentarse a mi lado. Lo hace con las piernas abiertas, los codos apoyados en las rodillas y la vista clavada en la revista. Sé que acabo de defender que debemos hablar, pero permíteme añadir que estaría bien establecer un límite oficial al número de conversaciones difíciles que una persona puede soportar en un día.

—No sé ni por dónde empezar a pedirte perdón.

—Asier Costa es él. Él en mayúsculas —afirmo porque no me cabe la menor duda.

—Sí. Y aunque no lo creas por esas fotos, justo antes de que nos las hicieran estaba diciéndole que no quería volver a saber nada de él… Claro que siempre encuentra la manera de volver. —Desvía la mirada hacia el suelo, avergonzado. Y triste. Me choca a pesar de las circunstancias. Es la primera vez que lo veo así—. Estuvimos juntos cinco años. Cinco años en los que nos escondimos del mundo entero mientras él vivía de cara a la galería.

—¿Por qué?

Me mira por fin.

—¿Has visto a muchos futbolistas decir que son gais? ¿O bisexuales siquiera?

—No, me refiero a que por qué has pasado cinco años así. Tú no eres de los que se esconden.

—Porque él es la piedra con la que tropiezo siempre, supongo. O a lo mejor la piedra soy yo y él es quien me patea una y otra vez, no sé. —Suspira con cansancio—. Es la persona que más he querido y la que más me ha hecho sufrir… Sé que eso no es excusa y no me justifica, Dafne,

pero quiero que sepas la verdad, aunque llegue tarde, y que entiendas que con Asier nunca nada ha sido fácil para mí.

—¿Se ha acabado?

—Se acabó hace meses. Cuando me contó que su mujer estaba embarazada, lo dejé definitivamente. No habíamos vuelto a hablar hasta que vio nuestra foto en mi cuenta de Instagram. Se puso celoso y empezó a escribirme. Ignoraba sus mensajes, así que empezó a llamarme. Cada vez más. Y como no le funcionaba, cogió un avión y se presentó en Mallorca mientras estábamos rodando.

Ahora hay ciertas piezas que encajan. Antes no lo hacían porque no tenía ni idea de que formaban parte de un puzle siquiera.

—No era tu hermano el que te llamaba sin parar cuando estábamos en la fiesta de la playa, ¿verdad? Era él.

—No sabía cómo explicártelo sin… Sin contártelo todo. Y me daba vergüenza. Te juro que creí que lo tenía superado. Solo quedé con él para pedirle que me dejara en paz, pero discutimos, como siempre. Luego me dijo que me quería y que no soportaba estar lejos de mí. Y nos besamos, como siempre también —confiesa, enfadado consigo mismo—. Lo siento mucho, Dafne.

—No estoy enfadada. No podría.

—¿Por qué no? —Me mira con cara de no entender nada—. Joder, enfádate. Insúltame si quieres, me lo merezco… Asier lo ha hecho cuando ha visto las fotos publicadas.

—Asier no te quiere. O si te quiere, lo hace mal. No te merece, cosa que imagino que ya sabes, pero supongo que necesitas que te lo recuerden. Y sigo sin estar enfadada contigo, Gabriel —insisto porque también necesita escucharlo—. Aunque empiezo a preocuparme por ti. Al menos como amiga.

—Como amiga… Dios, qué gilipollas soy. —Se frota la cara con una risa amarga—. Me gustas, Dafne. Me encantas. Y creí que contigo se me pasaría. Que lo olvidaría de una puta vez.

—Ya. —Chasqueo la lengua—. Te entiendo bien, créeme.

Entrecierra los ojos y asiente.

—Nico, ¿verdad?

—Nico, sí… Yo también lo siento.

—Supongo que no quería verlo. A la vista está que te dejé en una cama con él —remata con una mueca.

—¿Tú estás enfadado conmigo? —Lo medita brevemente y niega con la cabeza—. Pero lo estás, en general. Y mucho. Pegaste a Rodrigo.

—Le pegué un puñetazo a Rodrigo porque me lo encontré esta mañana sobando a un becario. Y, por su cara, no parecía estar disfrutando.

—Espera, ¿qué? —Me incorporo de golpe hacia delante.

—No es la primera vez que se toma demasiadas confianzas. Lo sé porque lo intentó conmigo

nada más llegar, en mi primer día de rodaje. Le pareció buena idea tocarme la polla mientras hablábamos sobre mi personaje.

El recuerdo de aquel día me llega como un *flash*.

—Por eso después no querías rodar desnudo, ¿verdad? No querías hacerlo delante de él. —Se queda callado—. Joder, Gabriel, ¿por qué no me lo contaste?

—Porque acababa de llegar a la serie y no quería ganarme fama de problemático.

—Rodrigo abusa de ti y ¿el problema lo tienes tú? Pero ¿en qué mundo de mierda vivimos?

—Tampoco es la primera vez que me pasa, Dafne. —La resignación tiñe su voz—. Le dije a Rodrigo que no se le ocurriera volver a tocarme, pero debería haber extendido la advertencia para que no se propasara con nadie más. Al menos, cuando ese enano cabrón se mire al espejo recordará por un tiempo que no debe tocar a nadie sin su consentimiento.

Sé que el acoso sexual, a menudo, no se denuncia en los entornos de trabajo por miedo a las represalias. O peor aún, simplemente se acepta como algo normalizado. No obstante, nunca lo había vivido tan de cerca. O eso creía. Llevo cinco años trabajando con Rodrigo y siempre ha sido un gilipollas insufrible, pero esto es demasiado.

—Hay que denunciarlo y tienen que despedirlo. Voy a hablar con… —Mi voz se apaga cuando mi cerebro le recuerda un pequeño detalle—: No puedo hablar con nadie. —Me dejo caer otra vez contra el respaldo—. Me han despedido.

—¿Cómo que te han despedido? —Levanta las cejas—. ¿Cómo cojones te van a despedir? Eso no tiene sentido.

—Por lo visto, lo tiene cuando le gritas a tu jefa que es envidiosa, mezquina y rastrera. Creo que también la llamé torturadora, pero no estoy segura.

Gabriel abre mucho los ojos y la risa se le escapa por la nariz.

—Joder, perdona. No me hace gracia. —Se frota la nuca—. Es solo que no me lo esperaba de ti.

De hecho, parpadea sin terminar de creérselo y su cara perfecta parece desencajada. Esta vez no hay despreocupación fingida ni sonrisa de actor medida al milímetro. Tampoco esa especie de aura distante que siempre he percibido en él, si bien no me tomé la molestia de mirar más allá.

—No estamos teniendo nuestro mejor día —concluye.

—Definitivamente no… Lo extraño es que, aunque los dos hemos demostrado hoy ser un poco agresivos y nos hemos engañado y puesto los cuernos el uno al otro, es como si por fin te conociera de verdad. Creo que me gustas más así.

—¿Cómo? ¿Hecho una mierda y necesitado de terapia?

—Siendo tú. Siendo real.

Me dedica una sonrisa. La más sincera que he visto en él.

—Ojalá me hubiera enamorado de ti, Dafne.

Yo no le correspondo con las mismas palabras. No lo siento así. Porque, a pesar de todo, elegiría a Nico mil veces más.

Un poco masoquista sí que voy a ser.

NOSOTROS

El día se resiste a desaparecer. Son casi las diez de la noche y el cielo sigue encendido con varios tonos, azul, rosa y naranja, que se mezclan sin llegar a fundirse del todo. Las vistas son preciosas desde la azotea, pero yo resoplo. Fuerte. Me está costando disfrutarlas.

—No, mamá, no quiero conocer al hijo de tu amiga Rafaela —repito cansinamente por teléfono—. Y me da igual que haya heredado el despacho de abogados de su padre. —Intento seguir, pero me lo impide con su monólogo sobre las bondades económicas del muchacho en cuestión—. Ma-má, no-no, ten-go co-ber-tu-ra —parto las palabras de un modo poco convincente, sin esforzarme demasiado, la verdad, y cuelgo.

Apago el móvil, por primera vez en años, y me lo guardo en el bolsillo de los vaqueros. Me apoyo con los codos sobre el murete del edificio, que sirve de barandilla, y suspiro.

La noticia de las fotos de Gabriel ha corrido como la pólvora y mi madre me ha llamado nada más verlas. Pese a que agradezco su preocupación, tras estar veinte minutos al teléfono con ella —quince de los cuales los ha pasado buscándome un novio de sustitución como quien cambia una rueda— mi cerebro ha dicho *basta*. Por pura supervivencia mental.

Me concentro de nuevo en el cielo. La mayoría de los días, llego a casa tarde, así que no tengo oportunidad de contemplar semejante paleta de colores. En fin, ahora que estoy en paro, dispondré de tiempo.

«Genial, Dafne, el propósito de subir aquí era relajarse y no pensar. Lo estás bordando».

La puerta de la azotea se abre con el molesto chirrido de siempre. Debería echarle aceite a las bisagras. También voy a tener tiempo para eso.

Escucho el caminar pausado de Nico a mi espalda. Se detiene detrás de mí y juro que lo oigo sonreír antes de hablar.

—Siempre he pensado que esta azotea era mi lugar favorito. Pero no lo es; lo eres tú.

Asimilo esas palabras y soy consciente de que acaba de decirme algo muy bonito, como mi mejor amigo que es. Sin embargo, no puedo soportar esa clase de amor en este instante. Me giro con el ceño fruncido y apoyo la espalda en el murete.

—No lo hagas, por favor.

Me mira con cautela.

—¿El qué?

—Intentar consolarme, o lo que sea… Te lo agradezco, de verdad, pero no puedo más. Te juro que hoy no.

—Vale…, no…, claro, perdona —titubea y se aclara la garganta—. Has tenido un día horrible… Es el peor momento para hacer una declaración de amor.

—Espera, ¿qué? —pregunto en cuanto da un paso hacia atrás—. ¿Qué has dicho?

—Nada, no importa. —Levanta el sobre que lleva en la mano y sigue alejándose marcha atrás—. Ya hablamos mañana o cuando sea.

—Nico, quieto —le exijo y se detiene—. ¿Cómo que una declaración de amor? ¿De qué hablas? —No sé quién trabaja a un ritmo superior ahora mismo, mi corazón o mis ojos parpadeando sin control—. ¿Estás…?

—¿Enamorado de ti? —Sonríe nervioso y se frota la mejilla—. Como nunca lo he estado antes. Hasta me he preparado un discurso mientras estaba fuera.

—No pretendo quejarme, en serio, es que no entiendo qué ha cambiado en dos horas.

—Nada y todo, supongo. Pero en realidad hay tres cosas que me han hecho darme cuenta de lo absurdo que es intentar frenarnos. ¿Quieres que te las cuente?

Trago saliva para intentar que el corazón me baje de la garganta y asiento.

—Bien. —Se acerca dolorosamente despacio y se detiene a escasos centímetros de mí. De mi boca. Es la distancia perfecta para poder besarnos. Y si no lo es me da igual—. La primera es que no quiero que encuentres la forma de quererme menos. Odio esa idea, es la peor del mundo —declara categórico—. La segunda tiene que ver con que haya pasado dos horas imaginando una película en mi cabeza. Una en la que tú te reconcilias con Gabriel, os enamoráis y me pides amablemente que me vaya de casa porque vais a vivir juntos. O a lo mejor os mudáis a un chalé de tres plantas con piscina, porque él puede permitírselo —sopesa—, pero me estoy desviando del tema y el lugar ni siquiera es importante. Lo importante es que yo me convertiría en un actor secundario de tu vida y no podría verte todos los días. Por las mañanas tomando café, por ejemplo, aunque no lo necesites porque te levantas con una energía fuera de lo normal para cualquier ser humano que no se drogue.

Me río.

—¿Todo eso te has imaginado en dos horas?

—Soy muy creativo, solo te estoy haciendo un resumen —me informa—. Y la tercera cosa que me ha ayudado a darme cuenta… —Tuerce la boca—. En realidad no ha sido una cosa, sino una persona. —Agita el sobre que lleva en la mano, saca una foto de su interior y me la entrega —. Me la ha enviado Sol. Acabo de encontrarla en el buzón.

Observo la imagen y no tengo claro qué debo buscar en ella, así que mis ojos vuelven a él con gesto interrogante.

—¿Qué ves?

—A ti, sonriendo.

—Como un idiota.

—Un idiota muy guapo. Lo que no entiendo es qué tiene que ver conmigo. Ni siquiera salgo en la foto.

—Sí que sales. Dale la vuelta.

La giro y reconozco en el dorso la letra grande y redondeada de Sol. Leo en voz alta:

—Al final sí me va a tocar ser la secundaria de tu película de amor… No sé cuántas veces más voy a tener que hacer esto por alguno de mis amigos, porque sois todos bastante torpes. Pero, por si necesitas aclaración, esta es la cara de felicidad que tienes cuando piensas en ella. Y si no espabilas pronto, se va a ir con otro que la quiera menos que tú, pero que tendrá menos miedo de hacerlo —la voz se me quiebra un poco al final—. Por tu bien, Nico, sé más feliz y menos gilipollas.

Dejo salir el aire con un soplido fuerte.

—Ya no hace falta que te aclare que «ella» eres tú, ¿no?

—No, pero me está encantando escucharte, así que puedes seguir con tu declaración si quieres.

Tira de mi cintura y me aproxima todavía más a él, de modo que ya no queda separación entre nuestros cuerpos. La foto resbala entre mis dedos y cae al suelo. Mi estómago se revoluciona. No solo hay mariposas en su interior, también leones, osos y elefantes. Creo que tengo un zoológico bailando dentro de mí.

—Siempre tuve claro que no sería fácil que la mujer de mi vida entendiera que hay una parte de mí que le pertenece a otra. Supongo que he tenido suerte, porque la mujer de mi vida lo entendió un poco antes que yo.

—Chica lista.

—Quiero que sepas que no pretendo vivir una película. Quiero la vida contigo, Daf. Con lo bueno, lo malo y lo regular. Porque hasta lo que menos me gusta de ti es cien veces mejor que lo que más me gusta de cualquier otra persona. Soy feliz a tu lado, y si en algún momento dejo de serlo, por cualquier motivo, eres también la persona que quiero junto a mí. A pesar incluso de que creas que Patrick Swayze merecía un Óscar por *Dirty Dancing*.

—Y no solo por su papel como actor protagonista, también por su canción «She's Like the Wind» —le recuerdo—. Ni siquiera lo nominaron. Una injusticia clarísima por parte de la Academia.

—No, para nada, pero da igual. Te quiero.

—¿En lo bueno y en lo malo entonces?

—Sí.

—¿Y en la salud y en la enfermedad?

—Pues sí —ríe ante mi frase absurda y carente de originalidad—. Y en la riqueza y en la pobreza también. En mi caso, probablemente haya más de lo segundo.

—Dios… —Apoyo la frente en su pecho y siento su corazón igual de acelerado que el mío

—. Siento que debo decir algo importante y que esté a la altura del momento, pero todas las palabras se quedan cortas.

Me acaricia la mejilla con el pulgar y me levanta la barbilla despacio para que lo mire. Sus ojos brillan como nunca.

—No hace falta que digas nada. Tú y yo nos hemos hecho declaraciones de amor todos los días sin darnos cuenta.

—Entonces voy a besarte ya, porque si no lo hago creo que el corazón nos va a explotar a los dos.

Cuando trato de materializar mis palabras y me acerco a su boca, se echa hacia atrás.

—¿Me has hecho la cobra? Porque todo tu discurso romántico pierde bastante fuelle si me haces la cobra, Nico —aseguro indignada.

—No te he hecho la cobra, es que me gustan los segundos que preceden a un beso. Quiero disfrutar de la anticipación. Además es nuestro primer beso. Es importante.

—Nuestro primer beso fue hace diez años.

—Sí, pero no cuenta. Nos lo dimos mientras echábamos un polvo que ni tú ni yo recordamos del todo bien.

—También nos besamos en Mallorca.

—En medio de una orgía. —Hace una mueca—. ¿Es la historia del primer beso que esperas que le cuente a nuestros hijos?

—¿Hijos? —Levanto las cejas hasta el cielo.

—No me mires así. Tú quieres ser madre algún día.

—Sí, pero ¿de cuántos hijos estamos hablando?

—Tres.

—¿Te he contado alguna vez que siempre soñé con ser hija única?

—Dos es un buen número.

—Ya lo negociaremos. —Levanto los brazos y rodeo su cuello—. Y volviendo a nuestro beso… Tú lo que quieres es uno de final de película.

—No, nada de final. —Sonríe encantado—. Quiero uno de principio.

Y ahora sí, sus labios encuentran los míos. No es un roce suave ni tentativo. Introduce su lengua en mi boca con decisión, como si supiera que ha encontrado su sitio, y la mía acude desesperada en su busca. Desliza una mano por mi espalda mientras que la otra se enreda con fuerza en mi pelo. Yo tiro de su nuca y le muerdo el labio, haciéndole gruñir. Es un beso anhelante, rotundo, que se vuelve aún más ansioso cuando desatamos las ganas acumuladas que nos tenemos.

Hay lengua, mucha lengua. Jadeos ahogados que nacen y mueren en nuestras bocas. Y hay manos viajando por todas partes. La piel me vibra y siento que la ropa me va a arder. Definitivamente no es un beso de película. Al menos no uno que se pueda emitir en horario infantil o que podamos relatar a nuestra futura descendencia.

Cuando nos separamos, ambos estamos sin aliento.

Abro la boca, pero lo único que sale de ella es un:

—¡Joder!

«Precioso, Dafne».

—¡La hostia! —añade Nico con los ojos muy abiertos.

Puede que sea el peor diálogo romántico de la historia, pero se me olvida en cuanto me aprieta el culo y me atrae de nuevo hacia él. Esta vez se centra en mi cuello.

Ladeo la cabeza para darle mejor acceso mientras deja un reguero de besos en mi clavícula. Adivino sus intenciones de seguir descendiendo por el resto de mi cuerpo y tiro de su mano con fuerza. Nos largamos de la azotea y bajamos las escaleras a toda prisa. Ni siquiera tenemos paciencia para esperar el ascensor. Entramos en casa pegando un portazo y nos vamos desnudando por el pasillo entre beso y beso.

Con la euforia del momento, una de mis zapatillas sale despedida por los aires y casi golpea a Cersei Lannister. Consigue apartarse gracias a sus reflejos felinos y nos maúlla con rencor antes de irse hacia el salón. Supongo que eso significa que no nos da su bendición. Es probable que me odie todavía más por robarle a su amor verdadero, pero así es la vida.

Entramos en la habitación de Nico. Su cama es más pequeña que la mía, pero está más cerca y nos puede la urgencia. Cuando nos tumbamos, yo sobre el colchón y Nico encima de mí, solo nos queda deshacernos de la ropa interior. Me desabrocho el sujetador, él me quita los tirantes y lo lanza al suelo. Se echa un poco hacia atrás y la prisa parece abandonarlo de repente. Se humedece el labio inferior y se toma su tiempo para observarme. Guapo, completamente despeinado y con una sonrisa descarada.

—No me puedo creer que me estés mirando las tetas. No me puedo creer que me estés mirando las tetas y me guste. —Me tapo la cara y me entra una risa nerviosa.

Nico me aparta las manos con suavidad y las tiende sobre el colchón, una a cada lado. Me agarra las muñecas y vuelve a contemplar mi desnudez sin pudor alguno. Mis pezones se endurecen al instante.

—Voy a mirarlas todos los días, así que acostúmbrate —me advierte—. Puede que hasta hable con ellas.

—Seguro que no te aburres. Es posible que hasta tengan opiniones distintas. La teta izquierda es un poco más grande que la derecha.

Que alguien me calle ya, por favor. A ser posible él con un beso. O con lo que considere.

—Son perfectas, las dos. Y están hechas a mi medida.

—No es verdad, tú tienes las manos muy grandes.

—No he dicho a la medida de mis manos.

Arquea una ceja antes de agacharse para atrapar un pezón con la boca.

Emito un jadeo descontrolado y arqueo la espalda, pero todavía me sujeta por las muñecas y apenas puedo moverme. Eso me excita. Me excita demasiado. Enciende cada poro de mi piel y ni

siquiera puedo compararlo con nada, porque nunca me he sentido igual.

—No sé por qué no hemos hecho esto cada jodido día de nuestra existencia.

—Te vuelves muy mal hablado en la cama.

—¿Y eso te gusta? ¿Quieres oírme decir guarradas? —pregunta antes de atender a mi otro pezón.

—Sí, por favor —gimo suplicante.

—Nachos… —Un lametazo—. Con queso… —Otro lametazo—. Y guacamole. —Succiona —. Y chili picante. —Lo muerde.

Me libro de su agarre y lo empujo hacia atrás para incorporarme e invertir nuestras posiciones. Me coloco a horcajadas sobre él y sonríe triunfante.

—Eres idiota —le digo.

—Eso ya lo sabes hace mucho.

—Sí, y tienes suerte de que te quiera igual.

Va a decir algo, pero me restriego contra su erección y solo es capaz de cerrar los ojos y esbozar un «ah». Coloco las manos en su pecho y, de repente, me quedo quieta. Mis piernas se tensan y me bloqueo, desconecto. No sé qué hacer. A mi cerebro apenas le da tiempo a procesar lo que me está pasando. Nico lo nota.

—Estás nerviosa.

—Mucho.

—¿Por qué?

—¿Por qué tú no?

—Porque estoy contigo —responde con una sonrisa preciosa que barre mis dudas de golpe.

Lo beso. Mucho. Muchísimo. Y lo muerdo. Y perdemos el control. No follamos bonito, como diría Nico. Es un sexo más bien guarro y escandaloso. Eso no quita para que hagamos el amor, porque dudo que alguna vez pueda separar una cosa de la otra con él. Y mientras está dentro de mí, todo a nuestro alrededor se vuelve más. Más alto, más intenso, más vibrante.

Al terminar, nos tumbamos agotados y apoyo la cabeza sobre su pecho. Me abraza por la cintura y me pega más a su cuerpo. Es todo lo que necesito ahora mismo. Es todo lo que está bien en el mundo. En nuestro mundo.

—Acabo de darme cuenta de dos cosas —anuncio—. La primera es que tengo que buscar un *emoji* para mí misma.

—¿Hay algún *emoji* desnudo? Porque no pienso dejar que te vistas nunca más.

—Lo investigaré —respondo trazando círculos con los dedos sobre su abdomen.

—¿Cuál es la segunda?

—No hay ninguna distancia que tengamos que recorrer del *tú y yo* al *nosotros*. Siempre hemos sido nosotros, desde el día que nos conocimos. Nosotros, en mayúsculas.

—Y subrayado —añade Nico—. Como todo lo importante.

TAREAS DE HOY

-Asistir a la boda de mi hermana con el amor de mi vida y, de paso, ganar la apuesta.

-No discutir con Fiona (aunque para eso tendríamos que dirigirnos antes la palabra).

-Evitar el contacto visual con mi madre o acabará leyéndome en los ojos que me han despedido.

-Bailar y pasármelo bien.

CHARLA DE HERMANAS

«Enseguida vuelvo», le susurro al oído a Nico, sin estar convencida de que eso vaya a suceder, y me levanto del banco. Nos hemos sentado en primera fila, así que el tramo de pasillo que me toca recorrer hasta la salida se me antoja eterno. La iglesia está llena y la ceremonia debería haber comenzado ya. Escucho murmullos a mi paso y todos los ojos permanecen puestos en mí, incluidos los de mi madre, que no los veo, pero los siento; y los del novio, que lleva un rato esperando en el altar.

Mis tacones suenan como si fueran a perforar la piedra del suelo y puede que eso también llame la atención de todos los invitados. Mara ha tenido que prestarme unos zapatos a última hora. Y también el vestido, lo cual no supone ninguna sorpresa. Como tampoco lo es el mensaje que acaba de escribirme Fiona: «Sal. Te espero en el coche».

Aunque debo admitir que lo extraño es que me lo haya enviado a mí.

Salgo a la calle y el sol me obliga a entrecerrar los ojos. Es julio, son las doce de la mañana y Madrid es un horno. Me coloco la mano a modo de visera y localizo a mi padre escaleras abajo. Va vestido con un chaqué y espera de pie delante de un Mercedes de color negro decorado con flores. Me hace un gesto para que me acerque y voy hacia él.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

En su rostro se dibuja la confusión. Tiene la misma cara que ponía en casa cada vez que mi madre le explicaba cómo funcionaba la lavadora. Una carrera brillante en la medicina, pero incapaz de distinguir el cajetín del suavizante por más veces que se lo explicaras.

—No sé, dice que quiere hablar contigo. No tardéis mucho.

Se mete las manos en los bolsillos y se aleja unos cuantos pasos por la acera.

En lugar de abrir la puerta trasera, bordeo el coche con rapidez y me meto en el asiento del conductor. Compruebo que las llaves están puestas en el contacto.

—¿Qué haces? —me pregunta Fiona desde el asiento de atrás. La miro por el espejo retrovisor mientras lo coloco—-. Su vestido de novia es precioso y le sienta bien el pelo recogido. El gesto de asco no tanto. No es capaz de sonreír ni en su propia boda. Claro que dudo que tenga ganas de hacerlo con el panorama que se nos presenta.

—Vas a huir, ¿no?

—¿Qué? ¿Por qué iba a hacer semejante ridiculez?

—Porque no estás enamorada de Martín y no quieres casarte.

Y porque quizá he visto demasiadas películas con novias a la fuga.

—Claro que estoy enamorada de Martín. Muchísimo —defiende con vehemencia—. Estoy deseando casarme con él.

Me giro en el asiento.

—¿Entonces para qué me has llamado?

—Por el anillo y la apuesta. ¿Por qué va a ser?

—Ah… Mucho menos dramático, claro. Yo ya me veía volando a México.

—Espera, ¿de verdad me ayudarías a huir de mi boda?

—Puedo no estar de acuerdo contigo a menudo. El noventa y nueve por ciento de las veces —preciso—. Pero, si me necesitas…, en fin… Aquí estoy.

Su mirada inicial de desconfianza se suaviza y acaba suspirando.

—El día que tú y yo discutimos le conté todo a Martín al llegar a casa. Me hiciste sentir fatal —confiesa y creo detectar un rastro de fragilidad en su voz. No estoy segura, es algo nuevo.

—Fiona, aquel día llegué a casa cabreada. Y triste. Había discutido con Nico y tú fuiste el remate. Lo siento.

—No, si casi te lo agradezco. Me obligué a ser sincera con Martín y me quité un peso enorme de encima… Él también me engañó. Una sola vez. Me lo juró y le creo. El caso es que aquel día hablamos durante horas y los dos llegamos a la misma conclusión. Nos queremos y queremos nuestro proyecto de vida juntos. Al mismo tiempo, nos gustaría tener una vida sexual diferente. Pensamos que el deseo y el amor pueden separarse si la relación es sólida, así que nos planteamos una relación abierta en ese sentido. Después de que nazca el bebé y todo eso.

No tengo nada en contra de las relaciones abiertas, cada pareja es libre de decidir lo que más le conviene; no obstante, viniendo de Fiona, me resulta chocante. Mi cabeza echa chispas y tengo un millón de preguntas al respecto, pero no estoy acostumbrada a mantener conversaciones íntimas con ella y tampoco me parece el momento adecuado.

—Pues de nada, supongo.

—He dicho que «casi» te lo agradezco —puntualiza con retintín, aunque sus comisuras se estiran en un amago de sonrisa. Sospecho que es su intento de hacer una broma—. ¿Has venido con Gabriel? —me pregunta, volviendo al motivo por el que estamos aquí.

—No, con Nico.

—Entonces has ganado la apuesta.

—¿Cómo sabes que estamos juntos? —Frunzo el ceño—. Ni siquiera se lo he contado a mamá todavía.

Esboza una sonrisa apagada.

—Aunque seamos solo una probabilidad genética, o quizá por eso precisamente, miramos igual a las personas que queremos. Vi cómo mirabas a Nico en el cumpleaños de papá. Intenté

hablar contigo sobre ello, pero terminamos discutiendo. —Rueda los ojos—. Como siempre.

Acto seguido, mete la mano bajo capas y capas de vestido blanco y saca una cajita cuadrada de terciopelo. Se incorpora y me la tiende.

—No, no quiero el anillo. Quédatelo.

—Has ganado la apuesta.

—No me siento muy ganadora si con ello pierdo a mi hermana. —Se echa de nuevo hacia atrás en el asiento, como si necesitara un apoyo físico para no desmayarse de la impresión que le han producido mis palabras. Yo también estoy sorprendida, no te creas—. Siempre fue más tuyo que mío. Hice la apuesta solo para fastidiarte.

Agacha la cabeza y empieza a juguetear con la caja. Estoy a punto de decirle que deberíamos ir pensando en entrar en la iglesia, pero se me adelanta.

—Sé que te he culpado de cosas de las que no eres responsable. Es solo que me gustaría que mamá se preocupara por mí tanto como lo hace por ti.

—Fiona, tú eres la hija perfecta que siempre quiso mamá. Yo soy la que cree que tiene que arreglar.

—Está más orgullosa de lo que piensas, Dafne. Siempre presume de ti delante de sus amigas. Y aunque nunca lo vaya a reconocer, ha visto todos los capítulos de tu serie solo para poder ver tu nombre en los créditos.

Sonrío con una mezcla extraña de perplejidad y satisfacción.

—Eso no lo sabía.

—A veces, me gustaría no ser tan perfecta y que intentara arreglarme a mí, ¿sabes? Tú te quedas con toda su atención y yo parezco invisible.

Su mirada me parece tan desvalida y me impacta tanto que me cuesta unos segundos responder.

—Lo siento, Fiona. No tenía ni idea de que te sentías así.

—Porque nunca hablamos. No de verdad.

—¿Y crees que podríamos arreglar eso? Vamos a tener que esforzarnos muchísimo para entendernos, para ser mejores la una para la otra, pero yo estoy dispuesta a intentarlo.

—Yo también —asiente con media sonrisa.

La puerta se abre de golpe.

—Niñas, ¿se puede saber qué hace vuestro padre ahí fuera dando vueltas como un controlador de parquímetro? —Nuestra madre se mete en el coche, con cuidado de no arrugarse el vestido, y se sienta al lado de Fiona—. ¿Por qué no entráis?

—Estábamos teniendo una charla de hermanas —comenta mi gemela con una mirada cómplice.

—Veo que has ganado la apuesta —asume mi madre al ver la cajita en manos de la novia.

—En realidad, no. Ha ganado Dafne, pero me ha dado el anillo.

—¿Nico? —Mi madre me mira y frunce el ceño. O eso intuyo, el efecto del bótox no se le ha

pasado aún.

—Sí, estoy con Nico y no quiero oír ni una crítica al respecto —me adelanto—. Lo quiero, mamá, y vas a tener nietos con pelazo y cierta tendencia al drama.

—No tengo ninguna crítica que hacer, cariño.

—Siempre la tienes.

—Las madres hacemos muchísimas cosas por nuestros hijos. Os alimentamos, os queremos y estamos a vuestro lado siempre que nos necesitáis. Nos desvivimos por vosotros y no lo agradecéis, simplemente lo dais por hecho. Además, a las madres siempre se las juzga y se les exige más que a los padres. Deben hacer más y deben hacerlo mejor. Y sí, entre todas esas cosas que hacemos, también os traumatizamos un poco. Mi madre me traumatizó a mí, yo a vosotras y vosotras haréis lo mismo con vuestros hijos. Es ley de vida, así que asumidlo de una vez —remata con naturalidad—. En cualquier caso, me alegro mucho de que Nico y tú estéis juntos. Ese chico te ha adorado siempre y estoy segura de que os irá bien.

—Pues… gracias.

No tanto por los traumas, aunque, por lo visto, son inevitables.

—Hija, podías haberte recogido un poco el pelo —me dice examinándome—. Es una boda formal.

—Ya estamos…

—No es una crítica, es una observación —apunta—. Estás muy guapa, de verdad. Aunque te falta un toque de color en los labios.

Abre su bolso de mano y se pone a buscar una barra. Fiona agacha la mirada y juraría que se encoge un poco en el asiento. Joder, tiene razón. Es como si ella desapareciera.

—Mamá, mis labios dan igual. Quien importa ahora mismo es la novia —le recuerdo—. Y Fiona sí que esta guapa.

—Claro que lo está. Mi niña es perfecta.

La novia le dedica una sonrisa tirante que nuestra madre no ve porque ni siquiera la está mirando.

Lo que se me ocurre de golpe puede ser una genialidad o la peor idea de la historia. Sin duda es la segunda opción y puede que mi hermana me atropelle con el Mercedes en cuanto salga. Aun así, allá va:

—Bueno, yo no diría que Fiona es taaan perfecta… A veces hace cosas que no debe. Como cuando tenía diecisiete y se enrolló con su profesor de Matemáticas.

Dos gritos ahogados llenan el interior del coche y cuatro ojos se abren desmesuradamente.

—¡Fiona! —espeta mi madre perpleja. Ahora sí ha captado toda su atención.

—¿Cómo sabes tú eso? —gruñe mi hermana.

—Porque un día os vi en su coche. Te estaba metiendo la lengua hasta la garganta. Debía de ser bueno en matemáticas, pero muy espabilado no era. Anda que morrearse contigo en la esquina de casa…

—¡Jesús! —exclama mi madre con la mano en el pecho—. Tendrías que habérmelo contado, Fiona. Eras menor de edad.

—Lo de la relación abierta con Martín y que os vayáis a acostar con otros ya si eso lo hablamos mejor en otro momento.

—¡¡Dafne!! —chilla mi hermana.

—¡¡Fiona!! —grita más alto aún mi madre y esta vez abre los ojos como si la estuvieran electrocutando.

—Uy, es tardísimo ya —digo abriendo la puerta—. Os espero dentro.

Me bajo del coche y juro que en mi vida he corrido tanto con unos tacones. Me meto en la iglesia y espero que Dios se apiade de mí.

POR EL CAMINO

El banquete nupcial se celebra en un palacete de estilo romántico a las afueras de Madrid. Los trescientos doce invitados —eso es lo que consideran los novios una boda pequeña— estamos tomando el postre en un salón acristalado que nos protege del calor, y de la salmonelosis, supongo. Fiona se levanta de la mesa principal en la que nos sentamos los familiares más cercanos y Martín posa la mano con cariño en su barriga incipiente. Ella se inclina para darle un beso. Van a follarse a otros en el futuro, sí, pero nadie puede negar que están enamorados.

Mi hermana coge su ramo de novia, bordea la mesa y se aproxima con esa elegancia innata que yo no heredé.

—¿Qué tal? —nos pregunta a Nico y a mí—. ¿Lo pasáis bien?

—Genial —asegura mi chico, que parece un niño con sobredosis de caramelos.

—¿Os gusta la tarta?

—Es espectacular —tercia.

Fiona desvía la mirada hacia mí y arquea una ceja con superioridad.

—Mi pelo y yo seguimos prefiriendo la trufa —me burlo—, pero está buena.

Se agacha un poco y me susurra entre dientes.

—Que sepas que por tu gracia he tenido que darle un Lexatin a mamá. Y aun así no me deja en paz.

—De nada y bienvenida a mi vida. No te va a gustar.

La risa se le escapa por la nariz.

—Has despertado a la bestia.

—Lo sé, pero te ayudaré con ella. Para eso estamos las hermanas.

—Toma. —Me ofrece el ramo—. No voy a lanzarlo porque me parece una horterada. Quiero que te lo quedes tú.

Me echo hacia atrás en la silla.

—Igual es un poco pronto para eso.

Nico discrepa y lo coge, con tal cuidado y devoción que me recuerda a Rafiki sosteniendo a Simba frente a todo el reino animal.

—Me encanta la combinación de los girasoles y el eucalipto —apunta oliendo las flores—.

Es muy original.

—Dijo la futura novia —lo vacilo y me mira serio.

—Nuestra boda va a ser todavía más grande que esta. Ve haciéndote a la idea.

Ese comentario debería ponerme los pelos de punta, pero a quién quiero engañar. No tengo miedo. No con él. Además, me casaría solo para poder verlo esperándome vestido de traje. Es absurdo lo guapo que está.

Tras la tarta y los cafés, comienza a sonar la música. Algunos invitados se desplazan a la pista, presidida por el DJ. Mi acompañante es de los primeros en levantarse. No me extraña, es un friki de las bodas y no necesita ni media copa para venirse arriba.

—Baila conmigo. —Me tiende la mano con ese aire tan suyo de *gentleman* y me ayuda a levantarme.

—Vale, pero compórtate.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que no me pongas cachonda.

—Daf, te pongo cachonda hasta dormido —dice con aire de suficiencia.

Lo peor es que no puedo discutírselo. Esta mañana lo he despertado montándome encima de él. Llevamos dos semanas juntos y no podemos parar de tocarnos. Descubrirnos en el aspecto romántico y sexual está siendo intenso. Cada vez que me roza, siento una revolución interna, y después de cada beso parece que todos mis órganos tuvieran que recolocarse en su sitio.

Nos conocemos desde hace tanto que creí que los pasos básicos serían distintos entre nosotros. Más… sosegados. Y resulta sorprendente porque Nico siempre ha sido algo así como mi película favorita. Esa cuyos diálogos conozco de memoria y a la que recurro cuando necesito sentirme a salvo. Pero resulta que mi peli favorita tiene una segunda parte que desconocía. Una que me hace estremecer y conlleva un gasto considerable en condones.

Mi teléfono suena sobre la mesa. Es un número desconocido.

—Dígame.

—¿Dafne?

—Sí, soy yo. —Me pego más el teléfono a la oreja y me tapo la otra para poder escuchar mientras Aitana canta *Las Babys* demasiado alto.

—Soy Arturo Cruz, uno de los directores ejecutivos de Clímax.

Lo conozco, es el padre de Paula. Le hago un gesto a Nico para indicarle que voy fuera a hablar. Salgo del salón con una inesperada tensión en el estómago, sin tener muy claro a qué viene su llamada. Me detengo en el pasillo, en cuanto la música se convierte en un eco lejano.

—Siento haber tardado en llamarte, pero hemos tenido bastante lío por aquí —comenta.

Mara me ha contado que las cosas han estado revueltas en la productora los últimos días y que, tras lo sucedido con Gabriel y Rodrigo, Recursos Humanos ha estado hablando con todo el equipo. Sinceramente, ni siquiera esperaba una llamada en mi caso, y menos de uno de los jefes. No suelen brindarte esa cortesía cuando te despiden.

—El motivo por el que te llamo es que las cosas parecen estar ya más claras.

—Lo siento, Arturo, pero no te entiendo muy bien.

—Tengo sobre mi mesa una hoja llena de firmas de todo el equipo de la serie pidiéndome que vuelvas. Y Gabriel Silva dice que no contemos con él para la siguiente temporada si tú no estás. Es evidente que por aquí te aprecian y que la maquinaria funciona mucho mejor contigo. Así que quiero saber si estarías dispuesta a volver.

El corazón me golpea el pecho y estoy a punto de gritar un «sí» tan fuerte que lo escuche hasta el dj. En cambio, mi cerebro me recuerda lo que hemos estado meditando las dos últimas semanas. Hay cosas que no estoy dispuesta a tolerar más.

—No voy a trabajar con Rodrigo.

—No tendrás que hacerlo. Lo hemos despedido.

Bien. Pero no es suficiente. Aunque es bonito que los demás peleen por ti, tú también debes hacerlo.

—Quiero un aumento de sueldo del veinte por ciento. Me lo gané hace tiempo.

—Hecho.

—Creo además que todos los empleados, sin excepción, deberíamos hacer un curso sobre acoso sexual.

—Estoy de acuerdo.

—Y necesitamos una coordinadora de intimidad en el equipo. Para que los actores y las actrices se sientan cómodos y seguros en la escenas sexuales.

—Mmm, vale. Lo podemos arreglar.

—Debería haber pedido un veinticinco por ciento.

—No te pases.

En fin, por probar…

—¿Cuento entonces con que vas a volver?

—Sí.

—Una última cosa… Sonia seguirá en su puesto —me informa—. Necesito saber si trabajar con ella te supone un problema.

—Ninguno —resuelvo con tranquilidad.

Ya no tengo miedo a Sonia ni ningún afán de complacerla. Mi respeto profesional y personal por ella se reduce a la nada, pero no tendremos problemas a menos que ella los busque.

—Perfecto, hablaré con Recursos Humanos para que puedas incorporarte el lunes. Nos vemos entonces.

—De acuerdo.

—Y Dafne… —Se toma un par de segundos—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por Paula. Me ha contado lo mucho que la has ayudado. Ahora quiere estudiar varios cursos y está entusiasmada.

—Me alegro por ella —le digo con sinceridad.

—No sé cómo haces lo que haces, pero no dejes de hacerlo.

Tras colgar, regreso al salón. La música sigue sonando y cada vez más invitados se animan a bailar. Luces de colores dan vueltas por la pista, y mi padre también. Lo hace perreando y avergonzando muchísimo a mi madre. Mi hermana se ríe y yo me contagio. Esta mañana apunté «pasármelo bien» como una de mis tareas del día, porque estaba segura de que implicaría un esfuerzo. No es así. Me alegro de estar aquí.

Camino hacia la pista y bailo durante horas con Nico, acompañada también de una sonrisa enorme que parecen haberme grabado en la cara. No tipo Joker, sino una radiante de verdad. Y a pesar de que tropiezo unas veinte veces, él no me deja caer.

Nunca he creído en la idea romántica de que exista una fuerza universal e invisible que una a dos personas. Creo que Nico y yo somos afortunados por habernos encontrado por el camino y tenemos la firme intención de seguir recorriéndolo juntos. También tengo la certeza de que, si alguno de los dos se pierde alguna vez en ese camino, el otro no parará hasta encontrarlo.

TRES MESES MÁS TARDE

NICO

Dafne conduce y yo voy sentado a su lado. Estoy leyendo el guion en voz alta, a petición de ella. Es una primera toma de contacto con mi personaje.

—Es que no me puedo creer que vayas a salir en una película. O sea, claro que me lo creo —rectifica mientras reduce la velocidad para aparcar—, porque te lo mereces más que nadie y te sobra talento, pero es que es muy fuerte.

—Soy un personaje secundario, Daf —le recuerdo, por aquello de aplacar un poco su euforia.

—¡Pero vas a interpretar a mi personaje favorito del libro! Y los dos sabemos que es de esos secundarios que terminan por merendarse al protagonista.

El mes pasado hice una prueba para una película basada en la última novela de Guillermo Luna y no sé quién de los dos chilló más cuando me llamaron hace unos días para decirme que había conseguido el papel. No voy a soltar frases hechas como que es fruto de un gran esfuerzo, ya que todos los actores se dejan la piel y, a pesar de ello, la mayoría se queda a medio camino. Nos guste o no, existe una aleatoriedad en todo esto que no podemos controlar, y no depende del talento, sino de la suerte. Tampoco diré que es la recompensa a toda una carrera. Eso suena a final, y no me parece el final de nada.

Dafne aparca el coche frente a la residencia de mi madre. Hoy ha insistido en acompañarme. Me gusta cuando lo hace. Sé que mi madre no puede recordarla, pero me encanta ver a mi chica contándole cosas del día a día con paciencia y dulzura. Intento fijarme en ese tipo de cosas, en las cosas que hacen que duela un poco menos. Es algo en lo que estoy trabajando con mi psicóloga, junto con la manera de sobrellevar su enfermedad. Sigue resultándome difícil.

Nada más poner un pie fuera del coche, lo veo. Lo reconozco. Me mira desde la puerta y levanta una mano algo dubitativo a modo de saludo. Es casi como verse reflejado en un espejo.

Dafne me toca el brazo con suavidad.

—Ve a hablar con él. Yo te espero aquí.

A mis pies les cuesta procesar la orden de mi cerebro para que me ponga en marcha y casi tiene que empujarme ella. Cruzo la calle con el corazón latiéndome tan deprisa que me dan ganas

de sujetarlo contra el pecho.

—Hola —me saluda Alonso con una sonrisa tensa cuando me detengo frente a él.

—Hola.

«Me alegro de verte», estoy a punto de decir, aunque no sé si eso responde a la verdad. No entiendo qué hace aquí. Sé que yo mismo le pedí que viniera hace unos meses, pero no hemos vuelto a vernos ni a hablar desde entonces, y siendo aquel nuestro primer y último encuentro, diría que la relación fraternal no ha prosperado mucho. Digamos que las cosas no van bien en ese terreno en general. Saúl tampoco quiso saber nada del tema cuando traté de contárselo.

Alonso se mete las manos en los bolsillos y emite un suspiro largo antes de hablar.

—Tu novia es muy, pero que muy, insistente.

Giro el cuello en dirección a Dafne un segundo y vuelvo a mirarlo a él.

—No entiendo.

—Se ha pasado casi tres meses enviándome correos. Ochenta y dos en concreto.

—¿Qué? —Arrugo la frente—. No me ha dicho nada.

—Sí, lo sé. Me ha estado hablando de ti sin parar. Al principio te ponía tan por las nubes que hasta te cogí un poco de manía —confiesa y yo me limito a abrir la boca, solo para cerrarla un segundo después porque no sé qué decir ni cómo sentirme al respecto—. Aunque la verdad es que me ha contado un poco de todo sobre ti. ¿De verdad fuiste *stripper*?

La madre que la parió.

—Solo actué una noche —puntualizo—. No era lo mío, pero siempre me ha gustado probar todas las disciplinas artísticas.

—Por eso he venido.

—¿Quieres ser *stripper*?

—No. —Se ríe y eso alivia un poco la tensión que flota entre ambos—. De momento, me va bien como asesor fiscal… He venido porque Dafne dejó de escribirme hace unas semanas. Supongo que se cansó de que yo no respondiera. Y unos días después de que dejara de hacerlo, me encontré echando en falta sus correos y queriendo saber más de ti. Y de ella. —Se pasa la mano por la nuca—. Sé lo que te dije, Nico, que no estaba dispuesto a abrir ninguna puerta. Pero tu madre lo hizo de alguna manera y ahora no estoy seguro de querer cerrarla. Aunque no puedo prometer nada —añade.

—Podemos dejar esa puerta entreabierta y ver qué pasa —sugiero con más tranquilidad de la que siento. Al final voy a ser buen actor.

—Me parece bien.

Desvío la mirada hacia la puerta de la residencia.

—¿Quieres entrar a verla o es demasiado pronto?

—Me gustaría entrar. Creo que es el mejor día para hacerlo.

Me lleva unos segundos comprender esa frase.

—Es ocho de octubre. —Parpadeo fuerte—. Es tu cumpleaños.

—Sí. Aunque ella no pueda recordarlo, yo sí lo haré.

Antes de entrar, le pido a Alonso que me espere un momento y deshago el camino para volver al coche. Dafne me está esperando junto a la puerta del copiloto, con las mejillas teñidas de rojo por el aire frío y los dientes apretados por los nervios.

Cuando llego hasta ella, la agarro de las mejillas y la beso con tanta fuerza que la estampo contra la ventanilla. En lugar de quejarse, me aprieta contra su cuerpo y profundiza el beso. Al separarnos, apoyo mi frente contra la suya.

Podría decirle un millón de cosas; lo mejor es que no necesita escuchar ni una para entenderme.

—Siempre, pequeño.

Durante diez años, he sido consciente de que el concepto de amistad se quedaba corto entre Dafne y yo. Aun así, creía que no podía definirnos de otra manera sin perder lo que ya teníamos. Me daba miedo. Pánico, más bien. Ya no lo tengo, porque entendí que nosotros somos todo lo que se puede ser.

—¿Vienes con nosotros? —le pregunto.

—No. Os esperaré en el coche leyendo tu guion. Apuntaré en mayúsculas las cosas importantes y las subrayaré, ya sabes.

Vuelvo a besarla, unas cinco veces seguidas. Y no pararía si no fuera porque tengo que irme. Me alejo de ella sabiendo que volveré en un rato y se lo contaré todo.

Y esa es la mejor sensación del puto universo.

NOTA DE LA AUTORA

Los caminos de la autopublicación son inescrutables (o sea, chungos), así que, si dejas una valoración o comentario en Amazon después de leer, te estaré muy agradecida.

Y, por cierto, si le has cogido un poco de cariño a Dafne, te prometo que también te gustarán mis otras chicas.



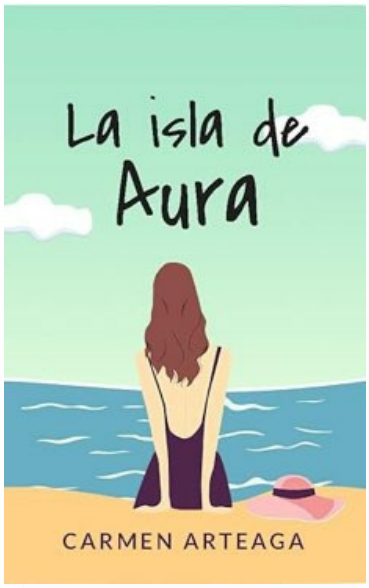
La banda sonora de Vera

Vera es feliz… espera, no. Si lo fuera esto no tendría ninguna gracia. Volvamos a empezar… Vera es moderadamente feliz. Tiene un trabajo que le encanta, aunque ni su madre entienda a qué se dedica. Tiene pocos amigos, pero son de esos que te avisan si una falda te sienta como un tiro. Y también tiene un novio con el que compartir domingos de desayunos en la cama. De hecho, su vida no pinta tan mal, ¿no? Pues solo hacen falta un cura, unos ojos demasiado azules y un vestido que no le desearías ni a tu peor enemiga para desbaratársela. Menos mal que siempre que todo se tuerce, a Vera le queda la música.

La isla de Aura / Nuestra isla

¿Tienes derecho a ser infeliz cuando lo tienes todo?

Aura ha tardado diez años en construirse la vida perfecta que había planeado y piensa celebrarlo por todo lo alto en su despedida de soltera. Claro que ella contaba con pasar un fin de semana memorable junto a sus dos mejores amigas y no con sufrir una crisis existencial. ¿Los culpables? Una cápsula del tiempo, cantidades indecentes de vino blanco y el dueño de la camisa más fea del mundo.



Una novela que mira al mar, huele a verano, sabe a hierbabuena y suena como una canción de Otis Redding. La historia de Aura es la de un amor fugaz que se llevará septiembre… o no.

Cuando el mundo sea más grande

¿Conoces esa historia de amor en la que la princesa se queda hecha unos zorros y tiene que irse a otro reino a empezar de cero? No es bonita, te lo digo yo que la he vivido. Pero no te preocupes, siempre caigo de pie, hasta con tacones.

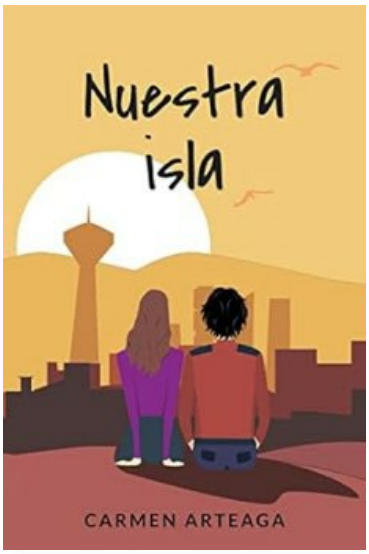
Bueno, igual en esta ocasión el patinazo ha sido un poco más sonoro y público. Tanto que he tenido que montarme en el coche, conducir seiscientos kilómetros, zurrar a una máquina expendedora por el camino, y regresar al lugar que ya no sé si debería llamar casa. De momento, me está costando llamar a la puerta.

Dame un segundo para hacerme a la idea.

Un segundo más…

Vale, allá voy.

¿Entras conmigo?



Todas las veces que se te acelera el corazón

NOVELA FINALISTA EN EL PREMIO LITERARIO AMAZON STORYTELLER 2023.

Minerva sabe lo que es volar y también que le corten las alas.

Alex se ha refugiado en una casa de cristal, tras una capucha y su colección de sonrisas.

Chris siente que le sobran las ganas, pero le falta tiempo.

Un sueño roto, Thelma y Louise, una lista de estupideces, una fiesta que nadie quiere celebrar y ese bum-bum-bum que deberíamos saber escuchar. Porque vivir consiste en sentir todas las veces que se te acelera el corazón.


CUANDO EL MUNDO
SEA MÁS GRANDE
CARMEN ARTEAGA


TODAS LAS VECES
QUE SE TE ACELERA
EL CORAZÓN
CARMEN ARTEAGA

AGRADECIMIENTOS

¿Es raro que empiece dando las gracias a mis personajes? Teniendo en cuenta que han salido de mi cabeza puedo parecer egocéntrica, pero es que Dafne, Nico y Gabriel me han dado la vida los últimos meses. Los necesitaba a ellos para recuperarme de la resaca emocional de Mini, Chris y Alex. Me han hecho reír y sentir tan bonito que mis primeras líneas se las debo a ellos.

Y ahora sí, procedo a dar las gracias a la gente que respira de verdad y eso, y que me ha acompañado una vez más:

A ti, como siempre, por leerme y llegar hasta aquí.

A Merce, mi enfermera de cabecera y consultora sanitaria. Esta vez he sido buena y solo le he consultado un par de detalles. Veremos para la próxima…

A mis lectoras cero, que son la mejores del mundo y siguen dándome esa tranquilidad que tanto me cuesta encontrar por mí misma.

A Laia (@librosdelai), mi *bookstagrammer* favorita y reina absoluta de los *reels*, que me lee a horas intempestivas. *Team* Nico desde el principio, por supuesto, porque nosotras siempre vamos juntas en eso.

A Aroa (@loslibrosdearoa), por adorar siempre a mis personajes y hacer que mis manuscritos tengan más sentido y menos erratas. Mención de honor o algo para ella también porque es la única que adivina mis títulos.

A Carmen (@abookinmybag), por las risas que nos echamos mandándonos audios y contándonos nuestras vidas. Hay que ver lo cascadas que estamos para nuestra edad, también hay que reconocerlo… Todavía estoy pendiente de que me actualice su ranking de *crushes*. Espero que Nico se haya colado en el top.

A Mery (@librosdemery), por el apoyo constante, por recomendarme hasta el infinito (agresivamente si hace falta) y por soportar mis chapas y dudas interminables sobre publicación. Soy pesadísima, pero como es mi amiga, pues se jode.

A Bianca (@biri.biankis), que, además de ser mi lectora, es escritora, y me da ese extra de seguridad con sus comentarios y su adoración fuerte por mis chicos. Espero que nuestro tripartito se reúna por fin en 2024. Yo solo digo: se viene, se viene. RT.

A Soraya (sory_ferro_cab), que siempre va un poco a contracorriente y le da el salseo que necesito al proceso de escritura.

A Lara (@lara_blanc_escritora), por estar siempre al otro lado del teléfono y aguantarnos la una a la otra nuestras neuras de escritoras. Del año que viene no pasa que abramos esa botella de vino juntas.

A Miriam (@tengolibrospendientes), que siempre va a ciegas conmigo, y eso es lo más bonito que me pueden decir. El Castañas es especial, ojalá el limón y tú os enamoréis mucho de él.

A Nora (@lamagiadeunbuenlibro), por querer leerme siempre y por hacerme muy feliz al decirme que esta se ha convertido en su historia favorita.

A Mge (@mgemil), que va en los agradecimientos, aunque se haya leído la novela en el tiempo de descuento. Pero como compartimos vida, cerebro y absolutamente todo desde hace treinta y tantos años, siempre va estar aquí. Es como España en Eurovisión, tiene el puesto garantizado. Y robándole la frase a Nico también le digo: «No me faltes nunca».

A Sara, que me lee siempre, aunque no tenga tiempo y deba encargarse de su *boyband*. Por todos los viajes Asturias–León que nos quedan y por esa amistad entre Gael y Gofri, que van a seguir nuestros pasos.

A Marisa (@marisasefra), que, además de mi correctora, creo que ya puedo llamarla amiga. Los audios que nos mandamos casi todos los días dan fe de ello. A ella le tengo que dar las gracias por acompañarme en esta jungla escrituril. Es bonito intentar ayudarnos y también darnos cuenta, a veces, de que estamos igual de perdidas.

A Laura, mi revisora de sinopsis y la que sigue mis recomendaciones lectoras sin pensárselo dos veces. Perdón por recomendarte aquella novela larguísima y tristísima. Prometo compensarte un poco con la mía y mis chistes del todo innecesarios sobre mingas.

A Juan, que ha vuelto a diseñar una portada maravillosa, cosa que no dudé en ningún momento. Gracias por creer en mí cuando yo no lo hago y gracias por mirarme como me miras. Con orgullo y admiración. Tanto que ya he empezado a creerme que valgo para esto. A ti también te quiero hasta el cielo y hasta el triángulo.

A Dani, que me hace reír todos los días, aunque siga asustándome todavía por lo mucho que lo quiero.

A mis suegros y a mi madre, por darme un tiempo valiosísimo para escribir.

A todas las autoras autopublicadas que me apoyan, a quienes me escriben por privado para contarme lo mucho que se han reído y/o llorado con mis novelas y a quienes se toman el tiempo y la molestia de escribir una reseña en Instagram, Amazon, Goodreads o de recomendarme como autora. MILLONES DE GRACIAS.

SOBRE LA AUTORA

Carmen Arteaga (León, 1984) es licenciada en Comunicación Audiovisual por la Universidad CEU San Pablo de Madrid, tiene un máster en Guion por Globomedia y la Universidad Rey Juan Carlos de Madrid y un máster en Marketing Digital por la Universidad Camilo José Cela de Madrid. Ha trabajado como guionista de entretenimiento y como redactora jefa en una empresa de contenido digital. En 2020 autopublicó en Amazon su primera novela *La banda sonora de Vera*. Desde entonces convive con muchos personajes en su cabeza que le cuentan sus movidas. Discuten a veces, pero se llevan bastante bien. Como resultado, puedes encontrar en Amazon *La isla de Aura* (2021), *Nuestra isla* (2021), *Cuando el mundo sea más grande* (2022) y *Todas las veces que se te acelera el corazón (2023),* novela finalista del Premio Literario Amazon Storyteller 2023.

Puedes seguirla en Instagram: @entremiticoylamentable